

CORAZONES CORRUPTOS

EL REY DE LA MAFIA LIBRO 3

NATÁLIA LEE

CORAZONES CORRUPTOS

Natália Lee

Derechos de autor © 2025 Natália Lee

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Mailing list
1. CAPÍTULO UNO
2. CAPÍTULO DOS
3. CAPÍTULO TRES
4. CAPÍTULO CUATRO
5. CAPÍTULO CINCO
6. CAPÍTULO SEIS
7. CAPÍTULO SIETE
8. CAPÍTULO OCHO
9. CAPÍTULO NUEVE
10. CAPÍTULO DIEZ
11. CAPÍTULO ONCE
12. CAPÍTULO DOCE
13. CAPÍTULO TRECE
14. CAPÍTULO CATORCE
15. CAPÍTULO QUINCE
16. CAPÍTULO DIECISÉIS
17. CAPÍTULO DIECISIETE
18. CAPÍTULO DIECIOCHO
19. CAPÍTULO DIECINUEVE
20. CAPÍTULO VEINTE
21. CAPÍTULO VEINTIUNO
22. CAPÍTULO VEINTIDÓS

MAILING LIST

¡Suscríbete a mi lista de correo! ¡Recibirás noticias sobre mis próximos lanzamientos y promociones especiales!

subscribepage.io/nataliaes

1. CAPÍTULO UNO

Liam

—Personalmente, odio a Cherry. — Nate se retorció en el asiento del conductor para provocar a Brad, que descansaba ocioso en el asiento trasero del Bentley. —Es una sanguijuela, tío.

Mi mano derecha se ha encariñado bastante con la pelirroja del Club 11 y Nate está protestando ferozmente contra la idea.

—No me pagarías lo suficiente para meterme con esa cazafortunas. — La ceja perforada de Nate se arqueó. —¿Es eso lo que quieres, Brad? ¿Alguna zorra de club sacando provecho de ti? Es mercancía averiada. Tírala a la basura, a donde pertenece.

—Oye, nunca dije que me iba a casar con la tía, — rebatió Brad mientras salíamos del vehículo al unísono. —¿Qué opinas, Darren? Tú te tirarías a esa zorra, ¿verdad?

Frotándose la cabeza calva, Darren gruñó. —No me interesan esas mujeres. Madura, Brad. A nadie le importa tu polla flácida.

—¿Has visto el tamaño de mi verga? — Brad hizo un gesto hacia su entrepierna cubierta por el pantalón. —No hay nada flácido en mi hombría, muchas gracias. ¿Y qué? ¿De repente eres demasiado bueno para las putas del club? Estoy bastante seguro de que le rogaste a Natalie que te la chupara anoche. ¿Qué fue lo que dijo? — Con la mano detrás de la oreja, se burló: —Oh, sí. Eso es. Preferiría follarme a mi perro, Darren.

Nate estalló en carcajadas, aplaudiendo.

—Que te jodan, Brad, — escupió Darren. —Si todo el mundo fuera como tú, el Club 11 estaría infestado de enfermedades de transmisión sexual.

Brad se acercó a él, con su expresión jocosa desapareciendo. —Estoy a tres segundos de arrancarte la caja de voz.

—Basta, — ordené, empujando la puerta de la cafetería. —Guarden las animosidades para el enemigo.

Leyendo un mensaje de texto en mi móvil, esperé en la larga fila de ansiosos clientes.

Darren discutía con otro miembro del equipo afuera. La necesidad de Brad de meterse bajo la piel de todos lo ha dejado en un estado alterado.

—Hola, preciosa. — Brad le guiñó un ojo lascivamente a una mujer rubia exuberante. —Joder, mira ese culo.

Observé a su interés femenino caminar hacia la salida, apreciando esos muslos gruesos y caderas ondulantes. —La asustaste, — bromeé, sintiendo un hormigueo familiar subir por mi cuello. —Compórtate.

Mientras Brad parloteaba, miré furtivamente alrededor de la cafetería, sintiendo el escrutinio de alguien. Como cada viernes, nada parecía fuera de lo común, pero seguía ahí, esa intensa inquietud y horror cubriendo mi piel.

—Señor Warren, — saludó Audrey, la chica que servía en la cafetería. —¿Lo mismo que la semana pasada? — Levantando deliberadamente su voluminoso pecho para hacer alarde de su amplio escote, me provocó con ojos grises invitadores. —¿Café negro?

Entregué mi tarjeta de débito y pagué la compra sin pronunciar palabra.

—A ella sí, — murmuró Nate en mi oído, — le dedicaría tiempo. — Su mirada se fijó en el vestido ajustado de Audrey. —Maldición.

—Audrey es el doble de Cherry, — Brad señaló lo obvio. —Honestamente, Nate. Necesitas...

Mi piel se erizó de nuevo.

Inclinando la cabeza para escuchar mi entorno, ahogué su enésimo debate. La mujer sentada junto a la ventana está discutiendo con su marido por teléfono, quejándose del divorcio, ingiriendo café. Dos compañeros de trabajo se quejaban de su jefe, reponiendo los frigoríficos. El hombre que hablaba en voz baja con su amante necesitaba trabajar en su técnica; esas promesas coquetas me hicieron torcer el labio con disgusto.

—Cherry tiene un piercing en la lengua, — Brad continuó tratando de convertir a Nate al lado oscuro. —Es un procedimiento estándar. Todo el mundo se tira a Cherry en algún momento. Quién sabe, tal vez te guste.

¿Por qué está tan obsesionado con Cherry?

—Ya estuve ahí. Ya lo hice. — Las cejas de Nate se fusionaron en un ceño fruncido. —Casi pierdo las pelotas en el proceso. ¿Y por qué estás tan interesado en mi vida sexual? Reclámala si estás tan encaprichado con la chica.

La mandíbula de Brad cayó al suelo. —Una mujer no es suficiente para saciar la sed...

No podía quitarme la sensación de que alguien me observaba.

Echando un vistazo por encima del hombro, repasé la habitación. Todo parecía normal, los mismos camareros excesivamente optimistas y los cansados viajeros que pasaban por su dosis matutina de cafeína.

Audrey colocó el café en el mostrador. —Aquí tiene, Sr. Warren. — Su dedo se arrastró sobre el mío en nuestro intercambio. —Que tenga un buen día.

Brad y Nate se adelantaron para abrir la puerta, pero apenas di cinco pasos cuando alguien chocó contra mi pecho. El café hirviendo empapó mi camisa, adhiriéndose a mi piel. Quemaba la hostia .

—Joder. Necesitas mirar por dónde vas. — Cogiendo una servilleta del soporte cromado, me limpié la camisa arruinada con vehemencia. —Hostia puta.

—Lo siento, — dijo una voz suave y sin aliento. —Tenía prisa y... — Su frase tropezó. —Estaba...

Levanté la mirada y perdí la capacidad de hablar. Esta mujer, quienquiera que fuese, o de dondequiera que viniera, era impresionante. Su altura casi nos ponía al nivel de los ojos. Si llevara tacones en lugar de calzado plano y desgastado, estaría en mi línea directa de visión. Me maravillé ante su belleza, su físico esbelto, su rostro en forma de corazón y sus labios llenos y besables. Pero fueron sus ojos los que más me cautivaron. No podía descifrar el color exacto, eran verde y marrón, con motas doradas. Me perdí en ellos.

Aclarando mi garganta seca, me incliné sobre ella, pecho contra pecho, para desechar la servilleta manchada de café. De nuevo, con nuestras narices casi tocándose, nos miramos a los ojos, y esperé a que continuara esa frase inacabada.

Con pánico parpadeando en su mirada de búho, puso sus manos en mi pecho en un intento fútil de limpiar el desastre que había causado. —No quise hacer eso.

Mis músculos se tensaron bajo su toque inocente. —¿Qué estás haciendo?

Sus manos se retiraron abruptamente.

Estoy casi seguro de que nunca antes había conocido a esta mujer
—recordaría a alguien con tal belleza si lo hubiera hecho
— pero había algo extrañamente familiar en esos ojos hipnotizantes. Me sentía atraído por ellos, lo cual era incomprensible. —¿Te conozco? — Cuando me acerqué más, su cuerpo pareció marchitarse ante mi presencia. —Siento que te he visto antes.

—No. Lo siento por eso. — Señaló la mancha marrón en mi camisa. —Sé que tu ropa es cara.

Parece que tengo una admiradora.

—¿Lo es? — Mi voz era más ronca de lo que me hubiera gustado. —¿Y cómo sabrías eso?

—Bueno, es un traje de tres piezas de Armani, y a menudo llevas camisas de Saint Laurent... — Para mantener cierto nivel de dignidad, cerró la boca. —¿Puedes darle otro café? — le preguntó a Audrey. —Yo pago.

Ni hablar. —Eso no es necesario.

Audrey vertió café negro en un vaso para llevar y rodeó el mostrador con una mirada de confusión. Antes de que Audrey pudiera entregar la mercancía, la chica se interpuso entre nosotros. —Yo me encargo, — dijo con una sonrisa bastante contagiosa. —Ten. — Sus ojos se iluminaron mientras extendía el café. —Una ofrenda de paz.

Mi dedo rozó sus nudillos. —Gracias, — dije, aceptando su ofrenda de paz. Entonces me di cuenta de que me estaba mirando, bastante fijamente, así que adopté indiferencia pretendiendo que su inocuidad me molestaba. —¿Estás bien de la cabeza?

Su mandíbula se aflojó.

Joder. La ofendí.

Eso fue un movimiento de gilipollas, Warren.

¿Por qué me estoy reprendiendo silenciosamente?

Es sólo una cría. Sal de aquí y sigue adelante.

Hice exactamente eso.

Pasando bruscamente junto a la chica, tiré el café a la basura y me dirigí afuera.

—Jefe, oye, — me regañó Brad detrás de mí. —¿Qué coño te pasa?

La chica de la cafetería corrió hacia mí.

¿Qué era esa mirada en sus ojos? ¿Miedo? ¿Pavor? ¿Desesperación?

Darren se estiró y agarró su jersey antes de que pudiera acercarse más.

—¿Qué mierda? — gritó ella, debatiéndose en su agarre inflexible. —¡Suéltame!

—Darren, — advertí, mientras el hombre se reía divertido. —Suelta a la chica.

Y entonces, para añadir humor a este extraño encuentro, sus uñas atacaron su cara en represalia asesina.

Empujándola hacia adelante, Darren siseó, —¡Puta!

—Por favor, para. — Su voz era apenas un susurro. —Lo siento.

Darren gruñó, —Pusiste tu mano en mi cara, niñita. — Arrojó a la chica contra la pared más cercana, y el impacto inesperado hizo que sus piernas se doblaran. —Zorra tonta.

Actué por instinto, atrapándola en mis brazos antes de que se estrellara contra el suelo. Su cuerpo se quedó sin fuerzas, con sus extremidades pesadas pero flácidas. —Mierda, Darren. — Sus ojos estaban cerrados ahora, pero sus gemidos sibilantes continuaban. —Sólo es una puta cría.

—La puta arrastró sus garras por mi cara. — Usó pañuelos para limpiar la sangre de su labio partido. —Puta loca. Digo que tires a la rata.

—¿Quién es ella? — Nate se agachó a mi lado y presionó dos dedos en su cuello, comprobando su pulso. —Se desmayó.

Brad se rió entre dientes. —Darren, tu fealdad hace caer a las zorras como la mierda atrae a las moscas.

Las papadas temblorosas de Darren estaban carmesí. —Vete a la mierda, Brad.

—Oye. — Golpeando suavemente la mejilla teñida de rosa de la chica, intenté hacerla volver. —Despierta. — Su pecho subía y bajaba con un ritmo irregular. —¿Qué le pasa?

La cabeza de Nate se inclinó mientras la estudiaba. —Extraño. — Comprobó su pulso una vez más. —Joder. Seguro que eso no es normal.

—¿Qué? — Apoyando su espalda en mi muslo, bajé su capucha levantada para cubrir su

estómago expuesto. —¿Nate?

—Necesita despertar antes de que le dé un maldito ataque al corazón, — dijo arrastrando las palabras, poniéndose de pie. —No sé qué tipo de pesadilla está teniendo esa tía, pero seguro que le mete un miedo satánico.

Su garganta se ahuecó mientras luchaba por respirar.

—Despierta. — Sacudiendo sus hombros, le di una bofetada un poco más fuerte. —Oye, niña. Necesitas calmarte. Creo que podrías estar teniendo un puto ataque de pánico.

Inhalando bruscamente, volvió a la consciencia. Con los ojos muy abiertos, mirando en múltiples direcciones, se escabulló de mis brazos y chocó de espaldas contra la pared de ladrillos. Y ahí se quedó, acurrucada y estremeciéndose.

Con cuidado, toqué su brazo, instándola a mirarme. —¿Qué pasó?

Apartando mi mano de un manotazo, se tambaleó sobre sus pies, tirando de su sudadera inquietamente como si el material restringiera su suministro de oxígeno.

Me elevé a mi altura completa y di un paso cauteloso hacia atrás. No pretendía hacerle daño.

Su cuerpo temblaba. —No soy una puta cría.

Su respuesta intrépida tuvo el efecto contrario. Sabía que estaba asustada. Alzar la voz aplacaba su humillación y temor, sin embargo.

Brad se lamió un palillo hasta la comisura de la boca. —¿Estás segura de eso? — Inclinó la cabeza. —Tu sudadera dice lo contrario.

Su fallo de vestuario era ostentoso. Quiero decir, ¿quién sale de casa con una sudadera negra adornada con tortugas abrazadoras?

La chica quería que el suelo se abriera y se la tragara entera. Podía verlo en sus ojos, la pura vergüenza. —No es mía, — tartamudeó, quitándose la ridícula prenda y metiéndola en una vieja

mochila desgastada. —Se la pedí prestada a una amiga.

—No te preocupes por lo que hay en su sudadera, chicos. — Gaven, el portero jefe del Club 11, señaló la camiseta ajustada de la chica, donde dos pechos pequeños pero perfectamente redondeados se asomaban a través del material fino. —Sus tetas cuentan una historia diferente.

No queriendo humillar más a la chica, aparté la mirada. Estaba mal mirar fijamente, pero borrar la imagen era imposible. Ya había echado un vistazo y, aunque demasiado pequeñas, sus tetas parecían lo suficientemente decentes como para sentir el toque de mis manos.

Puse freno a mis pensamientos. No me siento atraído por una chica nerviosa y temblorosa, así que ¿por qué coño estoy considerando la idea de un nosotros e intimidad? Ni siquiera es mi tipo. Me gustan las mujeres
—mujeres perfectamente curvilíneas con generosos atributos y una confianza tentadora
— no un cable suelto joven, tímido y poco atractivamente delgado que se desmayó sin razón aparente.

Como si sintiera mis pensamientos despectivos, me miró con una sonrisa tensa y melancólica.

Mi corazón se saltó un latido. No, ella no era para nada poco atractiva. Esta chica era peligrosamente hermosa. Y tenía que largarme de aquí antes de hacer o decir algo característicamente estúpido.

—Ya es suficiente, — reprendí a los hombres que se reían hasta silenciarlos. —Nos vamos.

Por supuesto, los hombres escucharon. Es su trabajo hacer lo que se les dice, les moleste o no. Dándose palmadas en la espalda, se dispersaron en múltiples direcciones, metiéndose en los Bentleys aparcados.

Yo, sin embargo, nunca me moví, ni rompí el contacto visual con la chica asustadiza.

Se frotó el frío de los brazos. —Me siento como una idiota.

—Te golpeaste la cabeza cuando te caíste. — Fingiendo preocupación, capturé su mandíbula y examiné la raspadura fabricada en su mejilla. —Tal vez quieras que te lo revisen.

Su frente se arrugó. —¿Es grave?

No, te atrapé antes de que se produjera algún daño. Pero quería una excusa para hablar contigo sin la intrusión de mis hombres. —Estoy seguro de que sobrevivirás.

Aléjate, Warren.

No tienes tiempo para entretener a damiselas.

Solté su mandíbula como si el toque de su piel quemara.

Cuando me alejé, sentí sus ojos sobre mí, pero nunca miré hacia atrás, aunque todo dentro de mí gritaba que volviera por ella.

Me deslicé en la parte trasera del Bentley de Nate. —Conduce.

—¿Quién coño era esa? — Brad miró a la chica a través de la ventana tintada de negro. —Tenía un gran culo.

Ella no era nadie. —Olvídalo.

Personas vestidas completamente de negro lloraban a sus seres queridos, derramaban lágrimas dolorosas y gimoteaban una culpa desgarradora.

Nuestros cielos oscuros y deprimentes se quejaban arriba mientras el trueno retumbaba en la distancia. La lluvia salpicaba el suelo conmemorado que una vez ofreció alojamiento a más de cuatrocientas personas. Pocos sobrevivieron a esa catastrófica y fatídica noche. El resto se fue en humo mientras intentaban escapar de las llamas.

Anteriormente, las fuerzas del orden me retuvieron y presentaron cargos por agredir a un oficial y poseer un arma de fuego. Esos bienhechores confiscaron la Desert Eagle. Sí, estaba bastante cabreado por eso. Tengo acceso a armas, pero esa pistola personalizada tenía valor sentimental. Su exterior de oro sólido personalizado y grabado ha estado en mi posesión desde que comencé a construir mi imperio.

Afortunadamente para mí, el Superintendente Jefe Reginald Burton devolvió tales pertenencias junto con evidencia oculta sobre el juez que firmó mi sentencia de prisión (tocaré su situación más adelante).

Soy un hombre libre
—un hombre entumecido, afligido, devastado
— que está frente a la tumba de Alexa. Como todas las víctimas, su cruz de madera y número de parcela permanecen en el terreno de entierro donde alguna vez se alzaron hermosas casas. No he dormido bien en más de dos semanas. Cada noche, cuando me acuesto en la cama del ático, llamo a su móvil, esperando que por algún milagro, ella conteste. O miro la pantalla, leyendo viejos mensajes de texto. La echo de menos. Es doloroso respirar sin ella cerca.

Literalmente vendería mi alma al diablo para tener a Alexa de vuelta en mis brazos.

La gente no me quiere aquí. Su resentimiento y desdén emanaba de sus cuerpos temblorosos. Su ira abierta era injustificada. No conozco a los dolientes, no tengo problemas personales con ellos, pero parecen conocerme, y mi apariencia añadió leña al fuego.

Ignorando las conversaciones en voz baja, el tipo de conversaciones que arruinan la reputación de un hombre, entré en territorio desconocido para presentar mis respetos, para despedirme de Alexa. Aún así, hablaban de mí como si yo fuera el diablo mismo. Estoy acostumbrado al aborrecimiento de los demás, pero tenía todo el derecho de estar aquí.

Brad apretó mi hombro.

Ajustando mis gafas de aviador negras, metí las manos en los bolsillos del pantalón, preparándome para la reprimenda de Chloe.

Tambaleándose sobre tacones altos, Chloe se abrió paso entre la multitud sollozante, con el bolso pegado al pecho, el pelo rubio recogido en una cola de caballo apretada. —No deberías estar aquí, — lloró mientras el hombre rubio, alguien que reconocí, le decía que se calmara. —¡No eres bienvenido aquí, Warren!

He matado por menos.

Reprimiendo la furia, me giré mientras alcanzaba algo dentro del bolsillo interior de mi chaqueta.

—No me des la espalda. — Me empujó en el hombro. —Enfréntame como un hombre, Warren

—

Perdí todo sentido de conciencia. —Como un hombre, — dije enfadado, poniéndonos nariz con nariz. —No quieres verme en mi peor momento, Chloe. — Mi mano agarró su garganta, y sus ojos llorosos se redondearon. —No podrías manejarlo.

Sus dedos se enroscaron alrededor de mi muñeca. —Te odio, — gimoteó, con lágrimas corriendo por sus mejillas manchadas. —Si no fuera por ti, ¡Alexa seguiría viva!

—Cuida tu boca, — escupí entre dientes apretados. —No sabes absolutamente nada sobre mi relación con Alexa. Intenté protegerla.

—Tu protección la puso en una caja. Tú hiciste eso. — Una vez más, la mujer loca intentó atacarme, sus puños cerrados aterrizando demasiados golpes en mi pecho. —¡Es tu culpa que ella no esté aquí! Tú--

Le di una bofetada en la cara, el golpe despiadado resonando en nuestra angustiosa proximidad.

Si Alexa estuviera aquí, me atacaría por esa dura demostración. Esa mujer amaba a su mejor amiga. Eran más cercanas que la mayoría de las hermanas, vivían, reían y lloraban juntas. Sólo que ella no está aquí hoy. Se ha ido y nunca volverá. Sin ella, no tengo razones para aceptar nada más que respeto de los inferiores.

La rubia problemática aprenderá cuál es su lugar.

Brad se pellizcó el puente de la nariz.

Las rodillas de Chloe se hundieron en el suelo fangoso. Secándose las mejillas con pañuelos arrugados, desabrochó la pulsera de su muñeca y la colgó en la cruz de madera de Alexa.

No miro a Chloe y a su amigo marcharse ni a las voces despectivas en la distancia. Espero a que Brad retroceda y me dé un momento, bajo una rodilla al suelo.

Alexa Haines.

Se fue pero nunca será olvidada.

Odiaba el grabado irreflexivo. Era la frase recurrente de todos cuando enterraban a sus seres queridos. No tenía sentido, era apresurada y poco sincera.

—¿Dónde está su cuerpo? — le pregunté a Brad. —No lo creeré sin un cuerpo.

—Alexa está muerta, jefe, — dijo con cautela. —Reginald lo confirmó. Se fue en el incendio.

Sentí una sola lágrima rodar por mi mejilla. —Me niego... — Mi garganta se apretó. —Me niego a dejarla ir. No es el final para nosotros... — Su mano se cerró alrededor de mi nuca mientras se esforzaba por consolarme. —Le fallé. Prometí protegerla y fallé.

Cientos de dolientes pronto se convirtieron en uno.

Todos desaparecieron, incluido Brad, pero yo no podía alejarme.

¿Cómo puedo dormir esta noche, sabiendo que lo que queda de ella estaba bajo los mismos terrenos sobre los que estaba parado?

Besando el capullo de una rosa roja, la coloqué en el suelo. —Te amo. En esta vida o en la próxima, siempre seré tuyo. Cuando la muerte llame a mi puerta, más te vale ser tú quien venga por mí.

2. CAPÍTULO DOS

Alexa

Mis ojos se abrieron para enfrentar la oscuridad. Durante un breve momento, permanecí inmóvil en un colchón incómodo, los resortes rígidos y dañados penetrando mi muslo. Trazando el patrón de cuadros ilusorio con dedos curiosos, rodé sobre mi costado, con las orejas alerta, escuchando cualquier movimiento o señales de la vigilancia de otro.

Estoy en una jaula. No necesitaba ver la puerta cerrada para confirmarlo. Soy producto de un secuestro infantil. He vivido en estas condiciones antes.

Jace Williams. Su cómplice me inmovilizó, cubrió mi boca con un paño impregnado de químicos y me meció hasta la inconsciencia soporífera. Los escuché hablar pero no tengo recuerdo de lo que dijeron o por qué me hicieron esto. No soy tonta, sin embargo. Puede que no conozca mucho a Jace, pero es evidente que esta cruel jugarreta tiene el nombre de Flamur estampado por todas partes. No hay otra explicación razonable para la malvada traición de mi compañero de trabajo.

Dinero, pensé.

Hizo un trato con un monstruo por dinero.

Poniéndome en posición sentada, apoyé la espalda contra la pared fría.

Por eso Jace se hizo mi amigo. Flamur le pagó para hacerlo.

Con el pecho subiendo y bajando a un ritmo errático, parpadeé en mi oscuro entorno, las manos buscando las paredes a ciegas. Me bajé del colchón por miedo a una gran caída. No es una cama, sin embargo. El colchón está en el suelo, igual que antes cuando vivía en el sótano.

Mis pies descalzos caminaron de puntillas por el concreto.

—Hola, — llamé en voz baja, mi pie tropezando con algo en el suelo, seguido del sonido de metal raspando y agua derramada. Un cubo, quizás. —¿Hay alguien ahí?

Aplanando las palmas contra la pared, caminé de lado, contando cada paso hasta detectar un objeto extraño. Agarré el poste con dedos temblorosos, investigando su altura y grosor. De hecho, hay muchos postes con poco espacio entre ellos. Tenía razón. Estoy en algún tipo de jaula —una celda.

—Hola. — La cadena de metal y el candado de la celda cayeron en mis manos. —¿Quién está ahí? — Tragando saliva para calmar la sequedad en mi garganta, tiré del candado frenéticamente, mientras las pesadas cadenas sonaban. —Por favor, odio la oscuridad.

Mi mano investigadora aterrizó en otro objeto. Estaba frío, parecía carne, y estaba cargado de lo que parecían anillos de oro, dedos--Grité, alejándome bruscamente de la partición tipo jaula, y el dueño de esas manos se rió. —Jace, — dije, deseando poder ver. —¿Eres tú?

Luces cegadoras iluminaron la habitación.

Entrecerrando los ojos por el repentino brillo, cubrí mis ojos.

Jace se rió. —Te estabas poniendo juguetona con mis manos, Alexa.

Miré a través de mis dedos.

Él está al otro lado de la jaula, agarrando los postes con urgencia de nudillos blancos. Sus anillos de oro y pulseras brillaban bajo las luces fluorescentes. —¿Cómo dormiste?

Ignorando su pregunta, inventarié las paredes agrietadas y cubiertas de musgo, los escombros esparcidos y los charcos de agua estancada en el suelo. Como sospechaba, hay un colchón junto a la pared y un cubo volcado.

No es el sótano, lo que sólo aumentó la confusión y el pánico. No, es una nueva jaula. Ambos lugares habrían sido igualmente tortuosos, pero con Flamur, entendía cómo funcionaban las cosas. No sé qué se espera de mí aquí o si viviré para contarlo.

—¿Has terminado de despreciar tu alojamiento? — preguntó, con su voz teñida de diversión.

—Tuve que cubrir la ventana por razones obvias.

Bilis ardiente inundó mi garganta mientras racionalizaba la angustiosa situación. —Difícilmente es acogedor. — Convocando una ferocidad interior, me limpié las palmas sucias en el vestido rojo desaliñado, las correas colgando sueltas por mis brazos. —Bastante insultante, en realidad.

La ceja de Jace se levantó.

Permanecí recatada e imperturbable, aunque todo dentro de mí temblaba y gemía. Por supuesto, estoy aterrorizada y preocupada por sus motivos perversos. Sin embargo, después de lo que soporté de niña, no estoy preparada para mostrarle debilidad a este hombre. Los señores prosperan con la vulnerabilidad de sus presas. En su lugar, adopté una intrépida audacia para ocultar el pánico. Soy una mujer despiadada y empoderada. Eso es lo que Liam me dijo. —Y mataré a cualquiera que se interponga en mi camino.

Me dio una risa breve y mordaz. —Buena suerte.

Lo odio.

¿Cómo pude comportarme de manera tan imposiblemente ridícula, tan imprudente y confiada? No conocía a Jace desde hacía mucho tiempo, pero no lo había considerado como un hombre vicioso con intenciones deshonestas. Pensé que era uno de los buenos, un hombre honorable que amaba el azúcar y tenía predilección por los hombres.

—No eres gay —, dije, recordando sus escalofriantes palabras antes del secuestro. —¿Algo fue real, Jace? ¿Trabajaste en la cafetería sólo para espiarme? ¿Se trata de Él?

No diré el nombre de Flamur en voz alta.

—O, ¿se trata de Liam? — No lo había considerado, demasiado segura de que el albanés manejaba los hilos en algún lugar del fondo. —¿Me estás usando para llegar a él? Si es así, me gustaría que lo reconsideraras. No tengo la culpa de la muerte de tus padres, entonces ¿por qué estoy siendo castigada?

—Cállate. — Se alejó de la barandilla atornillada. —No estás en posición de hacer preguntas. Yo doy las órdenes.

Espero que Liam lo despelleje vivo.

—No, no soy gay. — Se deleitó en decírmelo, luego sus ojos apreciativos se fijaron en mis piernas. —Me encantan las mujeres.

Asqueada por su evidente aprobación, me acerqué más a la barandilla. Quería cubrirme del hombre y sus ojos indiscretos, pero fingiré que tal lascivia no ha tenido ningún efecto en mí. —Si me tocas de manera inapropiada —, advertí, con náuseas revolviendo mi estómago, —te mataré.

Era una amenaza vana. Si un hombre del tamaño de Jace me tirara al suelo para hacer conmigo lo que quisiera, no tendría ninguna oportunidad, sin importar cuánto luchara. Me sometería.

Jace se rió, bajo y seco.

Sonreí maliciosamente. —No soy alguien con quien se deba jugar, Jace.

Puro deleite bailó en sus ojos verdes. —¿Ah, sí? — Sus brazos musculosos se cruzaron. —Por favor, ilumíname, Alexa. ¿Cómo planeas detenerme?

—¿Me violarás? — Me sentí enferma del estómago. —No te hubieras molestado con tal atrocidad. Todo esto —, hice un gesto hacia mi celda temporal, —era innecesario. Tuviste amplias oportunidades de lastimarme, entonces ¿por qué el trato especial? Es un poco dramático, ¿no? Todo este espectáculo sólo por mí.

—¿Dónde está la diversión en eso? — preguntó, observándome como un halcón. —Aquí dentro, puedo jugar cuando quiera. — Sacó el juego de llaves de su bolsillo. —Empecemos por darte una ducha.

—No, gracias. — Preferiría oler como un cadáver en descomposición que desvestirme ante este hombre. —Estoy acostumbrada al mal olor.

Cuando vivía en el búnker de Flamur, nunca me di el lujo de baños de burbujas calientes, tres comidas al día, o beber agua fresca cuando tenía sed. No, pasé semanas y semanas sin duchas. Después de tres días, perdí la cuenta de las comidas que me negaron, y tenía suerte si uno de los guardias arrojaba una botella de agua por las escaleras. Si pude sobrevivir a tales

condiciones inesperadas como niña, seguro que puedo sobrevivir al encarcelamiento como adulta.

—No fue una petición. — Desbloqueó el recinto. —Fue una orden. — La puerta metálica chirrió sobre el suelo de concreto. —Ahora, quítate el vestido, o lo haré yo por ti.

—¿Quieres que me desnude aquí? — Mis labios se separaron. —¿Por qué no puedo quitarme la ropa en el baño?

—Ahora. — Se estaba impacientando. —Última oportunidad, Alexa.

Oh, iba a aterrorizarlo.

Metiendo los dedos bajo los tirantes de espagueti, me quité el material arruinado del cuerpo. Las capas de satén rasgadas se juntaron a mis pies. Deslicé mis manos hasta mis caderas con la barbilla inclinada y mantuve el contacto visual.

—¿Sin encaje? — Sonó como una pregunta, pero no estaba segura. —¿Por qué?

A Liam le encantaba cuando eliminaba la ropa interior. Lo excitaba, saber que podía deslizar una mano bajo mi vestido y tocar lo que le pertenecía en cualquier momento. Pero eso es asunto nuestro, no de Jace. —Es incómodo.

Su mirada velada recorrió mi cuerpo. —No eres lo que esperaba —, dijo con voz ronca, y fruncí el ceño. —No hay nada en ti.

Mis mejillas se calentaron de vergüenza. —Entonces, ¿por qué coño estoy aquí?

—Prefiero a las mujeres con un poco de carne. — Sus dientes jugaron con su piercing en la lengua. —Aunque coño es coño, ¿no?

Tengo que prepararme para su inminente agresión. Soporté violaciones desde una edad temprana, así que desconectarme es una segunda naturaleza para una mujer como yo. Sin embargo, no participaré. Le espera un despertar brusco si gritar, forcejear y suplicar lo excitaban. No lucharé ni rogaré por mis derechos. No jugaré sus juegos.

—Jace, si el sexo no consensual es un requisito, estoy lista. Sin embargo, si intentas poner ese asqueroso pene en cualquier lugar cerca de mi boca, te lo arrancaré de un mordisco. Esa no es una amenaza fútil. Es una promesa.

Entró en el recinto.

Contuve la respiración.

—Vamos a quitarte ese hedor a vodka del cuerpo. — Me arrastró fuera de la celda y a través del área sórdida con electrodomésticos anticuados, muebles viejos y ropa esparcida. —Levanta los pies.

Casi tropecé con la bolsa de gimnasio en el estrecho pasillo. Entré al baño, que tenía las baldosas de piso a techo incrustadas de moho. Una cortina de ducha floral colgaba precariamente entre la bañera y el lavabo tambaleante. Incluso el inodoro sin asiento estaba manchado de capas negras sucias de hongos y óxido.

—Lávate. — Apartando la cortina de la ducha, me obligó a entrar en la bañera, el grifo sobre mi cabeza goteando rocíos con olor a desagüe. —Vamos, Alexa. No tengo toda la noche.

Agua helada se vació sobre mi cabeza. Reprimí un grito alarmado, pero el estremecimiento de mi cuerpo me traicionó. Con los dientes castañeteando, le di la espalda, rogando silenciosamente por calor. Momentos después, el vapor llenó el aire y calentó mi piel antes congelada. Me lavé obedientemente, exfoliando la piel con gel con aroma a fresa.

Jace me pasó la botella de champú. —Lávate el pelo.

Echando champú en mi palma, froté mi cabello y cuero cabelludo.

Satisfecho por la limpieza de su cautiva, Jace cerró la ducha y me lanzó una toalla de textura áspera. —Sécate.

Con el pudor dejado en la puerta, me sequé el cuerpo.

Jace me entregó pantalones de chándal negros y una camiseta grande. Su ropa enterraba mi figura. No me importó. Estaba agradecida por la cobertura y las fibras cálidas.

Me tomó por el codo. —De vuelta a la habitación.

Mis ojos se posaron en la escalera de madera escondida detrás del sofá mientras consideraba una ruta de escape.

—Ni lo intentes. — Me devolvió al aislamiento. —No llegarás lejos, Alexa. Cerré la puerta principal. Incluso si tuvieras la suerte de burlarme, no hay nada más que vastedad desolada más allá de este lugar.

—¿Se trata de tus padres? — Pregunté una vez más. —¿O Flamur te pagó para encargarte de sus asuntos? ¿El cobarde no fue lo suficientemente hombre para secuestrarme él mismo?

Jace pareció desconcertado. No pude descifrar qué pregunta lo sobresaltó. —Mis padres murieron en un accidente automovilístico cuando tenía quince años —, dijo, y la sangre se evaporó de mi cuerpo. —El destino apesta, ¿eh?

Quería abofetearlo. —Me dijiste que Liam era responsable de sus muertes.

—Mentí. — Con la puerta cerrada en su lugar, me encerró. —Aunque todavía tengo curiosidad. ¿Por qué saldrías con un hombre como Liam Warren?

—¿Por qué no? — Desafié, agarrando los barrotes metálicos. —Afirmas que Liam es un asesino despiadado que no merece redención, sin embargo reflejas sus rasgos nefastos. Dime, Jace. ¿Qué te hace un hombre mejor? Eres un bastardo contradictorio que se aprovecha de mujeres jóvenes vulnerables.

—Patético. — Sus labios se curvaron en la esquina. —Defiendes su honor con tanto vigor apasionado, y es asqueroso. Lo tienes todo resuelto, ¿verdad? Warren es el peor de nuestra clase —, escupió, y lo miré fijamente con ojos castigadores. —Pero te trata bien, así que todo está bien, ¿eh? No importa que asesine brutalmente a personas inocentes por diversión. No importa que genere dinero de víctimas indefensas que están demasiado aterrorizadas para defenderse. ¿Qué tan bien lo conoces realmente? Pasas por alto sus asesinatos cuando se trata de hombres, entonces ¿cuál es el punto de quiebre? ¿Ancianos? ¿Mujeres? ¿Niños? — Mi núcleo se anuló. Nunca niños. —Ah, así que aún no te ha corrompido.

—Liam tiene reglas —, susurré, con el corazón latiendo salvajemente en mi pecho. —Nunca lastimaría a personas que no lo merecen.

—Vaya. — Su cabeza se sacudió en pura incredulidad. —¿Desde cuándo las mujeres y los niños merecen algo más que protección?

—¿A dónde quieres llegar? — Pregunté, con un toque de pánico en mi voz. —De nuevo, ¿en qué eres diferente? Nunca te hice daño, Jace. ¿No merezco indulgencia?

—Daño colateral. — Se encogió de hombros sin importarle. —Warren vino por mí, así que es justo que le devuelva el favor.

Su evasiva indescifrable me irritó.

Liam nunca había conocido a Jace hasta la fiesta de cumpleaños, entonces ¿de qué estaba hablando?

—Debes tener hambre. — Vagando hacia la pequeña cocina, agarró una caja de avena del armario. —¿Con miel o natural?

Lo ignoré.

—Eres como yo. — Rasgando un sobre con sabor a miel con los dientes, vació la avena seca en una taza blanca. —Necesitas tu ingesta de azúcar, ¿verdad?

Que se joda él y su azúcar.

Vertiendo leche sobre la avena, metió la taza en el microondas y esperó el timbre de finalización. —Compré fresas, pero no soy de compartir, así que puedes verme consumirlas más tarde.

Mi estómago gruñó.

Llevó la taza a la puerta. —Come.

Arrebatando la taza de su mano tatuada, la lancé contra la pared. Se hizo añicos, y los gruesos grumos de avena cayeron al suelo.

La mandíbula de Jace se tensó. —¿Preferirías morir de hambre?

—Preferiría comer mierda que aceptar algo de ti.

—Eres tonta.

—Sí, puede que sea tonta, pero no soy frágil.

El método poco delicado de Liam de —contraatacar — será útil para este dilema.

—No me quebrarás. — Me senté con las piernas cruzadas en el colchón. —Pronto te darás cuenta de lo molestamente infantil que soy. Canto sin armonía, hablo conmigo misma a diario y funciono bien cuando estoy privada de sueño. — Tarareando para mí misma, estudié mis uñas con expresión aburrida. —Te doy una semana en mi compañía antes de que pierdas la batalla.

Su risa gutural reverberó alrededor de mi celda. —Delirante. No me quedaré aquí, Alexa. Simplemente paso para asegurarme de que sigues respirando. Además, sólo te tengo por dos semanas. Le perteneces a Bajramovic.

El miedo arañó mis entrañas. Me escabullí del colchón con un momentáneo mareo. —¿A dónde vas? — Grité, viéndolo recoger su móvil y sus llaves de la mesa de café. —No puedes dejarme aquí, Jace. ¡No puedes entregarme a él!

—Deja de hablar. — Se puso una chaqueta de cuero. —Tu voz quejumbrosa me irrita.

—Jace. — Mis manos agarraron los barrotes. —Por favor no me entregues a él. No entiendes. Él
—

—No es mi problema. — Se dirigió a la escalera, apagó la luz y me sumió en la oscuridad. —Tu pequeña hazaña con la avena fue estúpida. Ahora no verás una comida en tres días.

Escuché la puerta cerrarse en algún lugar, y el sonido de cadenas siguió.

Mis rodillas tocaron el suelo mientras un sollozo gutural salía de mi pecho. Es abrumador, el dolor y la angustia inmovilizantes. No puedo volver con Él. Nunca sobreviviré a él dos veces.

—Por favor —, lloré, escuchando el grifo goteando en la cocina. —Liam, por favor encuéntrame.

Sólo hay una salida de este lío.

Debo matar a Jace.

3. CAPÍTULO TRES

Liam

La mafia albanesa bombardeó el Club 11. Perdí a muchos soldados leales que vivían y morían por el sindicato. Joshua Fitzpatrick sobrevivió al devastador pandemonio. Nunca entenderé cómo el bromista detrás de la barra logró burlar a hombres armados diestros. Luchó hasta llegar a mi oficina mientras ocurría el alboroto, se enfrentó y peleó con dos cleptómanos enmascarados que estaban en proceso de decodificar y vaciar la caja fuerte y, en el proceso, recibió un disparo en el hombro izquierdo.

Nate y Brad están a cada lado de mí, volviendo a ver las imágenes de vigilancia. Estamos igualmente impresionados por la destacada valentía de Josh.

Escuché que llamaban a la puerta. —Adelante.

Momentos después, Josh cojeó hacia la oficina y se desplomó en el sofá de cuero con un suspiro cansado. —Querías verme.

Se había vendado el hombro descuidadamente, la herida sin cerrar todavía supuraba sangre. —¿Por qué no corriste como los demás? — Pregunté, encendiendo un mechero para encender el cigarrillo que equilibraba entre mis labios. —No eres un soldado entrenado ni un francotirador hábil, ni posees un arma. Nate tampoco transmitió órdenes en mi ausencia.

—Me disculpo —, dijo, tragando lo que parecía ser un trago doloroso. —Actué por instinto. Sólo estaba tratando de ayudar, señor.

Impresionado es quedarse corto. Nunca supe que lo tenía en él. —No te registraste en la unidad de emergencias. — Encendiendo el cigarrillo, exhalé un velo de humo. —¿Por qué?

Josh meditó la pregunta. —Habría levantado sospechas, y el equipo médico habría alertado a la policía. Necesitaba aclarar mi historia, supongo.

Brad me miró de reojo. —¿Cómo está la herida superficial?

—Logré detener el sangrado. — Josh se quitó el vendaje del brazo, revelando carne cruda e infectada. —Está jodida, ¿verdad?

Nate examinó el daño. —Su herida necesita puntos. — Antes de que otra palabra pasara por la habitación, salió de la oficina en busca de suministros médicos.

Josh miró fijamente la puerta. —¿A dónde va? ¿Me llevará al hospital? Podría necesitar analgésicos.

—Deja de preocuparte, Josh. — Brad tomó una botella de Jameson del mini bar. —No duele... — Miró hacia arriba en intensa concentración. —Miento. Recibir puntos duele la hostia .

Josh se atragantó con el oxígeno. —No, estoy bien. — Sus ojos se agrandaron cuando Nate volvió a entrar en la habitación. —No te me acerques con ese kit, Nate. Ni siquiera necesito mi brazo
—

—Cállate —, regañé, y el chico maldijo por lo bajo. —Me estás dando un dolor de cabeza de los mil demonios.

Josh le arrebató la botella de Jameson a Brad y bebió sediento.

Nate se puso un par de guantes de látex. Ajustándose las gafas de montura negra, abrió la bolsa y desempaquetó una jeringa. —Anestesia —, dijo, insertando la aguja en el brazo de Josh. —Respira, hombre.

—Ah, mierda. — Los dientes de Josh están apretados. —Deja de reírte, Nate. Duele.

Nate enjuagó el área infectada con solución salina. —Es hora de suturarte.

—Suturarme —, repitió Josh con incredulidad. —¿Por qué no podemos ser como la gente normal que va a los hospitales donde puedo ser suturado por un puto médico normal? — Apartó las manos de Nate que se acercaban. —No te metas conmigo, Nate.

Cuando Josh intentó levantarse del sofá, Brad intervino. —¿Te parecemos gente normal? — Sus manos cayeron sobre el hombro del muchacho para mantenerlo en su lugar. —Además, lo normal es aburrido, así que deja de actuar como un marica y deja que Nate te arregle.

Con los ojos mirando entre los hombres, Josh exhaló un suspiro de resignación. —Culpo a Brad si me desmayo.

Equipado y ansioso por proceder, Nate comenzó a arreglar la herida de Josh mientras murmuraba sobre antibióticos.

Me puse de pie, bajé el volumen de su conversación y observé a los hombres reconstruir la sala principal de funciones a través de la ventana recientemente arreglada. Todo tiene que ser reemplazado: espejos, podios, muebles, cabinas y el bar. Los hombres de Flamur tuvieron éxito. Destruyeron el Club 11, dejando una factura de cobertura considerable en mi escritorio.

Mis ojos se posaron en el bar donde los empleados trabajaban incansablemente para ensamblar nuevos gabinetes y reabastecer los frigoríficos. Sé que Alexa no está aquí, pero me encontré buscándola de todos modos. Recuerdo cómo reclamó la última caja registradora, la más cercana a la puerta. Es donde trabajaba la mayoría de las noches. Lo sabría. Observé.

La angustia estranguló mi corazón. Daría cualquier cosa por volver atrás en el tiempo. Si fuera menos egoísta, habría rechazado su solicitud de trabajo. Le habría cerrado la puerta en la cara. En cambio, la recibí en el club y en mi cama, sabiendo que, con o sin la obsesión de Flamur, se habría enfrentado a la muerte.

Exhalé humo de cigarrillo.

¿Por qué la dejé irse a casa esa noche?

Prometí protegerla.

—Jefe —, llamó Brad, y me aparté del estado lacrimoso. —¿Estás con nosotros?

Enmascaré el dolor y el arrepentimiento. —Por supuesto.

—Vives y mueres por La Hermandad. — Nate volvió a cerrar la bolsa. —Judas no está

invitado a la mesa del jefe.

Josh hizo una mueca de confusión. —¿Qué?

—Nunca muestres debilidad. — Brad marcó el código de la caja fuerte. —Nunca tengas debilidades.

Fue un comentario inocuo, pero me golpeó fuerte en el pecho.

Alexa era, y siempre será, mi mayor debilidad en la vida.

—Es imperativo. — Nate se sentó en la mesa de café. —Una mujer... — Sus labios se inclinaron en una sonrisa burlona. —¿O prefieres hombres?

—No soy gay —, respondió Josh con un dramático resoplido. —Me encantan las mujeres, muchas gracias. ¿Por qué me estás diciendo todo esto?

Brad arrojó el archivo de Josh sobre el escritorio.

Abriendo la carpeta, leí los eventos mundanos de la vida de Josh. Sus padres están muertos. Es hijo único. Sin embargo, un punto destacado levantó banderas rojas. —¿Es tu abuela problemática?

—¿Por qué? — Su perplejidad aumentó. —¿Qué coño tiene que ver mi abuela con esta conversación sin sentido?

—Aprende las reglas —, dije enfadado, y él se estremeció. —No faltas el respeto a tu jefe, ni harás preguntas. Esperas a que se dirijan a ti. Nunca me desafías a mí ni a mi autoridad. Si te digo que te pares junto a la pared durante quince horas seguidas sin pronunciar una palabra, lo harás con una maldita sonrisa en la cara. ¿Me he explicado con suficiente claridad?

Nate y Brad estaban acostumbrados a las leyes y a la beligerancia de su jefe. Josh, sin embargo, quería estar en cualquier lugar menos en esta oficina. —Me disculpo. — Se puso de pie con cautela. —Mi abuela no es un problema.

Abriendo el cajón del escritorio, saqué la Glock de acero inoxidable. —Las serpientes llamarán a tu puerta. Los detectives te lamerán el culo. — Agregando balas a la recámara del arma, puse mis pies sobre el escritorio. —Ambos te ofrecerán una cantidad sustancial de dinero para destruirme. Tal vez no hoy pero definitivamente mañana. Es tentador, ¿no? ¿Vale tu vida el dinero, sin embargo?

—Si traicionas al jefe, La Hermandad o el sindicato, terminas en una tumba sin nombre. — Nate tomó el arma de mi mano y se la ofreció a Josh. —El entrenamiento comienza la próxima semana.

—Bueno, mira eso, Joshy. — Brad golpeó el hombro de Josh. —El jefe debe estar impresionado. Puedes estar con la élite a partir de ahora.

—¿Qué? Oh, mierda no —, protestó Josh con un chillido agudo. —No quiero ser uno de vosotros. ¿Estáis locos? ¿Habéis visto mi cara? — Hizo un gesto hacia sí mismo como si quisiera dejar claro lo obvio. —Me gusta. Quiero conservarla.

—Estás desperdiciado en ese bar, sirviendo tragos por el salario mínimo. Tienes potencial, chico. — Me dirijo a Nate, —Encárgate de él. Entrénalo hasta su máxima capacidad —lo quiero listo en dos semanas, así que no alivies ni te contengas. — Contratar a alguien de inmediato es una primera vez para mí. Usualmente, Brad asiste mientras examinamos y contratamos reclutas. Dado que Josh mostró lealtad sin siquiera pestañear, estoy dispuesto a negociar términos y condiciones.

—No —, persistió Josh con obstinada ferocidad, con las manos en las caderas.

—¿Estás seguro? — Pregunté, sabiendo que es fácilmente quebrantable. —¿No necesitas el dinero extra?

—¿Dinero? — Ahora está interesado. —¿Como un aumento?

—Sí. — Con falsa emoción, Brad se metió un palillo entre los labios. —Noventa grandes extra al año. Luego están el club y los restaurantes donde cenas y bebes gratis, sin mencionar los coches, el alojamiento, la sastrería y el estilo de vida, financiados por la organización, cortesía de nuestro generoso jefe. Mientras te mantengas leal, tu vida será sumamente dichosa.

Él y su maldita dicha.

Signos de libras repicaron en los ojos de Josh. —Eso es mucho dinero.

—No me digas, chico —, dije con exasperación. —Ahora, ¿estás dentro o estás fuera?

Las manos de Josh se frotaron. —Oh, estoy jodidamente dentro.

El dinero siempre gana.

***

Es alrededor de la medianoche. Ordené a los hombres que cerraran el club y se tomaran la noche libre, dejándome solo en mi tranquilo solaz, rodeado de oscuridad. Bebiendo una botella de Macallan, me relajo en mi sillón de cuero, escuchando música serena con sólo las letras y mis pensamientos para contender. Levanté el porro a mis labios y tomé una bocanada de bruma.

Mañana, el verdadero trabajo comienza. Debo visitar a las familias de los hombres fallecidos y ofrecer condolencias y sobrecompensación para garantizar su silencio. Es parte del trabajo. Cuando un hombre firma un contrato conmigo, sabe que la muerte está entre las posibilidades. En caso de que uno pierda la vida, cualquier pariente o compañero, aunque desconocedor de su segunda vida, es compensado grandemente por su privación.

Debo sentarme con Reginald, uno de los muchos hombres poderosos cómodamente sentados en mi bolsillo trasero. El ataque al Club 11 no pasó desapercibido. Necesito elaborar una explicación falsa, para que el Jefe pueda eliminar a cualquier detective merodeador, husmeando alrededor de mis establecimientos
—un dolor de cabeza agotador que no necesito últimamente; sin embargo, no es nada que la libra esterlina no pueda arreglar.

El dinero es poder, y tengo un montón de él.

Desde la noche en que maté a mi padre y a su esposa, la herencia de lujo y afluencia se convirtió en un factor significativo en mi vida. En primer lugar, no había comprendido cuán rico era realmente.

—Hola —, dijo la gerente del sórdido bed and breakfast en el momento en que crucé el umbral. —¿En qué puedo ayudarte?

Tenía frío, estaba cansado y hambriento. —Necesito una habitación —, dije con voz ronca, agarrando firmemente el asa de la mochila entre mis manos apretadas. —¿Está bien mi bicicleta afuera?

Revolviendo sus cabellos entrecanos, miró por encima de mi hombro, tamborileando con uñas pintadas de rosa sobre el escritorio. —Raramente la gente se aventura por estos lados —, dijo, asintiendo con seguridad. —Creo que estará bien.

Gotas de lluvia bailaban en las puntas de mi cabello despeinado. —¿Cuánto por una habitación básica?

Encendió el ordenador obsoleto, tecleando. —Treinta libras.

Aclarándome la garganta, abriendo mi mochila, cuidadosamente revisé el dinero, entregándole un billete de cincuenta libras.

Elevando una ceja, levantó el billete sobre su cabeza, verificando el holograma bajo la luz del techo. —¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho —, mentí, rezando que mi aventurera altura imponente y voz ronca la engañaran. —Entonces, ¿me puedes dar una habitación o no? — Me lanzó la llave de la habitación. —Quédese con el cambio.

Encontré mi habitación en el tercer piso, tiré mi mochila sobre la silla de respaldo alto al azar, me quité la sudadera con capucha y olí la transpiración que emanaba de mi cuerpo.

Dentro del baño privado, encendí la luz, esperé a que la bombilla esporádica se iluminara, y estudié mi reflejo en el espejo. No me había afeitado, ni una sola vez mientras la pubertad comenzaba. Hice una nota mental de pasar por la tienda de conveniencia mañana y comprar lo esencial: maquinilla de afeitar, desodorante y equipo de arreglo personal. Diablos, podría parar en una barbería local. Han pasado meses desde mi última visita.

Apartando la cortina de la ducha, abriendo el agua caliente, esperé a que el vapor impregnara la habitación totalmente embaldosada, me quité el resto de mi ropa y me deleité en la euforia celestial. Froté mi piel hasta dejarla en carne viva con esas muestras de cortesía, untando mi piel con espuma jabonosa que olía a cocos y paraíso.

Utilizando una toalla disponible, até la áspera textura alrededor de mi cintura, regresé a mi habitación y cerré las persianas. Me quedé de pie cerca del tocador de caoba, con los ojos saltando de la cama doble a la mochila, sin saber qué hacer conmigo mismo.

Una ola de náusea hizo una pirueta en mi estómago. Ha ocurrido frecuentemente esta noche, el temido pánico. —Maté a mi padre, — susurré, hundiendo dos manos en mi pelo, tragando la bilis omnipresente, temiendo una vida de encarcelamiento.

¿Habré dejado huellas dactilares en la escena del crimen?

¿Había cámaras en la casa?

¿Hubo testigos?

¿Me despertaré con la policía allanando mi hogar temporal?

Me desplomé en la cama. —Estoy jodido, — gemí, aunque disfrutando la comodidad envolvente. Hundiendo mi cara en las sábanas, parpadeé rápidamente para abolir las lágrimas no deseadas que me quemaban los ojos, preguntándome si alguien habría encontrado a Bill ya.

Quizás no debí haberlo dejado.

¿Por qué no llamé a los servicios de emergencia?

¿Y si se pudre en el cobertizo?

Sacudiendo los pensamientos pesimistas, agarré la bolsa y vacié su contenido sobre la cama. Miré el arma y luego la metí bajo mi almohada. No la usaré de nuevo.

Mi estómago gruñó, recordándome que debía alimentarlo. No, esperaré hasta la mañana. Necesito un plan sólido
—un hogar permanente, un lugar al que llamar mío.

Pasé el pulgar por un fajo de billetes, con una sonrisa vanidosa bailando en mis labios.

—Un millón. — Soy rico. El dinero manchado con la sangre de mi padre está en mis manos. —Bien hecho, papá. — Conté tantas veces, convencido de que mi mente me jugaba trucos.

Esa noche, permanecí despierto con mi mano en la empuñadura del arma, escuchando mis alrededores. No había descansado pero encontré el calor y la seguridad financiera reconfortantemente terapéuticos.

El amanecer se asentó en el horizonte, y empaqué mis escasas pertenencias, me vestí de nuevo con mi ropa vieja, descolorida y andrajosa y abandoné el edificio sin mirar atrás.

La escarcha se aferraba a los manillares de la bicicleta. No, ya no quería la bicicleta de Trevor. Dejé caer esa porquería oxidada y avancé con paso firme con una sonrisa permanente en mi rostro.

Muchas preguntas filtraron por mi mente mientras viajaba por las impresionantes calles de Londres.

¿Sabía Bill quién era yo el día que se me acercó?

¿Bill alguna vez tuvo la intención de informarme sobre Ray, o su evasivo desliz se debió a su muerte inminente?

Quería saber cómo Bill conocía a Raymond.

Esas preguntas quedarán sin respuesta para siempre. Bill y Ray estaban muertos —nunca volverán. —Ya se acabó, — murmuré para mí mismo, tirando de mi capucha sobre mi cabeza, ocultando mi identidad de alguna manera.

Localizando una furgoneta de hamburguesas concurrida, me detuve en seco, me relamí los labios y me apresuré a cruzar la calle. Incluso esperar en la cola era un lujo. Inhalé el aire matutino impregnado con el aroma a carnes cocinadas, pedí dos hamburguesas de desayuno y los devoré con hambriento deleite. Mendigar comidas era cosa del pasado. Buscar bancos privados para duchas frías era una idea secundaria.

Me detuve en una tienda de ropa y compré chándales, calzoncillos ajustados, calcetines y productos de higiene para mantenerme hasta mi próxima juerga de gastos.

Satisfecho con mi nuevo guardarropa, entré en la barbería, como mencioné anteriormente, me sometí a una nueva imagen, afeitado, pelo negro peinado a la perfección.

Me sentía como la hostia, las zapatillas ajustadas pero cómodas en mis pies, bolsas de papel marrón en mano, silbando algunas de las melodías favoritas de Bill mientras me abría paso entre los transeúntes.

—Está asqueroso, — oí gritar a una mujer, y mi curiosidad pudo más que yo. —No es apto ni para un animal.

Mierda, la gente anda de un humor de perros esta mañana. Doblé la esquina de la calle, aparqué mi trasero en el muro de alguien, evaluando abiertamente a las dos personas discutiendo que mostraban pura hostilidad para que todos fueran testigos.

—No está tan mal, — disputó el hombre mayor, su traje arrugado y desarreglado necesitaba una plancha. —Y es barato.

Rasgando el paquete con los dientes, me metí un puñado de cacahuetes en la boca.

—Publicidad engañosa, — argumentó ella, gesticulando hacia el edificio de piedra rodeado de andamios. —¡Engañosa!

En medio de su desfile polémico, estudié el cartel de —Se Alquila — junto al edificio residencial de mampostería policromática, luego escudriñé el vecindario
—pacíficamente tranquilo, escasos vehículos, sin conmoción y mínimos ciudadanos. Es perfecto, concluyo, viendo a la mujer furiosa regresar a su coche aparcado, gritando blasfemias al tipo de mediana edad que está cerca de sufrir un derrame cerebral o contemplando el suicidio.

Esperé hasta que su coche pasó a toda velocidad, dejando una espesa niebla a su paso. —Oye, — llamé, comprobando dos veces la carretera por vehículos inesperados antes de unirme al hombre no identificado. —Liam Warren, — me presenté, sacudiendo la sal de mis manos. —¿Quién eres tú?

Se desarrollan arrugas alrededor de los ojos recelosos del hombre. Se arregló su corbata azul real. —Reginald, — confirmó, apretando un portapapeles contra su pecho para ocultar su camisa empapada en sudor. —¿Qué puedo hacer por ti, Warren?

—¿Mal día? — me divertí, ansioso por echar un vistazo dentro de esa habitación libre.

—Algo así, — murmura, limpiando gotas de sudor de sus pobladas cejas. —¿Te conozco de algo?

—Quiero ese piso, — fui directo al grano. —Preferiblemente hoy.

Sus cejas saltaron de sorpresa. —Pero ni siquiera lo has visto.

Señalé hacia el sendero. —Entonces guía el camino.

Dudó antes de enfocarse en el edificio arrendado. Sacando llaves del bolsillo de su pantalón de pana, abrió la puerta, haciéndose a un lado para que yo entrara. —Piso superior, — dijo, señalando las escaleras. —Adelante.

Subí las escaleras de madera, esperé a que desbloqueara la segunda puerta, ansiosamente me abrí paso dentro. —Dijiste que era un piso, — señalé con desprecio altivo. —Hay una puta cama en la sala de estar.

—Bueno, — respira, considerando su mentira, —es un estudio, pero hay un baño privado en la parte trasera.

Deteniéndome junto a la colcha manchada, catalogué mentalmente las paredes sin papel, los suelos de madera, los muebles inadecuados y arcaicos y la inútil cocineta. —¿Funciona el horno? — pregunto, jugando con los botones de goma. —¿Puedes comprobarlo por mí?

Una pregunta surgió en su mirada. —¿No sabes cómo funcionan los electrodomésticos?

No. —Obviamente, — mentí, señalando la tetera manchada. —¿Pero este basurero pasó una prueba de seguridad eléctrica?

—Sí, — replica, altamente ofendido. —Soy un agente inmobiliario honorable. Muchas gracias. — Me empujó lejos del área de la pequeña cocina, demostrando cómo usar los electrodomésticos. —¿Satisfecho?

—Preferiría una propiedad sin amueblar. — Probablemente hay chinches en ese colchón sucio. —Puedo comprar una cama nueva y demás.

Reginald asintió. —Puedo hacer que eso suceda.

Dejé caer la mochila en el sofá, y partículas de polvo rebotaron de los cojines desgastados. —Me lo quedo.

—Escucha, — suspiró, frotándose una mano sobre sus cansados rasgos. —No te culparía por rechazar este lugar caótico. Es inhóspito y sobrevalorado.

—No me importa.

Sus ojos se afilaron. —¿Siquiera tienes edad suficiente para alquilar una propiedad, Warren?

—Odias tu trabajo, — dije con seguridad, desplomándome en el sofá impregnado de humo.

Reginald gruñó en acuerdo. —¿Es tan obvio?

—¿Por qué vives esta vida? — Arqueé una ceja, evadiendo su investigación inicial. —Eres un hombre adulto, Reginald. Deja el trabajo diario y ordena tu mierda.

—Tienes bastante opinión para ser un joven, — espetó, estacionándose en el sillón marrón. —Visión de túnel, Warren. No todo en la vida es blanco y negro. Como dijiste, soy un hombre adulto
—un hombre con responsabilidades. No puedo simplemente dejar mi trabajo
—

—Es una elección, — interrumpí, terminando el resto de mis cacahuetes. —Vives una vida mediocre por elección.

No sé por qué Reginald entretuvo mi querella. —Quería ser policía. — Se rió de sus ambiciones anteriores. —Hasta que dejé embarazada a mi chica y necesité dinero. Mi padre me crió de la manera correcta, Warren, así que me casé con la mujer, conseguí un trabajo de nueve a cinco y me ocupé de mi familia. Con los años, comencé a resentir la vida. Las facturas se acumularon. Los cobradores de deudas golpeaban mi puerta... — Se quitó la corbata, metiéndola

en su bolsillo. —Tengo a la agencia presionándome porque no estoy alcanzando las ventas, también
—mierda. No debería agobiarte con mis dramas. Eres muy joven.

Podría ser joven, pero era calculador y determinado. —Sé policía
—

—No es tan fácil como eso. No tengo dinero para financiar esos cursos. Además, no puedo permitirme tomar tiempo libre del trabajo. ¿Cómo pagaré las facturas? ¿Qué hay de mi esposa?

—Tengo un deseo, y es que seas la mejor versión de ti mismo. Usarás tu dolor, ira y resentimiento para convertirte en un hombre. — Bill deslizó cuidadosamente el arma en mi bolsa. —Si quieres algo lo suficiente, entonces tómalo. No aceptes nada menos que lo mejor, Liam.

Miré fijamente a Reginald.

Abriendo la cremallera de la bolsa, lancé cinco fajos a Reginald, presenciando cómo el shock reclamaba sus ojos sobresalientes. —Deja el trabajo diario, — ordené, y él no había levantado la vista del papel. —Hay suficiente dinero allí para mantener a tu familia a flote.

—No puedo aceptar eso de ti, — dijo, aunque nunca intentó devolverlo. —Está mal. Eres sólo un niño.

Me encogí de hombros. —El dinero es papel. Quiero ayudarte. Además, — sonreí maliciosamente, —tengo el presentimiento de que me beneficiarás en el futuro. Ahora, regístrame para este agujero de mierda. Necesito un lugar para dormir esta noche.

Reginald produjo un contrato de doce meses y dejó su trabajo. Tenía suficiente dinero para saldar su deuda y vivir cómodamente con su pequeña familia antes de unirse a la fuerza policial.

Financiar a Reginald Burton fue una inversión lucrativa. Sabía que, tal vez no hoy, pero algún día, el taimado tonto me devolvería mi generosidad de ese día
—

Mis ojos se abrieron de golpe. La tranquila soledad me saludó, la música sonaba repetidamente en el fondo. Poniendo una mano en mi pecho, respiré a través de mi latido errático, deseando seguir dormido.

Agarrando mi móvil del escritorio, busqué entre mensajes de texto, releí las ingeniosas respuestas de Alexa, y encontré un viejo mensaje de voz. —Liam, — resonó en mi oído. —Estoy borracha. Muy borracha, de hecho. Estabas enfadado conmigo esta noche... — Suspiró derrotada por el teléfono. —Odio cuando estás enfadado conmigo.

El dolor se encerró dentro de mi pecho.

—De todos modos, no iba a llamar porque me colgaste antes, y la terquedad parecía razonable, pero tenía que oír tu voz. Chloe y yo acabamos de volver del bar de cócteles, y, bueno, supongo que te echo de menos, — susurra, y puedo oír el crujido donde está subiendo a la cama. —Sé que te pones celoso, pero es senil. Todo el mundo sabe cuánto te amo.

Dejé caer mi cabeza hacia atrás para mirar al techo.

—Eso nunca va a cambiar, — fueron sus últimas palabras antes de terminar el mensaje.

—Joder, — gruñí, lanzando mi móvil al suelo.— Joder, Alexa.

Paseando por la oficina, escuché la música zumbar. Levanté la botella de Macallan a mis labios, casi bebí, luego la lancé a través de la habitación, mientras el cristal se rompía en pedazos. —Joder. — Volcando la mesa de café y todo lo que había en ella, pasé por encima del cristal roto. —No.

Está mal. Todo se sentía mal sin ella. Sin sentido.

La rabia me atacó desde las profundidades de mi núcleo.

Arrancando el bate de Brad de la pared, lo balanceé alrededor, destruyendo todo a la vista. Los monitores crujieron y se esparcieron por el suelo
—todo siguió: pinturas, muebles, mini-bar y la colección de vinilos exhibida.

No es suficiente; nada era suficiente.

—Te necesito jodidamente. — Lanzando el bate a través de la habitación, me tambaleé. —Joder.

Nada significaba nada para mí.

Todo en la vida no significaba nada para mí sin ella a mi lado.

Salvando cocaína del suelo, puse algo en mi fosa nasal y esnifé lo suficiente para amortiguar mi rabia.

Los discos de vinilo crujieron bajo mi peso. Buscando entre cajas esparcidas con intenso pánico, encontré la copia de Il Divo y reemplacé la música. Rescaté la única botella intacta de Jameson en el suelo, perdí la tapa, y bebí whiskey hasta que mi garganta ardió.

Mi espalda golpeó la puerta, —Me dejaste, — susurré a la nada. —No puedo creer que me hayas dejado.

Me deslicé sobre mi trasero.

La botella escapó de mis dedos y rodó por el suelo.

Enterré mi cabeza en mis manos y.

Cinco segundos después, lloré como un maldito bebé.

4. CAPÍTULO CUATRO

Liam

Despertando a la voz irritada de Brad, lamí el cielo de mi boca seca, abrí un ojo y vi una miríada de zapatos de cuero pasando junto a mi cabeza. Exploré mis alrededores y me di cuenta de lo cerca que estaba del suelo. Con cristal clavado en mi mejilla, me froté el cansancio de los ojos, rodando sobre mi espalda para mirar al techo.

No estaba en mi mejor momento, te lo puedo asegurar.

Los soldados operaban colectivamente para reemplazar monitores dañados y cámaras de vigilancia dentro de la oficina. Nate está actualmente intercambiando la unidad de estantería mientras Brad ensambla la nueva mesa de café de alto brillo.

Me tambaleé hasta ponerme en pie, sacudiendo polvo y fragmentos de cristal de mi camisa arrugada y manchada de alcohol. Nadie me dirigió una mirada. No se atreverían. Pasaron por alto el hecho de que me derrumbé después de destrozar mi oficina.

Descartando el dolor de cabeza palpitante, recogí el lienzo dañado del sofá y me reprendí internamente por la imprudencia.

Anoche, tuve un lapso de juicio. Ingerí demasiado alcohol y drogas para adormecer el duelo que todo lo consume y todo dentro de las proximidades sufrió.

Mi corazón se apretó.

Por primera vez en mi vida, encontré un amor por el que valía la pena luchar
—por el que valía la pena morir
—y la perdí. Claro, no habíamos discutido probabilidades o posibilidades futuras, pero sabía que Alexa era la única
—mi única. Su muerte prematura dejó un agujero enorme en mi pecho
—un doloroso vacío que ninguna otra mujer puede rellenar o salvar.

Elegantemente vestido con un traje de tres piezas todo negro, Josh esquivó la mierda esparcida en el suelo y a Brad para firmar el recibo de los muebles recién comprados.

Dejo a los hombres dentro de la oficina y me encierro en el baño. Perdiendo el traje impregnado de alcohol, alivié mi vejiga, luego tomé una ducha fría para limpiar las fechorías de ayer de mi cuerpo. Me miré en el espejo y desaprobé. Mis ojos estaban hinchados, inyectados en sangre y lacrimosos. Cepillándome los dientes, me peiné el pelo, me refresqué con desodorante y colonia.

Un traje azul marino está enganchado en la puerta, gracias a la cuidadosa consideración de Brad. Me vestí de nuevo, cambié el reloj por un Rolex de oro y arreglé la línea de joyas en mi cuello, muñecas y dedos.

La cadena alrededor de mi cuello brilló.

La placa de Alexa descansaba orgullosamente alrededor de mi pecho.

Regresé a la oficina. Está casi vacía, con la excepción de mis hombres más confiables. Brad, Nate y Josh se sientan cómodamente alrededor del sofá, deliberando el plan de juego de esta semana. Brad enrolló un porro con destreza sin esfuerzo, encendió un mechero, encendió el extremo, y escuchó a Nate divagar sobre posibles paraderos de Flamur.

Derrumbándome en la silla de cuero detrás del escritorio, fingí indiferencia pero por dentro estaba desconsolado. Entumecido. Enfadado con la vida.

Alcanzando el cajón del escritorio, agarré una botella de Jameson, lancé la tapa metálica sobre mi hombro en algún lugar y vertí una generosa dosis de líquido ámbar en un nuevo vaso de cristal. Levanté la bebida a mis labios y vacilé al percibir el repentino silencio de todos.

Mi altivez se burló de sus preocupaciones no expresadas. —¿Algún problema?

No queriendo conversar con su jefe irritado, sus conversaciones continuaron.

Tomando un ardiente trago, deslicé el vaso vacío hacia carpetas apiladas y noté una exhibición ornamental en mi escritorio. Sólo podía ver el jarrón particularmente poco atractivo adornado con lirios blancos recién entregados. Nada más en la habitación existía. —¿Qué coño es eso?

Josh miró la horrible exhibición de flores. —Natalie quería ayudar a reconstruir la oficina.

Apuesto a que sí lo quería.

Agarrando el teléfono, presioné la opción uno para el bar, esperando impacientemente su molesta voz. —Liam, ¿necesitabas algo? — ronroneó, haciendo que mi polla se encogiera en reacción. —¿Podría subir?

No puedo creer que solía follarme a esta perra. —A mi oficina. Ahora. — Terminando la llamada, me puse un cigarrillo entre los labios, encendí una llama y arrastré una bocanada de humo. —Actualizaciones.

Nate fue el primero. —Nuestros envíos llegaron a Gateway sin contratiempos. Las renovaciones para Club 11 se finalizan mañana. Podemos reabrir para el negocio.

Bien. Necesito que todo vuelva a la normalidad: sala de baile ruidosa, derrochadores intoxicados y bailarinas voluptuosas.

Nate se encogió de hombros. —Sin quejas.

—En tu nombre, visité a las familias de las víctimas al amanecer. — Brad se puso de pie, pasó el porro a Nate, y se movió para pararse frente a mí. —Calmé su dolor con generosos cheques. — Dejó caer una bolsa transparente sobre el escritorio. Su contenido: innumerables cadenas militares que anteriormente pertenecían a mis hombres. —Sin más quejas.

—¿Bajramovic? — pregunté, soltando una corriente de humo. —Quiero a Bajramovic.

La comprensión brilló en sus ojos color whiskey. —Estamos trabajando en su ubicación, Jefe
—

—No. — La rabia intensa resurgió. —No están buscando lo suficiente. Usen nuestros contactos. Exijan respuestas. Algún hijo de puta sabe dónde está. Llevaré grilletes para siempre si no lo termino.

La cabeza de Brad se inclinó. —Jefe.

—Sería por nada, — despotriqué, poniéndome de pie. —La muerte de Alexa, quiero decir. Exijo una razón. Necesito un cierre. ¿Entiendes?

Asintió.

Rodeando el escritorio, marqué el código de la caja fuerte y peiné a través de pequeñas cajas de cuero. Encontré las que estaba buscando y las lancé a Brad.

—¿Sr. Warren? — Natalie sonrió a los hombres mientras cruzaba el umbral. —¿Me necesitaba?

Nunca he necesitado a esta perra. —¿Qué coño es esa mierda en mi escritorio?

Ofendida por la frialdad en mi voz, miró los lirios. —Pensé que era un toque agradable para tu nuevo diseño.

Brad volvió al sofá, cayendo en una conversación absorta con Nate y Josh.

Observé sus caderas balancearse mientras se acercaba hacia mí. —¿Parezco un hombre que quiere jodidas flores?

—Lo siento, Liam, — susurró, deteniéndose frente a mí. —Sólo estaba tratando de ayudar.

Mis ojos recorrieron el rostro en forma de corazón de Natalie. Es una mujer hermosa, alta, cintura delgada, pechos voluptuosos y un impulso sexual asesino. Estaría mintiendo si dijera que era mala en la cama, pero es lo opuesto a lo que anhelaba.

—Las descartaré. — Sus dedos se extendieron en mi pecho. —¿Algo más? — Deliberadamente se muerde el labio inferior. —Pídeles que se vayan y te ayudaré a estar bien.

—Eso sonó como una orden, Natalie, — raspé en una voz fría e intolerable. —¿Desde cuándo tú, — la miré de pies a cabeza, —ganaste tales privilegios?

Su boca se redondeó en shock. —Pensé
—

—¿Pensaste qué? — dije molesto, y Brad me lanzó una doble mirada. —¿Que ya necesitaba un reemplazo? Acabo de perder al amor de mi jodida vida.

Sentí las miradas interrogantes de todos. Sí, sabían cuánto me había afectado Alexa Haines, pero hoy, admití en voz alta que estaba irrevocablemente enamorado de ella.

Natalie lanzó su sedoso cabello rubio sobre un hombro. —¿Qué, así que estás fuera del mercado? — Se echó a reír, y cada hueso en mi cuerpo se volvió granito. —Alexa está muerta —

Con ira inquebrantable, agarré su garganta en una sujeción apretada. —Te reto a terminar esa frase, — advertí, retrocediéndola hacia el sofá. —Lo tienes todo calculado, ¿eh?

—Liam, — jadeó, con sus uñas pellizcando mi muñeca y los tristes ojos llorosos sobresaliendo. —Me estás lastimando.

—No confundas nuestra historia, — dije, nuestras narices virtualmente tocándose. —No eras nada más que un agujero para llenar
—una boca para follar.

Una sola lágrima rodó por su mejilla. —Lo siento.

La indignación incontrolable encendió la impulsividad. Saqué la Desert Eagle de la cintura de mis pantalones y, en ceguera implacable, encajé el cañón en su boca sollozante. Apreté el gatillo antes de que alguien pudiera intervenir. La sangre salpicó cuando la bala penetró la parte posterior de su cabeza. Su cuerpo sin vida se desplomó en mi agarre, y maldije, lanzándola sobre la mesa de café con un fuerte golpe.

—Jefe. — Brad arqueó una ceja. —¿Era eso realmente necesario?

—Necesario, — chilló Josh. —Lo que no es necesario es tener que limpiar el cerebro de esa chica que está salpicado por toda mi puta cara. — Sacó la servilleta de seda del bolsillo único del pecho de la chaqueta del traje y borró la sangre de su mejilla. —De hecho puedo saborearlo.

Miré fijamente el cuerpo muerto de Natalie.

Desbloqueando su móvil con un suspiro, Nate llamó al equipo de limpieza.

—En serio, Jefe. ¿De qué se trataba eso? — Brad se rascó la parte posterior de su cabeza mientras observaba la sangre de Natalie gotear en el suelo. —Sólo estaba tratando de ayudar.

Natalie faltó el respeto a Alexa de más maneras que una. Sólo lamento no haberla terminado antes. —Se lo tenía merecido.

Nate se puso de pie para saludar y ayudar a los limpiadores. Desenrollaron lona en el suelo y enrollaron el cuerpo sin vida de Natalie en plástico y cuerda.

Josh presenció la exhibición con palidez de mandíbula floja. Operar junto a mis hombres requiere conducta imperturbable. No durará dos minutos si no abandona las características irreprochables. —¿Josh?

Parpadeó dos veces antes de mirarme. —¿Sí, señor?

Mis manos se deslizaron en los bolsillos de mis pantalones. —¿Necesito estar preocupado?

—No. — Sacudió la cabeza para tranquilidad adicional. —Sólo me estoy acostumbrando a todo. Eso es todo.

—Nate, — llamé, y él se quitó los guantes estériles. —El entrenamiento de Josh comienza hoy. Visita los cuarteles
—muéstrale las cuerdas. — Extiendo mi brazo a Brad para que ponga la caja de joyería en mi palma. —Es obligatorio que uses esto en todo momento. — Abriendo el broche, levanto la cadena con mi dedo y la entrego al recién contratado. —Es parte de tu uniforme.

Josh no había sofocado del todo su alegría. Sonrió con una chispa malvada en sus ojos, colgando las placas militares alrededor de su cuello. —¿Por qué doscientos treinta y tres?

—Mantente a salvo. — Brad parecía estoico, pero sabía que estaba secretamente emocionado de tener a Josh a bordo. —No nos apetece reemplazarte con el doscientos treinta y cuatro.

Josh palideció.

—Pónganse a trabajar, — ordené, y los hombres huyeron de la oficina, con sus risas estruendosas haciendo eco por el corredor.

***

Mi sórdido estudio me llenaba de orgullo. Claro, sus paredes malolientes y muebles anticuados no eran excesivamente reconfortantes, pero la decoración y la opulencia no eran nada que el dinero no pudiera arreglar.

Pasé dos semanas eliminando el moho de las paredes. Sin embargo, no me había molestado en pintar o poner papel tapiz.

¿Cuál era el punto?

Este no era mi hogar —para siempre —. Era una parada temporal —una circunstancia temporal hasta que alcanzara un veredicto direccional.

Sin embargo, había desperdiciado cinco horas en una tienda de muebles, comprando una cama doble, colchón, sábanas y cobertores. Nada elegante. Todo algodón negro para hacer juego con las alfombras dispersas, armarios y cómodas. Dos hombres en una furgoneta blanca entregaron mis bienes al día siguiente, reemplazando los electrodomésticos peligrosos por equipos de primera línea.

La semana pasada, aparecí en una tienda de la esquina y compré un pack de seis cervezas. La mujer regordeta que operaba la caja registradora no solicitó identificación. Me emborraché —seriamente ebrio. Me tumbé en la cama con la cabeza aturdida, la ventana abierta, escuchando a gente borracha tambalearse por la calle, regresando de un pub local.

A la mañana siguiente, me desperté con una resaca infernal. Vomité hasta desmayarme —juré que nunca volvería a tocar el alcohol en mi vida.

Eso duró hasta la noche siguiente.

Aburrimiento. Estaba más que aburrido. Sin familia. Sin amigos. Sin trabajo. Nada.

Probé mi primer cigarrillo y me atraganté. Mi garganta y pulmones apretados no lograron evitar que lo experimentara una vez más. De hecho, en tres semanas, disfrutaba bastante un cigarrillo con mi bebida cada mañana.

A veces, me aventuraba a Victoria, me sentaba en el mismo banco sin cacahuetes, deseando que Bill aún reclamara su lugar.

Estaba solo.

Cada mañana, me duchaba, tomaba un batido de proteínas e iba a correr en invierno. Me encantaba el olor terroso y a petricor mientras luces tenues bailaban en mi rostro. Me deleitaba con los vientos fríos soplando a través de mi pelo.

Inclinándome por la cintura, inhalé una bocanada de aire, y me limpié el sudor de las cejas.

Al otro lado de la calle, dos jóvenes están parados junto a un Golf aparcado. Seguí su intercambio, vi al mayor deslizar algo en el puño cerrado de su amigo. Drogas, pensé, apoyando mi espalda contra la pared de ladrillos.

Mordiendo mi labio inferior entre dientes apretados, examiné el área, merodeé hasta que el más joven subió a su coche. Y entonces me acerqué al traficante.

Sintiendo una presencia, el tipo se detuvo junto a la puerta del conductor y me miró por encima del borde de sus gafas de sol. —¿Qué estás mirando? — preguntó, sin nada amistoso en su tono feroz. —Sigue caminando, imbécil.

Su falta de respeto me irritó. Resistí el impulso de golpearlo, esbocé una sonrisa en su lugar. —Quiero entrar —, dije, yendo directo al grano. —Sin tonterías.

—Tengo una bolsa de diez —, explica, y me burlé. —¿Qué? ¿Me estás diciendo que no es suficiente para que aguantes hasta la mañana?

No quería su mercancía. Quería la mía propia. —Olvídalo.

Metiendo las manos en los bolsillos de mi sudadera, pasé junto a él, oyéndolo ofrecer veinte por cinco más.

Maldito idiota.

Esa noche, me senté frente a un monitor en un cibercafé cercano, navegando por la web. Garabateé notas, pedí luces de cultivo fluorescentes y requisitos en línea.

De vuelta en el estudio, abrí el desván, subí hacia el cielo, preparé espacio para las entregas y comencé a cultivar marihuana casera.

Internet no mencionó los desafíos del cultivo. Perdí mi primer lote, olvidando la solución de nutrientes, repitiendo todo el proceso de nuevo. —Belleza —, murmuré para mí mismo, examinando las macetas perfectamente maduras.

Tenía que encontrar una ronda lucrativa, algún lugar para vender subrepticiamente. Cuatro días después, con bolsas llenas de hierba en los bolsillos de mis pantalones, finalmente conseguí mi primer cliente. Vender nunca fue por dinero. Tenía fondos, pero anhelaba algo, sabía que hacerme un nombre era un comienzo en la dirección correcta.

La campana sobre la puerta sonó cuando entré en la tienda de antigüedades. Me sacudí las gotas de lluvia del pelo, me abrí paso entre los clientes, admirando muebles de aspecto vintage.

Esperé junto a los taburetes de latón, considerando comprarlos para la cocina cuando un tocadiscos retro llamó mi atención.

Bajando el volumen de mis auriculares, admiré la madera de caoba rayada, toqueteé los botones de oro falso.

—¿Puedo ayudarte?

Miro al tendero. —Estoy bien, gracias —. Mientras inspeccionaba mi posible posesión, sentí sus ojos críticos taladrándome. —No necesito ayuda —.

—Es mucho dinero —, afirmó con aire condescendiente, y yo hice una mueca. —Tal vez quieras mirar la sección de VHS —.

Su comentario condenatorio avivó mi desprecio interior. —¿Cuánto?

Con los labios crispados en una sonrisa de complicidad, se aclaró la garganta detrás de un puño cerrado. —Quinientos por el tocadiscos. Los discos de vinilo empiezan en treinta

—

—Me lo llevo todo —, dije con aire de suficiencia, arrebatando la bolsa de deporte de mi hombro. —Mete los LP en esto, y yo llevaré el tocadiscos —.

Se rió entre dientes, ajustándose las gafas con montura dorada. —Necesitas dinero para tales compras —.

Agarré suficiente efectivo para comprar lo que quería. —Ten —. Golpeando los billetes contra su pecho, lo empujé a un lado, llenando mi bolsa. —Quédate con el cambio —.

—¿Necesitas algo más? ¿Una tele quizás? — Señaló una mesa de comedor para seis personas. —Puedo rebajar el precio si la compras hoy —.

Desesperado imbécil prejuicioso.

Reclamé los artículos y salí de la tienda con la cabeza en alto.

Tomar posesión del tocadiscos de madera me sumergió en acordes armoniosos. Era una elección de música poco familiar, pero la disfruté de todos modos.

Me senté en el alféizar de la ventana, metí la cortina floreada alrededor del riel, di un trago de la botella de cerveza.

Afuera, bajo el cielo oscuro y sin estrellas, dos siluetas caminan progresivamente por la calle. Una pareja, me pregunté, viendo al hombre tomar la mano de la mujer. Creo que están ebrios. Sus balbuceos borrachos así lo sugieren. Ella giró en su vestido negro, ajena a mis ojos vigilantes, y luego cayó en sus brazos anhelantes para un beso apasionado.

Aparté la mirada, con las mejillas enrojecidas.

Bebiendo el resto de mi cerveza, lancé la botella vacía al cubo, me puse las zapatillas de deporte y me eché una sudadera.

Llaves en mano, cerré la puerta principal tras de mí, bajé las escaleras, salí del edificio de inquilinos y comencé a trotar enérgicamente.

Corrí, rápido, las zapatillas golpeando contra la acera. No tenía sentido de la dirección, ni comprensión o concepto de la existencia. Bill dijo que el dinero hacía girar el mundo. Entonces, ¿por qué me siento derrotado? ¿Por qué estoy tan miserable, deprimido y decepcionado? Joder, y solo.

Trotando alrededor de una esquina, jadeé en busca de aire, el sudor empapando mi sudadera gris, los músculos de mi cuerpo, tensos, desgarrados
— —Mierda —, gemí, chocando inesperadamente contra el pecho de alguien, mi cuerpo cayendo sobre el concreto. —Ah, mierda —.

Un crescendo de risas masculinas resonó en mis oídos. Me giré sobre mi costado, parpadeé a través de un impedimento momentáneo de visión y me puse de pie. —Lo siento por eso
—

—Más te vale —, dijo uno de cinco tipos, con los dientes hundidos en una hamburguesa. —Vuelve a acercarte a mí y te dejaré inconsciente —.

Me eché hacia atrás, no con miedo sino con ira. —Oye, me disculpé —, dije con aspereza, los labios retorcidos en repugnancia. —No hay necesidad de hostilidad —. Hice un intento negligente de esquivar al tipo alto. Él impidió la ruta de escape, con los brazos cruzados sobre el pecho, indomable. —Estás en mi camino —.

De nuevo, se rieron con falso humor, animándose mutuamente. —¿Qué pasa, cara de mierda? —, dijo uno, y lo miré de reojo. —Pareces un poco alterado —.

—Está avergonzado —.

—Sí —, acordó el que masticaba una hamburguesa. —Maricón —.

Brevemente evalúo mis alrededores. Estábamos en el vientre de un callejón, una luz roja esporádica sobre esa puerta de acero a mi derecha. —No quiero problemas —, dije con sincera seriedad, pero mi cuerpo me traicionó, las manos apretándose en puños, los hombros cuadrándose, listos para la defensa. —Me iré por mi camino
—

Alguien me golpea la mandíbula, con fuerza. Caí al suelo como peso muerto, con la mejilla inflamada, doliendo.

Risas burlonas reverberaron por todas partes, provocando mi ira creciente. Sabía que no tenía oportunidad contra cinco tipos. Sin embargo, nunca había llegado tan lejos en la vida por cobardía.

Saltando a mis pies, quitándome la sudadera, me limpié la sangre que goteaba de mis labios, me enfrenté al más alto. —¿Quieres meterte conmigo? — Antes de que respondiera, lo golpeé en la mandíbula con un brutal gancho de derecha.

Comenzó el alboroto. Sabía que si me golpeaban a traición o me saltaban encima, perdería la batalla, lo cual, a estas alturas, era probable. Lancé combinaciones, vigilé mi espalda, me agaché, lancé golpes, esquivé, ataqué.

Alguien me alcanzó en la cintura, y escupí entre dientes apretados. Embistiendo al último hombre en pie, le saqué el aire de los pulmones, me senté a horcajadas sobre él y lo golpeé con puños despiadados.

Cuando me di cuenta de que los había superado, había riachuelos de sangre de mis nudillos rotos y estaba casi sin aliento.

Ignorando sus cuerpos balanceándose y gimiendo en el suelo, agarré mi sudadera, me preparé para huir cuando escuché un aplauso que hacía eco.

Vislumbro cerca de la puerta de acero donde un hombre alto y delgado aplaude sin entusiasmo. Le lancé una mirada venenosa, me eché la sudadera sobre un hombro y me alejé.

—Ese es un buen gancho que tienes, muchacho —, dijo con acento irlandés. —¿Cómo te llamas?

Me volví para mirarlo, las cejas juntándose. —¿Quién pregunta?

Ajustándose la gorra plana a cuadros, señaló el intermitente letrero parpadeante arriba —Gimnasio de Rex. —Entra —, ordena groseramente, dándome la espalda. —Hace frío aquí afuera —.

Desapareció.

¿Qué mierda había pasado?

—Ni hablar —, me burlé, caminando por el callejón.

Qué loco.

Deteniéndome, miré hacia atrás, y estudié el letrero una vez más.

¿Tienes algo mejor que hacer, Warren?

Llámame curioso, pero escuché al viejo, corrí hacia la entrada, cerré la puerta detrás de mí.

Subí las escaleras, entré en un espacio cavernoso que ofrecía colchonetas azules, sacos de boxeo colgantes, plataformas de asientos metálicos y un ring desgastado.

Arrojando mi sudadera sobre una silla, recorrí con la mirada las fotos enmarcadas en la pared, leí brevemente viejos artículos de periódico, oliendo el hedor químico que impregnaba el aire. —¿Rex? —, llamé, gravitando hacia un saco pesado rojo de cuero rasgado. —Asumo que ese es tu nombre —. Tomando el saco con ambas manos, comprobé el peso, examiné la cadena. —A juzgar por el letrero y todo eso —.

Rebotando sobre las puntas de mis pies, lancé un jab izquierdo al saco, di un paso lateral, golpeé con el puño derecho.

—¿Dónde aprendiste a pelear así?

Rex está de pie junto a lo que parecía una oficina, mirándome fijamente. —No soy un boxeador —.

Su ceja gris se curvó. —¿En serio? — Exhalando humo de su pipa, se acercó hacia mí. Llevaba una camiseta blanca, holgada sobre su figura delgada. —¿Simplemente te despertaste una mañana y pensaste, hey, saltaré sobre cinco tipos esta noche?

Apreté la mandíbula. —En realidad, ellos me saltaron encima —, corregí, ofendido por su acusación poco sutil. —Me defendí. Repróchame por hacerlo —.

—Ay, eres un bocazas —, me espetó, y la comisura de mi labio se crispó. —Y lo sabes. Mira esa sonrisa —. Señaló mi boca, y aparté suavemente su mano. —Egocéntrico. Te concedo eso —.

—No hay nada de malo en amarse a uno mismo —. Mi forzada confianza en mí mismo lo engañó. —Yo... — Una joven apareció cerca de la puerta de su oficina. Cerré la boca, discretamente recorrí con la mirada sus pálidas piernas y un vestido-suéter que se ajustaba a su figura. Tenía el pelo rojo y desordenado y ojos verde jade, y una sonrisa contagiosa que afectó algo a mi corazón.

—Se supone que debes estar estudiando —, Rex la reprendió, y las mejillas de la chica se sonrojaron. —Deja de husmear, Bronagh —.

Bronagh, repetí mentalmente, bajando la cabeza.

—Pensé que algo andaba mal, abuelo —, dijo ella, su voz suave, gentil, hipnótica. —Sólo me aseguro de que estés bien —.

—Estoy hablando con el nuevo limpiador —, le dice, cruzando los brazos. —¿No es así? — Su rostro se arrugó. —¿Cómo dijiste que te llamabas?

—No lo dije —, le recordé, y él se encogió de hombros. —Liam Warren —. Encontré mi mirada volviendo a la chica. —Y no soy el limpiador de nadie —.

—Tonterías —, exclama, agarrando un trapeador de la pared. —Hay un armario de limpieza en la parte de atrás. Llena un balde y limpia estos pisos —.

Sostuve el palo de madera en mi mano. No necesitaba dinero, no necesitaba un trabajo, pero estaba aburrido en casa.

¿Qué tan difícil puede ser fregar un piso?

—Bronagh —, dijo Rex, chasqueando los dedos. —Muéstrale los alrededores a Warren mientras termino de enviar correos electrónicos, luego vuelve a esa oficina y termina tus estudios —.

Alborotando sus rizos apretados, me sonrió tímidamente, haciéndome un gesto para que la siguiera. Lo hice, más que ansiosamente. No había tenido el lujo de la cercanía femenina antes, y ella era bonita, ciertamente hacía que la sangre corriera hacia el sur.

—Entonces —, dijo Bronagh, jugando con el nudo de su suéter, —¿quieres trabajar?

Asentí mi mentira.

—¿Qué le pasó a tus nudillos, Liam?

Hice un ruido no comprometido.

Deteniéndose en el armario de limpieza, abrió la puerta, enumeró los productos. —No hablas mucho —.

Eso es porque estoy nervioso. —No dirás eso en unas semanas, Bronagh —.

Apoyando un hombro contra la pared, estiró el cuello para mirarme. —Me gustan tus ojos —.

Hostia, era directa. Su cumplido fue inesperado. —Gracias, supongo —. No te sonrojes, Warren. —Tus ojos son mejores —.

Sus labios se ensancharon en una sonrisa complacida. —Gracias, Liam —.

Me encantó el sonido de mi nombre saliendo de su lengua. —Bueno —, me aclaré la garganta, obtuve suministros de limpieza, —te veré por ahí —.

Su boca se abre y se cierra. —No vengo por aquí a menudo —. Me decepcioné secretamente. —¿Tal vez eso cambie esta noche?

Mierda. Bronagh está coqueteando, ¿verdad? No me imagino su sutil coquetería.

Le di una sonrisa torcida, con el calor subiendo por mi cuello. —Ninguna protesta de mi

parte —.

—Jefe —, Brad ladró en mi oído, dándome una palmada en la espalda. —Despierta —.

Mi frente se arrugó, era demasiado doloroso para abrir los ojos.

—Te llamé de inmediato, Brad —, escuché una voz femenina. —Ha estado aquí todo el día, bebiendo. Empecé a preocuparme porque está solo —.

Murmuré, esforzándome por levantar la cabeza de la mesa.

—Joder —, Brad reprende, gritando a los hombres. —Ayúdenme a levantarlo —.

Gruñendo, levanté la cabeza de golpe, lo empujé a un lado y prácticamente me caí de detrás de la mesa. —No me toquen —, ordené, percibiendo un ligero arrastre en mi voz. —Soy el maldito Liam Warren —. Encarando a mi mano derecha, viendo dos de él, lo señalé en la cara. —Yo dirijo esta mierda —.

—Mierda —, maldijo Nate, acercándose cautelosamente a mi lado. —Señor, perdió el detalle de seguridad —.

Parpadeé para recuperar la plena conciencia, pero fue inútil. —No los necesito —, murmuré, lamiéndome los labios secos. —Al contrario, Nathanial Alzaim. Ustedes, hijos de puta, necesitan mi ayuda. Mi asistencia
—no olviden su lugar —. Me abrí paso entre la horda de hombres, y ellos lo permitieron, retrocediendo con gran renuencia. —Inútiles —.

Logrando salir del pub de una pieza, salí a una fría noche de invierno, y los fuertes vientos casi me derriban. —Mierda —. Registrándome, busqué cigarrillos, oyendo a los hombres protestar detrás de mí. —¿Qué es tan gracioso?

Brad cruzó los brazos, sacudiendo la cabeza. —Nadie se está riendo, Jefe —.

La paranoia infestó mi cabeza. —¿Lo encontraron? — pregunté, apretando los labios. —Díganme que localizaron al albanés de mierda —.

—Aún no, señor —, maldijo Nate, desconcertado por mi comportamiento reciente. —Vamos a meterte en el coche —.

—Deja de darme órdenes —, espeté, alejándome de los hombres, asesinando con los ojos llenos de desprecio a un joven recluta. —¿Qué carajo me dijiste?

Él palideció, enderezando su columna. —Nada —.

—¿Qué? — Me metí en su espacio personal, con una mano detrás de mi oreja. —Inténtalo de nuevo, imbécil. Soy tu maldito jefe. Me tratarás como tal —.

—No dije nada, jefe —, rectificó su error. La nuez de Adán se le atascó en la garganta. —Lo siento
—

—¿Lo sientes? — lo imité, riendo oscuramente. —¿Quién mierda contrató a este imbécil? Débil —. Agarré su camisa, y él gimoteó. —Patético. Inútil —. Sentí un temblor en su postura. —Mátenlo. Es un activo inútil —.

—Mierda, está borracho —. La mano de Brad cayó sobre mi hombro, y vi rojo. No es un élite por nada. Dominó mis combinaciones hace muchos años.

Antes de que lograra un gancho de derecha, Brad evadió mi puño volador, me golpeó directamente en la cara y me dejó inconsciente.

5. CAPÍTULO CINCO

Liam

Trabajar para Rex O'Sullivan era un barril de ambivalencia. Quiero decir, me agradaba un poco el viejo, pero esas tareas de limpieza rápidamente colmaron mi paciencia.

—Te saltaste un punto —. Rex señaló una mancha húmeda en el piso de madera. —Agrega un poco de pino fresco, Warren. Ese blanqueador arruinará el brillo —.

Lo vi caminar hacia el ring de boxeo con total incredulidad. No había descuidado mis deberes, y la humedad lo demostraba.

¿Por qué es tan duro conmigo?

Los otros chicos entrenaban incansablemente, ansiosos por complacer y enorgullecer a su entrenador. Vestidos con pantalones holgados y camisetas, vienen aquí con bolsas de gimnasio en la mano, charlando de ida y vuelta sobre tonterías triviales o próximas peleas y oponentes —todo mientras yo me quedo atrás, limpiando malditos estantes y reponiendo los rollos de papel higiénico.

Quería entrar en el ring.

Quería destrozar mi puño en la cara de algún imbécil engreído.

Reprimiendo reservas, escurrí el trapeador en el balde y obsequiosamente repasé el piso.

—Limpia estos —, exigió un tipo, lanzándome un par de guantes de boxeo. —Están asquerosos —.

Rechinando los dientes, atrapé los guantes empapados de sudor. —Límpialos tú mismo, maldita sea —.

Él no había previsto que los guantes rebotaran y se estrellaran contra su cara. Ciertamente nunca esperó mi respuesta grosera y cortante. Su cara palideció. —Es tu trabajo, maricón —.

El guante me golpeó en la espalda.

Respirando profundamente, cerré los ojos, conté en mi cabeza y, de manera fría, me alejé.

¿Ves? Puedo estar tranquilo y sereno.

—Hola, Liam —, me dijo la vieja que residía en el piso debajo del mío. —¿Cómo va el trabajo?

Su nombre es Hattie. Y Hattie tenía una o dos canicas sueltas, pero me agradaba.

—El trabajo es trabajo —, le dije con deliberada vaguedad. —Tengo algo de comida si te interesa —.

Ella sonrió desde la ventana. —Déjame ponerme las pantuflas —.

Esa noche, Hattie, la arrugada pero encantadora yegua, se unió a mí en el estudio. Llevaba su omnipresente bata, de encaje en los puños y cuello de piel rosa, y pantuflas pasadas de moda. Sus rulos de pelo rosa brillante habían conocido mejores días. Y las pinzas de jardín utilizadas para asegurar dos rizos grises en la parte superior de su cabeza eran horriblemente poco favorecedoras.

—¿Qué es esto? — Está sentada frente a mí, abriendo recipientes sobre la pequeña mesa bistró redonda que compré en el Centro de Jardinería. —Sabes que soy alérgica a las nueces, Liam —.

Hattie no tenía alergia a las nueces.

—Sin nueces —, mentí, entregándole el sabroso plato de arroz. —Disfruta —.

—Oh, esto es maravilloso —. Su nariz se arrugó mientras inhalaba la comida. —Debería guardar algo de comida para Chester —.

Hattie se convirtió en mi pasatiempo favorito. La mayoría de las noches, la raconteur me entretenía con viejos cuentos y falsedades de la infancia. —¿Dónde está tu esposo? — Le seguí el juego. —En la cama, apuesto —.

—Oh, ese viejo tonto está afuera gastando dinero de nuevo —, dijo con genuino desprecio. —Probablemente con Iris. Sabes cuánto me desagrada Iris, Liam —.

Chester murió en una colisión en la autopista hace quince años. Iris es la hija de Hattie, una gerente de banco de treinta y cinco años que rara vez visitaba a su madre. Sin juzgar. En defensa de la chica, Hattie no la recuerda y debe ser difícil, ser acusada de acostarse con Chester (su difunto padre). Al menos, eso es lo que Hattie creía
—que la pareja bailaba bajo las estrellas a sus espaldas.

La demencia es una mierda.

Los labios de Hattie se fruncieron. —Los champiñones saben demasiado salados —. Sus ojos somnolientos se posaron en mí, y la pregunta quedó suspendida entre nosotros. —¿Cómo dijiste que te llamabas?

Le sonreí maliciosamente. —Liam —.

—Sí —, susurró, frotándose las sienes. —Eso es correcto. Por supuesto, tu nombre es Liam —. Pálida y cansada, se levantó de la silla, ansiosa por poner espacio entre nosotros. —Necesito llegar a casa antes que Chester. Se preocupará por mí de lo contrario —.

Como un reloj, Hattie abrió la puerta principal y se tambaleó hacia la escalera. Esperé hasta que estuviera encerrada dentro de sus cuatro paredes, sana y salva, y luego limpié el desorden de nuestro banquete tardío.

Duchado y listo para la cama, apagué las luces y me metí bajo las sábanas, mirando el espacio vacío a mi lado hasta que el cansancio se apoderó de mí.

Estaba de vuelta en el gimnasio al día siguiente.

La música retumbaba en mis oídos. Ajusté los auriculares, até cinta alrededor de mis nudillos y me calenté. El gimnasio de Rex tiene una gran amplitud entre el ring y los sacos de boxeo. Empiezo con una prueba de bleep, caminando de un lado a otro, tocando la línea blanca

con mis dedos, luego repito el proceso.

Una neblina salada cubrió mi cuerpo en treinta minutos. Quitándome la camiseta, la arrojé sobre una silla cercana, corrí a través de oblicuos ardientes y pantorrillas tensas, la boca seca y la garganta insaciable.

Satisfecho con mi calentamiento, bebí agua para saciar la sed, luego pasé las siguientes dos horas golpeando los sacos.

Con el pecho hundido, luchando por respirar, me desplomé sobre las colchonetas, agotado y momentáneamente muerto para el mundo. Por el rabillo del ojo, vi a Rex salir de la oficina, fingiendo no notarme.

—Quiero pelear —, dije, rodando sobre mi costado. —Ponme en el ring —.

—No estás listo, muchacho —. El humo espeso giraba alrededor de su cabeza mientras fumaba la pipa. —Y no estás haciendo un esfuerzo con los otros chicos. Trabajo en equipo —, agregó, agarrando una silla de metal y arrastrándola a mi lado. —Necesitas entender la definición. La vida no es una banda de un sólo hombre, Liam —.

Discrepo.

Poniendo los ojos en blanco, me tambaleé hasta ponerme de pie. —No necesito amigos —. La soledad, el autoconsuelo y la falta de expectativas era lo que me protegía. —Prefiero mi sombra. No me va a apuñalar por la espalda —.

Rex se frotó la barbilla. —Suena solitario —.

—Suena seguro —, corregí, arrancando la cinta ensangrentada de mis nudillos rotos. —Entonces, ¿vas a dejarme entrenar o qué?

Se puso de pie, con la incertidumbre ardiendo en sus ojos apagados. —Sí, puedo entrenarte —, confirmó, y la esperanza infló mis pulmones. —Con una condición, sin embargo —.

Sabía que era demasiado bueno para ser verdad. —Lánzame el libro de reglas —.

Mi sarcasmo le hizo gracia. —Corres cada mañana, Liam
—

—Ya hago eso —, interrumpí, y él puso una cara disgustada. —¿Qué?

—Te faltan habilidades sociales comunes, muchacho —, me reprendió. —Eres maleducado y un sabelotodo. No me importa si ya te rascas el trasero. No necesitas decírmelo. Mierda, nunca te lo pregunté —.

—Oh, así que ahora soy egocéntrico, maleducado e insociable —. Este hombre está lleno de cumplidos
—nótese el sarcasmo. —Sigue, Rex. No es nada que no haya escuchado antes —.

—Fanfarrón —. Su hombro me embistió al pasar tambaleándose. —Arrogante, presumido, condescendiente y egocéntrico —.

Mi mandíbula cayó al suelo. —Tómate un descanso, joder —.

Giró sobre sus talones para mirarme fijamente. —¿Por qué no ayudaste a Johnny la semana pasada?

Johnny es el chico de catorce años que entrenaba los viernes. Es callado, introvertido y siempre conseguía sacar de quicio a la gente. Por alguna razón desconocida, ha captado la atención de Devin y sus ingeniosos y aduladores secuaces. Johnny y Devin se enfrentan a menudo, pero Johnny, delgado, tímido, reservado y cobarde, no es lo suficientemente fuerte, ni física ni mentalmente, para plantar cara a los matones. —Johnny no es mi problema.

El ceño fruncido de Rex se endureció. —Vuelve al trabajo.

Se me cayó el alma al suelo. —¿Y mi entrenamiento?

Con un gesto despreocupado de la mano, me despachó. —A la mierda tu entrenamiento.

Corrí durante dos horas a la mañana siguiente y, con un humor de perros y terco, volví al gimnasio para tareas domésticas inútiles.

Rex estaba en el ring con dos adolescentes, demostrando métodos de defensa.

Solté un suspiro exasperado, preparé los sacos de velocidad para una hora de entrenamiento y oí sollozos ahogados en la distancia.

Frunciendo el ceño, tiré las toallas sobre las colchonetas y me dirigí hacia los vestuarios masculinos.

Devin se alzaba por encima de un Johnny encogido, agitando los brazos salvajemente en la reducida proximidad. Sus amigos disfrutaban del espectáculo cruel, riéndose a carcajadas y humillando al pequeño Johnny.

Hijos de puta.

Tensando un músculo de la mandíbula, casi me fui cuando Devin echó la pierna hacia atrás, pateando a Johnny directamente en las costillas. El chico gritó, acurrucándose en una bola protectora en el suelo. Pero el buen Devin está en racha. —Deja de llorar como un bebé —, se burló Devin del otro chico. —Y tienes que recoger mi mierda —.

—No —, dije en voz baja, acercándome a él con indiferencia practicada. —Tú necesitas retroceder antes de que te reordene la cara —.

La postura fibrosa de Devin se cuadró. —Esto no te concierne, maricón — — Lo golpeé limpiamente en la cara y, sin estar preparado para el ataque, se tambaleó contra los casilleros rojos. —¡Pedazo de mierda!

Lo golpeé una vez más, lanzando combinaciones, que no logró bloquear ni contrarrestar —sus amigos se quedaron a un lado, sin querer intervenir.

Agarrando a Devin por la nuca, arrastré su cuerpo gritando y forcejeando al baño, levanté la tapa del inodoro y le metí la cabeza en la taza. —Sigue llamándome maricón —, le advertí, tirando de la cadena, escuchando cómo se ahogaba, gorgoteaba y suplicaba. —Adelante. Te reto

—.

Sacando su cabeza de vuelta a la superficie, lo inmovilicé contra la pared, mi mano apretada e implacable alrededor de su garganta. —Métete con Johnny —, dije severamente, abofeteándolo con la palma abierta, —y te metes conmigo. No estoy jugando, Devin. ¿Si lo acorralas una vez más? Un bocado de agua con meados será la menor de tus jodidas preocupaciones —.

Asintiendo vigorosamente con la cabeza, Devin gimoteó disculpas.

Lo arrojé hacia sus amigos. —Fuera —. No los miro dispersarse; me agacho junto a Johnny, apartando sus manos de su cara. —Arregla tu mierda, Johnny. No dejes que los matones se ceben contigo. Entra en esa sala, entrena duro, pelea más duro. ¿Entiendes?

Se sentó, arreglándose las gafas torcidas. —No soy tan grande como tú, Warren —.

—No se trata del tamaño —, le digo, ayudándolo a ponerse de pie. —Determinación, seguridad y confianza. En caso de que un matón
—que, debo agregar, normalmente nunca tiene la fuerza para respaldar sus bocazas
—te ataque, entonces no muestres miedo. Nunca te muestres vulnerable o susceptible, Johnny —.

Me miró fijamente, sin parpadear. —¿Y si ganan?

—¿Si algún imbécil me tira al suelo? — Mi ceja se arqueó. —Más le vale mantenerme abajo porque si me levanto, lo mataré —. Lo empujé hacia la puerta. —Ve. Y que no te pille acobardándote así otra vez —.

—Gracias, Warren —, dijo, saliendo del vestuario con paso acelerado.

Limpiándome la sangre de los nudillos, volví a mis tareas en el gimnasio. Mientras seleccionaba una canción en mi Walkman, sentí el escrutinio de alguien abrasándome la nuca. Encontré a Rex junto a las cuerdas, con los brazos cruzados. Me lanzó una sonrisa conocedora antes de desviar la mirada, reprendiendo a otro chico por bajar la guardia durante el entrenamiento.

Reprimí una sonrisa, elegí una canción y terminé de fregar los suelos.

La voz de barítono de Carlos Marín se convirtió en una favorita. En secreto, tenía predilección por la música clásica y operística. Mientras metía toallas limpias en la secadora del gimnasio, me perdía en la música y procrastinaba. Todavía tenía que trapear el piso, vaciar el lavavajillas y reponer el papel higiénico del baño, pero esta noche no tenía prisa por volver a casa.

Rex permanece en su oficina. Es evidente que el hombre duerme aquí, si la cama improvisada en el sofá es una evidencia. Últimamente, noté que Rex rara vez sale del gimnasio. Se aventura al pueblo y compra alimentos no perecederos para almacenar bajo su escritorio, sopas básicas de fideos instantáneos o en polvo.

A veces, la nieta de Rex, Bronagh, pasa por aquí con tuppers, ofreciendo productos horneados y comidas preparadas, cortesía de su madre, la hija de Rex.

Bronagh no me ha prestado atención desde la noche que me enseñó el lugar. Rara vez me lanza una mirada de reojo. Lo odio
—me gusta un poco la irlandesa de pelo rojo salvaje y piernas pálidas kilométricas.

Últimamente, Bronagh está en primer plano en mi mente, especialmente cuando estoy en la cama por la noche, dándome placer antes de dormir un poco.

—Oye, muchacho —, me llama Rex, parpadeé alejando imágenes traviesas. —¿Dónde fuiste justo ahora?

No me atrevo a decirle la verdad. Me desmontaría las pelotas. —Pensaba—.

Dentro del vestuario, vacié una taquilla de repuesto, la reclamé, metí la pistola de Bill al fondo, debajo de ropa doblada. Compré una nueva arma esta tarde a un reconocido vendedor de armas. Juro que el oportunista me cobró de más, pero acepté el revólver sin problemas. Es un paso en la escalera de la corrupción, otro conocido inmoral pero útil en mi bolsillo trasero. Soy un don nadie, así que pasaré por alto la ingenuidad y la deshonestidad si, en el futuro, me ayuda a superarme.

Ya no trabajo en las esquinas, vendiendo. En cambio, conseguí suficientes clientes para vender desde la comodidad de mi casa. La marihuana fue un buen comienzo en la dirección correcta; sin embargo, cultivar plantas y vender bolsitas de diez no era lucrativo, y se volvió una carga.

Mi recién descubierta amistad espuria con el traficante de armas garantizó un comercio estelar. Ya pasaron los tiempos de las hierbas que consumían tiempo en mi ático. Le pago al barón por kilos de cocaína, obtengo ganancias y monetizo el juego. Aun así, visto chándales casuales, calzado decente y pocas joyas, aunque no puedo esperar a mi decimosexto cumpleaños para despegarme junto con mi riqueza
—mantener un perfil bajo es un trabajo duro.

—Me voy —, grité, caminando hacia la salida. —Volveré por la mañana
—bien temprano. Y sí, te haré una taza de té. Sólo si lo pides amablemente —.

Rex se secó las manos con un paño de cocina. —Entra al ring —.

Me detuve abruptamente. —¿Qué?

—Me oíste —, resopló, lanzando el paño a un lado. —Entra, muchacho, antes de que cambie de opinión —.

Dejando caer mi bolsa con agradable emoción, me arranqué la sudadera del cuerpo, me agaché bajo las cuerdas y esperé a que Rex se uniera a mí. Él se demora a propósito, poniendo a prueba mis niveles de paciencia. Aprieto los labios en una línea tensa, demostrándole que puedo obedecer órdenes.

—Bien —, comienza, envolviendo cinta alrededor de sus nudillos. —Envuélvetelos —.

Sincronicé sus acciones, aseguré una protección inadecuada a mis manos. —¿Dónde me quieres?

—Eres un chico grande —. Su pelo gris le irrita las cejas. —Pero el tamaño no significa una mierda, ¿verdad?

Antes de que pueda responder, me golpea directamente en la mandíbula. Me desplomé sobre las cuerdas, saboreando sangre en mi lengua. —¡Me has golpeado!

Rex se pone en defensa, con los puños protegiendo su cara. —Vamos, pues —.

El viejo está delirando. Lo noquearía. —No voy a pelear contigo, Rex
— — Su puño conecta con mi mejilla, y caí sobre mi trasero. —¿Qué coño? —

Tambaleándome para ponerme de pie, me limpio el sudor de la frente, la rabia escalando. —Deja de golpearme a traición —.

Cargó contra mí con una combinación. —Esquiva, agáchate, rebota —, ordenó, y escuché, evadiendo sus puños voladores. —Puños cerca de tu cabeza —. De nuevo, obedecí. —No dejes que la sangre se enfríe, Warren. Mantenla bombeando, ¿eh?

En trance, presté atención a su parloteo, escapé de sus golpes hábiles y calculados. En poco tiempo, descifré su técnica, presté gran atención a sus hábitos y aprendí de ellos.

—Inténtalo de nuevo —, grita, sorprendiéndome con un enfoque diferente, atrapándome en las costillas. —Defensa —.

Asiento, sacudiendo mis brazos a los lados, generando flujo sanguíneo.

Ignorando el dolor en mi costado, lo superé en pasos, superé cada ataque, esquivé alrededor de su actuación sin esfuerzo.

—Grande y rápido —, dijo, sonando un poco orgulloso. —Ahora, ven por mí —.

El pánico sofocó mi pecho. —No quiero lastimarte, Rex
—

—Tonterías —, me asegura, atrayéndome con manos provocadoras. —Dame tu mejor golpe —.

Apreté la mandíbula, y me abofeteó. —¿Qué coño?

—Estás pensando demasiado —, grita, empujándome contra las cuerdas, provocándome para que contraataque. —Ahora. Warren —.

Lancé un puñetazo, fallé, lancé otro, fallé. Él esquivó cada golpe, corrió círculos a mi alrededor. Me contuve un poco pero seriamente comencé a cuestionarme.

¿Cómo demonios está haciendo esto?

—Detente —, me regaña, arrancando la cinta de sus nudillos. —Ya tengo suficiente. Puedes irte ahora —.

Quedé momentáneamente desconcertado. —¿Qué? ¿Eso es todo?

—Sí —. Sale del ring.

—Rex, ¿qué coño? — Lo seguí hasta la oficina, quitándome distraídamente la cinta. —Entonces, ¿cómo lo hice? ¿Se me permite pelear ahora?

—No —, espeta, y gruñí. —No me estés gruñendo, muchacho —.

La desmoralización me invadió. —Bien. Lo que sea —.

—Puedes ser un gran boxeador —, dijo en voz baja, y dudé en la puerta. —Eres grande, fuerte, rápido y despiadado, Warren —.

Suspiré derrotado. —¿Pero?

—Pero predecible —. Encendiendo su pipa, se desplomó en la vieja y desvencijada silla detrás de su escritorio. —Puedes entrar en una habitación con engreimiento seguro y defensividad despreocupada —, continúa, y me senté en la silla frente a él. —Y no son cualidades negativas , así que no lo malinterpretes. Dicho esto, tu falta de originalidad y obviedad, no sólo carece de emoción, sino que ejemplifica los manierismos de la lucha. Peleas contra un adversario la próxima semana con espectadores y probablemente ganes. La noche de la pelea, sin embargo, tu oponente te tiene la medida tomada. ¿Aprecias mi consejo?

No tenía idea de lo que estaba hablando.

—Para ser impenetrable, indomable e invicto, necesitas aprender a usar esto —. Se tocó el lado de la cabeza. —Vigilante, perspicaz, calmado, sereno —, cuenta con los dedos, —perspicaz y con perspectiva. Todavía puedes ser indignado, intransigente, despiadado y cruel, Warren. Esa es tu personalidad. Ahora lo veo, pero sabes que la indiferencia falsa, independientemente de las características de corazón duro, es más poderosa que cualquier puño derecho o lengua incontrolable —.

Me hundí en mi silla, sin entender del todo.

—Es una debilidad —, procede, fumando su pipa. —Mostrar tu alma es una debilidad —.

Le di un asentimiento casi imperceptible con la cabeza. —Claro, Rex —.

—¿Dame lo que quiero? —, me provoca, sonriendo como un loco. —Y te garantizaré una pelea —.

Rex no necesitó decírmelo dos veces.

Corrí todas las mañanas y todas las noches.

Dupliqué los carbohidratos, las grasas buenas, las proteínas, entrené duro y masacré mis músculos centrales.

Dejé de discutir sobre las tareas de limpieza, pulí su orgullo y alegría con extra cuidado, incluso compré y actualicé nuevo equipo de boxeo, que él se abstuvo de cuestionar.

Rex trabajaba a los otros muchachos mientras yo escuchaba música. En ocasiones, me observaba trabajar en los sacos pero rara vez conversaba conmigo. También me probaba a menudo. El hombre a sabiendas presionaba mis botones, esperaba antagonismo y argumentación. Respondí con sonrisas genuinas, me tomé sus insultos con calma, aprendí a cerrar mi maldita boca.

Es medianoche, y el gimnasio cerró hace horas. Limpieza de primavera aparte, no ha sido el peor turno. Hago secuencias de poder en el saco de boxeo, oigo a alguien subiendo las escaleras. Bronagh entra al gimnasio, con los ojos llorosos y afligida. En quince minutos, está discutiendo con su abuelo, algo sobre su madre
—qué sé yo.

Rex la regaña por salir de su casa de noche, dando el discurso del depredador y su seguridad. —Warren —, gritó, seguido por patas de silla chirriando contra el suelo. —Ven a mi oficina —.

¿Qué coño hice?

Desenrollando la cinta de mis manos, entré cautelosamente en su espacio privado, tratando de no mirar a su nieta. —¿Qué?

—Ese mocoso molestó a mi hija —. Señala a Bronagh, con desagrado en sus ojos entrecerrados. —No vive lejos. Necesito que la acompañes de vuelta
—asegúrate de que esté a salvo —.

Casi dije, ¿por qué no puedes hacerlo tú? Y entonces recordé su reciente texto locuaz y agaché la cabeza.

—No necesito una niñera —, lloró ella, abrazándose a sí misma. —¿Por qué no puedo quedarme aquí, abuelo?

—No —, protesta. —El gimnasio no es lugar para mi nieta. Te vas con Warren inmediatamente. Y más te vale que mi hija esté contenta antes de que la visite mañana —.

—Sí, abuelo —, dijo ella, indefensa y miserable. —Me disculparé —.

Él me miró, una advertencia ominosa emanando de su cuerpo tembloroso. —¿Necesito establecer algunos límites?

El calor reclamó mis mejillas. —No —, escupí, con la mandíbula trabada en su lugar. —Estoy bien, Rex —.

—Bien —, repitió, con líneas de preocupación arrugando su frente. —Llévala a casa sana y salva. Y te veré bien temprano, ¿verdad?

Acompañé a Bronagh a casa. Lloró durante todo el trayecto, disculpándose frecuentemente y frotándose el rímel corrido de las mejillas. Su casa estaba a sólo unas cuadras de mi edificio, lo cual encontré útil, e incluso me ofreció entrar.

Miré las ventanas, contemplando estúpidamente su generosa oferta. —No creo que sea buena idea —. La derrota obstaculizó sus bonitas facciones. —Además, tienes que hablar con tu madre... — Me demoré, catalogando su pequeña nariz y labios delgados. —Y Rex me morderá el trasero —.

—Liam, seguramente no le tienes miedo al viejo Rex —, medio bromeó, con ojos verdes brillando bajo la luz de la luna. —Ya sabes que es puro ladrido —.

Yo respetaba a Rex. Es un hombre decente, nada que ver con el terror. —Te veré por ahí —.

Poniendo un pie delante del otro, dejé a Bronagh junto a la puerta de su jardín y regresé a casa. Llegué a la esquina de la calle cuando la oí llamándome. Rápida como un rayo, la sombra que se acercaba de Bronagh choca contra mi pecho, tomándome por sorpresa. —B
— — Sus labios se inclinaron sobre los míos, robándome el aire que respiro. Dejé caer mi bolsa al suelo, enrollé mis brazos alrededor de su cuerpo curvilíneo, y recibí su beso inesperado.

—Liam —, susurró en mi boca, con la lengua asomando, buscando entrada.

Nunca me habían besado.

Mi lengua se encontró con la hábil guía de Bronagh, y mis manos recorrieron su cuerpo, acunando su cabeza. Me derretí ante ella, con el corazón latiendo a cien por hora, y la respiración contenida.

Ella se echó hacia atrás, con los labios hinchados. —No pude evitarlo —.

Usé mi pulgar para limpiar la comisura de mi boca.

—Mierda —, murmuró, pasándose una mano por el pelo. —No te preocupes, Liam. Rex no necesita saberlo —.

Me desperté solo en la cama, con la mano descansando sobre mi pecho agitado. En el espejo del techo, miro mi reflejo, los ojos cayendo hacia donde Alexa una vez se acostó. Cerrando los párpados, abriéndolos de nuevo, ajustándome a la oscuridad circundante, salí de la cama y abrí un cajón, buscando.

Frente a las ventanas panorámicas, equilibré un porro pre-enrollado en mis labios, inhalé la bruma, dejé que llenara mis pulmones. El río Támesis me calmó. Las luces de Londres alimentaron mi alma. —Me estoy ahogando —, susurré, exhalando humo, aliviado por velos infundidos de pino.

Marcando el número de Reginald en mi móvil, lo puse en mi oreja, esperando su voz gruesa. —Warren —, gruñó, indiscutiblemente perturbado del sueño. —¿Qué puedo hacer por ti?

—El juez —, dije, y él asintió. —El tipo al que Brad pagó para concederme la fianza y retirar los cargos —.

Suspiró. —¿Qué pasa con él?

—Oigo que tiene predilección por los niños pequeños —. El silencio vibró entre el receptor. —¿Correcto? — Sangre, pensé, presionando una mano contra la ventana. Necesito aliviar este resentimiento que todo lo consume. —No me gusta repetirme —.

—Sí —, confirmó. —Trata de mantenerte limpio, Warren —.

Terminé la llamada y le envié un mensaje de texto a Nate.

6. CAPÍTULO SEIS

Alexa

Encontrar un monstruo en tu dormitorio es uno de los mayores miedos. Yo, sin embargo, me aclimaté al mal a los cinco años. Siento la maldad acechando en las sombras, percibo la perversidad emanando de sus formas estacionadas.

Jace se agacha detrás de mí y suavemente aparta el pelo de mi cara.

Permanecí inerte, reuní mucha fuerza, nivelé mi respiración a un ritmo calmado e imperceptible. Si inhalaba demasiado rápido o demasiado lento, discerniría mi inocente engaño.

Su mano recorre mi muslo, y examina los viejos moretones. No estoy segura de cómo sucedió. No es ni doloroso ni problemático
—supongo que me golpeó contra algo durante mi secuestro.

—Alexa —, dijo con voz severa y poco amistosa. —Despierta —.

Gemí, entreabriendo los ojos. —¿Qué quieres? — Me agarró del codo con dedos castigadores, me arrastró a través del colchón. —¡Oye, imbécil! ¡Deja de maltratarme!

Me inmovilizó debajo de él, me agarró la garganta con un agarre de hierro, tomándome por sorpresa. Con las fosas nasales dilatadas, bajó la cabeza, y siento su aliento cálido contra mis labios. —Hablas demasiado, Alexa. Supongo que tres días de inanición fueron ineficaces. Quizás requieras medidas más duras y firmes —. Mi estómago se hundió. —Exijo obediencia. Si la falta de cumplimiento persiste, el hambre y el abandono serán lo menor de tus preocupaciones —.

Trabajando en una deglución apretada, dejé caer mis brazos al colchón, a ambos lados de mi cabeza. Soporté su mirada penetrante, retorcí mi lengua y le escupí en la cara. El esputo se aferró a su mejilla enrojecida. Sonreí como una mujer a la que no le importaba la longevidad. —Que. Te. Jodan —.

Jace se limpió mi despreciable escupitajo de la mandíbula. —Te arrepentirás de eso —.

Arrancándome de las incómodas mantas, arrastró mi cuerpo reacio y forcejeante lejos del recinto. —Apestas —.

—¡Bien! — espeté, pateando y retorciéndome en sus fuertes brazos. —También tengo sida, ¡así que te reto a que me toques!

Su risa no logró pacificarme. —Preferiría follarme a un perro —. Arrancando la cortina de la ducha, ajustó la temperatura del agua. —Sin ofender —. Me soltó con un empujón, cerrando la puerta del baño. —Desvístete. Dúchate —.

Voy a matarlo. Es una pelea inepta y tonta, una que no puedo ganar, pero lo ataco de todos modos. Balanceo ciegamente, chillando como una loca desquiciada. Él gritó, bloqueando mis golpes sin peso, esforzándose por capturarme en su agarre. Puede que sea grande, pero soy una mujer determinada que lo engaña sin esfuerzo. Huí bajo sus brazos extendidos, me estrellé contra la puerta, forcejeé con la cerradura y corrí.

—¡Alexa! — ladró, pisándome los talones. —¡Basta!

Gimoteando y jadeando por aire, tropecé por las escaleras, rezando a quien escuchara que me diera un respiro.

Precipitándome a través de la puerta principal abierta, me lancé por el pasillo, sin importarme los alrededores o las posibilidades.

Cerca del final, como la escalera al cielo, una puerta roja, velada de luz, me llama. La empujé con el hombro, inhalé una bocanada de aire con brisa marina. Vientos fríos me abofetearon la cara junto con vistas cavernosas del mar que arrebataron la vida de mi cuerpo.

—No —, susurré, caminando descalza por la hierba, con sangre como hielo en mis venas.

—Ves —, Jace raspó detrás de mí, —no hay a dónde ir, Alexa —.

Miré fijamente el océano turbulento, las olas estrellándose contra el acantilado. Mis ojos buscaron frenéticamente algo, cualquier cosa, personas, casas, vecinos. —¡No puedes hacerme esto!

Él me rodeó, con paso depredador, blandiendo una jeringa. —Ahora, podemos hacer esto por las buenas o por las malas —.

Una sola lágrima rodó por mi mejilla. Derrotada, miré por encima de mi hombro. Agachada entre árboles altos, densos y sin hojas, la casa tipo cabaña blanquecina se sienta detrás de un recinto empedrado. Sus ventanas tapiadas explican la oscuridad interior. —Por favor no pongas drogas en mi cuerpo —.

Inclinó la barbilla. —Entra y dúchate —.

Me adelanté furiosa, usando las mangas de la sudadera para secarme las lágrimas de los ojos. —¿Cuánto te está pagando?

Jace me ignoró.

—Liam pagará más —, negocié, oyendo sus pesadas pisadas cerca. —Deja que ofrezca un rescate, Jace
—

—No se trata de dinero —, me interrumpe, empujándome la espalda con una mano, empujándome hacia el baño. —Deja de hablar, Alexa —.

Me quité la ropa a regañadientes, dejándola en un montón desordenado en el suelo del baño. Bajo el agua tibia, eché la cabeza hacia atrás, cerré los ojos. El agua golpeaba contra mi cuerpo dolorido y cansado, y nunca admitiré el deleite a Jace, pero la limpieza calmante y tranquila ciertamente me revitalizó.

Me arriesgué a mirarlo por encima del hombro.

De espaldas a la pared, me mira el trasero, y sus ojos recorren mis piernas. Un comentario peculiar se posó en mi lengua, como, ¿pensé que era poco atractiva y horrible de ver? Sin embargo, no quería provocar a la bestia.

Sus horribles capacidades siguen siendo un misterio.

—Lávate el pelo —, ordena, cruzando los brazos. —Sécate con la toalla, envuélvete y

siéntate en el mostrador —.

El terror se apoderó de mi corazón latiente. Forcejeé con el grifo, salí de la ducha, me envolví en una toalla. —¿Por qué no puedo volver a mi habitación?

—Al mostrador —, dijo, sin paciencia. —Ahora —.

Me erizo, obedeciendo su orden.

Jace abre el armario de pared, hurga, viene a mi lado. —Toalla hasta los muslos —.

Ahuecando las mejillas, cedí cautelosamente.

Quitando la tapa de una botella, exprime espuma blanca en su palma y enjabona mi pierna derecha.

Parpadeé con asombro, absorta mientras me afeitaba las piernas. —Soy más que capaz —.

—No confío en ti con una navaja —, zumbó, deslizando la hoja, afeitando el vello delicado de rodilla y tobillo con intensa concentración. Complacido con su obra, abrió el grifo del lavabo, acunó agua, lavó mi pierna y repitió el proceso. —Se supone que debo asegurarme de que estés presentable —.

Dirigí mis ojos a la pared, formándose un nudo en mi garganta. —Me matará —, susurré, y él dudó, continuó. —Flamur me matará —. Me violará, pensé, agarrando con los dedos el borde del tocador, mientras los nudillos se blanquean.

—No quiero oír tu historia triste —, gruñó, secando mis piernas con una toalla de repuesto. —Toma —. Quitándose la sudadera, entierra el algodón con olor a cuero sobre mi cuerpo. —Hora de comer —.

Jace duplicó mi ingesta de avena. Devoré vergonzosamente la avena con sabor a miel en su mesa de café mientras él vigilaba desde la cocina. —Me duele el estómago —, dije, y él arqueó una ceja dañada. —¿Dónde está tu piercing?

—Me lo arrancaste con tus garras —, murmuró, tocándose la ceja rota. —Mierda. Te enfadaste tanto que ni siquiera lo notaste —.

Sonreí interiormente. Espero que duela.

—Bien —, dijo, sacando llaves de su bolsillo. —De vuelta adentro —.

Jace me dejó desatendida después de encerrarme en la soledad. Me había preguntado dónde se aventuraba, considerando que nada más que aguas extendidas y un acantilado irregular enjaulaban nuestros perímetros.

Acostada en el colchón, miré al techo, concluyendo que había una habitación en el piso superior. No sabía qué concepto prefería
—que él se fuera en coche, se quedara en otro lugar y me abandonara, o tenerlo cerca para no estar sola.

Diariamente, dibujaba una línea en la pared. Logré y sobreviví dos semanas, la fecha temible y prometedora en que Jace me entrega a Flamur Bajramovic. Vomité hasta que mi garganta y estómago protestaron. Tuve intervalos de sudoración, ataques de pánico y alucinaciones espantosas, en las que el albanés aparecía junto a mi cama, acariciando mi mandíbula con un nudillo, susurrando apodos cariñosos en mi oído.

El sueño implantaba demasiado temor. Temía el sueño sin sueños, me convencí de que en el segundo en que cediera, Jace y Flamur aprovecharían su momento.

Conjeturar atrocidades me volvió senil. Hablar conmigo misma, aunque sin sentido, mantenía mi cerebro funcionando.

Día quince: Jace apareció.

Me rendí la noche anterior y dormí. En este punto de mi desesperada situación, consideré quitarme la vida. Preferiría morir mil muertes antes que volver con el monstruo que casi me destruye.

—Come, — ordenó Jace, dejando caer un cuenco de avena a los pies de mi cama. —Ahora.

Mi estómago dolía demasiado. Mi cuerpo, sin fuerzas y entumecido, protestaba ante cualquier movimiento o intento de comer.

—Alexa, — suspiró, permaneciendo junto al colchón. —Come, o te alimentaré a la fuerza.

Extendiendo un brazo, rodeé el recipiente con los dedos, sin levantar la cabeza de la almohada, tomé la cuchara de plástico y comí. Cada bocado requería un esfuerzo considerable. Masticar, tragar y lamer se convirtieron en una experiencia insoportable.

Maldiciendo obscenidades, Jace me levantó a una posición sentada, apoyando mi espalda contra la pared. —Estás perdiendo demasiado peso, — dijo, poniendo su mano en mi frente. —Joder.

Logré encogerme de hombros.

Me alimentó, dándome cucharadas rebosantes, animándome a tragar.

Sola otra vez, me tumbé boca abajo en el colchón, tarareando para mí misma. Imaginé escenarios, permití que mi mente viajara a diferentes dimensiones y encuentros pasados. Siempre, Liam venía a mi lado, susurraba su amor en mi oído, me tranquilizaba con sus palabras firmes y resolutas y sus apasionadas reprimendas. El hombre es inherentemente brusco, contundente, exigente y su forma de hablar, a menudo abrupta, moldea y da forma a sus actuaciones perfeccionadas, pero nunca lo cambiaría, ni siquiera un poco. Lo amo, defectos incluidos. —Por favor no te olvides de mí, — susurré en la soledad, trazando el suelo irregular con las yemas de los dedos.

Día veintitrés: Jace me administró batidos para ganar peso.

Odiaba la sustancia insípida y polvorienta. No sirve. Desobedecí.

—¿Por qué tienes que ser tan difícil? — grita, paseando por la celda. —Alexa, vamos. Estás empezando a parecerte a un cadáver en descomposición. Apenas estabas bendecida con curvas antes.

—Te odio, — murmuré, lamiéndome los labios agrietados y doloridos. —Me das asco.

—Dime algo que no sepa, — replica, pasándose una mano por su rebelde cabello castaño.

Tardíamente noté su pecho desnudo. —Estás medio vestido.

Dejó de pasearse, los músculos de sus brazos flexionándose al cruzarlos. —Me quedé en la sala anoche.

¿Por qué no había sabido su paradero?

Jace duplicó mis comidas y porciones. Me duchaba al amanecer y una vez más antes de acostarme. Dormía con su ropa, extrañamente reconfortada por su colonia . La mayoría de las noches, veía televisión mientras bebía cervezas. Si empezaba una película de terror, me escondía bajo el edredón. Si resonaban comedias, me escabullía junto al recinto y veía la pantalla con él. Me pilló una vez, mirándome de reojo, pero se abstuvo de regañarme. Aprecié su indulgencia, me acurruqué junto a los barrotes metálicos y, en mudo humor, me reí de las obscenidades o la secuencia argumental poco realista.

Día treinta: Jace se tatuó los nudillos en la cocina.

Creo que estaba aburrido - recuerdo que dijo que nunca se tatuaba a sí mismo. —¿Qué es tu creación? — pregunté, con las manos agarradas a los barrotes. —¿Algún nuevo tatuaje?

—Sólo retoco. — Un zumbido omnipresente se extendió incómodamente entre nosotros. —Me estás mirando fijamente.

—No tengo nada mejor que hacer. — Noté un ligero tic en su labio. —Además, eres bastante agradable de ver.

Jace hizo una pausa con la máquina de tatuar. —¿Halagos? Eso es nuevo.

Sí, concluí anoche que la actitud destructiva y el comportamiento grosero no tenían ningún efecto en Jace. Reflexioné sobre diferentes métodos y tácticas de supervivencia. Quiero decir, Jace todavía me mantiene cautiva, y Flamur aún no ha hecho una aparición desagradable. Una pequeña parte de mí espera que Liam haya encontrado y matado al albanés, dejándome al cuidado de mi captor. No había descifrado del todo lo que significaban tales nociones. Sin embargo, especulé sobre la imaginación femenina y los afectos engañosos. —No eres tan malo, — mentí a medias. Lo odiaba, pero no me había violado ni golpeado, así que eso era

moderadamente positivo.

Apagando la máquina, se untó algo en las manos, me clavó una mirada inquisitorial en sus ojos rasgados. —No te voy a liberar.

Me mordí el interior de la mejilla. —No te lo pedí.

Apoyando la espalda en la encimera de la cocina, se dio un golpecito con el dedo en el labio inferior, sin duda con el objetivo de descifrar mi actual comportamiento aprobatorio. —¿Qué te traes entre manos?

Fingí desconcierto. —Estoy de pie en mi celda, acechando a mi compañero de cuarto antipático.

Se acercó sigilosamente hacia mí, y levanté la barbilla en señal de desafío. —No, — ladra, sus dedos inflamados agarrando el barandal. —¿Por qué no estás gritando? ¿Por qué no me insultas y prometes mi muerte? ¿Dónde se esconde la verdadera Alexa Haines? — Escudriñó mis ojos llorosos. —¿Qué, ahora tienes miedo?

No, me estoy metiendo bajo su piel, y me emociona. —Me asustas cuando gritas, — mentí con voz suave y desprevenida. —Eres intimidante Jace. — Era en parte cierto. Este pagano dobla mi alta figura. Su cuerpo voluminoso y musculoso envía una advertencia feroz sin que él pronuncie una palabra mortal. Aunque sus hermosos y engañosos ojos verdes me cautivan, no se pueden negar los hechos. Es un monstruo - un monstruo frío y despiadado. —Siento haberte ofendido.

Lo había desconcertado. Su mirada me sondeó, profundizando para encontrar y anular un posible engaño. —¿Lo sientes?

Asentí tímidamente.

—¿Por qué actúas de repente tan amable? — reflexionó, rozando su dedo sobre los míos agarrados.

—Hace frío aquí, — mentí, queriendo acercarme más a él. —Esa manta raída ofrece poco calor.

El músculo de su mandíbula saltó. Sacó sus llaves, abrió el recinto. —Ponte en el sofá.

Espero que mi improvisada mentira no se vuelva en mi contra. Correr hacia la salida es inútil. Omitir la comida sólo debilita mi físico. —Gracias. — Con los pies golpeando el frío suelo, me dirijo directamente al sofá de dos plazas, esperando sumisamente su orden.

—Duerme un poco, — dijo, levantando el grueso edredón. —¿Te sales de la raya? Te romperé una muñeca.

Mis ojos se agrandaron con un firme asentimiento. Me hundí bajo la suavidad, acurrucándome contra la almohada. De fondo, la televisión muestra un robo a un banco. —¿Dónde dormirás tú? — Apenas deseaba su tacto. ¿Cómo más ganaré su confianza, sin embargo? —Podemos dormir cabeza con pies si quieres.

De nuevo, Jace pareció aturdido por mi propuesta. Detuvo su limpieza de la cocina. —Más te vale no desarrollar un Síndrome de Estocolmo conmigo, — bromea, metiendo envases vacíos de comida en una bolsa de basura.

Luché contra el impulso de poner los ojos en blanco. Mi plan falla por segundos. Demasiado desesperada, pensé, sabiendo que se dará cuenta y se pondrá alerta. —Lo que sea. — Girándome de lado, me volví hacia la parte trasera del sofá, y lo oí suspirar detrás de mí.

Más tarde esa noche, Jace levantó la manta, tomó mi mano y me ató algo a la muñeca. Su cuerpo se estiró a mi lado, pero mantuvo los brazos para sí mismo. Cuando su respiración se calmó, toqué el frío metal atado.

Jace nos había esposado juntos.

Era un comienzo en la dirección correcta, suponía.

Ahora necesitaba que le gustara lo suficiente para mostrar misericordia.

A la mañana siguiente, la voz enfurecida de Jace me alarmó. Abrí los ojos e inmediatamente tiré de mi muñeca. La restricción me desgarró la piel, impidiendo movimientos. Manteniendo la espalda hacia la habitación con un examen inadvertido, contorneé la cadena de metal con dedos curiosos. Me había esposado a la pata de la mesa. Mierda, es más que paranoico.

—Prometiste dos semanas, — susurra a gritos, sus fuertes pasos golpeando el suelo mientras camina. —Ha pasado casi un mes, Bajramovic.

Me marchité bajo el edredón.

—¡A la mierda con él!

Deseé ser testigo del otro lado de esta acalorada conversación.

—No está funcionando. — El silencio se demoró en el aire húmedo. —Es jodidamente exasperante, por eso.

Mi cara se torció en perplejidad. Es tan dramático.

—¿Por qué es tan importante para ti? — Otra pausa. —Porque no lo veo. No hay cualidades especiales o... no me interrumpas... — Siguió un golpe. —¡Estoy tratando de entender qué significa todo esto! No. No, no, no, — balbucea con voz monótona. —Teníamos un trato. — Su ira escaló a un ritmo febril. —Rompe nuestro acuerdo, y Warren será la menor de tus preocupaciones.

Un silencio adicional sofocó el oxígeno que compartíamos. Algo se estrelló contra la pared, y yo salté, acurrucándome bajo la manta.

—¡Joder! — Sus desvaríos coinciden con el cristal rompiéndose. Me arrancó el edredón de mi cuerpo encogido. —Levántate.

¿Le recuerdo lo de las esposas?

Dándose cuenta de su error, gruñó, me quitó las esposas y me sacó del sofá con una fuerza injustificada.

—Jace, — siseo, tropezando con mis pies, las palmas estrellándose contra el suelo. —¡No estoy luchando contra ti!

—Estás jodiendo todo. — Agarró la parte trasera de mi sudadera y me llevó de vuelta al

recinto.

Su incomprensible exasperación me sacudió los huesos. —Espera, — protesté, y él sacudió la cabeza con feroz omnipotencia. —Jace, por favor. Seré buena. No me encierres —

—Cállate, — escupe entre dientes apretados, lanzándome sobre el colchón.

—No, espera. — Escabulléndome del suelo, choco contra la barandilla, suplicándole que demuestre paciencia. —Jace... — Se pone una chaqueta de cuero y el temor cae sobre mí. —¡No, Jace! — Sacudí los postes metálicos, la furia ayudando a la fuerza. —¡Por favor no me dejes! Odio la oscuridad, ¡no me hagas esto!

Hizo una pausa cerca de las escaleras, bajó la cabeza y escuchó mis sollozos crudos.

—Por favor, — susurré a través de una borrosidad temporal. —Te lo suplico.

Sacudiéndose los demonios que se festejaban dentro de su cabeza, puso una bota en el escalón y subió las escaleras.

Dos segundos después, las luces se atenuaron en una inquietante oscuridad. Me aparté de la barandilla, me arrastré sobre el colchón y me escondí bajo la fina colcha.

Sólo pasaron unas horas cuando oí a Jace susurrar una disculpa junto a la verja.

Me convencí de que había soñado su admisión de culpa.

7. CAPÍTULO SIETE

Liam

El régimen comienza al amanecer cuando el sol de la mañana se eleva, y un sutil y dulce aroma floral flota en el aire primaveral. Los dolorosos trotes se convirtieron progresivamente en un espacio mental acogedor, momentos privados, lidiando sólo con mis pensamientos o los vocalistas conectados a los oídos. El aumento muscular evolucionó a una poderosa obsesión, y el fitness habitual e impulsivo era útil. En la actualidad, hago cincuenta flexiones y abdominales, generalmente, antes de que los muchachos irrumpan por las puertas del gimnasio. Tales ciclos son progresivos pero inadecuados, así que redupliqué la ingesta de proteínas, doblé el banco de pesas y agregué carreras programadas a altas horas de la noche.

El futuro me pertenece, y maldita sea, tenía planes para él.

—Warren. — El tono de voz áspero y feroz de Rex hizo que mis ojos se pusieran en blanco. —No has fregado el váter.

Sí, lo hice. Dos veces. Antes de las responsabilidades de limpieza y el entrenamiento de todo el día, me encargo de ese sórdido baño. Es el peor trabajo, que hace llorar los ojos y revuelve el estómago, así que mejor quitarse de encima pronto lo desagradable, ¿verdad?

—Dale con el desatascador, — balbucea, con la pipa precariamente equilibrada entre sus labios. —Está jodidamente atascado ahí dentro.

—No voy a desatascar tu mierda, — dije, inflexible y resuelto. No sé qué come el viejo, pero sus movimientos intestinales podridos y pútridos repetidamente me marcan de por vida. —Paga un fontanero.

—Te pago para que limpies. — Se sienta en el banco de espectadores, sorbiendo té fuerte. —Y por cierto, haces un té de puta madre, Warren.

—En primer lugar, aún no has pagado por mis servicios, — le recuerdo, inclinando la cabeza hacia un lado. —En segundo lugar, escupí en ese té.

Su fuerza de voluntad se derrumbó, y sus ojos brevemente recorren la taza. —¿Hablas en serio, muchacho?

Le di una sonrisa torcida, lanzando una combinación al saco de boxeo. El sudor empaña mi cuerpo, goteando por mi columna. Me encanta el fitness, pero hay algo extrañamente satisfactorio en golpear cosas.

Rex pasa por alto mi broma sin gracia, terminando su bebida. —Organicé una pelea para el viernes. Bueno, es en cuatro semanas, pero el evento tiene lugar un viernes.

¿Qué hay de nuevo en eso? Rex organiza torneos de boxeo la mayoría de los viernes por la noche. Sus principales contendientes ganan buen dinero en ese ring, especialmente si ganan. Rex también se beneficia de cobrar apuestas en la puerta principal. Según los rumores en el vestuario, Rex tiene una grave adicción al juego, y esas peleas nocturnas alimentan sus apuestas. Desconozco tanto los eventos de lucha como la forma de vida secreta de mi empleador. Prefiero mantener mi nariz fuera de donde no pertenece, trabajar duro, entrenar más duro, seguir el juego.

—Puse tu nombre, — dijo, y yo caí sobre el saco en shock. —Creo que estás listo.

Lo miré con ojos esperanzados. —No me jodas, Rex.

—No te estoy jodiendo, muchacho. — Sonriendo con suficiencia, dejó su taza vacía en el banco. —Aposté mucho dinero por ti, Warren, así que no me decepciones.

Me arranqué la cinta de los nudillos. —Ni hablar.

—Bien, — suspiró, levantándose la gorra plana, rascándose la línea de pelo en retroceso. —Tengo una reunión con un viejo amigo. ¿Puedo confiar en que cerrarás?

—Claro, Rex. — Recogiendo mi camiseta descartada del suelo, me sequé el sudor de la cara.

Rex dejó el edificio y tomó un metro hacia el sur. En su ausencia, finalicé las tareas, me duché, me cambié a un chándal limpio y cerré la puerta del gimnasio.

Con la correa de la bolsa sobre el pecho, me puse los auriculares en los oídos y seleccioné una canción en el Walkman. Puede que esté oscuro, pero las farolas perfilaban una figura al otro

lado de la calle. Miré con mínimo interés, casi seguí adelante, hasta comprender que Bronagh estaba junto a un poste de señalización. —¿Qué coño haces fuera tan tarde?

Metiéndose los rizos rebeldes detrás de las orejas, comprobó dos veces la carretera, por si venían coches, y luego corrió en mi dirección. —Vine a ver a mi abuelo.

Mis cejas se encontraron. —Rex está visitando a un amigo o algo así.

—Oh, — susurró, con su boca formando un círculo.

Sin creer del todo su razonamiento, lancé mi mirada a mi reloj de pulsera. —Es la una de la mañana, B. — Sus mejillas enrojecidas revelaron tardíamente lo obvio. —No venías realmente a visitar a Rex, ¿eh?

Tiró de la manga de su jersey. —No te he visto desde que nos besamos, — murmura con voz hueca. —Y sé que Rex te asusta y eso.

No corrijo su ridiculez. —Así que pensaste que acorralarme a escondidas era lo mejor .

—Bueno, si lo quieres decir así... — Sus ojos se agrandaron, notando mi sonrisa burlona. —¡Liam, pensé que estabas enfadado conmigo!

La piel de gallina brotó en su pecho sonrojado. —Mierda. — Tirando mi bolsa al suelo, me quité la sudadera, obligándola a ponérsela. —Estás helada.

—Gracias, — dijo, con el material enterrando su cuerpo. —Estuve de pie alrededor de una hora.

—Te acompañaré a casa
—

—No. — Agarrando mi camiseta, me miró. —Ma está en una cita esta noche. No me revisa después de beber.

¿Se supone que debo leer entre líneas?

—¿Una pijamada? — insinúa, mordiéndose el labio inferior. —¿Quizás pueda pasar la noche?

Dejé platos sucios en el fregadero, botellas de cerveza en la mesa y sábanas arrugadas. —No sé...

—Por favor. — Batió sus pestañas.

Pasando mi lengua por mis dientes superiores, agarré mi bolsa del suelo. —Una noche, B. No voy a dejar que Rex me dé la lata con esto.

Sonrió con un brillo triunfante en sus ojos. —Nunca lo sabrá.

En el corto trayecto a mi casa, Bronagh habló sin interrupción ni tomar aire. Mientras describía teatralmente una película que había visto antes, yo luchaba con la idea de una chica en mi espacio privado.

Llegué a mi edificio de inquilinos, abrí la inestable puerta del jardín, desabroché mi bolsa y dejé las compras de Hattie junto a su puerta, listas para la mañana. Es una obligación matutina, comprar sus necesidades. Guardo los productos en mi bolsa, los dejo antes de acostarme, sabiendo lo confundida pero agradecida que estará al encontrar su mermelada con semillas favorita.

—¿Qué es eso? — se preguntó Bronagh, asomándose por encima de mi hombro para husmear. —¿Le traes la compra a la vecina, Liam?

Leche, pan, fruta enlatada, periódico - una lista interminable. —Sí, — medio me burlé, y ella puso una cara. —Es una mujer estelar. Me gusta ayudarla.

—¿Una mujer? — Su tono celoso no pasó desapercibido. —¿Qué edad tiene?

Abrí la puerta de mi casa, esperé a que ella entrara. —Veintitrés, — mentí, tirando mi bolsa en el sofá. —Súper sexy, además.

Bronagh me lanzó una mirada desesperada. —¿Crees que es guapa, Liam?

En su día, Hattie tenía piernas kilométricas, rizos rubios de pin-up y un pecho matador. Ahora, sin embargo, es vieja, frágil, de pelo gris y esos pechos cuelgan bajos. La cantidad de veces que Hattie ha mostrado accidentalmente un pezón no es asunto de nadie. —Sí, — dije, recordando el álbum de fotos que mi vecina me mostró. —Es hermosa.

—Quizás te visite más. — Sus ojos filtraron alrededor de la habitación, inventariando los muebles. —Para marcar mi territorio.

Obviamente Hattie no es un problema, y debería decírselo a Bronagh. Sin embargo, me gusta bastante su posesividad.

—Me gusta este lugar, Liam. — Su mano cayó sobre el tocadiscos, las yemas de sus dedos delineando el exterior raspado. —Es un poco anticuado.

Es mi compra favorita. —Cumple su función. — Casi me senté en el sofá, considerándolo el asiento más seguro. Estoy nervioso, inexperto y sudando. Generar espacio entre nosotros parecía razonable. —¿Vas a quedarte ahí de pie toda la noche o vas a sentarte?

Riendo, tiró del desordenado edredón para ponerlo en su lugar y se sentó con las piernas cruzadas en la cama. —Es mega cómoda.

Eso espero. Gasté un dinero exorbitante en ese colchón.

—Es tan genial, — dijo, asombrada por mi caótica residencia. —Ojalá tuviera mi propio lugar.

—¿Por qué? — Me encontré preguntando. —Está sobrevalorado. En casa, tienes una familia amorosa y eso - deberías estar agradecida.

Extendió los dedos sobre las colchas negras. —Es pacífico.

Es solitario, pensé, levantándome para agarrar una cerveza del frigorífico. —¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis, — confirma, quitándose mi sudadera. —¿Tú?

—Quince. — Abriendo una lata, tragué valor líquido. —¿Por qué esa cara?

El pánico dilató sus ojos. —Pensé que eras mayor.

—Tranquila, — bromeé, uniéndome a ella en la cama. —Es mi cumpleaños en tres semanas.

—¿Sabe el abuelo tu edad? — preguntó, y yo simplemente parpadeé. —¿No es ilegal que un menor alquile una propiedad?

Joder, espero que no sea un problema. —No estoy lastimando a nadie, B, — espeté, apoyando mi espalda en la pared. —Déjalo.

—Lo siento. — Sus labios se aplanaron. —Nunca quise entrometerme ni nada; sólo estoy un poco preocupada por ti. — Miró mi cerveza. —¿Puedo tomar un poco?

—No te emborraches conmigo, — bromeé, pasándole la lata.

—He probado cerveza antes, Liam. — Bebió un trago, se lamió la efervescencia de los labios. —Mierda. — Con los ojos apretados, dejó ciegamente la lata en el alféizar de la ventana, se reposicionó de rodillas frente a mí. —He estado tratando de pensar en formas de besarte, Liam. Y, bueno, estoy tan jodidamente nerv
—

Presioné mi boca contra sus suaves labios, con mi mano curvándose alrededor de su cuello, manteniéndola en su lugar. Su palma se deslizó por mi pecho, y mis músculos automáticamente se tensaron bajo su toque inocuo. Puede que sea inexperto, pero he leído y visto suficiente material para adultos para aprovechar.

Ella envuelve sus brazos alrededor de mi cuello, su lengua barriendo a través de mis labios entreabiertos, profundizando nuestro beso. —Liam, — respira, su ronco acento irlandés me estremeció con piel de gallina. —¿Eres virgen?

¿Qué coño?

¿Es tan obvio? Quiero decir, apenas tengo dieciséis años.

¿Se supone que debo ser un adicto al sexo?

—¿Lo eres tú? — Le lancé de vuelta la pregunta, evadiendo la respuesta.

Sus labios salpicaron a lo largo de mi mandíbula, provocando mi lóbulo de la oreja. —Sí.

Solté un suspiro aliviado. —¿Hay alguna propuesta aquí o algo? — bromeo, arrastrándome sobre su cuerpo, con mis caderas anidándose entre sus muslos separados.

—Tal vez. — Entrelazando nuestros dedos, depositó un casto beso en mi pecho. —No hay prisa, como, sólo pensé... — Esperé a que terminara. —Ya sabes. Podemos hacerlo. Si quieres.

—¿Por qué no vemos primero si nos gustamos? — bromeo a medias, mordiendo su cuello, succionando marcas de pasión a mi paso. —Joder. ¿Qué pasa con Rex?

—Él no tiene por qué saberlo, — afirmó con firmeza, su mano aferrándose a la parte posterior de mi cabeza. —Será nuestro pequeño secreto.

—¿Sí? — Sonreí contra sus labios. —Eres una glotona del castigo.

Bronagh impactó mi vida sin esfuerzo mental. La primera noche que pasó en mi cama, nos besamos hasta el amanecer, nos reímos de temas sin sentido e intercambiamos números de teléfono antes de que la acompañara a casa.

A partir de entonces, me obsesioné con la chica prohibida de exuberante cabello rojo. Inicialmente, pasaron días sin encuentros, pero después de unas semanas de escondernos, éramos inseparables.

Me dejo caer en mi cama, arrastrando a Bronagh conmigo. Apenas tuve tiempo de abrir la puerta antes de que su boca reclamara la mía. Esta noche, lleva una mini falda a cuadros provocadora, y mis manos traviesas invaden esas curvas traseras con demasiada frecuencia. —Joder, — gruñí, mis dedos enredándose en su pelo. —Deja de moverte, B.

Sus caderas rodaron, y su cálido coño se frotó contra mi excitación. —¿La tienes grande, Liam?

A saber. No la tengo pequeña. ¿Cuál es el tamaño promedio, de todos modos?

—¿Dónde está tu madre? — pregunté entre besos, quitándole la camiseta ajustada del cuerpo. —¿Te espera en casa?

—No, — asegura, sus manos deslizándose bajo mis sudaderas, y sus uñas delineando mis abdominales. —¿Quieres que me quede?

Aturdido, asentí, con mi lengua bailando con la suya.

El sexo estaba fuera de la mesa. De hecho, el coito rara vez aparecía en nuestras conversaciones. Besar, abrazar y hablar en la almohada era suficiente, o eso pensaba, hasta que la mano de Bronagh se deslizó dentro de mis pantalones de chándal, acariciando mi duro miembro.

Mi chica me acarició, susurrando lo caliente que estaba en mi oído. Sí, prácticamente me corrí en segundos.

—Warren, — gritó Rex, lanzándome una esponja mojada. —No has limpiado los jodidos suelos.

—Pasé la fregona antes, — exclamé, lanzando la esponja de vuelta. Él se agachó a tiempo para que salpicara contra la ventana de la oficina. —No es mi culpa que tus sucios aprendices arrastren mierda por todas partes. Haz que se quiten los zapatos en la puerta.

—No me digas cómo manejar la mierda, — dijo enfadado, volviendo a entrar en su oficina. —Y hazme una taza de té. Pedazo de mierda inútil.

A la mañana siguiente, un repartidor entregó almacenamiento sin ensamblar, compartimentos perfectos para apilar zapatos.

Bronagh tenía unos pechos geniales. Su piel pálida y pezones rosados y tensos se sentían bien en mis ásperas palmas. Apenas podía mantener esas manos codiciosas quietas. No podía dejar de tocarlos. —Joder, — gemí, con mis pulgares pellizcando sus picos rígidos. —No voy a durar.

Su mano hábil acariciaba, apretaba, trabajaba mi miembro.

Deslicé mis dedos bajo su ropa interior de encaje, y acaricié su coño empapado. —Dios.

El juego oral y los orgasmos repetidos encontraron su camino en nuestras pijamadas. La noche de mi decimosexto cumpleaños, sin embargo, Bronagh tenía ideas diferentes. —¿Podemos dormir desnudos esta noche, Liam?

Asiento. Esta chica puede tener lo que quiera.

Desnudo y empapado en sudor, me coloqué encima de ella, besé la columna de su cuello. La restricción sexual es más que desafiante. Quiero decir, tengo una chica desnuda retorciéndose debajo de mí, y mi dolorida hombría exige atención.

—Te deseo, — susurró, con la luz de la luna delineando su bonito rostro. —¿No sientes lo mismo, Liam? — Su dedo tocó la punta de mi nariz. —Podemos ir despacio.

Tragando el nudo atorado en mi garganta, incliné la cabeza y devoré sus labios con los míos. —No tengo condón.

—Es sólo una vez. — Sus brazos se envolvieron alrededor de mi cuello. —Mañana compraré anticonceptivos.

Colocando mis manos a ambos lados de su cabeza, introduje la punta de mi miembro dentro de ella, observando cómo me hundía más profundo.

Sus uñas se clavaron en mi cuello. —Joder, — gimió, con sus piernas relajándose ante mi avance. —Hey, eres demasiado grande, Liam.

Eso ciertamente infló mi ego. —Despacio.

—Despacio, — coincidió, sonriendo contra mis labios.

Nuestra primera vez juntos, fue sin prisa y efímera, pero también un recuerdo que nunca olvidaría. El sexo dominaba nuestra relación. Prácticamente viví dentro de la chica durante tres semanas, aprendiendo lo que le gustaba, explorando múltiples posiciones
—creo que me gusta Bronagh, más de lo que quiero admitir.

—Estás distraído, muchacho. — Rex me empujó por la espalda. —¿Qué te pasa?

—Lo siento, Rex. — Estoy desconcentrado. El entrenamiento comenzó hace dos horas, pero no puedo sacar la cabeza de mi trasero. —Tuve una noche larga. — Tuve la mejor noche. De pie en la ducha, con Bronagh de rodillas, torturándome hasta llevarme a un estado frenético.

Furioso, Rex arrojó las almohadillas de entrenamiento por el ring y se dirigió a su oficina. —Muévete, Warren.

Maldita sea. Está loco de remate. Lo seguí a la oficina, me desplomé en la desgastada silla frente a su escritorio. Rex se deleita con mi frustración impaciente. Se hace el remolón, tarareando canciones de la radio, fingiendo revisar archivadores.

Saco mi móvil, y envío un mensaje de texto.

Yo: ¿Qué haces?

B: Justo estaba pensando en ti.

Sonreí como el gato de Cheshire.

Yo: ¿Puedo verte esta noche?

B: No puedo, planes con la familia. Pero puedo intentar escaparme más tarde, ¿eh?

No quería causar problemas entre Bronagh y su madre.

Yo: No pasa nada. ¿Mañana?

B: ¡Sí! Me pondré una falda.

Yo: No juegues, B. Sabes cuánto me encantan esas malditas faldas.

B: ¡Cualquiera lo diría! ¡Terminan en el suelo de tu habitación en segundos!

Mierda. Tiene razón. Me gusta tenerla desnuda en mis brazos.

Yo: Déjatela puesta. Planeo inclinarte sobre esa mesa con mis manos apretando tu falda.

B: Liam. Joder. Dios mío.

Yo: Ansío más...

B: ¿A qué te refieres?

Yo: Me refiero a que aún no me has dejado bajarte.

B: Me da miedo.

B: ¿Y si no te gusta?

Yo: Estoy seguro de que me encantará.

Mi miembro está duro sólo de pensarlo.

B: ¿Qué más ansías?

Escribí antes de pensarlo dos veces.

Yo: Quiero empezar a decirle a la gente que eres mi novia.

—¿De qué coño te ríes? — Rex me dio una palmada en la nuca, y me sobresalté, dejando caer el móvil en mi regazo. —¿Con quién te estás mensajeando? Debe ser una chica. — Sus ojos seguros se posaron en mi bulto semierecto. —Mantén esa mierda fuera de mi oficina.

Nunca había estado tan avergonzado. —Tómate un día libre, joder.

Rex sonrió. Juro que en secreto me quiere. —Te tengo un regalo. — Descolgó una funda de ropa de la puerta cerrada. —Toma. Pruébatelo.

—¿Qué es? — pregunté, poniéndome de pie y aceptando la prenda protegida. —Ya tengo muchos chándales, Rex. No quiero que gastes dinero en mí.

—Tonterías. — Hizo un gesto displicente con la mano. —Apuesto a que no tienes uno de esos.

Abrí la cremallera sobre el escritorio, separé la cubierta y examiné con sincera admiración el impecable traje azul marino de tres piezas. —Mierda, — susurré, acariciando la camisa blanca de seda. —Nunca me he puesto un traje. — Volví a cerrar la cremallera. —Pero ¿por qué me compraste un traje?

—Mi sobrino se casó esta tarde
—le dije que no podría ir a la ceremonia, pero que me pasaría por la fiesta.

No tenía motivos para saltarse las celebraciones familiares.

—Pensé que podrías ser mi acompañante, — continúa, encendiendo su pipa. —¿Qué dices?

—¿Me estás pidiendo que te acompañe a una reunión familiar? — Resoplé. —Sí, no gracias.

—Vas a ir, maldita sea.

Los derechos humanos claramente no funcionaban con Rex. —¿Qué gano yo? — Estoy jugando con él. Bronagh estará allí, así que me dará una razón para verla. —No soy muy dado a las festividades.

—Para empezar, te has ganado un buen traje. — Poniendo los pies sobre el escritorio, exhaló humo alrededor de su cabeza. —¿Qué más podrías querer? Honestamente, Warren. Tu oportunismo es poco atractivo.

—Está bien. — Fingí renuencia, saliendo de su oficina. —Te llevaré de la mano a una

reunión.

Duchado y vestido con mi nuevo atuendo, salí de los vestuarios masculinos, ajustando los gemelos de plata a las mangas de mi traje. Rex esperaba cerca de la puerta, vestido con un esmoquin negro, el cabello gris engominado y peinado hacia un lado. —Vaya, vaya, te has arreglado bien. — Un orgullo genuino ardía en sus ojos. —Te ves bien, muchacho.

Abrí la puerta, le hice un gesto para que pasara primero. —Es una pena que no pueda decir lo mismo de ti.

Se rió entre dientes, ajustándose la pajarita. —Deja de hablar tanto. No te queda bien.

Viajamos al lugar en taxi. Como Rex cubrió los gastos de la ropa, insistí en pagar el viaje y la borrachera de esta noche. Rex lo desaprobó enérgicamente, pero lo convencí con dulces palabras para que aceptara.

Muebles marrones, manteles blancos baratos y un buffet frío ofrecían una escasa mezquindad para la recepción de la boda del sobrino de Rex.

Mis nuevos zapatos de cuero se pegaban al suelo manchado mientras caminaba hacia el bar. Esperé en la fila, seguro de que me pedirían identificación. Afortunadamente, el camarero aceptó mi pedido

—una Guinness y una cerveza

—sin problemas.

Encuentro a Rex sentado en una mesa redonda con la familia. No quería imponerme, así que le entregué la pinta y recorrí la sala buscando a Bronagh. Los invitados a la fiesta, vestidos glamurosamente, ocupaban la pista de baile, las luces de discoteca añadían al ambiente festivo.

Salí del local para fumar, me senté en un muro bajo de adoquines, encendí un cigarrillo. Soltando una bocanada de humo, escuché la música amortiguada que resonaba desde el pub, vislumbrando dos siluetas que daban tumbos al doblar la esquina. Reconocería su risa en cualquier parte.

Elevándome a mi altura completa, me pasé una mano por la cabeza, arreglando mi imagen.

Las luces exteriores iluminaban el hermoso cuerpo de Bronagh. Luciendo tacones de tres

pulgadas y un vestido plateado ceñido al cuerpo con ese pelo rojo recogido, sostiene la tela de su vestido en la nuca, riendo junto a su amigo
—otro chico.

De acuerdo, no saques conclusiones precipitadas. Es un primo o un amigo, ¿verdad? No es como si se estuvieran agarrando de las manos ni nada.

Él entrelazó sus dedos, la acercó y le dio un beso amistoso en la mejilla.

Los celos treparon por mi interior. Aparté la mirada, e inhalé una calada de mi cigarrillo.

—Conor, — gimió ella. —Mierda.

Por el rabillo del ojo, veo a Conor empujarla contra la pared, devorando su boca con besos húmedos y acalorados.

Sentí algo desconocido en mi pecho
—una dolorosa decepción
—y la muy familiar ira y resentimiento.

—Aquí no, — lo regaña juguetonamente, arreglando su vestido desarreglado. —Mi familia podría vernos.

—O los invitados, — bromeo, y ella se giró bruscamente en mi dirección. —No te preocupes. — Levanto las manos, viendo cómo el color desaparece de su rostro. —Tu secreto está a salvo conmigo.

Conor soltó una risa burlona. —Bien dicho, tío. Ya sabes cómo es. — Despreocupadamente pasó un brazo por los hombros de Bronagh, murmurando en su oído. —Amo a mi chica
—no puedo quitarle las manos de encima.

Amo a mi chica, repetí mentalmente, arrojando el cigarrillo a un lado. —¿Cuánto tiempo llevan saliendo?

Bronagh abrió la boca para responder, pero el imbécil de Conor se le adelantó. —Oh, nos conocemos desde hace mucho, — confirma, buscando su aprobación. —¿Cuándo fue, Bron? ¿Justo antes de la secundaria, no? Como cinco años.

Cinco. Putos. Años. —Supongo que asistiré a su boda próximamente.

—Creo que te conozco, — intervino ella, con las mejillas enrojeciendo. —¿No eres uno de los boxeadores del abuelo?

—Sí, entreno con Rex. — Oh, ella cree que estoy siguiéndole el juego. —Aunque a ti no te reconozco.

El dolor se apoderó de su rostro. —Lo siento.

Tenía que irme. —Que disfruten su noche. — Alejándome de la pared, di zancadas poderosas por el estacionamiento, incapaz de respirar. Caminé a casa, con la chaqueta del traje colgada sobre un hombro, y las manos escondidas en los bolsillos del pantalón.

Hattie estaba sentada en la ventana, saludando mientras me acercaba. —Hola, Liam.

No estaba de humor. —Ve a dormir, Hattie. — Subí furioso por el camino, abrí la puerta, encontrándome cara a cara con mi vieja y entrometida vecina. —No abras la puerta cuando esté oscuro, Hattie. Entra y espera a Chester.

Ella se estremeció, acurrucándose en su bata rosa. —¿Por qué dirías algo tan hiriente, Liam? Sabes que Chester murió.

—Mierda, — maldije, frotándome la cara con una mano. —Lo siento, Hattie. Pensé... — Nunca encuentro un enfoque aceptable. Simplemente improviso según sus cambios de humor. —Perdóname.

Las lágrimas asomaron a sus ojos. —Puedes ser bastante desagradable, Liam.

—Mierda. Ya me disculpé, Hattie, — ladré, con la vena del cuello palpitando. —¿Qué quieres que te diga? Tienes demencia, mujer. ¿Cómo coño voy a saber con qué mujer estoy hablando?

—¡No me grites! — me apunta con un dedo en la cara. —Debes respetar a tus mayores.

—Ni siquiera te conozco, — respondí con desdén, pasando junto a ella. —Vete a la puta cama, Hattie. Me estás dando dolor de cabeza. — Llegando a mi puerta de entrada de una pieza, abrí la cerradura, y la cerré de un portazo detrás de mí.

Sobre la mesa bistró redonda, un arreglo de lirios ornamentales emite pureza y decoración floral. Pateo la endeble mesa, rompiendo el jarrón gris, dañando los delicados tallos de las flores. La rabia consumió mi cuerpo. Me arranqué la camisa, agarré una silla metálica y destrocé mi hogar

—cuadros colgados en la pared, vajilla, tostadora, televisor. No necesitaba mierdas superfluas.

Maldita sea.

Rodeado de fragmentos destrozados, esquivo la ropa esparcida por el suelo, reúno las pertenencias de Bronagh y las meto en una bolsa de basura: vestidos, pijamas, zapatos, cosméticos, maquillaje y fragancias.

Saqué una botella de cerveza del frigorífico, tiré la tapa, bebí el líquido frío con sed y puse un disco en el tocadiscos. Música relajante ondulaba por el sórdido estudio, bastante deprimente pero terapéutica.

El pomo de mi puerta de entrada traqueteó. —Liam, — llamó Bronagh, y yo gruñí. —Liam, por favor. Sólo escúchame.

Lancé la botella contra la puerta, haciendo añicos el vidrio verde. —Lárgate, B. No voy a escuchar tus putas mentiras.

—Por favor, — gimoteó, sus puños golpeando contra la puerta. —Liam, abre esta puerta. ¡Juro que no me iré hasta que me escuches!

Abrí la puerta de golpe, de pie en una postura inconquistable. —No vas a entrar. Di lo que tengas que decir y luego lárgate

—

—No digas eso, — lloró, tratando de escabullirse junto a mí. —¡Por favor, Liam! ¡No puedes dejarme aquí fuera! ¡Mírame! — Gesticuló salvajemente hacia su vestido arrugado y sus mejillas manchadas. —Tengo frío. Me duelen los pies de correr tan rápido y no quiero que tus vecinos escuchen.

Lentamente negué con la cabeza. —Se acabó, B.

—¡No! — El pavor lloraba en sus ojos llenos de horror. —Liam, te amo. — Su mano tocó mi pecho. Agarré su muñeca, mis dedos pellizcando su carne. —¡Me estás lastimando, Liam!

—No te quiero, — dije en voz baja y calmada. —Quémame una vez, B. Aprenderé de ello. ¿Quemarme dos veces? — Chasqueé la lengua, empujándola lejos de mí. —No es mi estilo.

—No me has escuchado. Conor, — sollozó, manchando el rímel bajo sus ojos, —es mi amor de la infancia. Lo amaba, Liam. Pero luego te conocí a ti.

—Tenía derecho a elegir, — le respondí furioso. —No te correspondía decidir por mí, B. Era mi decisión. Si tenías novio, y yo aún te quería, eso era cosa mía.

Ella sorbió por la nariz. —¿Por qué tengo la sensación de que ese conocimiento no habría importado?

—Correcto. Pienso más en mí mismo. No necesito a la chica de otro tipo, — añadí, tratando de cerrar la puerta. —Quita tus malditas manos, Bronagh.

—¡No vamos a dejarlo así! — protesta, empujando su hombro contra mi costado. —Déjame entrar, para que podamos hablar.

Le agarré el pelo con el puño, y ella gritó. —Una pregunta, — susurré, y ella exhaló un aliento esperanzado. —Miénteme y se acabó.

—Lo que sea, — lloró, sus manos aferrándose a mis muñecas.

Rocé la punta de su nariz con la mía. —¿Te quité la virginidad, B?

Ella entró en pánico pero rápidamente se enmascaró. —Sí
—

—Eres una maldita mentirosa, — escupí, arrojándola al pasillo. —No tenías ninguna razón para mentir sobre eso, B.

—No quería que te sintieras avergonzado, — gimoteó, cubriendo sus labios temblorosos. —Sabía que eras virgen y pensé
—

—Pensaste en mentirme, — dije, cruzando los brazos, —lo hiciste más fácil. No, B. No. Eso está jodido y retorcido en tantos niveles. Necesitas irte. Ahora. — Cerré la puerta, el golpe resonando por todas partes.

Bronagh no se fue esa noche. Gritó, pateó y me irritó con sus patéticas excusas.

A la mañana siguiente, Bronagh me dio espacio. Aunque no salí de la seguridad de mis cuatro paredes. Las reservas me decían que volvería. Y tenía razón. Bronagh pasó esa noche, repitiendo la ridícula escena una vez más. Mientras yacía en la cama, contemplé llamar a la policía, solicitar una orden de alejamiento; sin embargo, respetaba demasiado a Rex y la idea de tratar con las fuerzas del orden me dejaba un mal sabor de boca.

Regresé al gimnasio de Rex tres días después. Limpié, entrené, escuché órdenes y troté a casa.

Metiéndome en la boca curry, queso y patatas fritas del chippy local, doblo la esquina de mi calle. Balizas azules esporádicas giraban junto a sirenas. Me asusté. Sabían sobre el suministro de drogas, escondido en el ático, o descubrieron mi participación en el asesinato de Ray Warren. No, una ambulancia se monta en la acera.

Bajando el volumen de la música, forcé a mis pies a caminar, me posicioné entre la multitud vecina y vi a los paramédicos sacar una camilla del edificio de apartamentos. Detrás de ellos, un rostro desconocido pero reconocible me despertó con puro terror. —Iris, — la llamé, y ella me miró con ojos tristes y hundidos. —¿Hattie?

Sus labios temblaron. Ella siguió a los oficiales, subió a la parte trasera de la ambulancia.

Hattie murió anoche
—ataque al corazón.

Joder, si eso no me hizo sentir como una mierda.

Corrí durante tres horas, encontré una playa, me senté en las rocas para admirar el agua.

Mi móvil vibró.

B: Te extraño tanto.

Borrar.

B: Por favor habla conmigo.

Borrar.

B: Terminé con Conor.

¿Se suponía que eso me haría sentir mejor?

Yo: tonta tú. Eso no cambia nada.

B: ¿Por qué tienes que actuar así? ¡A él lo engañé! ¡No a ti!

Borrar.

B: Ni siquiera sé por qué me importa tanto. No eres más que un vago de mierda, Liam. Que te jodan. Ya lo superé.

Borrar.

Doce horas después.

B: Lo siento mucho, Liam. Nunca quise decir nada de lo que dije. Sólo estoy molesta y herida. Por favor habla conmigo. ¡Odio esto!

Bloqueé su número.

—¿Estás listo para mañana, muchacho? — preguntó Rex, apoyando un hombro en el marco de la puerta de la oficina. —Es una gran pelea.

Lancé un puñetazo derecho al saco de boxeo, las cadenas gimieron, y se aplastaron juntas. —Nací jodidamente listo.

8. CAPÍTULO OCHO

Liam

La muerte de Hattie me cargó con una culpa que consumía mis pensamientos. Su hija, Iris, donó recuerdos, muebles y objetos acumulados a organizaciones benéficas antes de que comenzara el funeral.

No había asistido al servicio funerario de Hattie. En su lugar, estacioné mi trasero en el alféizar de la ventana y observé el aguacero tormentoso humedecer el East End con una cerveza fría en la mano.

El molesto acoso de Bronagh inclinó la balanza de la paciencia. Contemplé habitar en otro lugar pero sabía que extrañaría demasiado a Rex y al gimnasio.

Una noche, mientras Bronagh me ridiculizaba a través del buzón, me senté en el baño sobre las baldosas frías, con la cabeza apoyada en la pared.

Sus palabras despectivas se repetían dentro de mi cabeza. Apreciaba su frustración angustiada, pero ese vituperio gratuito era innecesario. No había engañado, faltado el respeto ni dañado a B. Simplemente me negué a aceptar más que una chica, quienquiera que sea, entrara en mi vida y provocara más daño a mi alma

—y que sus hermosos ojos y su sonrisa se vayan a la mierda.

Fuertes golpes me despertaron del sueño.

En la cama, me di la vuelta y estudié la puerta cerrada, anticipando el enloquecedor castigo de Bronagh con un nudo en el estómago.

—Warren, — llamó un hombre sin nombre, sacudiendo el picaporte. —Necesito una dosis.

Exhalé un suspiro cansado, me froté el sueño de los ojos. —Dame un minuto.

Levantando mi trasero desnudo de la cama, busqué sin rumbo por el suelo, agarré y me puse unos calzoncillos.

Embolsé dos gramos en la encimera de la cocina, abrí la puerta principal y extendí una palma. —Paga.

Es un hombre mayor que lleva una chaqueta bomber de estampado militar y una expresión típica de yonqui. —Ni siquiera sabes lo que necesito.

Nadie llama a la puerta de un traficante a las cinco de la mañana por marihuana. —Suerte en la conjetura. — Me entrega billetes arrugados; yo intercambio por la mercancía. —No vuelvas a llamar a mi puerta a esta hora. Si necesitas algo, llámame.

Mientras intercambiamos números, veo sombras detrás de la puerta de enfrente.

—Gracias, Warren. — Él juguetea con una bolsa, bajando las escaleras. —Oh, una cosa más.

Le clavé los ojos. —Adelante.

—¿Sabes dónde puedo conseguir una pistola?

Apoyando un hombro en el marco de la puerta, lo miré fijamente con escepticismo, rascándome el pecho desnudo. —No, — mentí. No confío en nadie.

Él se apartó el flequillo empapado de sudor de la cara. —¿Sin sentido de la orientación, eh?

—¿Para qué la necesitas? — Noté la silueta que reaparecía junto a la puerta del vecino. —Lárgate, maldita entrometida.

El tipo miró entre mí y la puerta. —Tranquilo, hombre, — me arrulló, rascándose la ceja. —Es sólo una joven.

Lo miré con el ceño fruncido. —¿Cómo coño lo sabes?

—Asomó la cabeza cuando llamé, — aclaró, llevándose cocaína a la nariz. —Entonces, ¿la pistola?

El silencio pensativo se extendió antes de que cediera. —Dos días.

Sus ojos apagados y enrojecidos se iluminaron. —¿Me escribirás?

—Llama, — corregí, estirando los brazos sobre mi cabeza. —Ahora, lárgate.

Asintiendo, bordeó las escaleras, saliendo del edificio.

Miré de nuevo hacia la casa de los inquilinos, puse los ojos en blanco y cerré la puerta detrás de mí.

Dentro de mis reconfortantes cuatro paredes, puse un vinilo en el tocadiscos y escuché música tranquila mientras limpiaba el estudio.

Salí a trotar. Corrí hasta el amanecer y luego devoré punnets de frutas y agua embotellada de camino al gimnasio.

Rex no me entrenó esta tarde, demasiado ocupado preparándose para el combate de boxeo de esta noche.

Entusiasmado y ansioso por entrar en el ring, me ocupé con tareas e incluso ayudé a Johnny con los entrenamientos.

El anochecer oscureció la esfera. El gimnasio de Rex se convirtió en un evento extraordinariamente emocionante. Música estruendosa y conversadores llenaron los asientos alquilados, y apostadores entusiastas sofocaron el aire con espeso humo de cigarro. Hombres trajeados bebían whisky irlandés. Mujeres glamurosas fingían entusiasmo.

Veo a Devin boxear a su oponente alrededor del ring. Es un imbécil arrogante, pero sabe pelear y lanzar un golpe mortal.

Desinteresado en su intercambio, me dirigí al vestuario, listo con cinta en los nudillos y

pantalones de entrenamiento colgando bajos. En el espejo, me di mentalmente una charla de ánimo, calmé mi respiración irregular, y escuché a Rex proclamar logros en el micrófono.

Durante el intermedio, Rex me persiguió. —¿Estás listo, Warren?

Me paso el pulgar por la ceja, quitando el sudor. —Sí.

—Date prisa, — implora, frotándose las manos. —No lo olvides, muchacho. Aposté mucho dinero por ti, así que no puedes decepcionarme.

Inhala. Exhala. Lo seguí al gimnasio, ignorando su apasionado discurso.

Mi oponente estaba de pie en el ring, extendiendo los brazos, incitando teatralmente a la multitud.

—¿Entendido? — preguntó Rex, con la mano en mi hombro, en un gesto reconfortante.

Asiento, pasando bajo las cuerdas, mirando al tipo con altivo desdén. Rex tiene razón. Soy repugnantemente narcisista, comúnmente jactancioso y exasperantemente engreído. Así es como sostuve el abandono sin amor, la decepción y la angustia. Es así como planeo derrotar a este necio y a futuros enemigos.

El zumbido me arrancó de mis pensamientos, pero la compostura imperturbable estabilizó mi postura. 'No te confíes', me había dicho Rex. 'Pon la mira en un sólo premio, Warren. Deja que los enemigos se fallen a sí mismos', me sermoneaba, 'y recuerda; calma y compostura.'

Entrando en una secuencia, el tipo monstruosamente alto y musculoso, comenzó a rodearme, con los puños protegiendo su cabeza.

El público animaba a su boxeador favorito, empapándolo de júbilo solidario. Él rompió primero, lanzando combinaciones, gancho izquierdo, uppercut, jab derecho.

Esquivé su ataque, casi le acerté en las costillas, pero me contuve, asegurando mi respiración.

Para la tercera ronda, había dominado su técnica.

Lanzó un gancho izquierdo; lo evadí.

Lanzó con fuerza un uppercut; retrocedí de un salto.

Lanzó un jab derecho; lo golpeé directamente en la mandíbula.

Fuertes protestas levantaron el techo. Angustiados y preocupados por el cansancio de mi contendiente, los espectadores apostadores se pusieron de pie, gritando improperios o jerga alentadora.

Lo había enfurecido. Gruñó, perdió la compostura y, en un estado de mal genio, me bombardeó con combinaciones premeditadas.

Estallé en carcajadas, escapando de sus puñetazos silbantes. Lo tenía —sabía que lo tenía, y aún así lo dejé hacer el ridículo. Esperé hasta que el sudor se adhirió a su carne sonrojada antes de lanzar un gancho derecho a través de su mandíbula. Su cabeza se giró hacia un lado, y su cuerpo colisionó contra el suelo, inconsciente.

La curiosidad y el alboroto irradiaban desde las gradas. No me quedé para la victoria. Usé el dorso de mi mano para secar el sudor de mi frente, me sumergí bajo las cuerdas y ahogué la jubilosa estridencia de Rex que resonaba en el vestuario.

—Warren, — grita Rex tres horas después, haciéndome señas para que entre en su oficina. —Ven aquí, muchacho.

Anteriormente, me mantuve alejado del alboroto hasta que se calmó y los espectadores no identificables huyeron del edificio. Cuando fue seguro regresar, reuní el equipo de limpieza y ordené las secuelas.

—¿Qué? — pregunté, demorándome en su puerta. —Estoy cansado, Rex.

—Lo hiciste bien esta noche.

Sentí una pizca de orgullo. —Gracias, Rex.

Abriendo el cajón de su escritorio, sacó dinero en efectivo, lo arrojó ante mí. —Para ti.

No necesitaba el dinero. —No. — Crucé los brazos. —Quédate el dinero, Rex. Necesitamos equipamiento nuevo.

—Te lo has ganado, — insiste, pero negué con la cabeza. —Seguramente necesitas el dinero, muchacho. ¿Cómo sobrevives sin ingresos?

Esbocé una sonrisa plana. —Deja de preocuparte por mí. — Estoy hecho para la vida. —Como dije, compra algo de equipamiento.

Confundido y curioso, pegó su lengua al paladar, devolvió las notas al cajón. —Te he comprado un regalo, y ni se te ocurra poner esos malditos ojos en blanco, — advierte, colocando con cuidado una pequeña caja de joyería de cuero sobre el escritorio. —Sabía que ibas a ganar, así que me preparé para tu conquista.

Mis cejas se fruncieron. Me detuve frente a él y abrí la caja. Sobre un lecho acolchado de terciopelo, hay una cadena militar de oro blanco brillaba bajo las luces. Sujeté la cadena larga para leer la inscripción de la placa: Liam Warren. —¿Por qué me has comprado esto?

Algo indescriptible apagó sus ojos. —Sabes, Warren, — susurró, lanzando su gorra sobre la silla, —puede que me esté haciendo viejo, pero no soy ningún tonto.

Me puse la cadena alrededor del cuello.

—He vivido en el East End desde que era un crío, — continúa, rodeando su escritorio. —Me fui de Irlanda en ferry con mi madre para empezar de nuevo. Me crié en estas calles, sobreviví a la mayoría... — Su voz se desvaneció mientras se perdía en sus pensamientos. —En fin, ya tenía una reputación cuando cumplí los dieciséis, muy parecida a la tuya.

—¿A dónde quieres llegar con esto, Rex?

—Me caes bien, muchacho —, admite, apretándome el hombro. —No voy a decirte cómo vivir ni a imponerte la ley. No es mi trabajo hacerlo, pero estoy preocupado por ti —. Arregló mi cadena torcida. —He estado escuchando algunos rumores ilícitos —.

El músculo de mi mandíbula se tensó. —No deberías creer nada a menos que lo veas con tus propios ojos —.

—Cierto —, está de acuerdo, sonriéndome con gravedad. —Realmente eres terco, muchacho —. Dándome una palmadita suave en el pecho, se alejó de mí, encendiendo su pipa. —Bueno, te dejaré con esto —. Se puso sus gafas de lectura. —Empieza tu ejército, Warren. Lo vas a necesitar —.

Esa noche me quedé despierto, escuchando los fuertes vientos afuera con el sutil presagio de mi entrenador en mente.

A las cuatro de la mañana, me duché, me puse unos pantalones sueltos y saqué la basura reciclable. Pasé por la puerta de Hattie, volví con una flor del jardín, la coloqué en el desgastado felpudo y añadí su muerte a mi lista de errores.

Antes de abrir la puerta de mi casa, oí un crujido de mis vecinos. Exhalando un suspiro molesto, crucé el pasillo, y golpeé con el puño la puerta. Se abrió de golpe
— —¿Cuál es tu puto problema? — ladré, encontrándome cara a cara con unos ojos azules redondos. Mierda. Esa rata drogadicta tenía razón. Es sólo una joven, no mucho mayor que yo. —Siempre me estás observando. ¿Por qué?

Anudó su bata de seda, metiéndose mechones rubios detrás de las orejas. —Insomnio —, respira, con las mejillas más oscuras que el carmesí.

Descaradamente bajé mis ojos a su pecho, admirando sus amplios atributos. —¿Desde cuándo el insomnio habitual te da derecho a espiar a los vecinos?

—Lo siento —, dijo con sinceridad, los círculos oscuros alrededor de sus ojos correspondían a su razonamiento. —Tú tampoco duermes mucho. Lo siento, vomito palabras cuando estoy bajo presión —.

Apenas la estoy reprendiendo. —¿Qué es ese olor? — reflexioné, inhalando el aroma de carnes cocinadas. —¿Estás cocinando? ¿A esta hora de la mañana?

Riendo, señaló con el pulgar por encima de su hombro. —Sándwiches de beicon —. Se mordió el labio inferior. —¿Quieres uno?

—Sí —, dije, pasando junto a ella. —Podría comer —.

Mi entrometida vecina era una cajera de ventas de veinticinco años llamada Laura. Hacía unos bocadillos de beicon increíbles y vivía en un típico hogar infestado de feminidad con muebles desgastados-chic. Su impresionante colección de libros llamó mi atención, eso, o la cama doble y los cojines de piel sintética.

—Joder —, gemí, con las manos soldadas a sus caderas. —Ah, mierda —.

Laura rebotaba arriba y abajo de mi eje, con las manos posicionadas en mi pecho. —Liam —, gimió, agarrando mi cabello, devorando mi boca con besos fervientes. —Oh —.

Mierda, pensé que Bronagh era insaciable, pero Laura es otra cosa. Apenas podía respirar.

Moviendo sus caderas en un ritmo constante, se apretó a mi alrededor, gimiendo a través de su orgasmo. Casi protesté y enuncié el hecho de que no había alcanzado mi clímax, hasta que su cabeza descendió por mi cuerpo, anidándose entre mis muslos. —Mierda —, respiré, agarrando la parte posterior de su cabeza. Vale, B dominaba las mamadas, así que la habilidad de Laura había llevado tiempo. Me corrí, no obstante.

Laura se desplomó a mi lado, con su mano acariciando mi pecho. —Bueno, eso fue ciertamente inesperado —.

Bajé de mi éxtasis y tuve un repentino impulso de irme. —Tengo trabajo —, mentí, bajándome de la cama, y desechando el condón.

Ella se apoyó sobre dos codos, observándome mientras me ponía los pantalones de chándal. —¿Puedo cocinarte algo más tarde?

—Te llamaré —, grité por encima de mi hombro, cerrando la puerta de entrada detrás de mí.

No tenía intenciones de volver a verla.

Bronagh rara vez llama a la puerta ahora. Sólo cuando está borracha y cachonda, aparentemente. Supongo que eso es un progreso, considerando cuánto tiempo ha pasado desde nuestra ruptura.

—¡Warren! — Rex me agarró por la nuca, gritando su exaltación en mi oído. Elevó mi brazo hacia el cielo, sus dedos pellizcando mi muñeca. —Eres una maldita leyenda, muchacho —.

No he perdido una pelea. Ya no soy un oponente desconocido. Ahora, soy el luchador invicto que garantiza la victoria. La gente viaja para verme pelear. Los hombres hacen grandes apuestas y me ofrecen boletos para salir del East End. Soy más grande, más fuerte que antes... entonces ¿por qué me siento solo, aburrido, poco entusiasta, insatisfecho y desesperanzado?

Ya no vendo hierba; almaceno cocaína, crack y heroína.

Ya no trafico desde mi puerta; pago a chicos de los recados para que suministren a demanda.

Ya no acumulo revólveres; distribuyo Berettas, Hecklers y Glocks.

—Celebra esta noche —, me anima Rex, entregándome una toalla. —Sal por la puerta o escóndete antes del champán —.

—Claro —. Dejé a Rex en el ring, me retiré a las duchas.

Cambiado a un chándal negro y zapatillas nuevas, me abro paso entre la multitud enérgica, buscando una cara familiar. Me detengo junto al puesto de bebidas, considerando cerveza o sidra.

—Este —, ronroneó una voz femenina y ronca, confiada con su selección.

Miro fijamente la uña rojo escarlata, golpeando una botella de Jameson. —No soy muy bebedor de whisky —.

—Es un favorito —, canturrea, ofreciéndome un vaso de cristal lleno de líquido ámbar. —Prueba —.

Acepté su ofrecimiento, saboreé su sabor destilado y ahumado. —No está mal —. Puede que tenga diecisiete años, pero aprecio a una mujer madura. Hay algo en sus pasos confiados y cuerpos curvilíneos. A diferencia de las chicas de mi edad, las mujeres que rondan el gimnasio de Rex mantienen la perfección bajo la influencia del alcohol y actúan en consecuencia al mantener una conversación.

—¿Cómo te llamas? —, preguntó, dando la espalda a la mesa.

—Warren —, respondo, agradeciéndole por rellenar el vaso de Jameson. —¿Y tú eres?

—Julie —. Su sonrisa gatuna fue decisiva. —Vi tu pelea —, ronroneó en mi oído, esas garras brillantes haciendo cosquillas en la parte posterior de mi cuello. —¿Te apetece salir de aquí?

Soy un macho de sangre caliente. No me iba a resistir.

En el momento en que abrí la puerta de mi casa, Julie se abalanzó sobre mí. Tropecé, me quité la ropa a medias y caí sobre la cama.

Vestida toda de encaje negro, Julie se montó a horcajadas sobre mi cintura. Su pelo rubio se extendió sobre mi pecho mientras besaba su camino hacia el sur. Lamió la parte inferior de mi eje, y un gemido ahogado salió de mis labios. —Hostia puta —. Enredé mis dedos en su cabello, la vi chuparme hasta el fondo de su garganta. —Joder —.

De acuerdo, está mal comparar cuando estás en la cama con otra mujer, pero Julie gana, sin duda. —¿Vas a correrte para mí, grandullón?

Sí, prácticamente disparé mi carga en segundos.

Julie me enseñó los trucos del oficio. Durante tres semanas, aparcó su Mustang fuera del edificio a las tres de la mañana, se unió a mi cama y me folló hasta que perdimos el sentido. Entre intervalos, me enseñaba restraint y cómo dar placer a las mujeres. —No necesitas correrte inmediatamente —, explicó, acariciando mi hombría. —Aprende a controlarlo, Liam. El sexo no se trata sólo del final. Además —, me sonrió, besando mi mandíbula, —la euforia prolongada vale la pena por el resultado final —.

—Cállate —, la regañé juguetonamente, apartando su mano. —Eres demasiado mandona, Ju —.

Riendo roncamente, se tumbó de espaldas, gimiendo su aprecio mientras me deslizaba sobre ella. —Dios, ojalá fuera más joven, Warren —.

Julie tiene cuarenta y un años. También es una mujer casada con tres hijos. —¿Por qué? —, susurré, mordisqueando alrededor de su pendiente de diamantes.

—Eres una fantasía —, explicó, arrastrando sus uñas por mi espalda. —Me haces sentir joven de nuevo —.

—No eres tan vieja —, le aseguré, buscando su boca para un beso. —Te lo haría —. Empujé dentro de su humedad, gemí en el hueco de su cuello. —Podría vivir dentro de ti —.

Julie me folló dos veces antes de que ese molesto móvil sonara, con un mensaje del marido.

Vestida con tacones y un vestido negro ajustado, Jules fumó un porro conmigo, se disculpó por irse y prometió compensármelo la semana siguiente.

Me gustaba Julie. Sin complicaciones y sin expectativas, visitaba mi cama con frecuencia, ofrecía amistad y compañía sin dramas innecesarios.

Laura está acostumbrada a mi estilo de vida y finge que no le molesta. Sé que está mintiendo, pero cuando Julie se va al extranjero con su imbécil marido, caigo en el círculo vicioso de arrastrarme a la cama de mi vecina.

Cada vez que dormimos juntos, promete no exigirme más. Y luego es hora de que me vaya y ella llora pidiendo más.

—Tiene casi el doble de tu edad —, gritó, siguiéndome por su estudio. —Dijiste que estaba casada —.

—Que no esté contigo no tiene nada que ver con Julie —, respondí, hundiéndome en el sofá para ponerme las zapatillas. —No quiero una novia, Laura. Fin de la historia —.

Sus ojos tristes se encontraron con los míos. —Entonces, ¿por qué sigues volviendo?

Me siento solo. —Eres un buen polvo —.

Gruñendo entre dientes, cogió un libro de bolsillo y me lo lanzó. —Se acabó —, gritó,

dirigiéndose hacia la puerta principal. —No voy a hacer esto más, Liam. Encuentra a otra pobre puta para follar —.

Me dirigí furioso hacia ella, y se estremeció. —¿Por qué saltaste? — Ante mi tono enfadado, se encogió contra la pared. —Por el amor de Dios, Laura. Estás actuando como si te golpeara —.

—Eres intimidante —, sollozó, manchándose la mejilla con rímel mientras las lágrimas calientes emergían. —¿A dónde vas? — Siguiéndome por el pasillo, agarró mi sudadera con los puños apretados. —Liam, por favor
—

—Me voy a la cama —, repliqué, pasándome una mano por el pelo. —Entra, Laura —.

—Déjame quedarme contigo —, pidió, con esperanza ardiendo en sus ojos almendrados. —Por favor, Liam —.

No la quería en mi espacio privado. —No —.

—¡Oh, pero está bien que esa pervertida cougar duerma en tu cama!

—No la llames así —, siseé, empujándola lejos de mí. —Ni siquiera la conoces —.

—Lo que está haciendo contigo está mal, Liam —, enfatiza apasionadamente, apartando el pelo enmarañado de su cara.

—Tú me follaste cuando tenía diecisiete años —, le recordé cruelmente, y ella separó los labios con puro terror. —Si alguien me acosó, ¿fuiste tú?

Laura se mudó a un edificio de inquilinos diferente una semana después.

Me alegro de que su tentador trasero se haya mudado.

Bronagh ya no golpea con los puños cerrados mi puerta,un verdadero progreso.

Rex me dio la semana libre. Hasta ahora, he odiado cada segundo. Medio borracho por mi

recién encontrada aprobación del whisky, me estiré en mi cama, contando dinero, sumando cantidades y considerando posibilidades.

Mi móvil vibró, y el nombre de Julie apareció en la pantalla.

—Hola —, contesté, con un porro equilibrado entre mis labios. —¿Cómo va el viaje? — Julie me envió un mensaje la semana pasada, mencionando unas vacaciones en España y bikinis sexys.

Sollozó por teléfono. —Él lo sabe —, susurró, y me detuve en medio del conteo. —Sabe que tuve una aventura —.

Tuve, pensé, exhalando humo. —¿Es seguro llamarme, entonces? — Bromeo a medias, tragando sequedad. —¿Qué quieres que te diga, Ju?

El silencio obstaculizó nuestra llamada antes de que ella preguntara: —¿Tenemos alguna posibilidad, Liam? Si lo dejara... — Su vacilación confirmó su propuesta insegura. —Liam —

—No —, interrumpí, tirando los billetes a un lado. —No dejes a tu marido, Ju. No valgo la pena —.

—Creo que podrías valer la pena —.

Me pellizqué el puente de la nariz, concluyendo el enfoque correcto. —No estoy interesado en una relación, Ju —, dije, rezando para que no se vuelva loca por teléfono. —Así que cuando digo que no valgo la pena, créelo. No soy seguro ni garantizado. Si veo a una chica que me gusta la semana que viene, seguiré adelante. Tienes demasiado que perder, demasiado que considerar: marido, hijos, trabajo, amigos y reputación —. Su gemido ahogado tiró de las cuerdas de mi corazón. —Oye, si sirve de consuelo, creo que eres jodidamente increíble, y ya te echo de menos —.

Imaginé su sonrisa divertida. —Siempre fuiste la fantasía perfecta —.

—Me alegro de que lo apruebes —, bromeo, apoyando mi trasero en el alféizar de la ventana. —Tal vez en la próxima vida, ¿eh?

Suspiró en el receptor. —Cuídate, Liam —.

Frunciendo los labios, terminé la llamada, y tiré el móvil en mi cama. El entumecimiento invadió mi cuerpo. No amaba a Julie. Joder. En este punto de mi vida, dudo que existan tales sentimientos. Aunque me gustaba. Para ser una mujer mayor, no estaba tan mal.

Mi móvil sonó con un mensaje de texto.

Me negué a contestarlo.

Metiendo mis llaves y billetera en mis pantalones de chándal, me metí la Glock en la cintura de mis pantalones, me puse un gorro de lana y salí corriendo de mis problemas.

Cielos deprimentes cayeron sobre el horizonte oscuro, y duchas cálidas esporádicas enfriaron mi piel caliente. Exhalé respiraciones calmantes, impulsándome a través de sprints inquebrantables, gravitando hacia el gimnasio de Rex. Mis puños apretados dolían de tan ajustados. Golpear ese saco de boxeo pesado es una opción terapéutica.

Abrí la puerta, subí las escaleras, escuché una conversación amortiguada.

—Aye, espera. Necesito dos semanas —, negoció Rex, y me detuve a escuchar. —Tú —agh, mierda —. Un fuerte golpe resonó, y cada pelo de mi cuerpo se puso en alerta. —Por favor, yo
— — Otro golpe resonó. —Te lo ruego —.

—Tuviste dos meses —, alguien enunció, y Rex aulló. —Maldito irlandés —.

Con el corazón latiendo tumultuosamente en mi pecho, puse mi pie en el siguiente escalón, sentía la sangre en mis oídos. Miré a través de la puerta abierta, evaluando la situación: seis hombres de aspecto poco amistoso rodean el cuerpo frágil y ensangrentado de Rex. El más bajo pero fornido lleva ropa de diseñador. Sus leales súbditos se ríen de las burlas despiadadas de su jefe y de sus sílabas puntuadas.

Avancé un paso, y el suelo crujió, atrayendo siete pares de ojos condenatorios.

Rex intentó sentarse. —Sal de aquí —, me regaña, con el dolor en su costado haciéndolo

estremecerse. —Vamos, muchacho. Lárgate. Ni siquiera me caes bien, maldita sea —, miente, escupiendo saliva y sangre sobre la colchoneta azul. —¡Ahora!

—No tan rápido —. Calvo y dominante desvió su atención hacia mí. —Quién... — Amartilló una pistola, apuntando hacia mi cabeza, —coño eres tú?

Posicionado en cuatro patas, Rex me suplicó que corriera.

—¿Qué hizo? — pregunté, vibrando de rabia creciente.

—Nos debe dinero —, dijo otro, fumando un cigarrillo. —¿Vas a pagar, chico?

No voy a pagarles a estos idiotas ni un centavo. —No. No es mi maldita deuda —.

—Interesante —, intervino el jefe, y sus secuaces se rieron. —¿Cómo te llamas?

Inhala. Exhala. —Liam —, alcancé mi Glock con aptitud sigilosa. —Warren —.

—Warren —, arrastró las palabras, maravillándose con mi físico. —Podrías ser un gran activo para el jefe —.

De acuerdo, evalué mal la situación; trabajan para alguien más. —Sí —, dije, ignorando las súplicas ahogadas de Rex. —Definitivamente soy adaptable —. Apunté abruptamente la Glock a su cara. —Y soy jodidamente engañoso —. Apreté el gatillo, liberando una sola bala de la recámara, con el sonido agudo perforando mis tímpanos.

Antes de que los otros conceptualizaran el giro inesperado de los acontecimientos, cambié el objetivo, desencadenando otra bala. En cámara lenta imbuida de adrenalina, los vi gemir y caer como contorsionistas sin huesos.

Temblando con náuseas de epinefrina, pasé por encima de un cuerpo muerto, nivelé el arma en la cara de un tipo que gemía y le arrebaté su último aliento. La sangre se acumulaba bajo sus cuerpos desplomados. Dos se sujetaban la herida con una mano mientras alcanzaban sus armas con la otra. Morirían eventualmente, pero quería asegurar su fallecimiento. Les disparé a quemarropa, vi a Rex arrastrándose hacia la pared, generando una distancia segura entre nosotros.

—Liam —, susurró, y supe que estaba decepcionado por la forma en que se dirigió a mí. —¿Qué has hecho?

No podía mirarlo. —Iban a matarte —.

—¿Por qué tienes un arma? Sólo tienes dieciocho años —, ladró, arrastrándose a una posición firme. —¡Tienes toda tu vida por delante, Warren! Lo jodiste todo, ¿eh? Viniendo aquí todo descarado y
—mierda —. Agarrándose un puñado de pelo, tiró de sus raíces. —Yo asumiré la culpa, les diré que lo hice yo —.

—No, no lo harás —, dije con voz tranquila. —Esos fueron mis asesinatos —.

Su mandíbula se aflojó. —¿Estás fuera de tu maldita cabeza? — Di un paso más cerca, y se marchitó en el acto. —¡Aléjate!

Bajé el arma al suelo. —Rex, nunca te haría daño —.

—Mierda —, respiró, sus labios temblando en shock posterior. —Lo sé, muchacho. Sólo estoy un poco conmocionado, eso es todo —.

El abandono y la condena habituales brotaron contra viejas reservas arraigadas. Miré alrededor del gimnasio, sabiendo que sería la última vez con una triste sonrisa en mi cara. —¿Cuánto le debes?

La humillación moldeó su expresión triste. —Cincuenta mil. Y lo pagaré... — Parpadeó sus ojos sobre los cuerpos muertos. —Aunque no sé cómo explicar esos —. Colapsando en una silla metálica, colocó una mano en su pecho, calmando interiormente su corazón agitado. —No sé qué hacer —.

Me agaché al lado de uno de los hombres, registré sus bolsillos. Abriendo su billetera, hojeé las tarjetas de visita, mis instintos destacando el emblema verde y dorado. —¿El bar de Jerry?

Rex me miró de reojo. —Jerry es el gran jefe —, corrobora ambigüedades no expresadas, mientras los nervios sofocan su respiración errática. —Necesitas salir del East End, muchacho. Mantén la cabeza baja y mantente a salvo. Yo puedo lidiar con ellos —.

Asentí, parpadeando para quitar la humedad de mis ojos. —¿Qué pasa con los cuerpos?

—Me desharé de ellos —, dijo, mordisqueándose la uña del pulgar. —No te preocupes por mí, Warren. Sal de aquí —. Empujó mi hombro, agitando una mano hacia la puerta. —Vete, muchacho. Sigue adelante —. Su voz se quebró, el enrojecimiento bordeando sus ojos. —Vamos —.

Apreté y desapreté mi mandíbula. —Maldita sea —. Envolviendo un brazo alrededor de su cuello, dejé un beso en la parte superior de su cabeza, sin querer soltarlo.

Agarró mi sudadera con el puño, ahogando sollozos contra mi pecho. —Vete —, dijo con voz ronca, pero no lo solté. —No hagas esto más difícil para mí, muchacho —.

Desalojando el nudo en mi garganta, incliné mi cabeza, besé su mejilla magullada y salí tambaleándome del edificio.

De vuelta en el estudio, me apresuré a empacar mis dos bolsos, coloqué cuidadosamente el tocadiscos en el fondo, metí drogas, joyas y dinero dentro de zapatos de repuesto.

Me iría mañana por la noche, después de ocuparme de algunos cabos sueltos. Sí, tenía que terminar lo que había empezado.

Cerrando las cremalleras de las bolsas, las coloqué cerca de la mesa, me senté en la silla e hice un porro en la mesa. Dando forma y enrollando mi porro, equilibré la colilla entre mis labios, encendí el extremo e inhalé el muy necesario desapego.

Recordando el mensaje en mi móvil, lo recogí y leí.

Número desconocido: Hola.

Soplando una bocanada de humo, pasé el pulgar sobre el botón de borrar.

Yo: ¿Cambiaste tu número?

Número desconocido: Teléfono nuevo.

Número desconocido: No te estoy acosando, Liam. Estaba pensando en ti y, bueno, quería saber si estabas bien.

La guardé como contacto.

Yo: ¿Dónde estás?

B: En casa.

Recogiendo mis bolsas, equilibrando las correas en mis hombros, cerré la puerta de mi casa, metí las llaves en mis bolsillos y caminé hacia adelante.

Yo: Rex me dijo que estabas en las Bahamas con Conor.

Pasaron tres minutos antes de su respuesta.

B: Sí, tomé el sol. Es un lugar hermoso.

Yo: ¿Bronceada?

B: Ojalá. Me quemé como una patata y me ampollé.

Yo: Todavía blanca como la leche entonces.

B: ¡Ja! ¡Ja! ¡Tú no eres mejor, Chico Lechoso!

Resoplé, dejando que la bruma rodara por la parte posterior de mi garganta.

Yo: ¿Estás con él?

B: ¿Qué?

Yo: Tu novio imbécil. ¿Está ahí ahora?

Otros dos minutos.

B: ¿Por qué?

Pasé por la puerta de su jardín.

Yo: ¿Qué hay de tu madre?

B: ¿Acabas de subir por el camino de entrada?

Golpeé con los nudillos en su puerta principal.

B: ¡Liam! ¡No puedes hablar en serio!

Yo: Abre la puerta, B.

Bronagh abre la puerta, mirándome bajo cejas fruncidas. —¿Y si mi madre estuviera en casa?

Entré groseramente, dejando caer mis bolsas en el vestíbulo. —Estabas de vacaciones —, susurré, posicionando mis manos en la pared junto a su cabeza. —Fue divertido hasta que Conor te cabreó, ¿verdad?

Ella entrecerró los ojos. —Mi abuelo es un bocazas —.

Le di una sonrisa lobuna. —Tu madre te echó la culpa, dijo que no podías manejar la bebida —. Desaté su bata, separando el material de seda. Joder. ¿Por qué lleva algo tan sexy para dormir? El encaje blanco adorna su cuerpo impecable. —Ella defendió al imbécil, así que tomaste el primer vuelo a casa —.

—No debería haberte enviado un mensaje —, respiró, permitiendo que mi mano se deslizara por su cintura curva. —¿Qué pasa con las bolsas?

Me moví hacia atrás, eliminé mi sudadera y camiseta.

Bronagh admiró mi pecho, con sus dedos tirando de la cintura de mis pantalones. —Te vas —. Me quité los pantalones. Todo lo demás siguió. —No sé cómo me siento sobre eso —.

Me bajé a una rodilla, curvé mis dedos alrededor de su tanga, tirando hacia abajo para revelar su coño depilado.

—Liam —, susurró, agarrando mi cabello, —por favor no te vayas —.

Separando sus labios con mis pulgares, pasé mi lengua por su hendidura, evitando el punto que sé que anhela. Tengo tiempo que matar, así que devoro a Bronagh con caricias deliberadas, provocando su calor palpitante. Ha pasado demasiado tiempo desde que nos tocamos, pero nunca olvidaré lo que ella aprecia. Chupé su clítoris, ganándome un gemido gutural. —¿Te gusta así? — murmuré, devorando, manchando su excitación en mis labios. —¿B?

Sus piernas temblorosas se doblaron por las rodillas. Agarré la parte posterior de sus muslos, forzándola a ponerse de pie. —Me voy a correr —, llora, con su columna arqueándose fuera de la pared. —Liam —.

Bronagh es sensible, así que la provoqué con más lamidas, amando esos sonidos de protesta que hace.

Con una sonrisa arrogante, me levanté hasta su altura, abrí mi boca para lanzar un comentario ingenioso, y sus labios se inclinaron sobre los míos. —Joder —, gemí, con mi espalda chocando contra la pared, y capturándola en mis brazos. —B —.

Envolviendo sus brazos alrededor de mi cuello, me forzó hacia el sofá, arrastrándome encima de ella. Encajo perfectamente entre sus muslos relajados, y mi polla colgando pesadamente entre nosotros. —Déjame follarte —, gruñí, arrastrando su lóbulo entre mis dientes apretados.

Desabrochando su sujetador, lo lanzó sobre el sofá, envolviendo sus piernas alrededor de mi cintura. —Tómate tu tiempo —, suplica, sembrando besos por toda mi cara. —No te apresures, Liam —.

—Tenemos toda la noche —, le aseguré, apoyando una mano sobre su cabeza, golpeando

mis caderas hacia adelante. —Maldita sea —. Me enterré profundamente, retrocedí para embestir de nuevo. —Necesito follar, B —.

Con la boca abierta en un gemido hueco, clavó los talones de sus pies en mi trasero, animando silenciosamente.

No me importaba la mirada anhelante en sus ojos engañosos ni los susurros sentimentales que repetía en mi oído. Necesitaba sexo duro, rápido, sin sentimientos
—el tipo de sexo en el que te pierdes y olvidas.

—Oh, joder, — ronroneó, aferrándose a mi cuerpo mientras la embestía con fuerza. —Oh, Liam. Extrañaba esto tanto… te extrañaba.

Hundí mis dientes en su cuello, añadiendo dolor, presión, lo suficiente para silenciarla.

Bronagh se corrió dos veces antes de que reuniera las fuerzas necesarias para llegar al final.

Debería haberme ido.
Debería haberme registrado en un hotel.

—Móntame. — Ayudándola a acomodarse sobre mi polla, le di una palmada en el culo, me recosté y admiré esos pechos rebotando mientras me follaba hasta someterme. —Más fuerte, B.

Con una mano en mis hombros, movió sus caderas, subiendo y bajando a lo largo de mi miembro, sus nalgas chocando contra mis muslos.

—Joder, sí. — Ahuecando sus pechos, pellizqué sus pezones, igualando sus embestidas. —No pares; estoy cerca.

Tres horas después del ardiente sexo en la sala de estar, me arrastré sobre su cuerpo sin aliento, mis manos agarrando sus sábanas rosadas, mis caderas presionadas contra las suyas. No importaba cuántas veces superara la exuberancia; ansiaba más.

Ella me ofreció su pálido cuerpo. Marcas depredadoras hinchadas y rojas magullaban su cuello, hombros, estómago, espalda y muslos internos. Sí, soy un cabrón. Sé que Conor desembarca mañana, así que dejé mi sello por toda su chica.

—Oh, Joder, — grita ella, sus uñas clavándose en mi espalda mientras se corre, ordeñando mi polla dolorida. —Liam.

Me retiré de ella, me desplomé sobre el colchón, con la cara hundida en la almohada. —Estoy jodido.

Ella asiente aturdida. Su vibrante pelo rojo esparcido sobre las sábanas. —¿Quieres una bebida?

—No. — Desnudo y empapado en sudor, salgo de la habitación, agarro un porro y un mechero del bolsillo de mis pantalones y vuelvo a su lado. —¿Quieres un poco?

—Por favor. — Apoyándose sobre un codo, me observó inhalar, esperando su turno. —¿Me echaste de menos, Liam?

—No lo arruines, — dije con dureza, pasándole la mercancía. —Me voy del East End, B. — Sus ojos llorosos se desviaron hacia la ventana para ver la lluvia golpear. —No voy a volver.

Una lágrima rodó por su mejilla. —¿Podemos mantenernos en contacto?

—Claro, — mentí, besando la columna de su cuello. —Joder. Estoy duro otra vez.

—Eres incorregible, — bromeó ella, soplando humo hacia el techo. —¿Quiero saber de dónde viene tanta resistencia?

Julie, pensé, ajustando mi cadena. —No.

—¿Te acostaste con otras?

—¿Te follaste a Conor?

—Justo, — replica ella, presionando un beso en mi hombro. Me ofreció el porro, y yo negué con la cabeza. —¿Quieres que te monte otra vez?

Sonreí con suficiencia, estirándome en la cama. —Vamos a dormir un poco primero.

Esperé a que Bronagh se relajara a mi lado. En poco tiempo, su respiración se volvió regular, acurrucada de lado. Con cuidado de no molestarla, me levanté de la cama, recogí mi ropa y me cambié en la sala de estar.

Abriendo una bolsa, hurgo entre el contenido disperso, encontré balas, las metí en la recámara, me equipé y descarté mi móvil.

Una vez más, con la ropa que llevaba puesta y una bolsa extra, deambulé por las calles con el sol de la mañana como testigo, armado y listo para la destrucción masiva.

9. CAPÍTULO NUEVE

Liam

Con la mejilla pegada a las brillantes baldosas de mármol, desperté con una dolorosa erección, rodeado de mujeres fantasmagóricas

—mujeres desnudas, debo añadir.

Nuestras extremidades entrelazadas e inextricables dificultaban los movimientos. —Fuera, — dije, cerrando y reabriendo los ojos. No, todavía veo tonalidades de pelo variopintas: corto, largo, rebelde, enmarañado y empapado en sudor. —Joder.

Intenté girarme sobre mi espalda, pero el peso sin huesos sobre mi brazo entorpece el proceso. Estiré el cuello, recorrí con la mirada a la atractiva, alta y curvilínea morena, durmiendo a mi lado. Sus pechos firmes presionados contra mi costado, una pierna montada sobre mi muslo, clavándome al suelo. Tiene un rostro decente, rasgos cautivadores y ¿es eso un piercing en la lengua?

Hostia puta.

Mi polla, pensé, examinando la funcionalidad de mi excitación semierecta.

Joder, no puedo recordar nada. Forcé mi memoria, recuerdo enviar mensajes a Nate, transmitir órdenes y luego ducharme.

Sí, definitivamente me duché, pedí comida para llevar y fumé unos porros.

¿Pero qué hay de las mujeres?

Reflexioné más intensamente buscando una resolución perspicua.

Profundamente emocional, afligido y desconsoladamente incómodo, había esnifado cocaína, escuchado música nostálgica y evitado a los hombres.

Anoche, sin embargo, poseído por la intoxicación y la concupiscencia, luché contra el desamor y el duelo, invité mujeres a mi casa y me perdí en un incesante sexo sin sentido.

Compartí alcohol y drogas con estas mujeres
—no sé cuándo ni cómo inicié los juegos previos o el follar. Supongo que tales acciones ocurrieron
—de lo contrario no estaría jodidamente desnudo.

—Hola, guapo, — ronroneó la rubia en el hueco de mi cuello, deslizando un brazo sobre mi cintura. —Parece que alguien está listo para jugar.

—Estoy de acuerdo. — Agarrando la base de mi miembro, la mujer de labios carnosos y pelo oscuro y lustroso se acomoda entre mis muslos. —Más que listo. — Con la lengua asomando, devoró la parte inferior de mi longitud y, en un estado carnal y hipnotizado, me lamí los labios secos, esperando que su boca caliente me engullera. —Mmm, — gime ella, chupándome profundamente. —¿Te gusta eso?

Tenía ojos color avellana, adornados con gruesas pestañas postizas. Reconozco su belleza, pero no es Alexa
—ninguna de estas mujeres supera a mi amor. —Para, — ordené, apartándome de la mujer que me mordisqueaba el lóbulo de la oreja. —Basta.

—Ya lo han oído, — dijo Nate con voz arrastrada, y yo suspiré aliviado. —Vístanse y esperen en el vestíbulo. Es una orden.

—Gruñón, — dice una, de pie con sólo un tanga de encaje. —Suenas celoso, cariño.

Cariño, pensé, liberándome de la pegajosa telaraña, tambaleándome sobre mis pies.

A través de ojos cansados e inyectados en sangre, busco mis bóxers descartados, despegándome. Sin embargo, la desnudez es el menor de mis dilemas. —Nate, — dije tenso, buscando condones usados. Escalofríos inquietantes se deslizaron por mi columna. Seguramente, no había actuado de manera tan imprudentemente descuidada. —Yo...

—Está cubierto, — murmuró Nate, comprendiendo mi dilema. —No te estás moviendo lo suficientemente rápido, — le ladró a la rubia, indicando a las otras que esperaran cerca de la salida.

Colocando mis manos sobre la encimera de la cocina, di la espalda a la habitación, escuchando la voz baja y amenazante de Nate. Las obliga a firmar algo antes de administrar seis píldoras del día después. Sólo respiré cuando la puerta se cerró tras su partida.

Vistiendo todo de negro, Nate se sienta en el sofá en forma de U de cuero, firma los acuerdos de confidencialidad y los guarda en una carpeta de cuero. —¿Se me permite hablar libremente? — No me mira al hacer tales preguntas.

Apreté la mandíbula. —No.

Arrojó un bolígrafo sobre la mesa de café. —Señor, no soy sólo un empleado. Soy uno de sus hombres y asesores de mayor confianza
—también soy parte activa de La Hermandad. Teniendo esto en cuenta, me inclino a expresar cuán irresponsablemente tonto se ha comportado. — Desabrochó una bolsa negra, arrojó contenedores estériles con tapa de rosca sobre la mesa de café. —Permitió que mujeres no identificables y poco confiables entraran en su hogar
—un hogar donde almacena drogas ilegales, armamento y documentación confidencial. No sólo se quedó dormido y les dio rienda suelta a su privacidad. Les dio acceso a recuerdos irrepetibles, diamantes irremplazables y expuso la seguridad de sus hombres.

Agarré un paquete de cigarrillos de la encimera, equilibré uno entre mis labios. —Tuve un desliz y un momento de debilidad. Repróchamelo, joder.

Sus ojos verdes ardían con rabia venenosa. —Una aventura y acostarse con un montón de escorts es más que un momento de debilidad, señor. Es francamente imprudente e insondable.

—Cuida tu boca, — le advertí, y él se desplomó contra el cuero frustrado. —No olvides con quién estás hablando, Nate.

—¿Y si no hubiera venido aquí? — reflexionó, apoyando los codos en las rodillas. —Dentro de un año, tendría mujeres llamando a la puerta, exigiendo cuidado infantil y acuerdos confidenciales.

La inmundicia y el arrepentimiento me envolvieron en un pavor escalofriante. —Evitaste el problema para prevenir tales tragedias.

—Eso es irrelevante. — Me clavó una mirada mordaz. —Señor, por una vez, sólo deje a un lado toda esa mierda tiránica y escuche

—

—Soy un megalómano al que le gusta follar. Despojarme de poder y mujeres es inútil, Nate. Soy quien soy
—

—Correcto, — interrumpe, frotándose la cara con una mano. —Eres un seductor con las damas. Posees un imperio y siempre consigues lo que quieres. Por el contrario, nunca, nunca, bajas la maldita guardia y expones tus vulnerabilidades. No eres tú. No cometes esos malditos errores
—nunca. — Sus ojos buscaron los míos. —No es tu estilo, ¿verdad?

Con el corazón palpitante y dolorido, desvié la mirada, sabiendo que su discurso inocuo pero apasionado venía de un buen lugar.

—Necesitas orinar en esos, — me reprochó suavemente, —para que pueda hacerte pruebas de enfermedades de transmisión sexual.

Enciendo el cigarrillo, exhalo un aliento calmante. No estoy de humor para charlas triviales. Preferiría recluirme en el ático, solo.

Nate me observó pensativamente, girando su anillo del pulgar. —¿Qué tienes en mente, señor?

—Además del hecho de que Brad merece una bofetada por este moretón, — señalo mi ojo negro, —no mucho.

Él contuvo una sonrisa burlona. —Apoyo su decisión. Estabas demasiado ebrio
—listo para matar a los tuyos. Dejarte dormido fue el mejor resultado posible para todos.

No lo corrijo. Sé que tiene razón. —Aún así va a recibir una bofetada.

—Brad lo está esperando. — Se levantó, acercándose cautelosamente hacia mí. —¿Señor?

Un dolor inmóvil tensó mi pecho. —No funcionó.

Sus cejas se fruncieron en un duro ceño. —¿Qué no funcionó?

—¿Viste a las mujeres? Seleccioné una variedad, y una de ellas... — Pensé en la morena de ojos color avellana. —Se parecía a Ella. — Elegirlas es borroso para mí, pero, cuando me desperté y vi esa sonrisa bonita e infecciosa, entendí las demandas previas. —Se parecía a Alexa.

Nate permaneció callado, permitiéndome continuar.

—Si amar, anhelar, llorar y necesitarla me hace débil — susurré, parpadeando para contener lágrimas no deseadas. —Entonces, soy débil.

Colocó una mano cautelosa en mi hombro. —Hasta ese momento en tu oficina, no me había dado cuenta de lo mucho que Alexa significaba para ti, señor. Eres bueno ocultando tus emociones.

—Es así como aprendí a sobrevivir, — le digo, exhalando una nube de humo. —Es así como aprendí a respirar, superar y vencer el sufrimiento duradero y las dificultades de la vida. El desapego impasible funcionó. Puedo hacer y decir lo que quiero y aún dormir tranquilamente por la noche.

—Y entonces la conocí. Alexa Haines. — Sonreí con un pensamiento sentimental. —Como un soplo de aire fresco, Alexa irrumpió en mi vida, tan discretamente perfecta pero indeleblemente imperfecta. Tuve este intenso impulso de protegerla y salvarla de la autodestrucción, de traerla a nuestro redil y abolir sus graves demonios.

—El día que arruinó mi camisa de Saint Laurent con ese maldito café, — añado, y él se rio entre dientes, —supe que era diferente. ¿La atracción gravitacional y la conexión? Jodidamente alucinante, Nate. Incluso si ella nunca me hubiera buscado, yo la habría buscado porque la deseaba. Tales deseos sólo se intensificaron. ¿Entiendes?

Él inclinó la cabeza.

—Ahora, estoy enamorado de un fantasma, — dije con voz ronca, apagando el cigarrillo en un cenicero de cerámica. —Yo, Liam Warren, moriré amando a la mujer que reclamó mi corazón. Así que sí, me porté mal, consumí drogas y alcohol y me follé a mujeres sin nombre para olvidar, pero sólo soy humano. Me duele y sangro igual que todos los demás. Sin importar mi notoriamente alto estatus y falsa apatía.

Pasé junto a él, recogí los contenedores estériles, oriné en el baño y recé para que mi polla no se cayera.

***

—"Feel the pressure—your backs against the wall. Love is gaining on you. You're just about to fall. If you're afraid to love, afraid to take a chance. You better hide your feelings. Get out while you can, — canta Nate, con el volante entre sus manos. —"Cause you'll be going loco down in Acapulco. If you stay too long."

Observé su horrible exhibición con una mueca de desprecio.

—"You'll be pulling out your hair, drowning in despair with a whole lot of nothing on your way to nowhere, — continúa con una voz extrañamente melódica, saludando al conductor estacionado a su derecha, esperando en el semáforo. —"You search for paradise—"

— — Apagué la música. —Señor, ¿qué carajo? Esa era la mejor parte. — Tocó la bocina del coche, instando al conductor de adelante a avanzar. —"Man, I was going loco in Acapulco!"

—Joder, — gruñí, con la resaca irritando mis sienes. —Es demasiado temprano para esta mierda.

—Nunca es demasiado temprano para los Four Tops, — dijo con voz monótona, girando en la esquina. —Además, apenas es temprano. Mira el sol. — Se desvía hacia un autoservicio. —Nos está golpeando.

Puse los ojos en blanco. —¿Qué coño estás haciendo ahora?

Bajó su ventanilla.

—Hola, — resonó una voz robótica a través del intercomunicador. —¿Puedo tomar su pedido por favor?

—¿Podemos pedir dos McMuffins dobles de salchicha y huevo? Dos cafés grandes —negros, — enfatizó, asomando la cabeza por la ventana. —Sin azúcar, ni esa mierda falsa. ¿Cómo lo llaman? ¿Edulcorante? Deja un mal sabor en mi lengua. — Frunció los labios. —Y agrega algunas de esas hash browns —extra crujientes. Me encantan esas cosas.

Exhalé un suspiro exasperado, con la cabeza apoyada en el reposacabezas.

Avanzando el vehículo, espera en la segunda ventana. Pagó el pedido, arrojó una bolsa de papel marrón sobre mi regazo y equilibró nuestros cafés en los portavasos. —Pásame un muffin, señor.

Golpeo comida grasienta en su palma. —¿Desde cuándo comemos esta mierda? — pregunté, hundiendo los dientes en el desayuno tardío. En realidad, está bastante comestible. —¿Cuál es la salsa?

—Barbacoa, — confirma, masticando hash browns mientras conduce con una mano. —Susurré un extra
—sabía que protestarías de lo contrario.

Tomé un sorbo del café, arrugando la nariz con disgusto. —Esto sabe a pis. — Abriendo la ventana, arrojé nuestras bebidas desagradables a los arbustos que pasaban.

Sus ojos se abrieron de par en par. —Ni siquiera pude probar el mío. — Engullendo el resto de su comida, arrugó la basura. —Entonces, tu mensaje de texto.

Enciendo un cigarrillo, soplo humo por la rendija de la ventana.

—El juez, — dijo con voz arrastrada, aflojando el acelerador y incorporándose a la M4, —Gary. Localicé su archivo y realicé una verificación de antecedentes superficial. Está limpio, señor.

No, Gary Pattison está lejos de ser justo y honorable. Eso se llama dinero, poder e influencia. Es lo suficientemente afortunado como para sentarse en la cima de una mesa autoritaria. Tales privilegios garantizan protección legal y salvaguardan beneficios inexcusables.

Nate notó mi falta de voluntad para comentar. Dirige el coche hacia el asfalto irregular, apaga el motor y se gira en su asiento para mirarme. —No se me permite hacer preguntas. — Echando un vistazo al edificio de la iglesia, chasqueó la lengua en una breve deliberación. —Bueno, tu tipo está aquí, así que ¿cuál es el plan?

—Vamos. — Abriendo la puerta del coche, me elevé del asiento del pasajero, y alisé con una mano mi camisa.

Ascendiendo los escalones de concreto al unísono, Nate abrió la puerta principal, y se hizo a

un lado para que yo entrara.

Las vidrieras proyectaban sombras multicolores sobre el suelo medieval, la iglesia, una maravillosa quintaesencia de arquitectura cóncava y barroca, me hacía sentir escalofríos vacíos y una ansiedad nauseabunda.

—Llévame a la iglesia, — dice Nate, sumergiendo sus dedos en agua bendita, bendiciéndose a medias. —Está bien, me voy al infierno por esto.

Le lancé una sonrisa divertida. —El Hades estaba sobre la mesa de antemano.

—Aún así, — se estremeció, sus ojos condenatorios digiriendo santuarios monumentales, —tengo la sensación de que los fuegos eternos del infierno acaban de agregarme a cámaras de tortura insoportables.

—No hemos hecho nada, — le aseguré, y él respiró. —Todavía.

—Señor, — susurra a gritos, siguiéndome a través de los bancos de madera. —Mira a Jesús.

Encontré la mirada de Jesús. Su ostentosa imagen grabada domina la pared trasera —un ojo que todo lo ve, denunciando sacrílego y ahuyentando a los malhechores malvados. —No sabía que te atenías al destino del catolicismo, Nate.

—No lo hago, — afirmó con firmeza, cortando al hijo del Señor con una mirada mordaz. —Dicho esto, entrar en terreno sagrado y derramar sangre santificada es algo jodidamente distinto.

Una risa ronca vibró en mi pecho. —De nuevo, preguntaré, ¿quién dijo algo sobre matar a alguien?

—Eres Liam Warren. — Nate produjo una mirada mordaz y conocedora. —No hay otra razón para que estemos aquí.

Touché.

Entré en la sala de vestir y eché un vistazo a los objetos del sacristía. —¿Cuál es su papel?

— Levanté campanas de altar desechadas chapadas en oro, las hice sonar. —Gary, quiero decir.

—Servicio del coro, — explica, abriendo una caja de pan. —Parecen botones de leche rancia. — Se mete uno por los labios, con la lengua pegada al paladar. —Estas mierdas no se derriten.

Le arrojé una toalla de lavabo. —¿Por qué estás comiendo eso?

—Siempre me pregunté a qué sabía el pan sacramental. — Regurgitó la papilla sobre la toalla. —Está sobrevalorado.

Desbloqueando otra puerta marrón, entré en un estrecho pasillo sin iluminar, admirando las largas ventanas con vitrales.

Mis pasos vacilaron.

Gracias a mi angustioso pasado, profundas habilidades perspicaces me caracterizaron y ayudaron a lo largo de la vida. Percibo el peligro rápido, las amenazas mortales y la crueldad inexpugnable. No soy un adivino, pero soy ingenioso.

—¿Has leído la Biblia antes? — Nate hojea los libros de tapa dura apilados en la estantería. —¿Qué hay de la mitología?

Alcanzo el Desert Eagle, mis dedos sudorosos se enroscan alrededor de la fría empuñadura. Deteniéndome cerca de una puerta cerrada, cierro los ojos, y escucho una perturbación amortiguada al otro lado
—otro recuerdo indecible para manchar mi proceso de pensamiento.

—No temas, — lee Nate un pasaje, —porque yo estoy contigo.

Pateé abruptamente la manija de la puerta, desmantelando la frágil cerradura.

Entronizado detrás de un escritorio de caoba, Gary bramó desde su asiento, arreglando frenéticamente sus pantalones desabrochados. —¿Qué es esto? — Un rubor caliente amenazó sus mejillas hinchadas. Su excitación impregna el aire húmedo y sofocante. —¿Warren?

Con la pistola apuntando a su cabeza, golpeé mis nudillos sobre el escritorio, incapaz de desviar mi mirada prometedora. —Levántate, — ordené, y un joven muchacho se arrastró hacia mi visión periférica. —De pie.

—Puedo explicar
—

—¡Cállate! — Mi voz enfadada corta el lamento patético de Gary. —Tú. A la pared.

Temblando sobre piernas inquietas, el joven muchacho, cuyos ojos nunca dejaron los míos, presionó su espalda contra la pared.

—Nate, — ladré, y su sombra cayó sobre mí. —¿Quién es el Diablo?

—La personificación del mal, — dijo en un tono bajo y angustiado.

—¿Y cuál es el alcance del poder satánico? — Gary casi se puso de pie; sacudí la pistola. —Mueve un jodido músculo, y te acabaré.

—Inmutabilidad, — procede Nate, mirando al hombre acobardado detrás de su escritorio. —Profunda inmoralidad y maldad. — Desviando su atención hacia el muchacho, preguntó, —¿Cuántos años tienes?

—Once, — susurró, con los nervios sacudiendo sus huesos. —Por favor, ¿puedo irme a casa?

Alisé mi dedo sobre el gatillo, observando al muchacho con indiferencia. —¿Has leído la Biblia?

Su túnica blanca entierra su pequeño cuerpo. —Sí.

—Entonces entiendes que el mal está encarnado en el Diablo, — dije, y él asiente. —Un ángel caído que aterroriza al mundo a través del mal. Como su siervo, ¿ves cuán fácilmente puedo atraer almas inocentes a mi salvador?

Él apretó los labios.

—Te hice una pregunta, — grité, con los músculos de mis hombros tensándose.

—Sí, — sollozó, sus labios agrietados temblando. —Creo que entiendo.

—Fui enviado aquí hoy para fortalecer un tribunal de penitencia. — Me yergo sobre él, deliberadamente infundiendo miedo. —Mi Dios no es el tuyo. Es el peor de nuestra especie, y está muy jodidamente iracundo. Ese hombre, — amartillé la pistola, y Gary suplicó sus excusas lastimosas, —no es el siervo del Señor. Es un lobo con piel de oveja, aprovechándose de la inocencia de un niño.

Los ojos húmedos del chico se dirigieron al suelo.

—Este será tu último encuentro. — Agarro su cuello. —Aprende el principio proverbial. No veas el mal. No oigas el mal. No hables del mal. Si te vas y abres la boca sobre lo que ha ocurrido aquí hoy, reapareceré bajo la seguridad de tu cama y te arrastraré al infierno satánico. ¿Me he explicado abundantemente claro? — Miró a Gary en busca de orientación. —No lo mires. No es más que un alma demoníaca enmascarada en vestimentas engañosas.

Lo empujé hacia Nate, quien esquivó la caída torpe del muchacho. Sus rodillas se estrellaron contra el suelo.

—Repite, — ordené, y él se apresuró hacia la puerta. —Ahora.

—Eres el siervo del Diablo, — lloró, limpiándose las lágrimas de la mejilla. —Y vendrás por mí
—si hablo de todo lo que he presenciado.

Me situé al lado de Gary, aterrizando un duro apretón en su hombro. —¿Si qué?

—Si hablo. — Lloró por su madre entre gemidos sin aliento. —No veas el mal. No oigas el mal. No hables del mal.

—Buen chico. — Incliné la barbilla hacia Nate. —Acompáñalo afuera. — Espero hasta que se hayan ido, giro a Gary para que me mire. —Voy a fingir que no acabo de entrar aquí y ver la cabeza de un niño entre tus muslos.

Tragó un nudo audible. —Puedo explicarlo.

—Sí. — Metiendo la pistola en la cintura de mis pantalones, desabroché mi chaqueta de traje y me senté en el borde del escritorio. —Por favor, aclara por qué los dignatarios abusan de su poder.

—No eres mejor, — replica, con sus dedos blanqueándose mientras se aferraba a los reposabrazos. —¿Quién eres tú para juzgarme, Warren? Eres uno de los cabrones más corruptos que deambulan por las calles de Londres. ¿Necesito recordarte que, si no fuera por mi posición de juez, serías un delincuente convicto, pudriéndote en una celda de prisión?

Justo. —Nunca requerí ni supliqué mala conducta judicial.

—No, pero tu leal matón lo hizo, — escupió, reclinándose en su asiento. —Bradley Jones. Ese hijo de puta entró audazmente en mi casa privada y me apuntó con una pistola a la cabeza.

—¿En serio? — pregunté en un tono aburrido. —¿Qué lo poseyó para actuar de manera tan inapropiada?

Sus cejas grises y desaliñadas se encontraron en el medio. —Un pajarito me dice que el Superintendente Jefe Reginald Burden es amigo tuyo, — habla lentamente, puntuando cada sílaba. —Dime, Warren. ¿Cuánto cuesta tener a un hombre tan influyente en tu bolsillo trasero?

Me reí secamente. —Me temo que te informaron mal, Gary. Cuido de Reginald, sí, pero soy yo quien tiene invertidamente las cartas del poder. En realidad, ¿por qué no ponemos a prueba tu hipótesis ridícula?

Desbloqueando mi teléfono, marco el número de Reginald y lo pongo en altavoz. —Antes de que hables, — expliqué, observando los segundos pasar en la pantalla, —quiero señalar que Gary Patterson está escuchando.

Reginald permaneció en silencio.

Nate reaparece, cerrando la puerta detrás de él.

—Gary está molesto, — le digo, sacudiendo pelusas de la manga de mi traje. —Cree que

fuiste tú quien compartió información clasificada con Brad Jones. — Miré al cerdo sudoroso. —Mi matón incontrolable, — enuncié, taladrándolo con ojos oscuros, —amenazó al pobre amante de niños Gary a punta de pistola.

—Encontré pruebas ocultas —, aclara Reginald. —Un niño intentó presentar cargos a principios de los años noventa, y el mismo niño desapareció dos días después. Patterson tenía amigos y aliados cercanos en la metropolitana cuando aún era abogado.

—Sin cargos ni sentencia —, enfatiza Gary. —No fui condenado, y ciertamente no tuve nada que ver con la desaparición de ningún niño. Escucha, no quiero problemas, ¿de acuerdo? Soy un buen tipo. Trabajo duro en los estrados y ofrezco mis servicios a la comunidad católica —

—Y violas niños —, interrumpe Nate, con pura rabia en su oscura aura.

Gary miró el teléfono. —Jefe, Brad Jones me prometió que se encargaría de cualquier reacción negativa si absolvía los cargos de Warren. Él estaba mirando al menos quince años. — Sus ojos se movieron nerviosamente, encontrándose con miradas condenatorias. —Posesión de dos armas de fuego, cuchillos arrojadizos, nudilleras prohibidas y drogas de Clase A, sin mencionar la agresión a un policía. Te hice un favor. En lugar de atosigarme, deberías agradecerme por mi fallo infalible y generosidad.

—No suelo expresar tal gratitud, así que no te lo tomes como algo personal, Reginald —, bromeé, y él se dirigió a mí. —Borra el archivo de Gary y envíalo al extranjero —.

Reginald suspiró en el auricular. —Warren —.

La perplejidad moldeó las facciones endurecidas de Gary.

—Reginald —, dije una vez más, disfrutando del hecho de que estoy irritando a Patterson. —Voy a hacer un desastre. Espero que lo limpies —.

—Por supuesto —, accedió Reginald, la silla en la que está sentado crujió mientras cambiaba de posición. —¿Algo más?

—Sí, de hecho —. Saqué una navaja de bolsillo del bolsillo interior de mi traje. —Confirma cuánto te pago por estar en mi bolsillo trasero —.

—¿Qué? —, preguntó Reginald, y me imaginé su rostro confundido. —Estoy eternamente a tu servicio, Warren. No me pagas nada porque estoy eternamente agradecido por todo lo que has hecho por mí —.

—Interesante —. Terminé la llamada. —¿Qué decías sobre que yo necesitaba a otros?

Gary me miró fulminante bajo sus cejas fruncidas, con los dedos entrelazados sobre sus muslos. —Eres un matón, Warren —.

—Lo sé —, asentí, abriendo una hoja afilada. —Y tú eres un depredador sexual que está a punto de perder su polla —.

Se levantó de un salto de su asiento, pero el puño invisible de Nate le destrozó la mandíbula. Rugiendo de dolor insoportable, Gary se desplomó en la silla, suplicando que mostrara clemencia.

Agarrando su muñeca, le di la vuelta a su mano y clavé la hoja a través de su palma, clavándolo al reposabrazos. —Soy despiadadamente frío, sanguinario, implacable y violentamente implacable —. Abriendo otra navaja automática, forcé su otra mano a la silla y la apuñalé a través de su carnosa carne. —Soy arrogantemente engreído y obsesionado con el poder —.

Nate arrancó la estola púrpura y dorada de Gary, anudándola con fuerza sobre la boca aullante del hombre.

Desabroché el cinturón de Patterson. —Sin embargo, no soy partidario del abuso infantil —. Acepté un cuchillo serrado de Nate, agarré el pene del hombre y blandí el filo puntiagudo. —Ahí es donde trazo la línea —. Penetrando su carne gruesa, corté su miembro flácido y lo vasectomicé carniceramente. —Mantenlo quieto —.

A través de ojos saltones y llorosos, Gary se retorció en una contorsión animalística, rompiendo sus laceraciones. La sangre gotea por sus manos involuntariamente temblorosas, espesándose en gotas persistentes en las puntas de sus dedos.

Arrancando la tela de la boca de Gary, le metí el pene amputado por la garganta y luego encendí un cigarrillo mientras se ahogaba hasta el silencio.

—Alexa fue abusada —, susurré, pero Nate está familiarizado con el caso Haines. —No ignoro estas atrocidades no habladas. Sé cuán oscuro puede ser este mundo, pero su abuso histórico me dejó con un sentido de defensa. Ahora, no estoy diciendo que vaya a buscar estos crímenes; sin embargo, desde que la conozco, siento la necesidad de hacer algo más que fingir que la atrocidad no ocurre a mi alrededor —.

—Nunca dejarías a un niño solo en una habitación con un monstruo, señor —, me asegura, extrayendo las hojas de las manos sin vida de Gary. —No te culpes por lo que le pasó a Alexa. Ni cuando era niña. Ni cuando ese edificio se quemó —.

Sus palabras alentadoras tuvieron el efecto contrario.

—Acabas de salvar a ese niño —, continúa, limpiando las hojas contra sus pantalones negros para quitar la sangre. —Y Dios sabe a quién más este —, golpeó la cabeza de Gary, y se inclinó hacia adelante, —monstruo jodido manchó —.

Nate detesta a los pedófilos. ¿Quién no? Después de lo que le pasó a su hermana menor, siento que estas circunstancias desagradables lo cortan profundamente. Y me imagino que resurgen malos recuerdos, unos que enterró. —¿Cómo está tu hermana?

—Está bien, señor. Mi tía dijo que hizo algunos progresos positivos. Sale con amigos para socializar y eso —. Se encogió de hombros. —Se consiguió un novio —.

—¿Novio, eh? — Su gruñido desaprobador me hizo gracia internamente. —No te preocupes, hermano. Si le hace daño a uno de los nuestros, me aseguraré de hacerle una visita —.

10. CAPÍTULO DIEZ

Alexa

Mi celda temporal ofrece una vida escasa e insatisfactoriamente incómoda. Detesto esas paredes de hormigón que gotean aguas residuales, desprecio el recinto parcialmente tapiado y el colchón con muelles que sobresalen.

Las angustiosas circunstancias actuales son similares al fétido sótano de mi infancia, el recuerdo más dolorosamente molesto de soledad, temor y ansiedades que lo consumen todo.

Levantándome de la cama improvisada, me arrastré por el suelo, agarré escombros similares a la tiza y me senté con las piernas cruzadas frente a la puerta metálica.

Dejé de contar los días; ya no me importa.

Arrastrando la piedra por el suelo, dibujo improbabilidades y representaciones para mantenerme ocupada. Miro las imágenes no profesionales con una sonrisa divertida en mi rostro. No soy Paul Cadden, pero el jardín de flores dibujado con tiza negra ciertamente añadió una decoración juvenil pero divina a este vertedero inmundo.

Sacudiendo el polvo de mis manos sucias, me levanté y fui a dar un paseo
—diez pasos adelante y diez pasos atrás
— bordeando la circunferencia efímera.

Miré la pared agrietada y repetí el recorrido una vez más. —Dios —, gemí, arrastrando los pies por los escombros esparcidos. —Me estoy desperdiciando —.

Quitándome la mugre incrustada de las uñas, marché alrededor del pequeño cuadrado hasta que el sudor se pegó a la nuca. —Aburrida —.

Estirando mi cuerpo a lo largo del suelo, bostecé, extendiendo los brazos por encima de la cabeza.

Mi estómago dolía y se retorcía por los retortijones de hambre. Necesito alimento, agua como mínimo. Fresas ilusorias se derretían en mi lengua, y saboreé mis labios secos y agrietados.

Una intensa tristeza pesaba sobre mis hombros, y una pérdida insoportable hundía mi pecho. —Quiero ir a casa —, susurré, sintiendo una lágrima solitaria que me hacía cosquillas desde el ojo, deslizándose por el puente de la nariz.

Echaba de menos el piso, y despertarme con el sonido de la voz melosa de Chloe y el olor del café recién hecho.

Echaba de menos la cafetería, divertida y entretenida por la sinceridad genuina de Gray y sus cualidades de bufón que partían de risa. Su sentido del humor extravagante.

Echaba de menos el Club 11. A Josh, a Brad y a Nate.

Sobre todo, lo echaba de menos a Él. Liam Warren. Lo echaba tanto de menos que me costaba dormir y me consumía la nostalgia. Lo echaba tanto de menos que me dolía respirar. —Por favor, no dejes de amarme —.

Seguramente, Liam tiene los recursos y contactos para encontrarme.

¿Por qué está tardando tanto?

Tontamente creí que ya me habría rescatado a estas alturas.

No tiene ningún sentido.

Agarrando mi edredón, arranqué la colcha floreada, recogí piedras rotas de formas aleatorias y las metí en el maloliente material. —Aburrida —.

¿Qué estoy haciendo?

Estoy perdiendo la maldita cabeza.

Consideraciones preocupantes me marchitaron en el acto.

¿Y si Liam se ha olvidado de mí?

No, me niego a creer que se rendiría conmigo, con nosotros.

—Jodidamente aburrida —, grité, arrojando el saco de piedras a un lado. —¡Jace! — Agarrando los barrotes metálicos, giré la cabeza hacia un lado y miré fijamente la escalera. —Jace, sé que puedes oírme, maldito imbécil. Necesito usar el baño, necesito comer —.

Tres días, pensé, deslizándome por la partición. Han pasado tres días desde que me visitó.

Huelo peor que una mofeta rabiosa.

Estoy hambrienta, sedienta y soportando humillantemente la menstruación. —Por favor —, susurré, apretando los muslos, ocultando la sangre seca y costrosa. —Por favor, Jace. Me estás matando —.

Pasos pesados resonaron arriba. Miré hacia arriba, parpadeando contra partículas de polvo casi invisibles, escuchando sus movimientos frenéticos. La puerta se desbloqueó y se abrió bruscamente antes de que él descendiera por las escaleras.

Reposicionándome de rodillas, me aferré a los postes y lo observé con interés atento.

Arrojó su chaqueta de cuero sobre el sofá, se subió las mangas del jersey y desabrochó una bolsa de gimnasio negra. —Levántate —, ordena, y yo accedí. —Sin hablar —.

Asentí, esperando a que desbloqueara la puerta.

Echándose una toalla sobre el hombro, evitó mi mirada inquisitiva, me agarró del codo y me arrastró hacia el baño. —¿Puedo confiar en que no volverás a correr? —, preguntó con un tono burlón, cerrando la puerta de golpe detrás de nosotros. —Entra —.

Asintiendo tontamente, me quité la sudadera del cuerpo, dejándola caer al suelo.

—He reabastecido el armario —. Cerró la tapa del inodoro y se sentó. —Adelante —.

Seleccioné cuidadosamente champú y acondicionador con aroma a rosas, rebuscando tampones o compresas. —Estoy con el periodo, Jace —.

Su mirada bajó a mis muslos manchados de sangre y sus labios se separaron. —Mierda —. Con la nuez de Adán moviéndose, se frotó los ojos apretados. —Iré... — Se interrumpió. —Creo que compré algunos. Vuelvo enseguida —.

Cerró la puerta con llave detrás de él, dejándome sin vigilancia.

Apartando bruscamente la cortina de plástico manchada, me paré bajo la ducha y abrí el agua. Durante un breve momento, no hago nada más que deleitarme bajo la calidez cascada, eliminando el sudor y otros olores corporales.

Echando champú en mi palma, enjabono mi cabello, lo peino con los dedos y repito con el acondicionador. Frotada hasta quedar en carne viva y oliendo agradablemente, espero el regreso de Jace, estremeciéndome cuando temperaturas abrasadoras perforan mi piel. —Mierda —. Agarro una toalla y me envuelvo en ella, demorándome junto al lavabo.

¿Qué diablos le está tomando tanto tiempo?

Inflando las mejillas, silbo melodías y estudio mis uñas largas y sucias. Daría cualquier cosa por una manicura ahora mismo. Juro que, si tengo la suerte de sobrevivir al escondite de Jace, preservaré devotamente las uñas pintadas de rojo y las merecidas pedicuras.

Abriendo el armario, busco algo afilado, opto por un bastoncillo de algodón y quito la suciedad incrustada. Satisfecha con el resultado final, me lavo las manos de nuevo y me siento en la tapa cerrada del inodoro.

Jace no regresa durante quince minutos.

Los conté.

—Aquí —, dijo, relativamente sin aliento. —Te conseguí una selección —.

Una variedad de artículos de higiene femenina aterrizan en mi regazo.

Lleva una chaqueta y gotas de lluvia bailan en su cabello castaño despeinado. Inhalo su aroma a cuero, sándalo y pino. Terroso, pensé, seleccionando una caja de tampones. Salió del edificio para comprar productos sanitarios, lo que significa que hay una pequeña tienda o un supermercado cerca.

La esperanza infló mis pulmones. Supuse tontamente que las vistas costeras y los perímetros desolados ejemplificaban un vacío lúgubre inhabitable. —Gracias —.

Con los labios apretados en una línea plana y sombría, me dio un momento de privacidad, cerrando la puerta detrás de él.

Me ocupé de mis asuntos, me lavé las manos por tercera vez y salí del baño.

Jace rebusca en una bolsa de deporte negra en el sofá. —Vístete —.

Atrapo un chándal gris y me cambio, demorándome con la toalla húmeda entre los puños apretados.

Rompiendo un envoltorio de avena con los dientes, vacía los copos en una taza, añade un chorrito de leche y coloca el alimento poco apetitoso en el microondas. —Siéntate —.

Apartando una silla de madera, me siento en la pequeña mesa redonda.

El microondas sonó.

Sacando la taza, añade más leche, remueve con una cuchara de plástico y luego la coloca en la mesa. Dulces sabores a miel saludan mis sentidos. Inhalé y gemí en un éxtasis eufórico, salivando y devorando la papilla con gusto. Dios, uno pensaría que estaba consumiendo una comida de tres platos, chuletón o salmón, patatas con hierbas o raviolis fragantes.

—Lo mismo —, dijo Jace, sentándose frente a mí, removiendo su desagradable gachas.

Lamiéndome el almidón de los labios, lo miré bajo cejas caídas. —¿Qué?

—¿Chuletón y patatas con hierbas? — Se llevó una cucharada de avena a la boca. —Podría comer eso ahora mismo —.

Su inoportuno y grosero don de empatía necesita retroceder. —¿Cómo sabías lo que estaba pensando?

Me miró estupefacto. —¿Pensando?

Decidí poner a prueba sus aptitudes paranormales. —¿Qué más pensé, eh?

Jace golpeó la cuchara contra el borde de la taza. —Raviolis —.

Mis labios se separaron en total incredulidad. —¿Cómo estás haciendo eso?

—Eres tan jodidamente extraña —, gruñó groseramente, abriendo una lata de cerveza. —Hablas sola, Alexa. No soy un médium o clarividente o lo que sea —. Se rascó la mandíbula con barba, resaltando el hecho de que no se ha afeitado en un tiempo. —¿Por qué me miras así?

Tiene razón. Converso conmigo misma, necesito trabajar en eso. —Me estás matando de hambre —, señalo lo obvio, abrazándome a mí misma. —Entiendo que no estoy en posición de exigir u ordenar, pero alimentarme cada par de días resultará en una muerte prematura, Jace. Mírame —. Levantando la sudadera, exhibí mi cintura delgada y las costillas sobresalientes. —Me estoy consumiendo aquí abajo. O moriré de inanición o representaré un esqueleto cadavérico —. Él sólo mira, sin emociones e irritantemente indiferente. —Flamur te matará por negligencia insensible —.

Detesto al albanés. Su obsesión conmigo no conoce límites. Sin embargo, puedo engañar a Jace usando la fascinación de Flamur en su contra. —Él no querría que me muriera de hambre —.

Jace tiró la cuchara y se pasó una mano por el pelo. —Buen intento, Alexa. La primera petición de Bajramovic fue tu vulnerabilidad y debilidad. Estoy obedeciendo órdenes directas —.

Por supuesto, el monstruo quiere debilitar mi cuerpo, mente y alma. Planea controlar y poseer todo sobre mí. —¿Por qué me estás haciendo esto, Jace? Fui amable contigo
—

—No hagas eso —, me interrumpe, desviando la mirada al suelo. —No quiero oírlo —.

—Me estás enviando a mi muerte —, gruñí, golpeando las palmas sobre la mesa en una rabia enloquecedora. —Me ofrecí a pagarte
—

—No se trata de dinero —. Me miró con ojos amplios y asesinos. —No todo en la vida gira en torno a la riqueza, Alexa. ¿Parezco un hombre al que le importan las tonterías gratuitas? — Gesticula locamente hacia sí mismo. —No soy un magnate pomposo que piensa que el mundo le debe algo. Me estás confundiendo con tu amado Warren —. Bufó con desaprobación. —Jodidamente ridículo —.

Le lancé una mirada cortante. —Sólo estás celoso —, dije, imperturbable pero engañosamente indiferente. —Liam no asesinó a tus padres, Jace. De hecho, no creo que el hombre merezca tus opiniones críticas y no solicitadas
—

—¿Olvidaste que me puso una pistola en la cabeza? — Colocando los codos sobre la mesa, entrelazó los dedos. —¡Si no fuera por ti, estaría nadando con los malditos peces!

—Y te defendí —, argumenté, cuestionando sus características desquiciadas. —Qué decisión imprudente fue esa —.

Se rió con una sonrisa sincera e inesperada. —Sí, supongo —.

Le di una mirada prolongada e inmersiva.

—No me juzgues —, bromeó, revisando un mensaje en su móvil. —No sabes por lo que he pasado —.

Tampoco me importaba saberlo. —Sin embargo, tú lo sabes todo sobre mí —, dije, adelantando la barbilla. —Y aún así, me enviarías de vuelta a ese hombre vil y monstruoso —.

Jace levantó la mirada de su móvil pero enmascaró sus rasgos.

—Mi hermana está muerta —, continué, y sus cejas se fruncieron. —Kathy, quiero decir. Está muerta. Mi madre también. Las amaba mucho a ambas —. Me enrollé el pelo detrás de las

orejas, girando la cintura para mirar el televisor de pantalla en blanco. —No recuerdo a mi padre. Creo que estaba cerca, pero no a menudo. Tengo flashbacks de su voz alta, palabras hirientes y agitación estruendosa. Bueno, son flashbacks, pesadillas o productos de mi imaginación —.

Deja su móvil sobre la mesa, escuchando con interés.

—Flamur violó y asesinó a mi madre —.

Recuerdo a Liam enfatizando lo contrario intentando proteger y dejar intacta mi memoria.

—Antes de secuestrar a Kathy —, dije, parpadeando rápidamente para ocultar evocaciones vívidas. —Y luego, a mí —.

—¿Por qué me estás contando esto? — Se reclinó en su silla, cruzando los brazos. —Deja de intentar joderme la cabeza. Tu historia lacrimógena cae en oídos sordos —. Tirando de su piercing entre dientes apretados, me penetró con una mirada fría y despectiva. —Nada de lo que hagas o digas impactará o desacreditará mi decisión —. Deslizó el teléfono hacia mí. —Simplemente acepta el destino y supéralo —.

Miré la pantalla.

Bajramovic: mañana.

Mantuve mi máscara evasiva en su lugar. —Todos son monstruos asquerosos —.

Sonrió sin expresión. —Exclama la mujer que abre las piernas para el señor del crimen más notorio de Londres —.

—Que te jodan —, escupí, arrojando el móvil contra su pecho, y ganándome una risita irritante. —Oh, me alegra que mi angustia te anime, imbécil. Nunca, nunca, compares a Liam con ese hijo de puta enfermo. Puede que sea peligroso, ¡pero nunca lastimaría a un niño!

Jace llevaba una expresión congelada y enfadada. —Vamos a prepararte para —

—No —. Me puse de pie, con las patas de la silla raspando contra el suelo. —No me voy

con el monstruo retorcido y demoníaco. Prefiero morir antes que dejar que me toque de nuevo —. Sin órdenes, regresé al recinto y me estacioné en el colchón.

A través de los huecos de la barandilla, veo a Jace levantarse y limpiar la mesa.

¿Cómo puede estar tan tranquilo?

¿Cómo puede fingir que todo sobre esta situación es normal?

Jace no cerró la puerta. Supongo que mi partida mañana alivió tales medidas de limitación innecesarias.

Abriendo el mini-frigorífico, agarró otra cerveza, bebió sediento, encendió la tele y seleccionó una estación de radio melodiosa.

Me acosté de lado, apoyando la cabeza en las manos aplanadas.

Nos observamos mutuamente con igual interés.

Rompiendo nuestro inexplicable intercambio, Jace levantó una caja de cartón sobre la mesa, abrió una navaja automática y rasgó el precinto. Con la frente arrugada, revisa el contenido y bebe más alcohol. —¿Puedes volver a la mesa, Alexa?

¿Está drogado? —No —.

Reprimió la irritación, colocando otra cerveza junto a la caja. —Te dejaré tomar algo de alcohol —.

—¿Está abierta? — Está bien, podría ceder ante la sustancia que adormece la mente. —No confío en ti, Jace. Probablemente la envenenaste —.

—Es una botella sin abrir —, asegura, golpeando la silla. —Vamos —.

No es como si tuviera algo mejor que hacer.

Trepando fuera del colchón, volví a mi asiento, crucé las piernas y abrí la botella. Bebí un sorbo, sintiendo sabores efervescentes de manzana deslizándose por mi garganta. —¿Sidra?

Jace inclinó la cabeza, garabateando frases ilegibles en un pequeño libro encuadernado en cuero.

—Si me comporto —, dije, y él me lanzó una mirada de reojo. —Si hago lo que me dicen y no peleo contigo, ¿puedo hacer una petición?

Sereno y modulado, arrojó el libro a la caja. —¿Cuál es la petición?

—Una conversación amistosa, música omnipresente y tal vez una película más tarde —.

—Tus habilidades matemáticas son atroces —, bromeó, desplomándose en una silla. —Esas son tres demandas, Alexa —.

Mi sonrisa se ensanchó una fracción. —Me contuve con la comida —, bromeé a medias, quitando el emblema de papel de la botella de sidra.

Apretando la mandíbula, Jace asiente.

—¿A qué te dedicas? —, pregunté, y él frunció el ceño desconcertado. —Quiero decir, antes de la cafetería —.

Me miró con un destello de desconfianza en sus engañosos y encantadores ojos verdes. —Soy tatuador. Trabajé en un estudio durante más de cuatro años. No pagaba mucho, pero lo disfrutaba de todos modos —.

—¿Volverás a la cafetería una vez que me haya ido?

Negó con la cabeza.

—¿Reclamarás tu antiguo puesto de trabajo?

Una vez más, negó con la cabeza.

—¿Qué harás? — Dios, es como sacar sangre de una piedra impenetrable. —¿Adónde irás? Quiero decir, supongo que tienes este lugar —. Pasé los ojos desaprobadores por el papel pintado que se despega y los escasos muebles anticuados. —Una mano de pintura brillante y mejoras contemporáneas deberían hacer el truco, ¿verdad?

—No te afeitaste —, dijo, cambiando de tema. —Necesitarás arreglar eso mañana —. Hurgando dentro de la caja, presentó ropa interior de encaje sobre la mesa. —Aquí hay algunas opciones para ti —.

Miré las etiquetas de diseñador y el encaje blanco. —¿Compraste estos?

—No —, exclama, incapaz de encontrar mi mirada. —Bajramovic los envió —.

Dejando la botella, cogí un sujetador acolchado. —No es mi talla —.

—Lo sé —, susurró, mordiéndose la uña del pulgar. —Haremos que funcione —.

—Un sujetador con aros es ineficaz. Carezco de pechos a pesar del soporte de busto y el escote acentuado. Y esto —, levanté la ropa interior de encaje francés, —se caerá. Creo que está confundiendo mi físico con el de mi hermana —.

Jace cedió en su asiento, limpiándose el sudor de las sienes. —¿Cómo murió ella?

No estoy preparada para lanzar a Liam al fuego. —Se suicidó, no pudo vivir con sus demonios —.

Quería elaboración pero se abstuvo de preguntar. —¿Era bonita?

Fue una pregunta extraña. Me hizo preguntarme si Jace consideraba nuestros parecidos. —Sí —, admití, jugueteando con la ropa interior. Teníamos rasgos similares. El mismo color de ojos, narices y ambas teníamos la risa horrible de nuestra madre. —Kathy heredó una gran belleza . Claro, somos parecidas, pero ella lo era algo más. Su cabello era tan negro que parecía azul, y su sonrisa contagiosa ganaba atención dondequiera que fuéramos. A diferencia de mí, tenía un cuerpo curvilíneo y sin defectos, atributos y un rostro magnetizante que la mayoría de los

hombres apreciaban. Viví a su sombra, pero nunca la resentí. Admiraba a Kathy, admiraba y adoraba todo sobre ella —.

Las cejas de Jace se juntaron mientras escuchaba.

—Kathy era hermosa, Jace —. Le sonreí traviesamente. —Hermosa, divertida, inteligente y... — Engañosa, pensé, tragando un doloroso nudo. —En fin...

—Tu cabello es oscuro, no casi azul, pero tiene un brillo marrón —, dijo, golpeando sus nudillos en su muslo. —Tus ojos son increíbles. A primera vista, parecen avellana, a veces marrones, pero si miras de cerca —, se inclinó hacia adelante, los antebrazos apoyados en la mesa, —las motas verdes predominan. Tu mirada es definitivamente tu mejor rasgo. Sin embargo, independientemente de cómo te percibas a ti misma, eres hermosa, Alexa —.

—Estoy trabajando en el amor propio —. Mi garganta de repente estaba seca, y las lágrimas asomaron a mis ojos. —Supongo que llevará tiempo —.

—No, sólo necesitas dejar de compararte con Kathy —.

Jace abrió una caja rectangular de cuero donde un collar de diamantes yacía sobre un acolchado negro. —Creo que estos son reales —.

No vi nada más que rojo. —No voy a usar eso —, protesté, convocando furia. —No soy un perro, Jace. Cómo se atreve a intentar ponerme un collar en el cuello
—

—Alexa —, gruñó, cerrando la caja de joyas con un chasquido brusco. —Dijiste que te comportarías —.

—Y tú dijiste que eras gay —, escupí, lanzando la botella a través de la habitación. Se estrelló contra la pared, en partículas de vidrio y líquido burbujeante. —También afirmaste que Liam asesinó a tus padres, antes de hechizarme para que creyera que eras un hombre decente y humilde que anhelaba amistad. No te atrevas a sentarte ahí y reprenderme por faltar a mi palabra, no después de que me mentiste, no después de todo lo que has hecho —.

—No tengo tiempo para esto —, cortó, seleccionando una prenda para mí. —Necesitas probarte estas. Creo que el vestido morado

—

Se lo arrebaté de la mano, me quité los pantalones de chándal y me arranqué la sudadera. —Sin problema —. Forcejeando con el material de satén, me lo puse furiosamente por la cabeza. —Me presentaré en consecuencia, mi señoría —.

Puso los ojos en blanco. —Deja el melodrama —.

—¿El pelo recogido o suelto? — Demostré y luego dejé caer los mechones enmarañados sobre un hombro. —Quizá necesites cepillar las puntas.

Un músculo se tensó en su mandíbula. —No necesitas que te cepille el pelo.

—Incorrecto. Hoy en día dependo de ti para todo.

Mi sarcasmo lo irritó. —¿Quieres volver a la celda? A este ritmo, escucharás esa película a través de la pared.

—Aprendí a complacer a un hombre antes de cumplir diez años, — dije, y él dejó de caminar de un lado a otro. —Se convirtió en un ciclo habitual. Él abría la puerta y entraba en el lugar que a la vez me protegía y me aterrorizaba, le conté a Jace. Me escondía bajo el edredón y contaba sus pasos hasta que llegaba a mí: quince para las escaleras y ocho hacia la cama.

—Tuve la suerte de llegar a los once antes de que él reclamara mi virtud —, continué, y él se apoyó contra la pared. —Lo intentó antes, pero no pude acomodarlo. Ya sabes, por estar poco desarrollada.

—Para —, jadeó, respirando pesadamente contra su puño cerrado. —No quiero oír esto.

—Escapé, Jace —, lloré, con la garganta cerrada por los sollozos. —Me corté las alas. Por favor, reconsidera y déjame ir. No le diré a nadie lo que pasó; lo prometo...

—No —, ladró, desplomándose en el sofá. —Es una transacción no negociable, Alexa. Deja de intentar meterte en mi cabeza y prepárate para la mañana.

¿Qué demonios se supone que significa eso?

Con la visión momentáneamente nublada, rodeé la mesa con pasos desganados, me alcé sobre su figura encorvada y me senté a horcajadas sobre sus muslos.

—¿Qué estás haciendo? — Se apartó de mí, atrapando mis manos errantes con un agarre férreo. —¿Alexa?

—Por favor —, lloré, forzándolo a abrazarme. —Por favor, Jace. No me hagas esto. No puedo sobrevivir a más angustia. — Besé su mandíbula y él protestó. —Jace.

—Para —, gruñó, cerrando los ojos. —¡Alexa!

—¡Me matará! —, grité, y él arrojó mi cuerpo al suelo. Con las palmas contra el piso, lo veo buscando sus llaves, preparándose para irse. —No, Jace. Por favor, no hagas esto. Te lo suplico.

Se puso furiosamente la chaqueta de cuero.

En modo valiente, me puse de pie de un salto, me lancé hacia él y golpeé ciegamente su espalda con mis puños.

Él siseó, esquivando mis golpes incontrolables y mi furia creciente. —¡Deja de golpearme, joder!

—¡Eres un monstruo desalmado! —, escupí, sin importarme un carajo mi aspecto desaliñado y poco atractivo. —Imagina si fuera tu madre. Tu hermana. Tu hija. Puede que para ti sea una carga sin valor, pero mucha gente me quiere y lo que estás haciendo, permitir que ese enfermo abusador de niños actúe, es sádico y bárbaro...

Agarrándome del cuello, me acercó a él, taladrándome con ojos feroces y amenazantes. —Estás poniendo seriamente a prueba mi paciencia.

Le escupí en la cara.

La saliva golpeó su barbilla y su expresión feroz estalló. Lanzó mi cuerpo sobre la mesa, y las botellas y las tazas de cerámica se hicieron añicos por el impacto.

Me retorcí en el suelo, su acción despiadada me dejó sin aliento. —Jace —, jadeé, intentando moverme inútilmente. —Mi cabeza... — El mareo nubló mi visión, y dolorosas punzadas quemaban mi cara, manos y piernas. —Me duele.

Las botas de cuero de Jace pisaron los cristales rotos. Soltó una maldición y se retiró, dejándome en el frío suelo.

Oí la puerta cerrarse de golpe y el cerrojo echarse.

Exhalando con fuerza, reuní la fuerza suficiente para alejarme del desastre y me desplomé, sin fuerzas, desordenada, cediendo a la tentación de la oscuridad.

11. CAPÍTULO ONCE

Liam

La música estridente y las conversaciones bulliciosas resuenan desde la llamativa taberna de listones de madera; su letrero de hierro forjado verde y dorado brilla intermitentemente e ilumina el ambiente oscuro y achaparrado del pub.

Quitándome la ropa, la metí en una bolsa de viaje a cambio del traje que Rex compró.

Abotonándome la camisa, me puse los gemelos de plata en las mangas de seda blanca, me calcé los zapatos de cuero y me rocié con colonia con aroma a pino.

Respirando entrecortadamente, cerré la cremallera y dejé ambas bolsas de viaje dentro del contenedor comunitario, optando por la mochila de imitación de cuero de Gucci que compré esta tarde.

Armado y cargado de dinero, caminé por el sendero de guijarros, abrazando el viento susurrante y el crujir de las hojas que salían de los árboles maduros.

Los bebedores sociales ocupan el espacioso e imponente jardín de piedra de la cervecería, fumando en cadena y consumiendo una exótica gama de cócteles.

Me abrí paso entre las mesas de madera sin barnizar y las conversaciones pretenciosas y vacilé cerca de la puerta trasera.

Mierda, necesito reagruparme, considerar las acciones inminentes y los posibles resultados.

—Pareces perdido. — Poniéndose hombro con hombro conmigo, una rubia escultural de aspecto maduro enroscó sus dedos alrededor de mi bíceps, dándole un apretón investigador. —Bonito.

La miré con el ceño fruncido. —¿Puedo ayudarte en algo, joder?

—Creo que lo necesitas más que yo —, balbuceó, empujando una cerveza medio consumida en mi mano. —Relájate un poco. — Abriendo la puerta, derrotándonos con la música, irrumpió en el interior. —Gilipollas.

Tirando su bebida a los arbustos, me pasé una mano por el pelo, inhalé profundamente para infundirme ánimo y me uní al alboroto.

Serpenteando entre la sofocante multitud de ruidosos socializadores, busqué un asiento vacío entre la prisa y los cuerpos en desfile.

Como el ajetreado lugar ofrece escaso alojamiento, me conformé con un taburete de bar y esperé a que el camarero terminara las coloridas mezclas.

—Hola. — Limpiándose los residuos de las palmas con un paño de cocina, el camarero me atendió, ofreciéndome un desgastado menú de bebidas. —Recomiendo el Bloody Mary. — Se echó el paño sobre un hombro. —Es mi favorito.

—No —, respondí bruscamente, rechazando los clásicos mezclados. —Whisky. Solo.

—Ah —, canturreó, agarrando una botella de Johnnie Walker. —Te gusta lo fuerte, ¿eh? Soy un autoproclamado profesional y aficionado a la cata de whisky, así que déjame ofrecerte una de nuestras mejores colecciones. — Desenroscando el tapón, vertió el líquido ámbar en un vaso de cristal. —Adelante.

Arqueando una ceja, alcancé el vaso y me bebí un trago. —Joder —, suspiré, tragando su sabor destilado. —¿Bebes eso a menudo? Quema como la madre que lo parió.

—No sabría decirte. — Me mostró una sonrisa dentuda. —Mi discurso anterior era una completa y absoluta mentira.

No podía entender su lógica. —Entonces, ¿no eres fan del whisky?

—Oh, claro —, dijo, y no estaba seguro de si creerle. —Pero no puedo permitirme el Blue Label. Me quedaré con Jack Daniels y Jameson. — Colocó una botella sin abrir de Macallan sobre la barra de cristal. —Ahora, he oído que esto es la hostia.

—Trabajas aquí —, señalé con una mueca de perplejidad. —¿Tu jefe no permite a sus empleados probar la mercancía?

Sus ojos color ámbar se ensancharon. —Joder. No. — Volvió a llenar mi vaso con una mezcla diferente. —¿Estás familiarizado con la disciplina bárbara? ¿Has oído hablar de los castigos por robo en las zonas controladas por la Sharia? — Negué con la cabeza. —En esos países, las fuerzas del orden utilizan un cuchillo afilado, no una espada —, añadió, apoyando los codos sobre el cristal y bajando la voz. —Si te pillan robando, te cortan la mano... por la muñeca.

—Suena inhumano —, asentí, acunando el vaso. —¿Qué tiene que ver beber whisky con amputaciones y hurtos?

—Significa —, dijo, entregando dos cervezas a otro cliente, —que probar licores de buen sabor no vale la pena si te decapitan o te hacen una vasectomía. Me gusta mi cara. — Sus labios se fruncieron. —Y mi polla, en realidad.

Me bebí un trago de Macallan, apreciando el sabor cálido y vibrante. —Sin duda es algo de lo que presumir. — Deslizándome del taburete, abrí mi cartera y coloqué tres billetes de cincuenta libras sobre el posavasos. —Cómprate una botella.

Antes de que pudiera protestar, desaparecí entre la multitud danzante, concentrado en el objetivo final. Localicé un baño masculino, cerré la puerta tras de mí y estudié mi reflejo en el espejo. Apenas reconozco al joven que me devuelve la mirada. Ahora es alto, de hombros anchos, adornado con diamantes helados que la mayoría nunca disfruta o luce.

¿Cuándo me volví más alto?

¿De dónde salieron estos brazos musculosos?

¿Desde cuándo afeitarse se convirtió en una rutina diaria?

¿Alguna vez me acostumbraré a estas joyas y ropa de diseñador tan superfluas y caras?

Después de esta noche, si derroto o sobrevivo a la extorsión premeditada, ¿qué me espera?

Abrí el grifo, acuné agua fría y me empapé la cara.

Con una apariencia imponente pero sin sentido de la dirección, salí del baño y convoqué a mis demonios internos. Necesitaba esas voces oscuras y retorcidas más que nunca para seducir e incentivar la perseverancia.

Pasé junto a dos mujeres que se manoseaban y casi me perdí la puerta cerrada contra la que se restregaban. —Moveos —, ladré, y me miraron con labios hinchados y ojos entrecerrados.

—¿Quieres unirte? —, ronroneó una, acariciando mi pecho con uñas pintadas de rosa.

—No. — Ni siquiera dos lesbianas voluptuosas con muslos gruesos pueden apartarme de mi visión de túnel. —¿Adónde lleva esa puerta?

La mujer acurrucada contra la pared estudió la puerta pintada de rojo. —La guarida de Jerry.

Jodidamente hermoso. —Largaos.

Riendo bajo la orden directa, se tambalearon por el pasillo, reajustando sus faldas de cuero subidas y sus tops de corpiño.

Alisando mis dos palmas sobre mi cabeza, arreglé mi apariencia, abrí la puerta privada y descendí por la peligrosamente escarpada bajada subterránea.

El humo de los puros y los vapores de la marihuana envolvían la habitación sombría, irritando mis ojos. Me dirigí hacia una mesa redonda, situada en el centro de la habitación - rodeada por numerosos hombres que participaban en una partida de póquer- seguro de mí mismo e impenitente, justificando la inminente crueldad.

Sentado en una silla de cuero de respaldo alto, Jerry, supongo, lanzó fajos de billetes sobre la mesa, subiendo las apuestas. —¿Qué puedo hacer por ti? —, preguntó sin levantar la vista de sus cartas.

Es un hombre mayor, que lleva un impecable traje negro de tres piezas. Sólidos collares y pulseras de oro adornan su cuello y sus muñecas; un puro se balancea entre sus labios apretados. Sus amigos también llevan trajes de moda, calzado de cuero auténtico y cadenas de oro de San Cristóbal. Es un bonito detalle, pensé, mirando esos medallones, recostados sobre sus pechos canosos.

Con ojo de águila, enumero furtivamente las posibles amenazas: siete hombres en la mesa, dos cabezas de carne, quejándose desde el sofá de aspecto incómodo y un hombre leyendo un periódico junto al televisor anticuado. Sin embargo, no había previsto ni considerado la compañía femenina. Cada jugador sentado tiene una mujer impresionante montada en sus muslos. Como si sintiera mi predicamento no expresado, una morena me miró por debajo de sus pestañas revoloteantes, sus labios se estiraron en una sonrisa de aprobación.

—Quiero jugar —, dije con voz ronca e inquieta.

Jerry me miró por encima del borde de sus gafas con montura dorada. —¿Tú? — Se burló, recostándose en su silla. —¿Tienes las apuestas, muchacho?

Bajando mi mochila, la abrí parcialmente, saqué suficientes libras esterlinas para atraer su interés. —Tengo. — Dejé caer fajos sobre el montón de dinero acumulado, arrastré una silla por la habitación y me uní groseramente a su partida. —Eso debería bastar, ¿no?

Fumando su puro, envolviéndose en una espesa niebla, Jerry acarició el dinero, considerando la posibilidad de que fueran billetes falsos. —Comprueba esto. — Levantó un billete de cincuenta libras, y un secuaz corpulento atendió su petición. —¿Y bien?

—Auténtico —, confirmó el tipo, devolviendo el dinero.

—Espléndido —, exclamó Jerry, dejando su puro en un cenicero. —Beretta, ven aquí y hazle compañía a mi amigo.

Joder. No necesitaba una distracción molesta. —Eso no es necesario.

A mi izquierda, el hombre gordo y acalorado tosió en un puño apretado. —Prefieres algo de polla, ¿eh?

—No —, dije, con sangre fría y compostura. —Tengo una chica en casa. — Es mentira. —No necesito tu mercancía sobrante.

—Tonterías —, insistió Jerry, y una mujer se desplomó en mi regazo. —Beretta no cuenta secretos. ¿Verdad, cariño?

Beretta puso un brazo sobre mis hombros y me acarició la oreja con besos susurrantes.

Miré la mano de Jerry. Está casado. —De acuerdo.

—¿Quieres que te la chupe? —, me susurró al oído, acariciando mi hombría cubierta por el pantalón. —Me lo trago.

Jerry supervisó nuestro intercambio con ojos entrecerrados y escépticos. No había pedido un nombre, y aún no había repartido las cartas. Sabía que no confiaba en mí, sentía su inquietud emanando de él en oleadas.

Se rascó la mandíbula barbuda. —¿Vas a aceptar esa amable oferta?

Pensó que era carne picada. —No —, dije, controlando mis rasgos. —Su mano será suficiente.

—Entonces, ¿cómo te llamas? —, preguntó el caballero rubio. —Reconozco tu cara de alguna parte.

—Igualmente —, intercedió Jerry, dando golpecitos en el muslo de su compañera. —¿Por qué no subes con las chicas y me calientas una cama?

Besando su mejilla, ella se deslizó de su muslo, haciendo gestos a las mujeres para que siguieran las órdenes.

Debajo de la mesa, extraje dos Glocks de la bolsa con destreza imperceptible.

Saliendo por la puerta, las mujeres soltaron risitas cuando una voz amistosa y áspera las alabó con tonos coquetos.

—¿Por qué has tardado tanto? —, espetó Jerry, y el camarero rubio de antes avanzó con tres botellas sin abrir de Macallan. —Las pedí hace más de una hora.

—Está lleno —, respondió, metiendo mechones rubios multicolores detrás de sus orejas. —Acaba de calmarse.

—No sé por qué te tolero. — Jerry sacudió la barbilla, y el muchacho puso las botellas sobre la mesa. —Eres un maldito vago... un jodido inútil.

Mataré a cualquiera que se interponga en mi camino, así que ese muchacho tiene que irse... ya. —Si fuera mi local, lo pondría a limpiar durante las próximas veinticuatro horas para compensar su tardanza.

—En efecto. — A Jerry pareció gustarle mi sugerencia. —Bueno, vete. Limpia esos malditos retretes mientras estás en ello.

Apretó la mandíbula, clavándome brevemente los ojos desconcertados y decepcionados. —Claro, jefe.

Sólo respiro cuando la puerta se cierra tras él... y entonces oigo un clic antes de que el gilipollas de mi derecha me apriete el cañón de una pistola contra la sien. —Warren —, dijo, empujándome el hombro. —Solía ser fan tuyo. Eres un buen boxeador.

Jerry tamborileó con los dedos sobre la mesa. —Explícate.

—Es uno de los luchadores de Rex O'Sullivan —, aclara, inclinándose más cerca en un intento de provocarme o intimidarme. —¿No es así?

—¿Y? —, le miré a la cara, esperando que no notara el sudor que me corría por el cuello. —¿Qué coño tiene que ver mi antiguo entrenador con las partidas de póquer?

Tenía dos opciones: disparar primero a Jerry o desarmar a este imbécil.

Elegí la segunda.

Soltando una Glock, le di un puñetazo repentino con un uppercut, apunté una pistola a su cabeza y apreté el gatillo.

—¡Hijo de puta! —, rugió Jerry, saltando de su silla mientras intentaba alcanzar un arma.

Le di una patada a la mesa, rompiendo botellas de whisky y vasos, esparciendo fichas de

póquer y dinero por el suelo.

Apuntando de nuevo, desvié la pistola hacia Jerry, sabiendo que es el problema fundamental y disparé un ensordecedor tiro a su pecho.

Su cuerpo se desploma en el suelo, pero sigue respirando. —No lo matéis —, ordenó con voz ronca, rodando sobre su costado. —¡Quiero al hijo de puta en mis aposentos!

Qué tontería, pensé, clavando el codo en la cara de alguien, peleando con mis oponentes.

Unos brazos delgados me rodearon el cuello, lanzando mi espalda contra el pecho de mi atacante. Luché contra su agarre inflexible y hundí los dientes en su bíceps, buscando sangre.

—Joder —, gruñó, aflojando su restricción.

Jerry y sus hombres intentaron capturar mis piernas. Pateé, eché la cabeza hacia atrás y aplasté la nariz de mi captor. Me soltó en un estado de dolorosa conmoción y chocó contra la pared por el impacto.

Girándome sobre mi espalda, agarré la otra pistola del suelo y apunté ciegamente hasta que los chillidos, gemidos y golpes se repitieron en mis oídos zumbantes.

El placer desenfrenado calmó mi respiración agitada. Me tambaleé hasta ponerme en pie, pasé por encima de los cuerpos esparcidos y semiconscientes y los registré en busca de armas.

—Estoy decepcionado —, dije, poniendo alternativamente una bala entre sus ojos. —Hombres tan tiránicos que infunden un miedo irresoluto en las calles, y sin embargo les he aventajado a todos en menos de cinco minutos.

Me puse de pie sobre un tipo muerto y le arranqué la cadena del cuello. —Es incomprensible —, continué, guardando lo mejor para el final. —Creo que vuestra notoriedad es cuestionable.

Tendido en el suelo, Jerry jadea en busca de aire, extendiendo el brazo, con los dedos temblorosos mientras se esfuerza por alcanzar un arma de fuego descartada.

—Basta de eso. — Aparté la pistola de una patada, fuera de su alcance, y me agaché ante él. —Fuiste a por alguien a quien quiero —, le dije, y la sangre y la saliva goteaban por la comisura de su boca. —No estoy de acuerdo con eso.

Excepto Jerry, todos están muertos; sus charcos de sangre arruinan estas espléndidas baldosas. —Esta mañana lo pensé mucho. — Abriendo la cremallera de mi bolsa, recogí su dinero, joyas y armas. —Quiero decir, me gusta bastante la idea de ser dueño de ciudades, y matar gente se convirtió en algo natural después de que maté a mi padre.

Abriendo una navaja, blandí la punta más afilada y agarré su mano. —No soy ningún santo. Dudo que la gente me identifique alguna vez como un benefactor patriótico o una persona honorable con tendencias superlativas y características nobles. Al igual que tú, me encantan las mujeres. — Clavé la hoja en su dedo, amputando la alianza de oro de su mano. Su carne desgarrada rezuma un deleite carmesí. —Y no pienso establecerme... nunca. — Rompiendo sus frágiles huesos, hice caso omiso de sus chillidos desgarradores y aullidos suplicantes, recuperando las joyas. —Pero, si fuera lo bastante idiota como para dejar que otro se adueñara de mi corazón, le mostraría un mínimo de respeto, joder.

Poniéndome en pie, localicé una alarma de incendios en la pared de mampostería, atravesé el cristal con los nudillos e inicié unas sirenas ensordecedoras.

Agarrando los tobillos de Jerry, arrastré su cuerpo ensangrentado hasta las botellas de whisky destrozadas, encendí un cigarrillo y dejé caer la llama humeante al suelo. Oí un sonido de succión cuando el fuego lamió la humedad inflamable, pero no me quedé a ver cómo se derretía su carne ni a oír sus gritos agónicos.

Al volver a la sala principal, esquivé a los clientes frenéticos y dispersos, sintiendo las duchas nebulizadas de los sistemas de rociadores elevados.

Levantando el pestillo de la barra, rodeé el estrecho espacio, abrí las cajas registradoras y vacié el cambio suelto y los billetes en mi bolsa.

Por el rabillo del ojo, veo al camarero acurrucado en el suelo, escondido tras sus manos.

¿Por qué coño sigue aquí?

—Tú —, grité, y él se encogió. —No me ignores, joder. Sal de aquí cagando leches. Ya.

Dominado por un asombro inmovilizador, subió las rodillas e ignoró el creciente alboroto.

—Joder. — Cerrando el cajón de la caja, me dirigí hacia él, le agarré la camiseta y le puse en pie de un tirón. —¡Mírame! — Encogiéndose y temblando, me miró a través de mechones empapados de sudor, con gotas de sudor engrasadas en su frente arrugada. —Va a explotar. — Empujándole hacia la salida, le agarré del codo con firmeza, arrastrando su cuerpo protestante por el jardín de la cervecería.

—Oh, joder —, se queja, tambaleándose junto al contenedor comunitario, viendo cómo el humo negro y los tonos ardientes se apoderan del edificio. —¿Qué has hecho?

—Ocúpate de tus putos asuntos. — Agarrando la otra bolsa de viaje, até las correas en mi pecho, instándole a seguir caminando. —Tenemos que... — El pub gimió de angustia cuando las vigas de madera se arquearon, las ventanas explotaron y saturaron el aire con una neblina de olor químico. —¡Joder!

Retrocediendo hacia la maleza y los densos árboles, me tambaleé por terrenos cenagosos y pendientes embarradas, ansioso por evitar la fulminación, reverberando en la noche sin estrellas.

—¿Qué coño ha sido eso? — Se dio la vuelta al oír los estruendosos estallidos, caminando hacia atrás con evidente indignación. —¿Ha explotado? ¿Por qué has hecho eso?

No respondo; aunque veo el reflejo naranja, rojo y ámbar del fuego bailando en sus ojos abiertos.

Con los zapatos perforando ramas quebradizas y hojas húmedas, forcejeo con una bolsa y tiro al suelo las cadenas y el dinero robados. —Toma eso —, ordené, pasando junto a él. —Empéñalo si quieres.

Se quedó atrincherado en el sitio. —¿Adónde vas? —, grita, levantando los brazos. —Ni siquiera me has dicho tu nombre.

Mi breve peregrinación es una que nunca olvidaré. Seguí el amanecer ascendente con un plan decidido.

Hoy, me ducho, como y duermo.

Mañana, pago al contado una casa grandilocuente sólo porque puedo.

—Oye —, le llamé, volviéndome para mirarle. —Si quisiera residir permanentemente en Londres, ¿adónde iría?

Sus cejas se juntaron. —Vivirías en el cielo. — El muchacho sin nombre se metió el dinero y las cadenas en los bolsillos. —Un ático.

—¿Dónde puedo conseguir uno de esos?

—Frente al Tower Bridge —, confirmó, sonriendo como un loco. —Aunque no son baratos.

Sonreí y perseguí mi futuro.

Que alguien me impida marcar el ritmo.

Con mi cuerpo desnudo pegado al sofá de cuero, me recoloqué de lado con un murmullo ronco. Bajo mi palma, el calor irradiaba de otro cuerpo. Abrí los ojos y me adapté a la penumbra de la habitación, perfilando una figura femenina que dormía plácidamente a mi lado.

La reconocí. Kellie, había dicho. Kellie con E.

Desenredándome con cuidado de su cuerpo, me bajé del sofá, cogí una botella de Jameson del minibar y me desplomé en la silla detrás de mi escritorio.

Bebiendo directamente de la botella para saciar la sed, me relamí los labios secos y jugué con mi móvil, seleccionando un antiguo mensaje de voz. —Liam —, decía Alexa, y cerré los ojos para escuchar. —Estoy borracha. Muy borracha, en realidad. Esta noche estabas enfadado conmigo. — Aplasté el teléfono en mi mano. —Odio que te enfades conmigo.

Recostándome en mi silla, puse los pies sobre el escritorio y bebí Jameson como si mi vida dependiera de ello.

—En fin, no iba a llamar porque antes me colgaste y la terquedad parecía razonable, pero tenía que oír tu voz...

Odiándome y torturándome, puse fin a sus doloridas palabras. Abriendo el navegador, tecleé el nombre de Alexa en la barra de búsqueda, hojeando viejos informes policiales y artículos, y una cuenta de redes sociales captó mi interés. Hice clic en el logotipo de Instagram para cargar su página.

Bajando las piernas al suelo, giré en la silla y apoyé los codos en el escritorio.

¿Cuándo creó Alexa una cuenta?

¿Por qué la veo ahora por primera vez?

Presté gran atención a cada retrato, fotos de amistad con Chloe y su antiguo manager, Grayson, y leí ocurrentes leyendas junto a bebidas y bizcochos a medio consumir.

Sus selfies eran mis favoritas. La felicidad dominaba su hermoso rostro. En cada imagen, sonreía con sinceridad, y había un brillo adorable en su cálida mirada.

Entrecerrando los ojos, hice clic en otra. Al fondo, el río Támesis iluminaba la atmósfera oscura. Alexa está junto a la balaustrada de mi balcón, la cadena que le compré cuelga orgullosa de su cuello.

Con Mi Amor, subtituló el selfie con dos corazones rojos. Siempre.

Las lágrimas amenazaron mis ojos. Tiré el móvil sobre mi escritorio, encogí los hombros y enterré la cabeza entre las manos.

Una suave mano tocó mi hombro. —Eh —, susurró Kellie, acariciando la parte posterior de mi cuello. —¿Qué te pasa?

—No lo hagas —, gruñí, atrapando su muñeca con un agarre férreo. —No deberías estar aquí.

Sus ojos marrones se entrecerraron confundidos. —No decías eso antes, Warren.

Apartando su brazo, echándome hacia atrás en mi asiento, tragué valor entumecedor, con el

líquido chorreando por mi barbilla. —¿Qué más tenía que decir?

Acurrucándose entre mis muslos separados, me lanza una sonrisa juguetona. —No estoy segura de que puedas manejar la franqueza —, respondió con honestidad, acariciando mi pene flácido. —Digamos simplemente que no has superado a tu ex.

Quitando una molesta picazón de mi nariz, aparté la mirada.

Por supuesto, no he superado a mi exnovia.

La amo.

Mis ojos se posaron en la mesa de café, donde la cocaína derramada y las botellas de alcohol desordenadas arruinaban el acabado brillante.

Kellie me envolvió con la calidez de su boca.
Pasando mis dedos por su cabello, eché la cabeza hacia atrás, con los ojos fijos en el techo.

Me costaba endurecerme.

Después de suficiente alcohol y dos rayas, sin embargo, cedí y me entregué a la tentación.

Rasgando un envoltorio de condón con los dientes, cubrí mi miembro y murmuré para que me montara. Y lo hizo. Su cabeza se apoyaba en el hueco de mi cuello. Su estrecha vagina envolvía mi longitud, y sus nalgas chocaban contra mis muslos.

Es hermosa, pensé, mientras acariciaba sus mejillas y mordía la tierna carne de su cuello.

—No soy Ella —, jadeó en mi oído, y yo asentí en silencio. —Pero puedo seguir fingiendo.

Joder. ¿Es eso lo que pedí?

—Quítate de encima —, la regañé, empujándola de mi regazo para separarnos. —Recoge tus cosas y vete.

Cayendo de mi regazo, Kellie exhaló un suspiro exasperado, rodeó el escritorio y comenzó a recoger su ropa. —¿Cuántas veces vamos a hacer esto?

Me encogí de hombros sin comprometerme.

—Tú me enviaste un mensaje —, señaló enfadada, poniéndose un vestido negro. —Sigues demandando mis servicios, Warren. Sabes que probablemente no sea prudente esnifar esa mierda todo el tiempo. — En la oscuridad, buscó sus zapatos. —Te vuelves loco cada vez que bajas de un colocón o de una borrachera.

Kellie no es una escort. Es una mujer que va de fiesta al Club 11 con amigos y su baile provocativo me sedujo. Se ha vuelto algo habitual: follar nosotros. Afortunadamente para mí, rara vez recuerdo nuestros encuentros. La intoxicación tiene sus ventajas.

—¿Qué quieres de mí? —, dije apretando los dedos alrededor del cuello de la botella y dando un largo trago de alcohol ardiente. —Te dije que estaba enamorado de otra persona. Aceptaste un acuerdo sin compromiso siempre y cuando no tocara a nadie más.

—¿Lo estás? —, pensó en voz alta, metiendo los pies en unos zapatos negros de tacón. —Acostándote con otras mujeres, quiero decir.

Sí. Me acuesto con quien sea, donde sea, siempre y cuando me ayude a olvidar. —No —, mentí, y ella me creyó. —¿Sigues disponible cuando te necesito?

Tratando de ser linda, Kellie se dio golpecitos en la barbilla, fingiendo determinar una respuesta. —¿Dejarás de echarme cada vez que te vuelves loco?

No, seguiré echándolas a un lado porque no puedo lidiar con la culpa posterior a la liberación orgásmica. —Sí —, mentí una vez más, rascándome el pecho desnudo. —Pide a uno de mis hombres que te escolte afuera, Kellie.

Poniéndose la chaqueta de cuero, dio un paso adelante para acercarse a mí pero decidió no hacerlo al percibir el desagrado en mis ojos oscuros y entornados. —Buenas noches, Warren.

Me giré en mi asiento y miré la sala de baile vacía a través de la ventana. El dolor y la culpa helaron mis venas ardientes. Lanzando la botella contra la pared, fragmentando el vidrio y rociando el suelo con finos trozos, me llevé el móvil al oído y me atormenté aún más con el sonido de su voz.

12. CAPÍTULO DOCE

Alexa

Pasos incorpóreos retumbaban a mi alrededor. Sentí una mano suave y cálida masajear mi nuca antes de que dos brazos musculosos me levantaran del suelo.

Despertando al sonido de palabras cansadas y murmuradas, presioné mi mejilla contra el pecho de mi guardián, abrazando extrañamente su cercanía.

—Alexa —, murmuró Jace en mi oído, sus labios rozando mi lóbulo, —necesito que abras los ojos.

Olí una noche de vodka en su aliento. Arrugando la nariz, me lamí los labios secos, con una sed insaciable espesando mi garganta. —Me duele la cabeza.

Me colocó sobre algo frío, apoyando suavemente mi espalda contra una pared.

Abrí los ojos perezosamente, con las manos entumecidas, apoyadas en la encimera de la cocina.

Jace inclinó la cabeza. A través de ojos tristes y enrojecidos, su preocupación estudiosa parpadeó sobre mis facciones retorcidas. —Mierda —, murmura, cubriéndose la boca con una mano. —Déjame limpiarte.

Frunciendo el ceño confundida, evalué nuestro desorden anterior. Aún no ha limpiado las secuelas de nuestra caótica pelea. Botellas rotas, vidrios y ese horrible encaje manchan el suelo de madera junto a muebles volcados y lienzos dañados. —¿Qué pasó con el océano? —, musité, examinando las esquinas dañadas y el arte roto de las pinturas.

Jace permaneció callado, empapando una toalla de mano con agua fría. Inspeccionó los arañazos en mis muslos, buscó fragmentos de vidrio y limpió las heridas indoloras con atención.

Exhalando un suspiro aliviado, tragué para saciar la sed, examinando sus nudillos inflamados y magullados. —¿Qué le pasó a tus manos?

Sus dedos se apretaron alrededor del paño. —Me enfadé. — Dejándome en la encimera, deambuló entre los destrozos volcados y regresó con un maletín de cuero. Organizó individualmente el equipo médico a mi lado. —Toma. — Me entregó una botella de vodka sin abrir. —Bebe un poco de esto.

La confusión pesaba preocupantemente en mi pecho. —¿Por qué? — De manera cuidadosa y cautelosa, presionó una compresa fría debajo de mi ojo, y un dolor excruciante me atravesó hasta el hueso. —Hostia puta —, grité, apartando su mano de un golpe, notando sangre fresca en el paño. —Jace...

—Párpado-mejilla —, dijo tenso, mordiéndose el labio inferior. —Necesitas puntos.

Estoy segura de que palidecí. —Por favor dime que estás bromeando —, discutí, tocando mi carne en carne viva con dedos analíticos. La sangre humedece mis dedos, demasiada sangre. —Voy a vomitar.

—No —, protesta, desenroscando el vodka, persuadiéndome a beber. —Bébelo.

Las náuseas piruetean en mi estómago. —No, Jace. En serio voy a vomitar — — Tuve arcadas secas, encorvando los hombros. Hundí la cabeza en el fregadero, vomitando nada más que saliva con sabor a bilis.

Jace me frotó la espalda, limpiando la baba de mis labios y barbilla. —Necesitas beber vodka.

Inhalando para recomponerme, me llevé la botella a los labios, tragando con valentía feroz. —¿Dejará cicatriz? —, pregunté, usando el dorso de la mano para limpiarme la boca. —No quiero agujas.

—No lo sé —, respondió honestamente, preparando y cortando tiras adhesivas. —Y no voy a usar una aguja, Alexa. Pero necesito cerrar el corte.

Retorcí mis dedos húmedos, frotándolos en el vestido púrpura arruinado. —Gracias a Dios.

Jace se lavó las manos, se puso un par de guantes estériles y pellizcó el hueco debajo de mi ojo.

Siseando entre dientes apretados, me enderecé, cerrando los ojos mientras aplicaba las tiras. —¿Por qué almacenas guantes? —, me pregunté en voz alta, tomando otro trago de vodka. —Es raro.

—Soy tatuador —, me recuerda, colocando una segunda sutura. —Creo que esto podría dejar cicatriz.

Por supuesto, mi yo desafortunado estaba destinado a imperfecciones adicionales. —Lo que sea.

Una línea apareció entre sus cejas fruncidas. —Lo siento —, dijo, pero no me importaba su expresión de culpa sin sentido. —No debería haber perdido los estribos contigo.

¿Este hombre está seriamente trastornado? Tales comentarios sarcásticos irritaron la punta de mi lengua. Jace, cruel, insensible e impenitente, planea entregarme a un depredador sexual sádico y pervertido, pero lamenta que queden cicatrices en mi rostro. Su desorientación e interpretaciones incomprensibles continúan dejándome sin palabras. —No hay problema —, murmuré con incredulidad, mientras el vodka empezaba a hacer efecto. —Esto —, señalo mi ojo, —es la menor de mis preocupaciones, ¿verdad?

Finalizando los puntos, se quitó los guantes y los arrojó al fregadero. —Creo que el pegamento hubiera sido más efectivo —, explica, descontento con su trabajo chapucero. —Pero estos funcionarán.

Lo-que-sea. —Espléndido.

Abriendo una bolsa de gimnasio, Jace buscó un chándal limpio. —Toma. — Deja unos pantalones negros y una sudadera en mi regazo. —Ponte algo abrigado.

Su estado mental conflictivo y confuso me perturba.

Deslizándome del mostrador, con cuidado de esquivar el vidrio, me dirigí al baño, cerré la puerta detrás de mí y me arranqué el vestido del cuerpo. Me puse los pantalones de chándal, me demoré en el lavabo, y revisé mi reflejo en el espejo de la pared. —Mierda —, maldije,

poniéndome la sudadera.

Sí, el trabajo de parches chapucero de Jace va a dejar una hermosa cicatriz.

Gracias, imbécil.

Juntando agua fría en mis palmas, me empapé el cuello para aliviar los sofocos acalorados y me sequé las manos con una toalla áspera.

Oigo música amortiguada. Ha encendido la tele.

Entreabriendo la puerta, echo un vistazo al espacio cavernoso y resonante, viéndolo preparar avena en el microondas. Deslicé una mirada furtiva hacia la escalera, con los ojos prácticamente saltándose de mi cabeza.

Jace dejó la puerta abierta.

Anteriormente, Jace afirmó que había acumulado productos de higiene femenina. Su extenso viaje a la otra habitación y el nuevo aroma terroso sugerían lo contrario. No, no había acumulado dichos productos. Su red de deshonestidades y desinformación proviene del nerviosismo. No quiere que yo sea consciente de nuestro entorno, o que posiblemente escape y encuentre ayuda.

Miré la puerta abierta una vez más.

—Alexa —, llamó, y me estremecí. —Tu comida está lista.

Antes de que pudiera convencerme de no hacerlo, corrí por la habitación y subí las escaleras al son de su voz asustada.

Apresurándome por el umbral, corrí por el estrecho pasillo, escuchando sus fuertes pisadas retumbando detrás de mí. —Vamos —, grité, chocando contra la puerta principal, sacudiendo el pomo. Se abrió de golpe y fuertes vientos me recibieron, silbando a través de mi cabello desaliñado.

Con los pies descalzos hundiéndose en terrenos pantanosos, corrí a través de la vasta

vegetación, sin rumbo, sabiendo que este escape impulsivo era mi última oportunidad de libertad.

El lodo se arrastra entre mis dedos, el cielo oscuro y sin estrellas cubría nuestra vecindad.

—¡Alexa! —, rugió Jace y, en frenética prisa, se magnetiza hacia mí. —¡No hagas esto!

Miré por encima de mi hombro, viendo su sombra acercándose y aceleré el paso. Con los brazos balanceándose a mis costados, tropecé con una roca oculta por la hierba, caí en lanzas cubiertas de maleza y me arrastré histéricamente, ahogando mis sollozos erráticos.

—Alexa —, gimió, sus movimientos disminuyendo, aparentemente vacilante. —Por favor.

Esperé, me quedé tumbada contra el suelo, saboreando palmas sucias cubriendo mi boca.

Frágiles ramitas crujieron bajo su peso.

Contuve el oxígeno en la garganta, sintiendo el pulso en las sienes, provocádome un dolor de cabeza. Regulé mi respiración, con los antebrazos pegados al barro y me arrastré como un francotirador a través de la hierba larga y húmeda, ensordeciendo su súplica desesperada.

—No quiero lastimarte. — Su mentira coincidió con un clic de una pistola. —No me hagas lastimarte, Alexa.

Localizo un árbol, deslizo mi cuerpo vibrante alrededor de la corteza áspera, temblando por la adrenalina incontrolable. Veo la silueta de Jace. Oscila, deja caer una mano sobre otro árbol, bajando la cabeza en lo que parece una postura derrotada. —Por favor —, gimió, tropezando, revisando detrás de los árboles y pateando a través de la hierba crecida.

Parpadeando para contener las lágrimas abrumadoras, esperé a que se aventurara más lejos, disminuyendo los latidos atronadores de mi corazón. Tímida e insegura, retrocedí, arrastrándome en la dirección opuesta. Agradecí a mis estrellas de la suerte por el pastizal encubridor.

A lo lejos, olas tempestuosas chocaban contra el acantilado fusionándose con truenos ensordecedores, y un destello de relámpago iluminó los cielos deprimentes. La llovizna gradualmente se convirtió en una lluvia violenta, golpeando duramente contra mí.

El edificio tipo cabaña apareció en mi visión periférica. Volver no era una opción ya que sabía que él regresaría eventualmente.

En las dos ocasiones que huí ineficazmente de Jace, automáticamente giré a la derecha. Necesito invertir el curso y ver qué hay más allá

—una mano me agarró por el cuello de la camisa, arrancando un grito alarmado de mi garganta. —¡Suéltame!

Jace envolvió sus brazos alrededor de mi cuerpo, frustrando mis espasmos. —Detente —, ladró, levantándome y arrojándome sobre un hombro. —Deja de gritar, Alexa.

—¡Te odio! —, grité, golpeando su trasero con los puños cerrados. Golpeando dos palmas en su trasero, elevando mi cuerpo en una posición fuerte, busqué debajo de su sudadera arrugada, localicé carne empapada y hundí mis dientes en su piel.

—¡Alexa! —, se estremeció, golpeando la parte posterior de mi muslo. —Ya es suficiente.

Me rendí, desplomándome contra su espalda, con los brazos debilitados hacia abajo. Abrí la boca, preparándome para desatar una vituperación estruendosa. Lloré en su lugar, usando el extremo de su sudadera para amortiguar sollozos que quemaban la garganta.

El agarre de Jace sobre mí se suavizó un poco, pero persistió, manteniéndome cerca hasta llegar a la cabaña.

Escuché la puerta cerrarse y bloquearse detrás de nosotros. Bajó las escaleras, vidrios rotos y cerámica fragmentada crujiendo bajo sus botas de trabajo pesado. —Cámbiate —, ordenó, arrojando mi cuerpo en el sofá. —Ahora.

—No —, protesté, enroscándome de lado, escondiendo mi cara bajo un cojín deshilachado.

Durante quince minutos, Jace se mantuvo ocupado, barriendo los destrozos del suelo y enderezando los muebles volcados.

Las lágrimas corrían por mis mejillas, y probé la desolación salada en mi lengua. Temblé contra el frío, con la ropa empapada pegándose a mi piel.

Jace se duchó y se puso unos vaqueros y una camiseta negra ajustada. Cree que me quedé dormida. Sin embargo, estoy lejos de estar cansada. Más bien, estoy completamente despierta, observándolo bajo la almohada.

Arrastrando una silla a la mesa, se sienta y bebe vodka como si fuera agua. Su mirada brevemente se dirige en mi dirección, y cierro los ojos por si acaso. La penumbra de repente tranquilizó la habitación, y una luz suave creó una atmósfera pacífica.

Bebió otro trago de vodka.

Leyendo algo en su móvil, dejó un pulgar sobre la pantalla, los dedos blanqueándose mientras aprieta vigorosamente. Arrojándolo a un lado, se puso de pie, cambió el canal de televisión, seleccionando una estación de radio. Música rock suave resonó, bastante relajante.

Mi ropa se secará pronto. Jace tenía razón, sin embargo. Necesitaba cambiarme, calentarme. La terquedad me venció. Preferiría congelarme antes que obedecerlo más. —Mátame —, susurré, y sus ojos se sacudieron, encontrando mi mirada melancólica, asomándome sobre la almohada. —Por favor, Jace. No puedo soportar la esclavitud de nuevo. Duele.

—No soy una mala persona —, dijo en voz baja, sosteniendo la botella de vodka. —Soy un buen tipo, Alexa. — Su expresión ambivalente y triste casi infló la esperanza. —Por lo que a mí respecta, lo siento.

El móvil vibró.

Apretó la mandíbula, miró la pantalla y se frotó una mano tatuada sobre la cara. Con los codos sobre la mesa, dejó caer la cabeza entre las palmas, luchando contra su repentino jadeo frenético.

La ambivalencia y el dolor notorio de Jace se volvieron angustiantes. Me senté, bajando la almohada al suelo y di pasos cautelosos hacia él. —Respira —, dije, agarrando su nuca, masajeando con el pulgar su piel enrojecida. —Respira, Jace.

Ahogó un doloroso sollozo, y las manos revolvieron su cabello. —Alexa —, gimió, incapaz de recuperar el aliento, con los dedos tirando de las raíces. —Mi... pecho...

Corriendo al fregadero, empapé una toalla de mano, regresé a su lado y sequé las gotas de

sudor de su frente arrugada. —Lentamente —, lo alenté, recordando la voz calmante de Liam y el enfoque tranquilo. —Inhala y exhala, Jace. Lento y suave.

Inhalando un aliento entrecortado, respiró, repitiendo el proceso.

—Es un ataque de pánico —, susurré, sentándome en otra silla, manteniéndonos cerca. —Me dan muchos.

Me agarró la muñeca. Me congelé, esperando su hostil reprimenda. —¿Muchos? —, preguntó sin aliento, y asentí. —Es como ahogarse.

Asiento de nuevo.

Exhalando un resoplido tembloroso, aflojó su agarre de hierro en mi muñeca. —No sé qué hacer —, dijo en voz baja y hueca. —No sé cómo arreglar esto sin que alguien salga lastimado.

Me hundí de nuevo en la silla, con sus palabras repitiéndose en mi cabeza.

La verdad me golpeó tardíamente.

—Detente —, murmuró, respirando pesadamente en un puño cerrado. —No quiero oír esto.

—Escapé, Jace —, lloré, la garganta apretándose con sollozos. —Abrí mis alas. Por favor, reconsidera lo que estás haciendo y déjame ir. No le diré a nadie lo que pasó entre nosotros, lo prometo
—

—No —, ladró, cayendo en el sofá. —Es una transacción no negociable, Alexa. Deja de tratar de meterte en mi cabeza y prepárate para la mañana.

A través de sus ojos vidriosos, Jace se llevó la botella a los labios, bebiendo vodka. El líquido claro se deslizó por su barbilla y lo dejó allí, ofreciéndome su veneno.

Envolví mis dedos alrededor del cuello de la botella. —¿Quién es ella?

Me lanzó una mirada afilada. —¿Quién?

—La mujer que planeas intercambiar por mí —, dije afirmativamente, tomando un trago de vodka. —Debe ser especial. ¿Por qué si no pasarías por tales medidas bárbaras para retenerme? — Bromeé a medias, pero su semblante devastador se mantuvo. —¿Después de todo esto? Lo mínimo que puedes hacer es ilustrarme.

Jace se acercó, cruzando un brazo sobre el respaldo de mi silla. —Me odio a mí mismo —, admite, metiendo el cabello suelto detrás de mi oreja. —¿Por qué tú, Alexa?

No entendí la pregunta. —Ninguna mujer merece lo que me espera, Jace.

—Lo sé —, estuvo de acuerdo, trabajando en un trago apretado. —Es más fácil odiarte.

—¿Lo haces? —, medité, el labio inferior rodando entre mis dientes. —¿Me odias?

—No. — Barrió una lágrima de mi mejilla con su pulgar. Sus ojos llorosos reflejaban los míos. —Creo que es imposible que alguien odie a alguien como tú. — Sorbiendo, se recostó en su silla, mirando al vacío. —Su nombre es Summer...

—*"The sun may rise in the East at least it's settled in a final location. It's understood that Hollywood sells Californication."*

Subiendo el volumen de la radio del coche, conduje con una mano. —*"Firstborn unicorn. Hardcore soft porn. Dread of Californication,"* —, canto, ajustando un par de gafas de aviador sobre mis ojos. —Vamos. — Tocando la bocina, incité al conductor de adelante a pasar por las luces verdes del semáforo, acelerando suavemente.

Me detuve en otro semáforo, tamborileando los dedos contra el volante.

Bajando la ventanilla para generar una suave brisa de verano, conduzco a paso rápido, mirando frecuentemente mi reloj de pulsera. —Mierda. — Cuarenta y cinco minutos hasta que llegue un cliente.

Girando bruscamente en una esquina, acelero por la calle, freno de golpe y apago la Chevy negra de 1980. Está bien, la camioneta ha visto días mejores, pero amo esas cuatro ruedas y no

planeo cambiarla pronto.

Mujeres parlanchinas chismorrean cerca de las puertas de hierro forjado, criticando teatralmente a sus maridos perezosos. Una morena voluptuosa me dirije una sonrisa juguetona, abotonándose distraídamente su cárdigan lila.

Le devolví su afecto con una sonrisa tímida y tensa, apoyando mi espalda contra la pared policromática, cruzando los brazos.

Las puertas del edificio se abren de golpe, observo, mis ojos recorriendo el mar disperso de cabezas, buscando rizos suaves, rubios y saltarines. Con la bolsa pegada al pecho, Summer baja saltando los escalones de concreto. Su expresión sombría y labios fruncidos, envían un dolor a mi corazón. —Summer.

Sus ojos verdes buscaron los míos, y corrió hacia mí.

Me agaché, recogiendo su cuerpo sin peso en mis brazos. —¿Qué pasa, pequeña?

—Odio la escuela —, se queja, enrollando un brazo alrededor de mi cuello mientras la llevaba a la camioneta. —Nadie me quiere.

—¿Qué? — Desbloqueando la puerta de la camioneta, la deslicé en el asiento elevador, abrochando el cinturón de seguridad. —Imposible. A todos les caes bien.

Espera hasta que me siento detrás del volante. —¿Por qué se burlan de mí?

Me giré en el asiento, mirándola hacer pucheros en la parte trasera. —¿Quién se burla de ti?

—Esas niñas —, enfatizó como si fuera obvio. —Me llaman con nombres feos. — Lanzando su mochila al suelo, cruzó los brazos, haciendo pucheros como un pato. —Creen que mataste a mi mamá.

Un golpe doloroso me dio en el pecho. —Son unas tontas mentirosas. — No puedo golpear a niñas de siete años. Sin embargo, puedo darles una paliza a sus padres.

—Dicen que eres raro —, continúa, y fruncí el ceño. —Porque tienes todos esos tatuajes en tu piel.

Esa es una razón razonable para la grosería, supongo. —¿Tú crees que soy raro, pequeña?

Dudó, así que me incliné, haciéndole cosquillas en la cintura. —¡No! —, gritó, pateando con las piernas. —¡Tengo cosquillas!

—¿En serio? —, fingí desconocimiento. —Quién lo hubiera pensado, ¿eh?

—¡Para! —, se ríe, bloqueando mi ataque sin mucho esfuerzo. —¡Está bien! No eres raro.

—Bien —, alivio, encendiendo el motor. —Casi tenía que comerte.

—Yo te comeré de vuelta —, replica, mirando los árboles desvanecerse por la ventana.

La vigilé a través del espejo retrovisor. —Entonces, sobre estos niños... —, tanteo, chasqueando la lengua. —¿Quieres que hable con tu maestra? — De todos modos voy a morderle la oreja a la Sra. Matthews. —Hacer que vigile las cosas.

—¿Qué harías si alguien se burlara de ti o de alguien que amas?

Les daría un puñetazo en la cara. —Hablaría con un adulto.

Summer suspiró, arreglándose la diadema rosa brillante. —Está bien. Tal vez deberías hablar con la Sra. Matthews por mí.

—Ya estoy en ello, pequeña. — Cambié las estaciones de radio, deteniéndome en los semáforos.

—¿Podemos comer pizza? —, preguntó, admirando los zapatos negros de muñeca Peyton en sus pies. —¡Oh! ¿Podemos ir al parque?

—Esta noche no, Summer. — Dirigiéndome hacia adelante, cambié de marcha, relajándome

en mi asiento. —Sí a la pizza, sin embargo.

—Odio mi vida —, murmuró entre dientes.

Resoplé. —No seas dramática.

—Nunca me llevas al parque.

—Eso es mentira.

—No lo es.

Mis mejillas se hundieron. —Te llevé al parque la semana pasada.

—No, no lo hiciste —, replicó. —¡Fue hace todo un mes!

—Oh, ¿así que sí te llevé al parque?

Su silencio se extendió entre nosotros.

Miro por encima de mi hombro.

Taciturna y abatida, juega con los botones de su peto, a un millón de millas de distancia.

Odio ver a Summer molesta. Es una buena niña
—nunca exigente, mimada o expectante. Considerando nuestras circunstancias, rara vez se queja y acepta lo que sea que le ofrezca. Todo es siempre rápido, improvisado sin rutina o con conocimiento previsible. Dale un respiro, pensé. —Está bien —, cedí, y sus ojos se ensancharon un poco. —Te llevaré al parque
—treinta minutos, sin embargo, Summer. Estoy trabajando con un cliente esta noche.

Asintió. —Prometo ser muy rápida.

Diez minutos después, aparco la Chevy frente a un parque donde niños salvajes se dispersan

con deleite y padres reunidos se empapan del sol.

Picnics estacionarios y barbacoas desechables humeantes impregnan el aire húmedo.

De repente tenía hambre.

Summer me tomó de la mano mientras cruzábamos la calle, entrando al parque por una puerta metálica. —Voy a sentarme allí —, le digo, señalando hacia el único banco, sombreado por un árbol. —No vayas muy lejos. Quiero vigilarte.

—De acuerdo. — Saltó adelante, y luego inesperadamente regresó corriendo, envolviendo sus brazos alrededor de mi cintura. —Te amo, papá.

—Yo también te amo. — La empujé hacia los columpios. —Diviértete
—y ten cuidado con esos chicos —, grité en su estela, y un tono humillante se deslizó por sus mejillas. —O soltaré a las jaurías sobre ellos.

No tenía ni un perro, y mucho menos una jauría.

Summer iba a matarme por esa línea.

Me senté en un banco y envié un mensaje de texto a mi gerente para prepararlo para la tardanza y puse las gafas de sol en la parte superior de mi cabeza.

Escalando el armazón de metal para escalar, Summer posicionó sus pies en las barras, aprendiendo de otros niños. Mientras está ocupada, marqué el número de la oficina de la escuela, llevándome el móvil al oído.

La recepcionista contestó. —St Rom
—

—Soy Jace, — interrumpí, apretando con los dedos el teléfono. —Jace Williams. El padre de Summer. Escuche, no quiero parecer brusco ni argumentativo, pero esta es la quinta vez que mi hija llega a casa del colegio, angustiada por culpa de los acosadores.

—Señor Williams

—

—Llamé la semana pasada, — continué hablando, y ella suspiró audiblemente. —Y usted me aseguró que la señora Matthews ya lo había solucionado. Ahora, antes de que me venga con más tonterías, váyase al carajo. O aborda esta situación de manera profesional y ayuda a mi niña, o llevaré esto al consejo y los demandaré de todas formas posibles.

Corté la llamada y me quedé mirando el teléfono, dejando escapar una serie de maldiciones entre dientes.

Vi a Summer jugando con dos niñas en el césped, y una amplia sonrisa se dibujó en mi rostro
—

—¿Te importa si me siento aquí? — preguntó una voz femenina, y antes de que pudiera protestar, se instaló en mi banco. —Necesito algo de sombra.

—No hay problema, — mentí, pasando el piercing de mi lengua entre los dientes apretados. —Bonito sombrero.

Su largo cabello rubio descansa bajo una gorra deportiva. —Gracias. — Inclinándose hacia adelante, se ata los cordones de los zapatos, exponiendo un trozo de espalda y un tatuaje de corazón en la parte baja de su columna. —Prefiero correr cuando hace frío. — Su ajustada ropa deportiva deja poco a la imaginación. —Aunque últimamente no estamos teniendo mucha lluvia.

Murmuré en respuesta.

—Me encantan tus tatuajes. — Admiró la tinta alrededor de mi cuello. —Soy fan.

Qué bien por ti. —¿Tienes alguno?

Asintió tímidamente. —Sólo uno. — Arqueando la espalda, levantó su camiseta, mostrando un pequeño tatuaje. —Me lo hice a los diecisiete. — Hizo una mueca. —Ahora me he quedado con un sello de ramera.

Estallé en carcajadas. —¿Al menos puedes culpar al alcohol?

—Desafortunadamente, no. Fui una participante voluntaria y rebelde que tomó una decisión impulsiva para vengarme de mi padre.

No le pedí que elaborara. —Si lo odias tanto, — Summer se había trasladado al colorido asfalto, jugando a la rayuela, —¿por qué no te has hecho un tatuaje encima?

Desenroscando una botella deportiva, bebió agua sedientamente, y me encontré extrañamente fascinado por la forma en que se lamía los labios. Joder. Necesito acostarme con alguien. Ha pasado mucho, demasiado tiempo desde que me llevé a una mujer a la cama.

—Probablemente lo haré, — dijo, volviendo a tapar su botella. —Cuando reúna el valor suficiente. — Se volvió hacia mí, con las mejillas de un tono rojo oscuro. —Normalmente no hago esto, pero te vi sentado aquí y... — La vergüenza se apoderó de sus facciones en forma de corazón. —¿Quieres tomar un café alguna vez?

Mis cejas saltaron hasta la línea del cabello. —No salgo con nadie, — decidí ser honesto. —Estoy demasiado ocupado, y tengo que preocuparme por mi hija...

—Oh, — exclama, con los ojos recorriendo el parque. —Por supuesto. Lo entiendo. Quiero decir, vaya. ¿No eres un poco joven para ser padre?

Era una pregunta inocua. —Veintitrés años no es ser tan joven en el mundo de hoy.

—Es cierto, — está de acuerdo, lista para huir. —¿Qué edad tiene...?

—Summer, — añado, y nos pusimos de pie al unísono. —Y tiene siete años.

Hace los cálculos mentalmente. Espero su comentario crítico, o su apresurada partida. —Qué bien, — susurró, permaneciendo cerca. —¿Se parece a ti?

No, es el doble de Lucy. —Tiene mis ojos. — Miro hacia el asfalto, frunciendo el ceño. —Puedes verlo por ti misma... — Buscando en nuestro entorno, ahogué los gritos de los niños, revisando cerca de los columpios. —Vuelvo enseguida.

Me adelanté, extendiendo el cuello, mirando hacia los toboganes. —¿Summer? — llamé, vadeando entre un aparato y un imponente arenero de madera.

Un niño saltó frente a mí. Lo esquivé, con la cabeza girando en todas direcciones, retorciendo el cuerpo. —¿Summer?

No entres en pánico, pensé, con el corazón acelerado latiendo fuertemente contra mis costillas. —¿Cariño?

Con las extremidades convertidas en gelatina, tropecé, recuperé el equilibrio frenéticamente, metí la cabeza en la casita de juegos. Cuento a los niños, resurjo, me paso una mano por el pelo. —¡Summer! — grito, atrayendo la atención de otros padres.

Está escondida.

¿Por qué se escondería?

Sabe que no me gusta eso.

Todo a mi alrededor se ralentizó, y las conversaciones circundantes se atenuaron.

Presa del pánico, veo una furgoneta blanca destartalada, alejándose lentamente.

No necesitas confirmación como padre.

Es un instinto agónico.

Simplemente lo sabes.

—No, — susurré, echando a correr a toda velocidad, esquivando a los padres que se acercaban, saltando por encima de las mantas de picnic esparcidas, corriendo hacia el vehículo que se alejaba. —¡Summer! — Tropecé con algo, caí en un montón pero me levanté igual de rápido. —No.

Sin importarme el tráfico que venía, crucé la calle corriendo mientras sacaba las llaves del Chevy, abrí la puerta de un tirón, me desplomé tras el volante y aceleré el motor, con los neumáticos chirriando. Fui a toda velocidad, desgarrando la calle, con la furgoneta blanca acelerando por delante. —Vamos, — ladré, tocando el claxon, zigzagueando entre los vehículos.

—¡Quítense de mi puto camino!

Con una mano en el volante, toqué mi móvil para marcar los servicios de emergencia cuando vibró en mi mano.

Número desconocido.

Mi corazón dejó de latir.

Parpadeé, lentamente, con sudor en las puntas de mis pestañas.

—Sabía que estaba en esa furgoneta. — Jace bebe vodka, lanzando bruscamente la botella al otro lado de la habitación. —¿Qué clase de padre aparta la vista de su hija?

No me eché atrás.

Estaba devastado, con el corazón roto, sintiendo cada gramo de su dolor.

—Lo sentí, — dijo con voz ronca, un sollozo gutural arrancándose de su pecho. —Lo sentí, Alexa. — Se desplomó contra la pared, derramando lágrimas inconsolables en sus manos.

Reuní fuerza interior, me entumecí, me sequé las lágrimas de las mejillas y me senté en el suelo junto a él. —Jace. — Poniendo mi brazo alrededor de su hombro, lo atraje hacia mis brazos. —Está bien. Necesitas desahogarte.

Cedió, hundiéndose contra mí, con la cabeza cayendo sobre mis muslos, los dedos clavándose dolorosamente en mi piel. Miré fijamente la pared mientras él rompía su corazón, deseando poder aliviar su dolor.

Las emociones embotelladas y los angustiosos gritos de Jace invadirán para siempre mis pesadillas. Es una imagen desgarradora, ver a un hombre tan fuerte y poderoso sollozando como un niño pequeño.

Tuve un repentino impulso de protegerlo.

Sus brazos rodearon mi cintura, abrazándome, aferrándose a mí como si fuera su tabla de salvación.

Susurré mil promesas en su oído. —La recuperaremos. — Paso mis uñas por su cabello. —Iré yo, Jace. — No me atrevo a decirle lo que está pasando su pequeña. Nunca sobreviviría a un conocimiento tan espantoso. —Intercambiaré voluntariamente mi vida por la suya.

—No deberías tener que hacerlo. — Inhaló entrecortadamente, exhalando en intervalos. Su mano agarra mi sudadera, casi como si tuviera miedo de soltarla. —¿En qué me he convertido?

—Eres un padre, — le digo, secándole la mejilla con el pulgar. —Estás haciendo lo que sea necesario para traerla a casa.

—La necesito, Alexa. — Se sentó más erguido, y nuestros ojos se alinearon. —Necesito a mi pequeña, — dijo con voz ronca, y yo asiento. —Pero no puedo hacerte esto. Está jodiendo mi cabeza... — El conflicto mental y la desesperación lo crucifican. —No sé qué hacer.

—Vamos a traer a Summer a casa, Jace. — Me puse de pie, extendiendo una mano. Sus dedos se enroscaron alrededor de los míos, y se elevó a su altura completa. —Necesitas darnos unos días más, — dije, y él escuchó, digiriendo cada palabra. —¿Cuán rápido puedes enseñarme a manejar un arma?

Sus ojos se clavaron en los míos, con la perplejidad grabada en sus endurecidas facciones.

—Su seguridad viene antes que la mía, — recalqué, caminando de un lado a otro. —Pero puedes enviarme de vuelta, preparada y equipada. Flamur no es estúpido. Enviará a uno de sus hombres a recogerme y hacer el intercambio. Fingiré protestar. Mierda, lloraré si es necesario.

Jace reflexionó sobre mi idea. —¿Y si te registran?

—Puedes rastrearme, — sugiero, palpándome el cuerpo. —Llevaré algo, una pulsera, quizás. — Tantas preguntas sin respuesta flotaban entre nosotros. Dejé de preguntar, sin embargo. Ya está abrumado por la culpa. —¿Dónde está mi cadena?

¿Por qué Liam no había rastreado mi collar?

Apretó la mandíbula, hundiéndose en el sofá. —Vamos a necesitar más vodka para esta conversación.

Me muerdo el interior de la mejilla. —Hay un dispositivo de rastreo bajo el diamante.

Jace me dio un brusco asentimiento.

—Para que esto funcione, — me senté con las piernas cruzadas junto a él, —necesitamos empezar a ser honestos el uno con el otro, Jace. — Avergonzada, busqué desesperadamente sus ojos. —¿Jace?

—El incendio, — dijo con voz ronca, y yo parpadeé rápidamente desconcertada. —Dejaron tu collar en la escena del crimen.

—¿Qué incendio? — indagué, rascándome la nuca. —Jace...

Sus ojos arrepentidos se encontraron con los míos. —Todos piensan que estás muerta.

Sin palabras, eché la cabeza hacia atrás. —¿Qué?

Jace no pudo responder. Abrumado y remordido, cerró los ojos, pellizcándose los párpados con el pulgar y el índice.

Capturé su mano, entrelacé nuestros dedos y nos pusimos hombro con hombro. —He pasado años huyendo de los monstruos de mi pasado, — susurré, girando la cabeza para mirarlo. —Estoy cansada de esconderme, Jace. — El entendimiento ardió en sus ojos verdes. —Voy a matarlo.

13. CAPÍTULO TRECE

Alexa

Flamur Bajramovic conspiró y secuestró a Summer Williams. Sus acciones inconscientes y despreciables evocaron recuerdos angustiosos. Mientras Jace explicaba más sobre el secuestro de su hija, yo compartimenté pensamientos dispersos, reviviendo una pesadilla espantosa.

Jace persiguió y se esforzó por alcanzar la furgoneta que huía cuando sonó su móvil. Sabía que era malo, me había dicho. Sus instintos paternales, demasiado fuertes, demasiado devastadoramente profundos. El llamante desconocido, Flamur, transmitió órdenes inflexibles.

Llama o involucra a la policía, y mataré a tu hija, advirtió Flamur. Si quieres volver a verla, ilesa y de una pieza, detente y espera instrucciones.

Insoportablemente afligido, derrotado y obsequioso, Jace pisó el freno y escuchó las órdenes.

Más tarde esa noche, después de beber suficiente vodka para adormecer su dolorido corazón, Jace, según las instrucciones, se sentó en un bar cercano, esperando la llegada del albanés. Como alternativa, Flamur envió a un leal súbdito: Rezart.

A Jace le costó mucho sentarse con Rezart. Quería alcanzar la mesa, rodear con sus manos el cuello del hombre y presenciar cómo se le escapaba la vida de los ojos.

Rezart comunicó las instrucciones de su jefe. Le entregó a Jace un sobre y una lista de órdenes.

Jace, estudioso y esperanzado, hojeó las imágenes de una joven mujer.

Alexa Haines, le informó Rezart.

Enfadado, impotente y ligeramente confundido, Jace, con manos temblorosas, leyó la

caligrafía. Tenía que hacerse amigo de esta mujer desconocida, ganarse su confianza y sacudirse la vigilancia excesiva y sobreprotectora.

Jace se había preguntado por qué alguien de su aparente estatus normal recibía tanta atención. Vivía en el lado áspero de la ciudad en un edificio de viviendas sociales y trabajaba a tiempo completo en la cafetería por el salario mínimo. Sin embargo, esas preguntas quedaron sin respuesta. Consideró que el desconocimiento era una opción más cómoda. Entender sólo reviviría su brújula moral.

Rezart había recalcado que estaba ferozmente protegida por los hombres de Liam Warren e insistió en que Jace debía estar vigilante a toda costa.

Jace no había comentado tales advertencias. Sin embargo, había oído hablar a fondo de Warren durante su residencia en Londres. Nunca había hablado ni conocido personalmente al hombre, pero los rumores susurrados y los cuentos espantosos pintaban la imagen perfecta.

Por supuesto, el plan inhumano pero estratégico conllevaba estipulaciones que amenazaban la vida. Jace, no sólo tenía que engañar, manipular y secuestrar, a sus ojos, a una mujer inocente. Tenía que cuidarse las espaldas con la esperanza de que Warren o sus hombres no comprendieran sus motivos perversos y lo mataran.

Primero, Jace, calculador y amistoso, se presentó a su víctima: yo. Deseaba conocerme antes de solicitar un trabajo con Grayson. Mientras tanto, mi engañosamente guapo y aparentemente homosexual compañero de trabajo
—aunque inicialmente había sospechado de su sexualidad
— me engañó haciéndome creer en su deseo de amistad y su sonrisa despreocupada. Diablos, realmente consideré al hombre inofensivo y lo defendí contra el hombre que amo.

Comportamiento pasado intrascendente, pensé, devorando patatas fritas saladas. Oh, Dios. Nunca he probado algo tan increíble en mi vida. —Están tan buenas, — gemí, lamiéndome los residuos de los labios agrietados. —Necesito más.

Jace sonrió, pero esa sonrisa no llegó a sus ojos. —Comeremos más luego, — dijo, con las manos pegadas al volante. —Gracias, Alexa.

Fruncí el ceño. —¿Por qué?

—Por subir al ferry sin alboroto. — Dirigió el Chevy hacia la M4, bajando la cabeza para

buscar coches que se acercaran en el espejo retrovisor. —Podrías haber pedido ayuda en el momento en que te dejé para ir al baño.

—Prometí ayudarte a encontrar a Summer, — expliqué una vez más, añadiendo un chupito de vodka a mi Coca-Cola. —Nunca rompo mis promesas.

—Aprecio tu amabilidad, especialmente después de todo lo que te hice pasar.

Sí, merece una bofetada por negligencia, desnutrición y falta de duchas. —Está hecho, seguimos adelante, — dije en su lugar, sorbiendo Coca-Cola con una pajita. —¿Cómo se tomó Flamur las noticias?

Esta mañana, antes de salir de la cabaña y subir a un ferry de vuelta a Liverpool, Jace envió un mensaje de texto a Flamur, solicitando más tiempo para —domarme —.

Insatisfecho pero complaciente, Flamur concedió dos semanas adicionales e incluso detalló su situación recientemente complicada. Debe volar de vuelta a Tirana con su esposa y sus hombres más cercanos
—supongo que hay un asiento en ese avión con mi nombre
— pero recientes dilemas obstaculizaron los arreglos previos. —Además, — continué, ayudándome con el perrito caliente de Jace. —¿Qué crees que le impide salir de Londres en el momento señalado? Creo que Liam anda al acecho.

—Bajramovic no tenía razón para desconfiar de mí, — dijo, bajando la ventanilla. —Mencionó que recientes dilemas obstaculizaron los arreglos previos.

Lo sé. Leí ese mensaje a escondidas cuando Jace se duchó.

—Sin embargo, no dijo nada más. Además, me aseguró que Summer está bien, así que eso es algo. Sólo desearía que me dejara hablar con ella.

Valeroso y optimista, Jace, comprensiblemente, desea ver un desarrollo auspicioso. Engañado y mal informado por Flamur y sus firmes hombres, cree que su hija está a salvo, ilesa e intacta.

Ojalá tuviera su fe. Sí, indiscutiblemente, Summer está respirando, durmiendo y comiendo inadecuadamente; sin embargo, no creo que Flamur, o sus viles esbirros, no la hayan tocado.

Los albaneses dirigen una red de pedofilia clandestina y están a la vanguardia del tráfico de personas. Me duele por todos los que se cruzan en el camino de esos monstruos. Me duele por una niña pequeña que quedó atrapada en el fuego cruzado porque Flamur estaba obsesionado conmigo.

Sin embargo, no expreso mis preocupaciones. Es crucial que proteja a Jace de las capacidades de Flamur y rece para que su niña regrese a casa de una pieza. —Creo que tiene que ver con Liam. — Cambié de tema, queriendo alejarme del horrible asunto. —Los problemas de Flamur, quiero decir.

Jace resopló, sacudiendo ligeramente la cabeza.

—¿Qué? ¿No crees que el 'notorio señor del crimen', — imité, acariciando cada palabra sardónica, —sea capaz de derribar a ese viejo bastardo gordo?

Jace me lanzó una expresión atónita, con las cejas saltando hasta la línea del cabello. —Las blasfemias e insultos suenan extraños viniendo de ti.

Entrecerré los ojos hacia él. —¿Qué se supone que significa eso?

—Rara vez maldices. — Activando los intermitentes, condujo el Chevy hacia la carretera principal. —Incluso cuando estás comprometida, eres recatada, compuesta y a menudo callada.

—¿Y son malas cualidades ?

—No realmente. — Difícilmente la respuesta que buscaba. —Tu corazón sangrante es susceptible a ramificaciones y consecuencias desafortunadas, sin embargo, específicamente debido al estilo de vida de Warren.

Hice una pausa con la pajita cerca de mis labios. —Mis tendencias confiadas y mi bondad natural frustraban a Liam, — admito, mordiéndome el labio inferior. —A menudo me reprendía por no tener carácter.

Me miró. —¿Eso es lo que dijo?

—No con esas palabras exactas... — No, Liam se abstuvo de insultarme, pero sabía que es lo

que sentía en secreto. —Creo que quería más de mí. Ya sabes, como que necesitaba que fuera alguien que no soy.

—Es comprensible, — defendió. —Te amaba, ¿verdad? Warren es frío, corrupto, despiadado, implacable y odiado por la mayoría. También está muy jodidamente despierto —no logró su estatus por falta de tacto o tontería — y sabe que amarte es peligroso. No es irrazonable, Alexa. Si yo estuviera en su posición, querría que mi mujer fuera feroz y fuerte. Joder, tendría que ser viciosa para burlar a los enemigos.

Nunca lo había pensado así. —¿Has visto mi tamaño? — Arqueé una ceja, gesticulando hacia mi físico. —Si un depredador viniera por mí, tendría más suerte haciéndome la muerta.

La risa ronca de Jace apagó la suave música rock. Salió de la M4 y pronto se aventuró por caminos rurales. —Tienes razón. — Tamborilea los dedos contra la palanca de cambios. —La mayoría de las mujeres son vulnerables a los depredadores masculinos. Pero, — enunció, acelerando a través de la vasta vegetación y bajo cielos oscurecidos, —hay otras formas de burlar y derrotar posibles amenazas o situaciones desagradables.

Discrepo. —Continúa... — A lo lejos, acurrucado entre bordes alineados de árboles, noté un muro de piedra a la altura de la cintura y puertas de hierro forjado junto a esculturas de pilares de piedra con cabeza de caballo. —¿Dónde estamos?

Jace aparcó. —Haremos una parada técnica. — Sale, cierra la puerta de golpe y espera a que me una a él. —Antes de entrar, — abre el maletero para sacar una bolsa de gimnasio, —quiero mostrarte algo.

Llevo puesto su chándal de gran tamaño, por lo que el material térmico me protege de los vientos fríos. —¿Quieres mostrarme algo en medio de la nada? — De repente me puse nerviosa por nuestro espeluznante entorno. —Jace...

—Así que, — arrojó la bolsa al suelo, —si alguien viene hacia ti, ya sea de frente o por detrás, necesitas mantener la calma. Ahora, aprecio que es más fácil decirlo que hacerlo. — Se sube las mangas de la sudadera, dejándolas casualmente en los codos. —Digamos que soy un atacante. Veo a una mujer joven y vulnerable, caminando sola por la noche, como depredador sexual u oportunista, voy a probar suerte. Tal vez sólo quiera tu bolso. — Dio un paso adelante, y yo retrocedí. —Alexa, no voy a robarte la ropa que llevas puesta. Es una demostración.

—Lo sabía, — mentí, metiéndome el pelo rebelde detrás de las orejas. —¿Y si eres un

violador?

Sus cejas se fruncieron duramente. —Espero que sea una pregunta figurativa.

Asiento.

—Bueno, no soy un violador, pero supongo que intentarían agarrarte por detrás. Date la vuelta. — Obedecí, poniéndome rígida cuando sus brazos rodearon mi cuello. —No entres en pánico. No estoy usando fuerza, Alexa. Es un ejemplo.

Su colonia era extrañamente tranquilizadora. —Hueles bien, — admito, y él exhaló un aliento desalentado en mi oído. —No es un insulto, Jace. Es un cumplido.

—Primero, respiras e instintivamente te pones en posición. — Me empujó la parte posterior de los muslos con su rodilla, instándome a seguir las instrucciones. —En este punto, gritar es inútil. Y sólo tienes unos segundos para liberarte del agarre de tu atacante. Pisarle el pie aflojará su agarre, pero es ineficaz sin una combinación mecánica. Continúa con un giro, — tuerce mi cuerpo ligeramente, dirigiendo mi codo hacia su estómago bajo, —y da un fuerte golpe al estómago, y luego echa la cabeza hacia atrás.

Me soltó, y me enfrenté a él. —Así que, pisar tu pie, empalar tus costillas y romperte la nariz.

—Recuerda, sólo tienes unos segundos. Si esas tres ondas de choque no aflojan el ataque, encuentra algo de carne y muérdelo con fuerza. — Aplanó sus labios en una sonrisa conocedora. —Tu canibalismo casi resultó en que te dejara caer de cabeza.

Sonreí triunfalmente. —¿Casi funcionó?

—Sí, — admitió de mala gana, levantando su sudadera para mostrarme la marca de mordida amoratada.

—¿Y si esas técnicas de defensa no funcionan?

—Oh, funcionarán. Te soltará para revisar el daño en su nariz. Mientras tanto, corres como alma que lleva el diablo y no mires atrás. ¿Si logra atraparte de nuevo? — Hizo una mueca,

rascándose la mandíbula. —Probablemente ahogará tus gritos, te golpeará hasta dejarte inconsciente y ya sabes cómo termina la historia. — Inclinándose, agarra la bolsa, ajustando la correa a través de su pecho. —Sólo tienes una oportunidad, Alexa. El resto es historia.

—Eso es impactante, — susurré, caminando a su lado. —Y bárbaro.

—Estoy de acuerdo contigo. Nuestras creencias no cambian el modo en que funciona el mundo, sin embargo. Desafortunadamente, el asalto sexual y la victimización ocurren con más frecuencia de la que me gusta reconocer. — Inesperadamente agarró mi muñeca. —Las mujeres son objetivos fáciles. Recuerda, si alguna vez te siguen, camina con confianza a un ritmo constante y dirígete a un área bien iluminada, o evita los paseos nocturnos sola si es posible. Confía en tus instintos y varía tus rutas
—ser demasiado predecible es arriesgado.

Un escalofrío ascendió por mi columna. —¿Vas a enseñarme métodos adicionales de autodefensa?

Inclinó la cabeza, soltando mi mano. —Sí, pero es tarde, y llevará más de una noche entrenarte.

—Me vas a entrenar, — repetí con incredulidad, siguiéndolo hacia esas elegantes puertas de hierro forjado. —¿Qué más hay en el programa para nuestras clases de defensa? — Risas fantasmales resonaron más allá de esos muros. —¿A dónde vamos? ¿Y oíste voces?

—Te entrenaré una vez que estemos de vuelta en Londres. — Con la mano en la puerta, se demoró antes de entrar. —Aunque, una vez que Warren te ponga las manos encima, dudo que te deje alejarte de su lado de nuevo. Incluso si te concediera libertad, existirías al lado de sus hombres. En su mundo, lo que realmente necesitas aprender es cómo disparar balas y cómo esquivarlas. — La puerta gimió cuando la empujó para abrirla. —Vamos.

Caminé detrás de él. —Quiero eso, — dije, luchando por mantener el paso con sus largas zancadas. —Quiero aprender, Jace... — Gruñidos rabiosos provocaron horripilación en la parte posterior de mi cuello. —¿Qué mierda fue eso? — Es sólo entonces que me doy cuenta de nuestro entorno en penumbra. —Jace, ¡no puedo ver nada!

—No entres en pánico, — recalcó, y luego sentí su mano en mi espalda baja. —Sigue caminando.

—No estoy bromeando, Jace. — Amoldándome a su lado, me aferré a la manga de su sudadera. —Está completamente oscuro. ¿Cómo puedes guiarnos sin ninguna luz? — Una miríada de ladridos de perros resonó en la distancia. —¡Oh, Dios! Voy a volver a la furgoneta antes de que esos lobos me coman.

—Alexa, — replica Jace, agarrándome por la cintura y obligándome a avanzar. —Estamos bien. Vengo aquí todo el tiempo. Y esos perros sólo pueden sentir nuestra presencia, por lo que están alertando al campamento.

—¿Alertando al qué? — chillé, agitándome como una loca en su implacable agarre mortal. —Jace, tengo miedo.

Se detuvo entonces, mirándome escépticamente. La suave luz de la luna delinea su rostro severo y sus ojos verdes, llamando aún más la atención sobre su masculinidad inquebrantable. Sabía que Jace tenía rasgos hermosos e impresionantes, pero cambié drásticamente mi opinión mientras soportaba el cautiverio. Ahora, sin embargo, puedo admitirme a mí misma que es bastante exquisito.

Abordar esto es nuevo para mí. Sólo he mirado a los hombres de manera negativa, excepto a Liam.

Mi corazón latió con fuerza.

Sólo pensar en Liam Warren desató esas mariposas incontrolables en mi estómago.

Sé poco sobre Jace Williams. Tiene veintitrés años y una hija de siete años llamada Summer. Ella es rubia mientras que él es moreno, no de cabello negro oscuro, más bien castaño chocolate, un poco más largo en la parte superior. Mencionó que compartían el mismo color de ojos, pero ¿se parece a su madre? ¿Cómo se llamaba? Se llamaba Lucy, ¿no? ¿Dónde está ella en todo esto? Casi pregunté, pero me mordí la lengua en su lugar. Estoy segura de que Jace aclarará una vez que estemos de vuelta en Londres. Ambos necesitamos confiar en el proceso
—confiar el uno en el otro
— antes de confinarnos y elucidar la historia.

—Empieza ahora, — gruñó Jace, y ladeé la cabeza con desconcierto. —No sé lo suficiente sobre ti, pero tus gritos implacables en la Isla de Man me ayudaron lo suficiente como para encajar las piezas.

Pestañeé rápidamente. —¿Me llevaste a la maldita Isla de Man?

Jace gruñó exasperado. —Olvídate de eso, Alexa. Mi punto es que tuviste una infancia seriamente espantosa, tan jodida que me da miedo hacer preguntas. Sobreviviste, seguiste adelante y lograste captar la atención de Liam Warren. ¿Tienes idea de lo que eso significa? — Cuando no respondí, añadió: —Significa que la gran mayoría de Londres está aterrorizada de Alexa Haines.

Me quedé mirándolo boquiabierta. —No puedes hablar en serio.

—Totalmente, — me empujó hacia adelante. —Nadie se mete con la mujer de Warren a menos que tenga deseos de morir. Así que deja de saltar de una puta vez, de preocuparte por perros inofensivos y mantén la maldita barbilla en alto.

Levanté la barbilla por impulso. —No estamos en Londres, sin embargo, — le recuerdo, gravitando disimuladamente hacia su lado. —Estamos en Liverpool.

—Mismo caballo. — Me rodeó los hombros con un brazo, encontrando mi mano y entrelazando nuestros dedos. —Soy bienvenido aquí, pero fruncen el ceño ante los forasteros, así que finge.

Los aullidos de los perros me estremecieron los huesos. Veo una larga hilera de perreras metálicas, ocultando aquellos feroces sabuesos. Dos se abalanzaron y atacaron las barras metálicas, ladrando con vehemencia mientras pasábamos. —Perros inofensivos, y un cuerno, — dije sarcásticamente. —Quieren comernos.

Nuestro entorno me golpeó tardíamente. Rodeados de casas móviles, el camping y los Land Rovers de gama alta infundían una creciente inquietud. En medio de casas tenuemente iluminadas, un grupo de gitanos masculinos ocupaba una hoguera. Reían juntos, bebían cervezas embotelladas e impregnaban el aire con marihuana. —Jace... — Agarrando su sudadera, me detuve en seco, con la sangre en mi cuerpo hundiéndose hasta mis pies.

Uno de los hombres detectó a los visitantes no invitados. Se levantó lentamente de la grúa volcada, cuadrando sus anchos hombros. —¿Quién anda ahí? — preguntó, y sus amigos miraron colectivamente en nuestra dirección. —¿Os habéis perdido o algo? No obtendréis ninguna ayuda de nosotros.

Jace ignoró su pregunta, arrastrándome reluctante trasero hacia nuestra muerte prematura.

—Tommy, — dijo, yo estaba demasiado asustada para hacer contacto visual. —Soy Jace.

—¿Jace? — Tommy, creo, preguntó. —¿Qué coño estás haciendo por aquí abajo?

Contuve la respiración.

—Me fui de escapada romántica con mi chica, — mintió Jace, soltando su agarre sobre mí para... abrazar al gitano. —No podía pasar de largo sin visitarte.

—Joder, tío, — Tommy abrazó a Jace, dándole palmadas en la espalda. —Sí, te habría matado por no verme.

Sin palabras, atónita, vi a Jace chocar los puños con los otros hombres, algunos mucho mayores, otros de edad similar. Tiró la bolsa al suelo, aceptó una cerveza embotellada y se rio de la teatral conversación de Tommy.

He entrado en la dimensión desconocida
—

—Alexa, — dijo Jace, arrastrándome a su lado. —Me gustaría presentarte a Tommy. — Me besó la sien. —Mi primo.

En serio necesito aprender más sobre mi misterioso amigo recién descubierto. —Encantada de conocerte. — Estrecho la mano de Tommy, admirando su cuerpo bien formado y su extenso arte corporal. Quiero decir, es difícil no investigar. Él, al igual que los demás, exhibe intrincados tatuajes, similares a los de Jace.

—Igualmente. — Miró a Jace. —¿Por qué no le pediste a Ma que cuidara de nuestra niña?

Sentí que Jace se tensaba. Sin embargo, enmascaró su devastación. —La hermana de Alexa se ofreció. Ya sabes que no me gusta molestar a tu madre.

Bien, es mi turno de enderezarme. —Mi hermana adora a los niños.

Asintiendo en acuerdo, Jace arrebató una cerveza de uno de los tipos, y la forzó en mi mano. —Bebe conmigo.

—Poned unas salchichas en la barbacoa, — ordena Tommy, indicándonos que le sigamos. —Podéis usar mi caravana por la noche. Me quedaré con Sheila.

—Gracias, tío. — Jace me tomó de la mano, y seguimos a Tommy hasta una caravana alargada. —Lo aprecio.

Subiendo tres escalones de hormigón, Tommy empujó la puerta para abrirla y entró, encendiendo las luces. Me uní cautelosamente a los dos hombres, jugueteando con los cordones de mi sudadera. Es una hermosa distribución, extra ancha con mobiliario contemporáneo, modernizada con sistemas de entretenimiento de alta gama y electrodomésticos de cocina. No sé qué esperaba, pero un sofá rinconero chesterfield, tonos grises y una mesa de comedor de mármol para acomodar a seis personas, no.

Apoyo la cadera en la encimera de la cocina, haciendo caso omiso de sus risas fraternales.

—Deberíais cambiaros los dos, — aconsejó Tommy, vagando por el pasillo que se cruzaba, abriendo una puerta. —Ya sabes dónde está todo Jace. Ducha a tu chica. No folléis en mi sofá. Tomad el dormitorio de invitados.

Un rubor imposible me quemó las mejillas.

—Intentad no tardar mucho. — Tommy tiró de un jersey azul marino, manoseando la trenza rubia que le irritaba la nuca. —Comeremos y nos pondremos al día. — Guiñándome un ojo al pasar, bajó los escalones para volver con sus... ¿amigos? —Y nos emborracharemos, por supuesto.

No me gusta cómo suena estar ebria y descontrolada alrededor de gente que no conocía.

Jace esperó hasta que Tommy se fue. —Cálmate, Alexa. — No logró ocultar su divertida sonrisa, seleccionando el dormitorio frente al baño compartido. —En realidad no voy a follarte.

—No me preocupaba eso, — le espeté, asomándome a su dormitorio elegido. —No voy a compartir cama contigo, Jace.

—Coge otra. — Sereno, sin complicarse, abrió la cremallera de la bolsa, y rebuscó ropa limpia. —Te cogí algunas cosas en el Ferry. Tenían una tienda de chuches increíble y una buena selección de licores.

Mis ojos se redondearon al ver los tarros de dulces. —Podría comerme algunos de esos caramelos de menta.

Me dio un tarro, una toalla de playa y ropa nueva. Toqué los vaqueros negros y la camiseta ajustada de manga larga con dedos inquisitivos. Debajo de la ropa doblada había un conjunto de lencería rosa. Había seleccionado prendas de mi talla exacta. Sé que se supone que debo odiarlo, pero su amabilidad y el regalo considerado me trajeron lágrimas a los ojos. —Odio el rosa, — dije, tragando un doloroso nudo. —El rojo es mi color favorito.

—Lo sé. — Su mano se cernió sobre otro montón doblado. —Te conseguí dos conjuntos rojos, pero no quería que pensaras... — Sacudió cualesquiera pensamientos que se gestaban en su cabeza, pasándome los artículos adicionales sin una mirada. —El encaje rojo es sexy en una mujer, así que pensé que tú podrías...

—Está bien, — interrumpí, captando su postura incómoda. —No creo que estés insinuando o imaginando mi ropa interior en el suelo de tu dormitorio, Jace, — bromeé, intentando aligerar el ambiente. Me giré para ducharme, me detuve, eché un vistazo por encima del hombro. —¿Tú también eres gitano?

Alcanzó detrás de su cuello y se quitó la sudadera por encima de la cabeza. —No.

¿Cómo puede estar emparentado con Tommy sin sangre gitana?

—No tengo mucha hambre, así que ¿te importaría si me fuera directamente a la cama?

—Claro. — Abriendo una puerta dentro de su habitación, entró en un baño en suite y comenzó a desvestirse. —A menos que te quedes por aquí para verme liberar algo de tensión, te sugiero que cierres la puerta y te des esa ducha.

Parpadeando atónita, cerré la puerta, encontré el otro baño y me deleité en la mejor ducha hasta la fecha.

14. CAPÍTULO CATORCE

Liam

Estoy de pie en la cola de The coffe house, obviando a los viajeros apresurados y a los conversadores dramáticos. Echando un vistazo a la hora en mi reloj de pulsera, di un paso adelante, suspiré frustrado, demasiado impaciente por el dependiente demasiado hablador y los clientes solitarios que aparentemente no tienen nada mejor que hacer que discutir sobre granos tostados.

Por impulso, miré alrededor. Alexa no está aquí, pero escudriñé de todos modos. Raramente visitaba The coffe house cuando ella ocupaba laboriosamente esas máquinas o atendía esas mesas por un salario mínimo. Su situación laboral me enfurecía. Odiaba esas largas horas y turnos exigentes

—odiaba cómo ella elegía estar aquí, en lugar de volver al club y ganar un salario decente. No me malinterpretes; no desprecio las ocupaciones comunes. Sin embargo, repudiaba que ella se esclavizara por una miseria.

Alexa merecía más, mucho más.

Independientemente de sus tendencias obstinadas y de mi desaprobación manifiesta, debería haber venido más.

¿Por qué no hice un esfuerzo? Podría haber pasado de vez en cuando, pedido una bebida y sentarme en uno de esos reservados de la esquina. Podría haberla visto trabajar, o esperar hasta que tomara un descanso y pedirnos un almuerzo tardío.

Perdí demasiadas oportunidades para pasar tiempo con ella

—tiempo que nunca recuperaré.

Mi móvil vibró en mi bolsillo.

Revisé la interminable línea de mensajes de texto de Brad.

Brad: ¿Dónde estás?

Brad: Jefe, no volviste al trabajo anoche.

Brad: ¿Debería preocuparme? En serio estás empezando a cabrearme.

Brad: No me mates por ese último.

Brad: ¿Quieres que te traiga algo de café?

Brad: Estoy dentro de tu oficina. ¿Dónde coño estás?

Eliminar.

Eliminar.

Eliminar.

Nate: Encontré algo interesante. Creo que es mejor mostrártelo en persona, sin embargo.

Mi interés se despertó. Marqué su número, y me llevé el teléfono al oído.

—Señor, — arrastró Nate, acallando a los hombres en el fondo. —Veo que recibiste mi mensaje.

Un cliente se fue con dos cafés, así que di un paso más cerca del mostrador principal. —¿Qué tienes para mí?

—¿Estás familiarizado con el nombre de Hellen Bennett?

Estimulé encuentros pasados. —No.

Nate resopló. —Inténtalo de nuevo.

Otro paso adelante. —Nate, ve al maldito grano.

—Hace aproximadamente tres años, asististe a un evento benéfico en
—

—Conway Hall, — interrumpí, la mano aplastando el teléfono. —Continúa.

—¿Conociste a una rubia fogosa? Dejaste la función temprano y te registraste en un hotel...

Puse los ojos en blanco. —¿Qué pasa con ella?

—Oh, así que sí recuerdas esa noche desastrosa.

Recuerdo a una mujer rubia escultural con grandes tetas cuya libidinosidad avergonzaba a la población masculina. —¿Desastrosa en qué sentido? La mujer la chupaba genial, me dejó follarla y dejó mi cama sin obligaciones. Me suena bastante perfecto.

—También te acosó durante ocho meses.

Mis cejas se fruncieron en perplejidad. Sí, la señorita Bennett había expresado su afecto la noche que dormimos juntos, pero no me había molestado para verme de nuevo, no después de que dejé abundantemente claro que nos separáramos. No es mi estilo, encontrarme con mujeres para retomar donde lo dejamos. No, soy un hombre de follar y olvidarme de ellas, o al menos lo era hasta que Alexa tropezó en mi vida.

Los pensamientos sobre ella hundieron mi pecho. Presioné una palma contra mi corazón palpitante, amasando el dolor siempre presente con el talón de la mano. —No sabía que la señorita Bennett fuera un problema.

—Nos pagas una cantidad significativa de dinero para deshacernos de tales dilemas agotadores, — me recordó. —Tuve que chantajearla.

—¿Por qué no una bolsa para cadáveres? — reflexioné, siguiente en la fila. —¿Desde cuándo el sindicato es tan indulgente? — Frente a mí, una mujer curiosa, escuchando mi conversación, me lanza una mirada desaprobadora por encima del hombro. —¿Puedo ayudarte en algo, joder?

Ella se estremeció, mostrando su descontento.

—Puedo oír que estás ocupado, — dijo Nate, amortiguando el receptor para apaciguar a Brad en su estado rencoroso. —¿Tienes previsto volver pronto? Preferiría mostrarte los documentos.

—Sí, — aseguré, colocándome frente a la caja registradora. —Y dile a Brad que cierre la puta boca. — Terminando la llamada, metí el móvil en el bolsillo y esperé pacientemente a que Grayson tomara mi pedido.

Limpia un derrame del mostrador con un paño de cocina manchado y agarra un marcador negro. —¿En qué puedo servirte...? — Su alegría se desplomó. —Warren.

Ignoré su mirada ardiente. —Café negro.

Haciendo estallar un músculo de la mandíbula, agarra un vaso para llevar, garabateando mi nombre en el cartón verde brillante. Frecuentemente me dispara rayos con la mirada, y una intensa desaprobación irradia de su cuerpo tembloroso.

No es miedo, lo que emana de su burbuja protectora. Es puro odio. —¿Hay algo que quieras quitarte del pecho? — Por respeto a Alexa, no voy a alcanzar y meter su mano en la licuadora de frutas.

Café preparado, lo golpeó frente a mí, salpicando líquido marrón por el mostrador.

Inhalo una respiración profunda, respirando por la nariz. Estoy tratando con un gran esfuerzo de no perder la calma.

—Si no fuera por ti, — apunta el marcador a mi cara, —armando un escándalo y molestando a Alexa esa noche, Ella estaría viva ahora mismo
—

—Más te vale cerrar la puta boca, — gruñí entre dientes apretados, con las manos curvándose en puños dentro de los bolsillos de mis pantalones. —Aprecio que estés molesto. Pero si te atreves a insultarme o a insinuar que su muerte está sobre mis hombros, te cortaré la lengua vengativa y descarriada y te la meteré por la maldita garganta. Tú, — ladré, con un rubor de ira trepando por mi cuello, —no tienes ningún derecho a pararte ahí y juzgarme. Ningún puto

derecho. — Miré el vaso de café con la palabra —gilipollas — garabateada en marcador negro permanente. —Imbécil ignorante.

Antes de que Grayson pudiera retractarse o disculparse, cogí el vaso de cartón y se lo lancé, mientras espectadores horrorizados me miraban con inhalaciones teatrales. Él saltó hacia atrás para evitar empaparse, pero el acto irreflexivo arruinó su polo blanco inmaculado y su ostentoso delantal.

—Menos mal que estaba jodidamente frío, ¿eh? — Riéndome secamente para mí mismo, sacudí la cabeza con desdén, pasé como una tromba junto a la larga cola de clientes atónitos y me alejé tambaleante del edificio.

Sus palabras insensibles, aunque incomparables a lo que estoy habituado, me golpearon directamente en el pecho. La amo, pensé, deambulando alrededor de la esquina de la calle, poniendo mi espalda contra una pared para un momento de respiro. La amo tanto, joder, y su reproche frío y despiadado me sacudió hasta la médula.

Equilibrando un cigarrillo entre mis labios, encendí una llama en el Clipper cromado, inhalando una calada reconfortante. Divisé a Grayson al otro lado de la calle, buscando frenéticamente, hasta quesus ojos se posan en mí, y trota hacia aquí con zancadas decididas.

Por el amor de Dios. —A menos que estés buscando una muerte prematura, — advertí, y él hizo una pausa, manteniendo una distancia segura entre nosotros, —yo tendría cuidado con lo que me dices.

Se pasó una mano por el pelo rubio y desaliñado. —Mi comportamiento poco profesional fue completamente inapropiado, — se disculpó en cierto modo, con los ojos fijos en el suelo. —Estoy disgustado, herido y molesto con la vida. Nadie merecía morir así. — Se cubrió la boca. Los ojos se le llenaron de rojo y cristalinos. —Nuestra Alexa no merecía morir en un edificio en llamas.

Miré hacia otro lado, y me concentré en el tráfico omnipresente y los viajeros excéntricos.

—Chloe sigue destrozada, — me dice, pensando que me importa una mierda la rubia exuberante. —Apenas sale de casa y ha perdido demasiado peso. Estoy muy preocupado por ella, pero tengo que ocuparme de The coffe house y no puedo permitirme tomarme más tiempo libre del trabajo. Necesito desesperadamente contratar nuevos empleados. — Gimió por lo bajo. —Es insensible, ¿verdad?

—Estoy seguro de que una muerte no debe haber incidido tanto en la rentabilidad. — El sarcasmo brotó de mi lengua. —Si necesitas nuevo personal, contrata y ya está.

—Bueno, los perdí a ambos
—pero eso es irrelevante, — añade rápidamente, levantando las dos manos. —Lo siento, sólo estoy tratando de disculparme. Tiendo a convertirme en un charlatán cuando estoy nervioso.

El humo giró alrededor de mi boca. Digerí su conversación unilateral, incliné la cabeza, mirándolo. —¿Qué has dicho?

Hundió las mejillas, balanceándose sobre los talones de sus zapatos de cuero. —Tiendo a ser un charlatán cuando estoy nervioso.

—No, dijiste que los perdiste a ambos. — Tiré el cigarrillo, metiendo las manos en mis bolsillos para evitar golpearlo. —¿Qué se supone que significa eso?

—Bueno, Jace... — Se detuvo, comprendiendo mi confusión. —¿Por qué no lo sabrías?

Vi rojo. Le agarré la garganta con un puño de hierro, empujando su espalda contra la pared. —¿Te estás burlando de mí? — Apliqué presión, los dedos pellizcando su cuello enrojecido. —Estás poniendo seriamente a prueba mi jodida paciencia, hijo de puta
—

—¿Qué mierda te pasa? — Con los ojos saltones, arañó mi muñeca, suplicándome con sus ojos que lo soltara. —¡Me estás haciendo daño!

—¿Por qué estaba Jace dentro del edificio donde ella vivía? — pregunté, pero él apenas logró encogerse de hombros, su complexión volviéndose rojo remolacha. —¡Respóndeme!

—Por favor, — jadeó, luchando por respirar. —Duele
—

Lo empujé a un lado, escuchando su inhalación ahogada.

Colocando dos manos en la pared, bajé la cabeza, calmando mi latido frenético, temiendo lo peor. —¿Se estaba acostando con él? — No, Alexa me amaba
sólo a mí. Nunca dejaría que otro hombre la tocara. —Hazme entender, Grayson.

—No creo, — me tranquilizó inútilmente, masajeando su garganta dolorida. —Quiero decir, lo dudo. A Jace le gustaban los hombres. Yo tenía más posibilidades de llevármelo a la cama.

—Su declarada homosexualidad es la mentira más grande del maldito siglo, — le espeté, y él no lo refutó. —Ambos sabemos que ese hijo de puta no estaba interesado en pollas.

—Imposible. — Utilizó su polo arrugado para secar el sudor de su frente. —Alexa te amaba.

Eso no explica por qué Jace murió en ese incendio. —No lo suficiente, aparentemente.

—No hagas eso, — dijo, y le lancé una mirada asesina. —Alexa estaba patéticamente enamorada de ti. Sinceramente, me daban ganas de vomitar el desayuno cada vez que te idolatraba. Sé que puede sonar difícil de creer, pero no prestaba atención a la proximidad masculina. — Con las manos en las caderas, se mordió el labio inferior. —No sé por qué Jace entró en su piso esa noche. Sin embargo, no tengo ninguna razón para sospechar o no creer que sólo pasaba tiempo con Alexa como amigo. Contrariamente a lo que piensas, Jace era un buen tipo.

No, algo no estaba bien. Lo sentía
—algo dentro de mí gritaba que hiciera más preguntas y desenterrara respuestas.

Alexa y yo expresamos nuestro amor e hicimos promesas tácitas.

Entonces, ¿por qué coño estaba en su piso, pasando la noche con él?

***

Evité el Club 11 hasta que supe que los hombres estaban fuera manejando negocios. Nate tenía algo importante que discutir conmigo, pero después de la revelación de hoy, necesitaba algo de tiempo a solas, una botella de whisky, cocaína y oscuridad.

Dando una calada a un porro a medio fumar, exhalo humo, escuchando la música alta del club, retumbando debajo de mí.

Clink. Clink. Clink

Golpeé el Desert Eagle contra el suelo de baldosas en el baño, tracé el gatillo con mi dedo índice e hice un sonido de estallido con la lengua. Parpadeé para aclarar la ceguera temporal, terminando la neblina eufórica y di un trago de la botella.

Estoy perdido, tan jodidamente perdido.

Estirando las piernas, con la espalda apoyada en la pared, silbo melodías, trazo ciegamente el grabado de mi pistola. Cerré los ojos, la busqué a ella, necesitando un momento, necesitando ver su hermoso rostro. —Alexa, — gemí, y dos suaves palmas tocaron mis mejillas. —Cariño.

—Está bien, Liam, — susurró, a horcajadas sobre mis muslos, besando el pliegue entre mis cejas fruncidas. —Necesitas dejar de beber.

—No puedo, — murmuré, lamiéndome el whisky de los labios secos. —Es la única vez que puedo verte.

—Te estás poniendo en peligro a ti mismo, al sindicato y a tus hombres. — Rodeándome el cuello con los brazos, rozó sus labios contra los míos, provocó la comisura de mi boca. —La gente está hablando
—

—A la mierda los rumores, — ladré, y su columna se enderezó. —Lo siento, cariño. — Envolví un brazo protector alrededor de su esbelta cintura. —No quise asustarte. Lo sabes, ¿verdad?

—Siempre me gritas, — respira, con la frente apoyada en mi hombro. —Odio cuando estás enfadado conmigo.

—Y yo odio que me temas, — admito, besando el punto debajo de su oreja. —Perdóname. Pierdo la racionalidad cuando se trata de ti. — Dejando la pistola, toco con las yemas de los dedos su muslo, su cintura, ganándome una risita ahogada. —¿Tienes cosquillas, Alexa?

—No, — miente, capturando mi mano errante, entrelazando nuestros dedos. —Ni se te ocurra, Liam.

—No puedo evitarlo. — Sonreí, deseando poder ver su hermoso rostro en medio de nuestra esfera negra. —Me encanta cuando te ríes. — Levantando su mano hasta mi boca, presioné un

beso suave y prolongado en su muñeca. —Tu felicidad me calma. — Parpadeé, y su forma arcana desapareció como una aparición, dejándome en un estado de abandono y dolor implacable. —Te echo de menos.

Con los ojos borrosos, bebí suficiente alcohol para adormecer mi cuerpo, lamiendo los ricos sabores de mis labios. Hice rodar una bala entre tres dedos, la agarré con el pulgar y el índice. Cargando la pistola, amartillándola, tragué otro valiente trago, coloqué el cañón en mi sien y cerré los ojos. Puedo hacerlo, pensé, el dedo trazando el gatillo. Un disparo y todo habrá terminado.

Ahuecando las mejillas, jadeando por aire, me hundí los dientes en el labio inferior, sintiendo la sangre chillando en mis oídos. —Joder. — Reposicionando la pistola, lo intenté de nuevo, me convencí de que acabaría con mi sufrimiento. —Ah, mierda. — Cobarde, respiré un sollozo gutural, sentí lágrimas calientes en mis mejillas. Dejé caer el brazo, solté mi agarre apretado alrededor de la empuñadura. —Joder.

Aletargado, llevo la botella a mis labios, sacudiendo dos gotas en mi lengua. Necesito más. Mirando la puerta, contemplé cuánto tiempo me llevaría aventurarme dentro de mi oficina. No, estoy demasiado cansado. Colocando el Jameson vacío en el suelo, golpeé la etiqueta con un dedo índice, y escuché el vidrio rodar por las baldosas
—se detuvo demasiado pronto. Fruncí el ceño, incliné la cabeza, esperando que el vidrio encontrara la pared o el zócalo.

La oficina se iluminó de repente. La alta figura de Brad llenó el marco de la puerta del baño, resplandeciente en su traje de tres piezas azul real y joyería de oro macizo adornada. Miré su zapato de cuero; tenía la botella capturada debajo. Exhalando un suspiro frustrado, recogió mis desechos descartados, se retiró dentro de la oficina y regresó momentos después con una botella sin abrir de Macallan.

Todavía está oscuro dentro del baño, pero la suave luz del interior de la oficina genera suficiente resplandor para distinguir sus rasgos retorcidos. Se deslizó por la pared frente a mí, desenroscó la botella, y arrojó la tapa por el suelo.

Espero su ataque vitriólico. En cambio, me miró con genuina compasión y me veneró con ojos ingenuos. —¿Quieres hacer los honores? — Extendiendo un brazo, me ofrece la botella. —Después de todo, es tu alijo.

Cautelosamente curvé mis dedos alrededor del cuello de la botella. —¿Cuál es la ocasión?

Se encogió de hombros sin comprometerse.

—Creo que Alexa se estaba acostando con Jace.

Brad me mira con una expresión estoica, enmascarando cualquier pregunta no expresada. —Ella sólo tenía ojos para ti, — dijo, fallando en tranquilizarme. —Y lo sabes.

—Visité The coffe house esta mañana, — explico, pellizcando la etiqueta del Macallan. —Grayson afirmó que Jace murió en ese incendio. Dime, Brad. ¿Por qué no fui informado de su muerte?

Frunciendo el ceño, desvió su mirada perpleja. —Su muerte no estaba en los informes policiales de Reginald, — enfatiza, rascándose la mandíbula. —Confía, lo habría visto —y te lo habría dicho al instante. ¿De dónde obtuvo Grayson esa información?

Inarticulado, parpadeé dos veces. —Nunca se me ocurrió preguntar.

Los ojos de Brad se abrieron como platos. —En serio, jefe. ¿Desde cuándo dejamos pasar los interrogatorios? Si ese dependiente desquiciado soltó declaraciones sin fundamento, deberías haberlas cuestionado.

No respondo.

—Necesitas volver a centrarte en el juego —

—Y necesitas cuidar la forma en que me hablas —, le advertí, dando un sorbo a la botella. —Estoy de luto, Brad. No he perdido los jodidos huevos. Abre la boca una vez más y me veré obligado a hacer algo al respecto —.

Se frotó la cara con una mano, ocultando que ponía los ojos en blanco. —Llamaré a Reginald —, asegura, ajustándose el reloj de pulsera. —Si Jace murió en ese incendio, entonces necesitamos saber por qué la metropolitana nos ocultó esa información —.

—¿Por qué estás aquí? —, pregunté groseramente. —Baja con los hombres. No necesito una jodida niñera —.

Hay silencio por un nanosegundo. —Jefe, ¿recuerdas lo que pasó la primera vez que nos conocimos?

Sí, recuerdo excepcionalmente bien la noche en que conocí a Brad Jones.

Inundado de nostalgia reflexiva, volví a aquella fría noche de invierno. Estaba celebrando un año exitoso desde la apertura del Club 11, buscando por las calles de Londres un banquete nocturno; una hamburguesa decente o un fish and chips, si mal no recuerdo. Rosie, una estudiante universitaria de veintidós años, había sido mi capricho del mes. Me gustaba, pensé, recordando su cabello pelirrojo salvaje e indómito y sus cautivadores ojos verdes. A menudo me esperaba a que terminara en la oficina, invitándome a su apartamento de dos habitaciones para mamadas alucinantes y follar hasta quedar sin sentido. La noche en cuestión, me acompañó a una tienda de fish and chips local, rechazó la comida pero optó por una cola de cereza mientras yo devoraba ansiosamente productos rebozados mientras se freían las patatas.

—¿Por qué no vamos a tu casa esta noche? —, preguntó Rosie, rodeándome la cintura con sus brazos y apoyando la cabeza en mi espalda. —Tres meses, Warren, y aún no he visto ese espectacular ático —.

Compartí una mirada divertida con el dueño de la tienda. —No —.

¿Realmente habían pasado tres meses? Mierda, tengo que dejar a esta antes de que se vuelva muy pegajosa.

Rosie gruñó, dejando caer los brazos y alejándose de mí. —En algún momento tendrás que dejarme visitarte —.

No tengo que hacer nada. —No —.

Apoyando la espalda en el mostrador, cruzó los brazos y estiró el cuello para mirarme. —Tienes salsa de tomate —, se tocó la comisura de la boca, —justo ahí —.

Me lamí los labios, mordiendo una fritura de patata.

Sonriendo con cariño, me rodeó la muñeca con la mano. —Por favor —. Sus labios fruncidos y sus ruegos pueriles sólo me irritaron. —¿Sólo una noche?

Ninguna cantidad de sexo vale las exigencias petulantes. —No —.

—No —, me imitó con sarcasmo. —Necesitas trabajar en tu vocabulario, Warren. Tus respuestas de una sola palabra y sin cerebro me preocupan —.

—Bajo ninguna circunstancia —, dije, inclinando la cabeza para quedar a la altura de sus ojos, —necesito a una pelirroja débil mental e imbécil con su atuendo vulgar y lencería de mal gusto desparramada sobre mis caras sábanas de seda, o arruinando mi traje de tres mil libras con sus uñas pintadas y descascaradas —. Le desenrollé la mano de mi manga. —¿Mi respuesta fue adecuada para ti, Rosie? ¿Necesito usar muchas palabras sesquipedales en mi terminología diaria para comparar y competir con una intelectual tan ingeniosa?

Su boca se abrió y se cerró. —¡Eres un imbécil engreído!

Dejé el cambio en la mano del dueño de la tienda, aceptando una bandeja de pescado y patatas recién fritas. —Nunca dije ser un santo —.

—No eres mejor que yo —, argumenta, siguiéndome afuera con esos malditos zapatos de tacón alto de follar. —Eres sólo un matón, Warren. Sin esas armas y tu ejército de matones —, agitó una mano desdeñosa detrás de nosotros, señalando a los hombres camuflados que patrullan regularmente mis alrededores, —no serías más que un vagabundo desempleado y de baja calaña —.

Hice una pausa con una patata cerca de mis labios. —Cuidado, Rosie. No me agradan los insultos —.

Ella vio el destello asesino en mis ojos. —Que alguien más te la chupe —, balbucea, mientras los tacones de sus zapatos rascan el suelo al correr por la calle. —Estoy harta de esto, Warren. Estás muerto para mí —.

Volviendo a mi comida, me atraganté con deleite famélico, contemplando entre una paja antes de dormir o seducir a otra conquista.

—Jodido canalla —, gritó alguien, y miré alrededor de las calles desiertas. —Si alguna vez te vuelvo a ver por aquí, te voy a dejar tieso —.

—Que te jodan a ti y a tu puta madre —, replicó otro hombre, y di la vuelta a la esquina para

ver a un borracho alto caer hacia atrás desde un pub, haciendo una peineta a dos corpulentos porteros. —Ustedes gordos hijos de puta, follándose el culo de sus madres, y probablemente también a sus hermanas —, añade, con las manos en las caderas, asintiendo vigorosamente. —Asqueroso —.

Sus incomprensibles balbuceos de borracho y su réplica sin sentido me divirtieron. Tiré mi comida a medio comer a la basura, encendí un cigarrillo y observé su intercambio argumentativo y truculento con genuino interés.

El borracho tonto tropieza por la calle, casi perdiendo el equilibrio. Mete las manos en los bolsillos de sus vaqueros, silbando melodías molestas mientras se aventura por la carretera.

Me subí la cremallera del abrigo hasta la barbilla, comprobé brevemente si venía tráfico, crucé la calle y serendípicamente seguí sus pasos. Nunca entiendo por qué tomo decisiones tan aleatorias, pero soy algo entrometido y curioso.

Veinte minutos después y el estúpido imbécil aún no se ha dado cuenta de que otra persona camina detrás de él. Está demasiado ocupado cantando a los cielos negros. —Go toora loora, toora loo-rye-aye —, canta, tambaleándose sobre sus pies. —*And we can sing just like our fathers. Come on, Eileen. Oh, I swear what he means—you mean everything."* —.

Vocalizó esa misma canción durante todo el rato.

¿Qué coño estoy haciendo?

—*"But I would walk five hundred miles. And I would walk five hundred more."* —.

Sacudo la cabeza desconcertado. Al menos conoce más de una melodía.

—Da da da —, grita en la cara de un vagabundo, inclinándose por la cintura para conversar.

Me detuve, consideré darme la vuelta e irme a casa.

Cerrando la boca, el idiota sigue adelante, cantando y bailando.

Diez dolorosos minutos después, dobla una esquina, entrando en un callejón sin salida de casas del consejo. Me quedé rezagado, observando furtivamente cómo daba un paso en falso, abría una puerta de jardín a la altura de la cintura. Se detiene cerca de la puerta principal, forcejeando con las llaves. Su procrastinación había despertado mi curiosidad. Parece que no tiene prisa por entrar en su poco atractivo hogar. Con lo que parecía una gran reluctancia, abrió la puerta y se arrastró adentro. Esperaba que cerrara, pero una vez más, el tonto ebrio vaciló, ladeando la cabeza, escuchando, al parecer. Desapareció, dejando la puerta completamente abierta.

¿En serio, Warren? ¿Qué coño estás haciendo, siguiendo a un borracho no identificable hasta su casa?

La atracción gravitacional, demasiado intensa, me instó a acercarme. Empujé cautelosamente a través de la puerta, miré fijamente las llaves de la casa tiradas en el pasillo, escudriñé entre las sombras. A la mierda, pensé, cerrando la puerta detrás de mí, inventariando mentalmente la espaciosa vivienda con muebles deteriorados. Excluyendo el sofá de cuero de dos plazas en la sala de estar, el televisor portátil pasado de moda equilibrado sobre una mesa de café de madera y las zapatillas muy usadas utilizadas como cobertura del suelo, sus frías condiciones de vida dejaron un nudo inquieto en mi estómago.

Dentro de la estrecha cocina, los platos sucios se amontonaban en el fregadero, y había cajas de comida para llevar y botellas de cerveza vacías en la encimera. Cogí un molinillo de metal de la bandeja, froté cogollos secos entre mis dedos, y aparté el porro a medio fumar.

—¿Por qué? —, gime desde arriba. —¿Cómo pudiste hacerme esto? —. Un fuerte golpe siguió a su pregunta gimoteante. —¡Te odio!

Arriba, las tablas del suelo crujieron, filtrando partículas de polvo. Me mantuve en posición mientras él deambulaba. Otro fuerte golpe retumbó por la casa, y una plancha cayó inesperadamente en el pasillo. Su carcasa de plástico rota era lo que menos me preocupaba. Me paré sobre ella, examinando la sangre fresca salpicada por la alfombra.

Mirando la escalera con intensa curiosidad, decidí darme la bienvenida a su conmoción pendenciera. Sólo llegué al cuarto escalón cuando vi su forma agachada en lo alto de las escaleras, con la cabeza enterrada en sus manos, y las rodillas levantadas hasta el pecho.

Se estremeció notablemente, sintiendo una presencia. A través de los dedos separados, me miró fijamente, lamiéndose las lágrimas de los labios. —Joder —. Dejando caer sus brazos a los lados, inclinó la barbilla, casi provocándome a hacer o decir algo. —El diablo literalmente entró por mi puerta trasera —.

No respondo.

—Salí de juerga esta noche —. Se rió, aunque no hay nada gracioso en la sangre que empapa su polo blanco. —Ella no esperaba que mi culo volviera a casa todavía —.

Entré en el dormitorio. En la cama que alguna vez fue blanca, un hombre irreconocible cuya cabeza se funde con las sábanas, gotea sin vida con carmesí coagulado. La mujer, su cuerpo, retorcido en el suelo, brutalmente golpeada en un acto bárbaro de despiadada crueldad. Es una imagen grotesca, pero sonreí, admirando su obra. —Brutal —. Me agaché junto a su cuerpo desnudo, levanté el cabello enmarañado de sangre de su rostro. Es difícil descifrar su imagen, ya que ha desfigurado salvajemente su cara con esa plancha, pero sus impresionantes ojos muertos me devuelven la mirada. Bonita, pensé, admirando sus brillantes tonos jade. —¿La amabas?

—Cinco años estuve con la puta —, graznó, sin mirarme. —La encontré en la cama, follándose a mi mejor amigo —. Se pellizcó el puente de la nariz. —Bien podría llamar a la policía y entregarme —. Se puso de pie de un salto, enfatizando su altura. —Entonces, ¿qué trae a Warren a mi humilde morada?

Me puse de pie, pateando encaje abandonado a un lado. —Seguí tu culo —.

—¿Por qué? —, entrecerró sus ojos acusadores. —¿Alguien puso precio a mi cabeza o algo así?

—No soy un jodido sicario —. Desprecio que la gente me llame asesino a sueldo. Quiero decir, claro, en el pasado, antes de establecerme, aceptaba dinero sucio para eliminar un problema. Por lo general, una mujer casada con un sugar daddy que está harta de esperar a que él la mate, o un marido despechado que está cansado de su esposa quejumbrosa y quiere establecerse con su joven amante. Ahora, sin embargo, no necesito que la gente compre mis servicios o llene mis bolsillos. No mato para nadie más que para mí mismo; no prospero para nadie más que para mí mismo. —No me insultes, joder —, le advertí, y él cuadró los hombros. —Tengo más dinero que sentido común —. Sus ojos esperanzados bajaron al suelo. —Además —. Recorrí con mis ojos críticos su dormitorio, —No creo que pudieras permitírtelo —.

—No iba a preguntar... — Se detuvo, frotándose la sangre seca de la cara.

Me quité los guantes de cuero del bolsillo. —¿Alguien te vio llegar a casa?

—No creo —.

—Ve y busca gasolina —.

—¿Gasolina? —, sus cejas se juntaron. —¿Para qué necesito gasolina?

—No tengo tiempo para esta mierda —, gruñí, pasando por encima de la mujer muerta. —Muévete —.

En su ausencia, miro alrededor, abro el armario de lona, encuentro una maleta medio empacada escondida en la parte de atrás. La descomprimí, vacié sus trapos alegres sobre el piso. Se iba a ir. Concluyo, abriendo una caja llena de fotos antiguas. Doy la vuelta a una, leo la fecha y los nombres escritos: Bradley, Brian y Tiffany. Estudio su yo más joven en la foto, noto la cercanía de Brian a Tiffany. Es una evidencia indiscutible. Su amigo traidor mira a la mujer como si fuera su razón para respirar.

—Encontré esto —, dijo sin aliento. —¿Qué estás haciendo?

Volví a colocar las fotos sin que él lo notara. —Entonces, ¿nunca sospechaste de su romance antes?

—No —. Colocó dos bidones de gasolina en el suelo. —No creo que fuera algo serio ni nada —. El arrepentimiento brilló en sus ojos. —Probablemente esta noche fue su primera vez. No hemos estado pasando un buen momento —, miró a su ex novia, con un nudo moviéndose en su garganta, —últimamente —.

Desenroscando los bidones, le pasé uno. —Empapa la habitación —.

No pareció repugnado por la orden. En realidad, Brad colaboró, ayudándome a empapar la habitación, los muebles, la ropa, las paredes y los cuerpos.

—No fue un error —, le aseguré, tirando el bidón vacío al suelo. —Han estado en ello durante años —.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Me puse un cigarrillo entre los labios, encendí una llama e inhalé una profunda calada. —Nunca me equivoco —.

Sofocó una risa burlona.

Dejando que el humo rodara por mi boca, exhalé un aliento calmante y tiré el cigarrillo sobre la cama. La gasolina se prendió, extendiéndose instantáneamente por el material empapado, con las llamas lamiendo el cuerpo de Brian, trepando por las paredes y el techo.

Me di la vuelta y me alejé, bajé las escaleras y me dirigí a la puerta trasera.

Inestable sobre sus pies, Brad me siguió, subiéndose la capucha, cubriendo su rostro de alguna manera. —¿A dónde vamos?

—Yo me voy a casa —, confirmé, deteniéndome para enfrentarlo de frente. —A saber qué te espera a ti —.

—¿Qué? —. Horrorizado, mira hacia atrás a la casa donde un humo negro y espeso se filtra por las ventanas abiertas. —Mi casa está a segundos de explotar —.

—Correcto —. Avancé. —Así que huir es probablemente una opción sensata —. Agachándome en una canaleta, corrí a través, entrando en la siguiente calle. —¿Por qué coño me estás siguiendo?

Me agarró del brazo, deteniéndome abruptamente. —¿Qué se supone que debo hacer? —. Discierne mi expresión furiosa y me suelta. —Vamos, Warren. Ayúdame —.

Brad Jones cayó directamente en mis manos. —¿Por qué te ayudaría? —. Lo quiero a bordo. No es frecuente que me tope con un asesino despiadado que muestra poco o ningún remordimiento, todo mientras lleva una sonrisa despreocupada. Es frío, impredeciblemente imprudente y claramente imperturbable.

—¿Qué se supone que debo hacer? —, preguntó, pasándose una mano por su despeinado cabello rubio. —No tengo a dónde ir, nadie a quien recurrir...

Su currículum vitae se vuelve más atractivo cada segundo. —¿Sientes algún remordimiento por lo que hiciste?

—No —, confiesa, cayendo cautelosamente en paso a mi lado. —Me siento traicionado. En

mi defensa, estoy medio borracho. Estoy seguro de que las acciones de esta noche pesarán mucho sobre mí por la mañana —.

No, se puso sobrio en el momento en que entró a su casa esta noche. —Puedes trabajar para mí —, accedí, y él me lanzó una mirada interrogante. —Después de que repasemos las reglas, por supuesto —.

Sonriendo alegremente, me ofreció un puño para chocar, que rechacé girando la cabeza. —Bradley Jones —, se presenta, frotándose las palmas. —Aunque no me gusta que la gente me llame Bradley. Prefiero Brad, o pecaminosamente jodidamente guapo será suficiente. No soy muy exigente —.

Está jodidamente loco. —Vamos —.

—Joder —. Me pasó un brazo por los hombros. —Siempre quise un puto hermano —.

—No te adelantes, Brad —. Le aparté el brazo de un manotazo, pasé junto a los vehículos de emergencia que pasaban a toda velocidad, marcando el detalle de seguridad al otro lado de la calle. —Sólo estoy ayudando a un perdedor, eso es todo —.

—Lo que sea —. Su brazo volvió a mi hombro, y esta vez no reprendí sus avances excesivamente amistosos. —Quería un hermano, y ahora tengo uno —.

—Dexys midnight runners —, raspé, sonriendo ante el recuerdo ridículo.

—Ah, la buena de Eileen —. Estalló en carcajadas, robándome la botella de Macallan. —Nunca me falló —. Conozco a mi mano derecha como la palma de mi mano, así que cuando bebe sediento valor de cerveza, con los ojos fijos en mí, reconozco que está preparándose para algo. —No me reconociste —.

Me mantuve compuesto. —¿De qué estás hablando?

Me miró con intensa pensatividad. —Me preguntaba si habías vuelto para terminar el trabajo —.

—Deja la evasión —, regañé, la inquietud brotando piel de gallina en mi piel. —Suéltalo —.

—Dos veces —, enunció, metiéndose mechones rubios detrás de las orejas. —Dos veces me salvaste de la autodestrucción. No tenías que ayudarme a encubrir esos asesinatos, Jefe —. Su nuez de Adán bailó en su garganta. —No tenías que mostrar clemencia la noche que volteaste el bar de Jerry —.

Su confesión me obligó a sentarme más erguido. —Eras tú —, susurré, rígidamente conmocionado. —¿Brad?

—La noche que entraste en mi casa —, continúa, con el músculo de su mandíbula pulsando, —pensé que tal vez habías vuelto para terminar el trabajo. Seamos realistas por un segundo. Fui testigo de todo lo que le hiciste a Jerry y a su establecimiento. Podría haberte delatado en un abrir y cerrar de ojos. Supongo que siempre pensé que rectificarías tu error. Sin embargo, no anticipé tus servicios o tu salvavidas.

—Esta verdad silenciosa me ha pesado durante muchos años —, admite, haciendo crujir sus nudillos. —No quería secretos entre nosotros, pero temía que vieras mis acciones anteriores como una traición. Y, aunque la muerte nos llega a todos eventualmente, me gusta trabajar a tu lado y no estoy del todo listo para renunciar a eso todavía.

—Me protegiste del suicidio o de la cadena perpetua. Me acogiste en tu rebaño, me diste la mejor vida y una razón para vivir; juré lealtad a ti y al sindicato; llevo tu cadena con orgullo; estoy en deuda contigo, y eso nunca cambiará; soy un participante activo de La Hermandad. Pero —, añade, asintiendo para sí mismo. —Te llamé mi hermano esa noche, y lo dije en serio. Así que responderé a tu pregunta original. No, no quiero estar abajo con los hombres o comiendo coño.

—Me necesitas ahora mismo —, respiró, sus ojos sosteniendo los míos. —Necesitas a tu hermano —.

Las palabras de Brad tocaron las fibras de mi corazón. Puede que no exprese sus preocupaciones, pero reconoce mi desesperación y duelo.

Las lágrimas amenazaban mis ojos. —Me está matando —, le digo, y él asiente. —Su muerte me está jodidamente matando, Brad —.

—Me he sentado y te he dado tiempo para llorar, beber hasta caer en un oscuro agujero de autodestrucción y follarte a una larga fila de mujeres, descuidadamente y sin acuerdos de confidencialidad, debo añadir, lo cual fue excepcionalmente agotador e irritante para Nate, pero ya es suficiente —. Se puso de pie, balanceándose sobre los talones de sus zapatos. —Deja que la

muerte de Alexa signifique algo. No te hundas y dejes que ese hijo de puta se salga con la suya con su asesinato. Clávalo en la cruz —.

Igualé su postura, escuchando cada una de sus palabras.

—Alexa se ha ido —, procede, y un dolor excruciante envolvió mi latido tronador. —Y sé que esto te duele. Joder, me duele por ti, pero sentarse aquí, borracho y alcoholizado no va a arreglar esto —. Me agarró de los hombros, con sus dedos pellizcando mi piel. —La ciudad del vicio pertenece a un sólo hombre y sólo a un hombre. Es hora de que Liam Warren pinte la ciudad de rojo —.

Con la Desert Eagle apretada en una mano, pasé el pulgar por el grabado Warren. La aceptación es donde lucho. —No quiero despedirme de ella —. Pasando junto a él, entré en la oficina, rodeé mi escritorio y me desplomé en la silla de cuero.

Brad permanece en la puerta, con el hombro apoyado en el marco.

Coloqué cuidadosamente la pistola sobre el escritorio, desenterré mi móvil y abrí la carpeta de mensajes.

Alexa: No puedo dormir.

Alexa: ¿Te apetece compañía?

Alexa: Compré lencería nueva...

Alexa: Si eres amable conmigo, la llevaré debajo de mi vestido esta noche.

Alexa: Te echo de menos.

Alexa: ¿Adivina cuánto helado me zampé esta mañana? ¡Estarías tan orgulloso!

Eliminar.

Eliminar.

Eliminar.

Eliminar.

Eliminar.

Eliminar.

Alexa: Te amo tanto.

Mi pulgar se cernió sobre la pantalla.

Eliminar.

Repetí el proceso, eliminé mensajes, mensajes de voz y su cuenta de redes sociales de mi página. Antes de salir de su perfil de Instagram, tomé una captura de pantalla de mi imagen favorita, aquella en la que está de pie en el balcón, contemplando el Támesis.

Brad desliza un vaso de cristal lleno de líquido ámbar hacia mí. —¿Realmente lo habrías hecho?

—Siempre tan perspicaz —, bromeé a medias, mirando la Desert Eagle. —¿Si eso significara verla de nuevo? —. Reclinándome en mi silla, puse los pies sobre el escritorio, bebiendo Macallan de un trago. —Sí —.

15. CAPÍTULO QUINCE

Alexa

Me revolqué en la cama más cómoda del mundo, acurrucándome contra almohadas de plumas de pato y sábanas blancas. —Increíble —, murmuré, pateando y agitando mis piernas recién afeitadas, sumergiéndome en seda con aroma a lavanda y bolas de comodidad. —Viviré aquí para siempre —.

A través de las persianas entreabiertas, suaves rayos matutinos se filtraban en el dormitorio en forma de caja, algo tan normal pero sin precedentes para alguien que pasó Dios sabe cuánto tiempo en cautiverio.

Bostezando, me siento más erguida, dejando que el edredón caiga hasta mi cintura y estiro los brazos en alto.

—Lindas tetas —, dijo una voz áspera, y chillé, enterrándome bajo las mantas en un frenesí de pánico. —Cálmate, chica. Sólo te estaba tomando el pelo —.

Es Tommy, creo, cerrando los ojos. Apenas estoy desnuda. En realidad, la sudadera enorme de Jace envuelve mi cuerpo, así que su lascivia y el comentario son absurdamente cómicos. —Ojalá tuviera un buen par —.

Su risa gutural me arrancó una sonrisa. —Cualquier cosa más de un puñado es demasiado —, se salva inútilmente. —Bueno, para mí, más bien. Soy un tipo que admira los pezones —.

Aparté las sábanas de mi cara. —¿En serio estamos hablando de pezones?

El troglodita con el pecho desnudo mira abiertamente mi pecho cubierto de algodón. —Hay una mujer medio desnuda en mi cama —, dijo, y espié la habitación y su estado impecable. —Seguramente no puedes culparme por intentar probar suerte —.

Supongo que tenía razón. Después de todo, estoy acurrucada en su increíble cama y espacio

tranquilizador. —No sabía que esta era tu habitación —. Rodando fuera de la cama, aparté el pelo rebelde de mi cara, con mis pies hundiéndose en la mullida alfombra color crema. —Pensé que Jace había reclamado tu habitación... — Cállate, Alexa. Tommy piensa que Jace es mi novio. Asumiría que compartí la cama del hombre.

Tommy entrecerró los ojos, ajustándose los pantalones de chándal grises caídos. —¿Había una pregunta?

—¿Dónde está Jace? —, pregunté, tirando de las mangas de mi sudadera.

—Está en la cocina, preparándole el desayuno a su mujer —. Se pasó junto a mí, abrió un armario montado en la pared, buscando una camiseta limpia. —Sus palabras —.

Me cuesta creer que Jace se refiriera a mí como —su mujer —, y dudo mucho que el hombre me esté preparando el desayuno. Me viene a la mente una papilla pegajosa. —Volveré y cambiaré las sábanas
—

—No hay problema —, asegura Tommy, dándome la espalda. —Me gusta bastante tu olor —.

—Mi olor —, repetí, oliendo disimuladamente el cuello de la sudadera; es su gel con aroma a coco de la ducha de anoche. —Huelo como tú —.

Me guiñó un ojo, con los músculos de sus brazos flexionándose mientras se ponía una camiseta. —A Jace no le va a gustar eso, chica —.

Debajo de su camiseta, se rascó el pecho, exponiendo su tableta de abdominales. Vacilé mi mirada de su abdomen musculoso a sus labios, los labios que actualmente se está mordiendo entre los dientes apretados.

Rascándome la parte posterior del cuello, parpadeé bajo las cejas fruncidas.

Con los ojos fijos en los míos, soltó su labio inferior y lentamente pasó su lengua por él.

¿Qué mierda está pasando?

Tommy se acercó, con su figura dominante alzándose sobre mí. —¿Te gusta lo que ves, chica?

¿Está coqueteando conmigo? Dios, soy insensata, ignorante a los avances masculinos. —No —.

Sus cejas saltaron. —¿No?

—Quiero decir —, tartamudeé, retorciendo mis dedos. —Bueno, eres un chico guapo, pero estoy con tu...Jace

—Primo —, llena los huecos, sofocando deliberadamente mi espacio para respirar.

¿Cómo pueden ser primos si no están relacionados? —Sólo tengo ojos para Jace —, dije con convicción, levantando la barbilla desafiante. —Así que ya puedes dejar de poner a prueba mi lealtad —.

Muy lentamente, Tommy esbozó una sonrisa lobuna, haciendo chocar su piercing de titanio en la lengua contra sus dientes superiores. —Bien, chica. — Y con esas palabras de despedida, el incorregible humano salió del dormitorio, cerrando la puerta de un portazo.

—¿Qué coño? — Masajeándome las sienes, me quedé un momento para reordenar mis pensamientos dispersos, luego abrí la puerta y me escabullí directamente al baño.

A través de las finas paredes, oigo a Jace riendo y recordando viejos tiempos con su primo-que-no-es-su-pariente y acordando otra barbacoa para esta noche.

Alivio mi vejiga, me lavo las manos en el lavabo y abro un cepillo de dientes sellado que mi falso novio dejó para mí. Con los dientes relucientes de frescor mentolado, me uní a los hombres en el espacio de planta abierta, deteniéndome para inspeccionar las habilidades culinarias de Jace en la cocina.

—Hola, — dijo con voz ronca, dejando caer un beso en mi hombro. —Espero que tengas hambre.

El calor subió a mis mejillas. —Se te está quemando el bacon.

—Tonterías. — Dio la vuelta a las tiras de bacon con una espátula mientras simultáneamente me pasaba un café. —Bien dulce. Sé cuánto te gusta el azúcar.

Sentí la curiosidad de Tommy irradiando a través de la espaciosa habitación. —Gracias, Jace, — susurré, apoyando mi espalda en la encimera, saboreando la delicia recién hecha.

—¿Cuál es tu veneno, chica? — preguntó Tommy, calzándose unas botas de trabajo pesadas. —Supongo que querrás algo más que cerveza esta noche.

—Vodka, — confirmó Jace, untando mantequilla en dos rebanadas de pan blanco. —Ruso.

Sonreí con afecto, pellizcando su mejilla con barba incipiente. —Me conoces tan bien.

Jace arqueó una ceja cicatrizada. De repente me sentí culpable por haberle arrancado el piercing. —Somos parecidos, — dijo, y bajé la mirada hacia el dulce café. —Bastante compatibles, en realidad. — Me pasó un plato que ofrecía el bocadillo de bacon más alucinante, o quizás era que mi reciente falta de comida magnifica los alimentos básicos. —El ketchup está en el armario.

—Así que vodka ruso, — dijo Tommy, sacando las llaves de su coche, jugueteando con el llavero del emblema irlandés. —Y carne para la parrilla. Cogeré unos chuletones también.

Eché ketchup en mi bocadillo. —¿Qué hay de las brochetas?

Tommy consideró mi sugerencia. —¿De cordero o de pollo?

Me encogí de hombros. —¿Ambas?

Tommy asintió con la barbilla. Abrió la puerta principal y se fue sin decir otra palabra, dejándome a solas con Jace. Le di un mordisco a mi comida, saboreando los intensos sabores en mi lengua. —Oh, Dios, — gemí, poniendo los ojos en blanco teatralmente. —Esto está tan bueno.

Jace apagó la cocina. —Me alegro de que te guste. — Levantó la mano y me estremecí, ¿anticipando qué? ¿Un revés? ¿Una cruel burla? —Mierda, Alexa. No voy a hacerte daño. — De la comisura de mi boca, me limpió la salsa de los labios con el pulgar. —¿Quieres hablar de ello?

¿De qué? ¿Del hecho de que me secuestró cruelmente y me encerró todo este tiempo? Quizás deberíamos abordar que prácticamente me mató de hambre y omitió las pausas para ir al baño. Abrí la boca para responder, pero su complexión macilenta y enfermiza y su mirada llena de culpa me impidieron hacerlo. Jace es padre. Tiene una hija que tiene esos cautivadores ojos verdes.

—No, — cedí, dejando mi comida a medio comer en la encimera. —No, no necesito más detalles, Jace. Entiendo tus razones. — He tratado con Flamur Bajramovic. Sé cómo opera. Es un ser humano asquerosamente vil con barbarie innata, crueldad a sangre fría y tendencias manipuladoras. Jace y Summer no tenían ninguna posibilidad contra el albanés y sus devotos aliados. —¿Cuándo volvemos a Londres?

—Posiblemente mañana, — me asegura, sacudiéndose las manos con un paño de cocina a cuadros. —Estoy esperando a que Tommy entregue la mercancía.

Oh, eso sonaba intrigante. —¿Qué mercancía?

—Un vehículo nuevo. — Baja el volumen de la tele antes de hundirse en el asiento de cuero crema circundante. —Identificaciones falsas.

Mi frente se arrugó. Me senté en el banco a su lado, sosteniendo una taza caliente de café. —Vivir de incógnito, — medité, dando un sorbo a mi bebida. —Es un poco extremo.

—Los alias son necesarios, — enfatizó, revisando un mensaje en su móvil. —Mañana elaboraremos un plan doble y organizativo.

Me preparé mentalmente para cualquier contingencia, pero recé por un desenlace aventurero. —Claro, Jace. — Me mordí el labio inferior. —Entonces, ¿barbacoa con tus primos no relacionados?

Me dedicó una sonrisa torcida y baja. —Será divertido.

***

Conocí a una miríada de parientes y amigos de Tommy. Su madre sólo hizo acto de presencia para ofrecer ensaladeras antes de excusarse y meterse en una caravana para el resto de la noche. Parecía agradable, amistosa, pero no se detuvo para charlar. Su novia, Sheila, una

hermosa morena con un pelo brillante hasta la cintura y aros de plata colgando de las orejas que ahora oscilan de mis lóbulos, tiene que ser mi persona favorita hasta la fecha. Al llegar, me arrastró a su casa, descartó la sudadera de Jace de mi cuerpo y me glamourizó para las festividades de esta noche. Lo que significa shorts vaqueros que dejan ver un poco demasiado trasero, y el sujetador de encaje blanco que deja poco a la imaginación, pero estoy incontrolablemente borracha. No me importan las zapatillas blancas ni la piel expuesta.

—Toma. — Sheila me pasa un vaso de chupito transparente. —Bébetelo de un trago.

Me lo llevo a la boca, tragando el veneno ardiente. —Hostia puta. — Temblando de pies a cabeza, me lamí el sambuca de los labios y busqué a Jace, encaramado en una grúa de acero junto a Tommy. Debe sentir que lo observo a través de las llamas danzantes que se elevan desde la hoguera. Su mirada se posó en mi rostro, y una sonrisa tranquilizadora se extendió por su cara. —Estoy bien, — articulé con los labios, y él asiente, apaciguado, volviendo a su conversación con los familiares no relacionados.

—¿Cuánto tiempo llevas saliendo con nuestro Jace? — preguntó Sheila, rellenándome el vaso de plástico con vodka.

—Es reciente, — mentí, desviando la mirada hacia el cielo oscuro, contando las estrellas que parpadeaban intermitentemente.

—Está loco por ti, — afirma, y automáticamente volví a mirar a mi ex captor. —No te ha quitado los ojos de encima en toda la noche.

Sheila tiene razón. Aunque Jace finge relacionarse con los demás, está constantemente alerta, buscando mi mirada entre el fuego rugiente.

Le dediqué una sonrisa plana, fijando la lengua en mi mejilla interior.

—Lo siento por entrometerme, — arrulla, presionando una mano sobre mi rodilla. —Es que es agradable verlo feliz. Jace ha estado en un lugar oscuro desde que perdió a Lucy.

Lucy, pensé, recordando una ocasión en la que Jace había mencionado su nombre. Supongo que tenemos mucho de qué hablar. Ahora mismo, sin embargo, preferiría disfrutar de una velada sin conversaciones problemáticas ni temas deprimentes. Es egoísta, sin embargo. Trago el vodka, saciando una sed insoportable y la curiosidad. —Esas hamburguesas estaban divinas.

—Apenas tocaste tu hamburguesa. — Señaló el pan de hamburguesa desmontado que dejé sobre el barril de cerveza, con el plato de papel precariamente equilibrado con salsa goteando. —No comes mucho, ¿eh?

Fruncí el ceño, removiendo el vodka en el fondo del vaso. —Desayuné mucho. — No, creo que los métodos de inanición de Jace encogieron mi estómago. —Aunque me llevaré las sobras a la cama.

Tommy se desplomó junto a Sheila, pasándole un brazo por los hombros. Entre sus dedos letárgicos cuelga una botella de cerveza. —¿Las señoritas lo están pasando bien?

Frunciendo los labios para un beso, ella puso una mano en su mandíbula, trazando el detallado tatuaje con sus uñas. —Te quiero.

Él estaba todo sonrisas, devolviendo sus afectos con un beso firme. —Igualmente.

Uno de los primos cambió la música, optando por ruidosas melodías con bajos definidos. Sentados en semicírculo, los hombres charlan entre ellos, y algunas mujeres discuten sobre una boda próxima. No soy partícipe de ninguna de estas conversaciones, ni de la animada sesión de besuqueo, cortesía de Tommy y Sheila.

Observo a Jace reír con una amiga. Digo —amiga — porque no hay forma de que esas sonrisas lascivas ejemplifiquen parentesco. Bien hecho, Jace. Tommy especuló sobre nuestra falsa relación antes de la reunión de esta noche. Apuesto a que, después de ver a su —primo — coqueteando con otra mujer, leerá nuestro estatus de relación falsa y gritará mentira.

Suspirando desanimadamente en mi vaso, terminé el resto de mi bebida y me levanté, dejando a la feliz pareja riéndose a mi derecha. Serpenteando entre remolques de colores variopintos, me dirijo a la caravana de Tommy para coger otra botella de vodka. Quizás me quede dentro. La comunidad gitana es maravillosamente afable, agradablemente acogedora y expresivamente cordial, pero me sentía desanimada y terriblemente nostálgica. Echo de menos a mis amigos, Chloe y Gray. Y también echo de menos a los hombres de traje, Brad, Josh y Nate.

Echo de menos a Liam. Anhelo ver su rostro de nuevo, acurrucarme en su regazo y disfrutar de sus brazos protectores. Nuestra separación me está matando literalmente, sofocándome y desmoralizándome. Dios, no puedo esperar a volver a Londres. Sólo espero que mi resurrección no le dé un ataque al corazón al pobre desgraciado.

Con los ojos llorosos y lacrimosos, sorbí por la nariz, abriendo la puerta del remolque, atrincherándome dentro. Lavando el vaso en el fregadero, lo coloqué en el escurridor, agarré una botella de vodka sin abrir y me tambaleé hacia el dormitorio de Tommy.

Me desvestí y doblé la ropa de Sheila en una pila ordenada sobre el tocador de cristal alto. Levantando el edredón, busco la ropa de Jace, sin éxito. —Me cago en la puta. — Botella de vodka en mano, me arrastro al pasillo de planta abierta y me meto en la habitación de Jace, cerrando la puerta tras de mí.

Su habitación es sorprendentemente más grande, espaciosa, con una ventana doble y muebles modernos, y una colcha negra cubrie la cama doble. Bebo de la botella mientras rebusco sin entusiasmo en una bolsa de gimnasio.

Mi mano se posa sobre un objeto familiar y frío como el acero. Una pistola, pensé, levantando la semiautomática, sopesándola en mi mano. Sacudo los pensamientos tontos y cualquier idea de huir en la noche, la vuelvo a meter en un jersey arrugado y selecciono una sudadera gris. Antes de ponérmela por la cabeza, miro el viejo móvil de prepago, la cartera de cuero y el cambio suelto en la mesita de noche. Comprobé dos veces que no hubiera nadie en la puerta, estacioné mi trasero en la cama y recogí la cartera. Dentro de los compartimentos, había billetes metidos, artículos de joyería al azar, tarjetas de débito y crédito, yuna foto. Acerqué la vieja imagen, examinando una versión más joven de Jace. En su regazo, una hermosa rubia con los brazos envueltos alrededor de su cuello. Lucy, me pregunté, admirando su sonrisa contagiosa y sus profundos ojos marrones.

Sentí una ola de desesperación y tristeza abrumadora. Jace la amaba. Realmente idolatraba a esta chica. Su genuina felicidad y expresión enamorada, hechizante, fascinante, tenía un tipo de contento que aún tengo que presenciar en Jace.

Todavía borrosa por las lágrimas, volví a meter la imagen en el compartimento, encontrando otra. Jace casi domina la foto, pero es la niña pequeña sobre su hombro la que me roba el oxígeno de los pulmones. La barbilla de Summer descansa sobre su cabeza, con los brazos cerrados alrededor de su cuello. —Lo siento, — susurré, manifestando sentimientos de remordimiento, arrepentimiento profundo, miseria y culpabilidad. —Lo siento mucho. — Sus ojos verdes brillaban bajo el sol. Su sonrisa genuina calentó mi pecho.

Debo salvarla. Soy enteramente culpable de su secuestro, y nunca me perdonaré si algo malo le sucede.

—¿Qué coño estás haciendo? — ladró Jace, y físicamente di un salto del susto. Sus ojos se demoraron en la imagen en mi mano, y noté que su expresión confusa se transformaba en

creciente destello y furiosa ira.

—Lo siento, — balbuceé, poniéndome de pie apresuradamente. —No estaba husmeando —

—No tenías derecho. — Arrancando la foto de mi mano, me empujó, devolviendo frenéticamente a su familia al fondo de su cartera. —Ningún puto derecho a hurgar en mis cosas, Alexa. Tú... — Silenció una inminente reprimenda, cuando sus ojos recorrieron la longitud de mi cuerpo. —No estás vestida.

Luché contra el impulso de poner los ojos en blanco. Jace, desafortunadamente, tenía asientos de primera fila para mis áreas privadas. Verme en encaje difícilmente es un desafío o algo moralmente conflictivo para el hombre, no después de catalogar todo lo que tengo para ofrecer. —Estaba buscando una sudadera.

—Te di ropa, — me recordó, frotándose la mano sobre sus cansadas facciones. —No tenías razón para venir aquí.

Asiento, comprendiendo. —Me gusta usar... — las camisetas de Liam. —Me gusta usar tu ropa para dormir. Es reconfortante. — Castigada, pasé corriendo junto a él con las piernas temblorosas, deseando que el suelo creara un vórtice y me tragara entera.

Dentro de la seguridad de la habitación de Tommy, caminé de un lado a otro por el estrecho espacio del suelo, regañándome por entrometerme. —No, — murmuré entre dientes, revolviendo mi melena salvaje. —Cómo se atreve a gritarme. He sido nada más que amable con ese hombre, considerando las circunstancias. No he sido, — abrí la puerta y marché de vuelta a su habitación, —nada más que una persona agradable. — Abro de golpe su puerta y me invito groseramente a su espacio privado. —¿Cómo te atreves?

Sin camisa y relajándose en la cama, Jace se incorporó lentamente, levantando las dos manos, mostrándome que no está listo para saltar. —Alexa —

—No, — interrumpo, señalándolo con un dedo decidido. —Me secuestraste. Literalmente me recogiste, me arrojaste en el maletero de un coche, condujiste mi trasero comatoso en un ferry y me encerraste en un sótano sórdido. En la Isla de Man, me inclino a recordarte. Me mataste de hambre. Me dejaste pudrirme y oler y dormir en mi vómito. Me humillaste, degradaste, insultaste y me arrastraste de vuelta a un recuerdo atroz —

—Alexa
—

—Deja de interrumpirme, — le espeté, encontrando el cojín más cercano y lanzándoselo a la cabeza. —Me trataste como a un animal, pero me quedé. Me quedé porque prometí ayudarte a encontrar a tu niña, — lloré, hipando en mi palma. —Así que miré tus fotos. Eso no me convierte en una mala persona. Me hace humana, Jace. A diferencia de algunas personas que conozco, tengo un maldito corazón, y late por ti. Late por tu bebé
—

—Alexa, — me reprende, agarrando mis muñecas con una mano, arrastrándome más cerca. —Lo siento, ¿vale? No quise gritarte, pero no esperaba entrar y verte revisando mis pertenencias.

Un nudo firme se alojó en mi garganta. Aplané mis labios temblorosos, negándome a derramar más lágrimas. —Para que esto funcione, — susurré, con mi pecho elevándose a un ritmo inestable, —necesitamos estar en el mismo equipo, Jace. No soy tu enemiga. Quieres a alguien tan leal como yo luchando en tu esquina. — No Flamur, hice una mueca. —Nunca volveré a meter la nariz donde no me corresponde.

—No hagas eso, — gimió, su agarre inflexible inmovilizándome. —Ya me disculpé Alexa.

Resoplando para apartar el pelo de mi cara, agité los dedos, recordándole mi situación restringida. Me soltó y se desplomó sobre la cama, alborotando su cabello castaño y rebelde. —¿Puedo compartir la tuya? — pregunté, señalando la botella de vodka en el suelo. —Dejé la mía en el dormitorio.

Asiente, pasándomela.

Me senté junto a él, y bebí vodka como si fuera agua. —¿Qué es eso?

Jace siguió mi línea de visión, recogiendo el estuche de cuero de la mesita de noche. —La máquina de tatuar. — Desabrocha su equipo, tintas nocturnas, guantes estériles y otros artículos de los que no tenía concepto. —Uno de los chicos me pidió que le hiciera los nudillos antes.

—¿Lo hiciste?

—No, se acobardó. — Antes de que pudiera cerrar la cremallera de la bolsa, puse una mano sobre la suya. Estudió mis dedos, los músculos de los hombros tensándose. —¿Qué estás

haciendo?

—¿Harás algo por mí?

La intensa mirada de Jace me penetró. —Depende, — dijo bruscamente, echándose desinfectante de manos en las palmas, preparándose. —No me van las cosas pequeñas y delicadas, Alexa. Si quieres una pieza, dame algo que merezca mi tiempo.

Bebí otro trago, le di la espalda y desabroché mi sujetador. Lo oí inhalar profundamente, poniéndose un par de guantes estériles. —Alas.

Recogió mi pelo en un moño desordenado, atándolo en lo alto de mi cabeza con tierna consideración. —¿Alas? — dijo con voz ronca, mientras su cálido aliento me hacía cosquillas en la nuca. Enrolló mechones rebeldes detrás de mis orejas. —¿Estamos hablando de un contorno decorando tus omóplatos? — Trazó sus dedos por mi columna, deteniéndose en la parte baja de mi espalda. —¿O estamos hablando de un diseño intrincado, sombreado y con plumas, — sus dedos susurraron contra mi piel, provocando escalofríos por todo mi cuerpo, —dominando toda tu espalda?

—Dominando, — respiré, sonriendo secretamente para mí misma. —Dame alas, Jace.

16. CAPÍTULO DIECISÉIS

Liam

Vestido a la medida en un traje azul real de dos piezas, me encuentro junto a viajeros fatigados en el metro de Londres como una pieza de repuesto, con el pecho hinchado por una agitación de disturbios emocionales.

No es ningún secreto que la muerte de Alexa me afectó de más de una manera. Tampoco me avergüenza admitirlo. Dicho esto, aunque nunca lo superaré ni seguiré adelante con otra, debo encontrar una resolución y aprender a vivir con este insufrible dolor en mi pecho.

Anoche, después de la determinada conferencia de Brad, me quedé en la oficina hasta el amanecer, debatiéndome entre la obliteración intoxicada o un viaje por el carril de los recuerdos. Una vez duchado y sobredosificado con una cantidad preocupante de cafeína, elegí lo último.

Subí al tren, apretujado entre chismosos estridentes y consumidores animados. A mi derecha, un evidente transexual luciendo un traje de falda rosa pálido de diseñador y una peluca sintética negra lisa me evalúa descaradamente.

Desvié mi atención hacia la mujer rubia baja parada directamente frente a mí. Sí, es llamativa, con rostro en forma de corazón y ojos azules almendrados. No estoy muy seguro de esos zapatos beige de punta, sin embargo. Me encanta una mujer sofisticadamente hermosa caminando y balanceando sus caderas, elevada sobre tacones de seis pulgadas. Para mí, el andar confiado de una mujer es absolutamente cautivador, presentablemente atractivo y audazmente sexy.

Sintiendo un admirador descarado, levanta la cabeza y me sonríe tímidamente.

Su afecto no es correspondido. Claro, puedo apreciar a una mujer fina cuando la veo. Esos dientes perfectamente blancos, sonrisa cautivadora y ojos deslumbrantes son características innegablemente encomiables.

Sin embargo, no siento absolutamente nada. Incluso cuando trato de ver más allá de todas las

razones por las que necesito seguir adelante, algo grita dentro del valle más oscuro de mi cabeza que me detenga, me relaje, tome un respiro y me concentre en el sindicato.

Me cuesta perderme en los brazos de otra mujer. Pone a prueba la funcionalidad de mi polla, y acoger su sensualidad lúbrica resulta complicado. Comparo cada caricia, gemido susurrado y deseos codiciosamente hábiles con Alexa.

A este ritmo, las únicas citas satisfactorias a las que asistiré serán con mi mano derecha. Joder, no soy de los que se masturban o se dan placer. Desde que vivo a la altura del título —Warren —, las mujeres se han arrojado obedientemente a mis pies. Si anhelaba una liberación, seducir a una conquista ansiosa se convirtió en una forma de vida estandarizada. Y ese estilo de vida desvergonzado funcionó para mí. El sexo sin compromiso era sencillo, físicamente poco exigente y consumidoramente gratificante. Ahora, sin embargo, una liberación rápida antes del trabajo podría ser una opción más segura, o hasta que aclare mi mente.

No debería haber mirado a la rubia. Su mirada inquebrantable no se ha desviado desde que tontamente la escruté. Levanto mi móvil, pretendo leer mensajes de texto cuando el nombre de Kellie parpadea en mi pantalla. Otro obstáculo problemático en mi vida. Aunque soy enteramente culpable. La vi la noche que salió de fiesta con amigos en el Club 11 y la persuadí para que se uniera a mí en la oficina. Nuestra primera vez juntos es un borrón. Esnifé y consumí demasiada intoxicación para recordar si terminé el acto o incluso retorné la carnalidad cumbre. En adelante, se convirtió en mi mujer de cabecera. Sin citas románticas. Sin promesas tranquilizadoras. Sin besos apasionados. Sólo folladas sin adulterar y alguien sorprendentemente agradable para llenar el vacío en mi vida.

Kellie es una mujer agradable, decente a la vista, pero expresé y enfaticé que nuestros encuentros sexuales clandestinos de última hora no ascenderían a nada. Y esta declaración resuelta le convenía a Kellie hasta esta mañana cuando me preguntó si la acompañaría a una fiesta familiar.

—Warren, — contesté secamente, con el móvil pegado a la oreja.

—No respondiste a mis mensajes, — ronroneó Kellie, en un intento fútil de coqueteo. —Estaba preocupada por ti.

—Soy un hombre ocupado. — Miré al tipo por encima de mi hombro, rechazando su mirada evaluadora con una mirada arrogante. —Además, ya te dije que las citas no están sobre la mesa.

Resopló exasperada. —¿Ni siquiera por una noche?

—No. — Ocuparse uno mismo es inútil. No puedo sostener la intensidad de la mirada favorablemente aprobadora de ese hombre. Como si focalizar en el fantasma de mi novia muerta no fuera ya vigorosamente enervante. Añade atención masculina no deseada a mi desastre de indecisión desenfrenada. —¿Puedo ayudarte en algo, joder?

Se erizó, dando una palmada a su bolso Michael Kors contra su pecho. —Grosero.

Te voy a dar algo grosero en un minuto.

—Warren, — me advirtió, pero yo todavía estaba furioso por el tipo mirando fijamente mi entrepierna. —¿Es esa forma de hablarme?

No me molesto en corregirla. —Escucha, voy de camino a una reunión en cinco minutos, — mentí, aliviado de ver que mi parada es la siguiente. —No te voy a acompañar a festividades familiares. Fin de la historia. Si quieres verme más tarde, ya sabes dónde estoy. — Terminé la llamada, metí el móvil en mi bolsillo y me encaré al hombre furioso. —Si alguna vez te pillo obsesionándote con mi polla otra vez, — amenacé, arqueando una ceja sardónica, —te estarás atragantando con la tuya.

La mujer rubia de antes se atragantó con un jadeo de sorpresa. Me ajusté la entrepierna, pasé empujando al transexual tambaleante y di la bienvenida al sofocante metro.

***

Apoyé la espalda contra la pared de ladrillos, dando cuenta de una bandeja de fish and chips. No he comido una de estas preciosidades en muchos años. Hoy en día, la existencia epitomiza la extravagancia sin rival, el exceso superfluo y la finura de la nouvelle cuisine. Incluso las comidas para llevar selladas emanan de cocinas gourmet.

Masticando pescado rebozado, observé a ruidosos muchachos empujándose juguetonamente mientras se dispersan por el callejón. Bajo el letrero esporádico rojo del negocio, la puerta de salida de emergencia se balancea casi invitadoramente.

Limpiándome los labios con una servilleta de seda, desechando las sobras en el contenedor de acero comunal, me dirijo directamente hacia la entrada y cierro la puerta tras de mí.

Poniendo las dos palmas sobre las barandillas de madera, puse un pie en el escalón inferior y

me puse inquieto. Escuchando música nostálgica y quejas gruñonas, me encontré en un embrollo.

¿Qué coño estaba haciendo aquí?

Dejé este lugar, me fui y nunca miré atrás.

¿Qué bien le hace a la cordura de uno recorrer el carril de los recuerdos?

Revisé mi decisión y, lenta pero seguramente, la anticipación inquebrantable me venció. Subiendo los escalones de dos en dos, anticipando el crujido de la tabla del suelo desnivelada bajo mi peso, entré en el gimnasio de boxeo.

Con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, di un paso sobre una alfombra azul y me detuve, inspeccionando los muebles anticuados y el equipo desgastado por el tiempo. Huele igual: cuero deshilachado, sudor impregnado y productos químicos domésticos, todo envuelto con colonias persistentes.

—Estamos cerrados, — gritó Rex detrás de mí. —¿Tienes problemas para leer carteles, idiota?

Una sombra de sonrisa curvó mis labios. Manteniendo la diversión, me volví para enfrentarlo. —Difícilmente soy analfabeto, Rex.

Apoyándose en su bastón, Rex parpadeó rápidamente. Al reconocerme, su mandíbula se aflojó por la pura sorpresa. —¡Santo cielo! — exclamó, frotándose los ojos como si intentara disipar una presencia imaginaria. —El jodido Liam Warren. ¿Qué mierda haces de vuelta en el East End?

Me encogí de hombros.

Evidentemente sin palabras, se quedó mirando por un breve momento. —Aye —, susurró, ajustándose el sombrero fedora negro, revolviendo mechones grises para cubrir su línea de pelo retrocedente. —Pareces más grande en la tele. Bastante decepcionante, en persona, debo decir —. Cojeando hacia los bancos, apoyó el bastón en la pared y se desplomó en una posición sentada. —Lo siento, muchacho. Estoy en shock —. Tosiendo en su puño apretado, se pellizcó los ojos llenos de lágrimas, suspirando profundamente para sí mismo. —Dame un momento —.

Mis nervios estaban desatados. Di pasos cautelosos en su dirección y me uní a él en el banco. Con el muslo presionado contra su pierna, y los codos sobre las rodillas, junté mis manos, entrelazando mis dedos. —He estado un poco perdido últimamente —, admití, girando mi anillo de oro del pulgar. —Por alguna razón, la confusión sin rumbo me trajo aquí —.

Con los ojos enfocados en la cadena que colgaba de mi cuello, Rex escuchó. —Todavía llevas eso, ¿eh?

Asentí.

Reprimió una sonrisa complacida pero triste. —Te escribí una vez —.

Frunciendo el ceño, incliné la cabeza para mirarlo. —Nunca recibí ninguna carta —.

Hizo una mueca. —Aye, eso es porque nunca las envié, joder —.

Una risa áspera vibró en mi garganta. —Joder, no has cambiado ni un ápice —.

Su risa se mezcla con la mía. —No soy muy buen escritor, no podía expresar lo que necesitaba decir con una pluma —. Utilizando mi hombro como apoyo, se puso de pie y agarró el bastón. —Tengo una botella de ron en la oficina con nuestro nombre —.

Desabotonándome la chaqueta del traje, lo seguí a la oficina, la colgué en el respaldo de una silla y me senté cómodamente frente a su escritorio.

Rex se sienta frente a mí, desenroscando una botella de Captain Morgan. —Es un buen traje el que llevas —, me elogia, sirviendo una cantidad peligrosa de alcohol en tazas de cerámica. —¿Cuánto papel gastas en uno de esos?

El precio de un Dormeuil Vanquish lo dejará en estado de paro cardíaco. —Sólo unos cientos —.

—Sólo unos cientos —, me imitó con incredulidad, deslizando una taza por el escritorio. —Apuesto a que vale más que mi factura de alquiler, ¿eh?

De repente me arrepentí de mi elección de atuendo. —Me va bien —, dije mientras levantaba la bebida a sus labios. —Hazme algún reproche, si puedes —.

Esbozó una sonrisa amplia. —Aye, siempre supe que lo harías. Entonces —, suspiró, mirando fijamente su taza, —mencionaste que te sentías perdido. Supongo que viniste aquí en busca de ayuda —.

Sinceramente, no sé por qué regresé. Echo de menos a Alexa. Echo de menos mi vida sin problemas antes de ella. —Estoy en un bache y no puedo salir de él —.

Rex me miró con un destello sospechoso. —¿Quién era ella?

El viejo loco nunca dejaba de asombrarme. —¿Qué te hace pensar que mis problemas provienen de una mujer?

—Tus ojos —, dijo, y mis tonos automáticamente se oscurecieron. —Tus ojos están vacíos —. Sorbiendo ron, se reclinó en su silla, buscando relajación. —Reconozco una cara con el corazón roto cuando la veo —.

Señalando la cama improvisada en el destartalado sofá de dos plazas, prevarico. —¿Por qué duermes aquí?

—No cambies de tema —, me reprendió, y mis ojos se dirigieron al techo. —Y no me pongas esos ojos bastardos, muchacho. No me importa lo grande que seas. Todavía te daré un golpe en la barbilla —.

Su audacia errante me divirtió interiormente. —Te devolveré el golpe —.

—Bien —, replicó, y lo miré atónito. —Ya era hora de que dejaras de ser un marica —.

—Nunca fui un... — ¿En serio estoy siguiendo su juego? —Responde la pregunta —.

—Responde la mía —, replicó.

Estaba a segundos de derribarlo.

—Sí —, dije afirmativamente, bebiéndome el ron de un trago. —Sí, tengo el jodido corazón roto, ¿de acuerdo? Enterré al amor de mi vida. Me duele. Su muerte ha dejado un vacío en mi estómago y me está matando —. Empujé la taza por el escritorio y él la atrapó hábilmente. —Mis hombres me admiran. Esos leales súbditos dependen de mí para levantarme por la mañana y liderar, pero no puedo ver más allá de una botella de Macallan y la maldita cocaína.

—¿Y lo peor? Cuando ella estaba aquí, la traté como una mierda. ¿Sabes cuánto me está jodiendo la cabeza eso? La última vez que la vi, la regañé por organizarme una fiesta sorpresa. La hice llorar sólo porque me amaba. ¿Qué clase de monstruo soy? Soy un imbécil ingrato que lastimó a la única mujer que realmente se ha preocupado por mí, una mujer por la que literalmente moriría si eso significara devolverle el aliento —. Mi pecho se expandió con respiraciones profundas. —Una mujer que nunca tuvo oportunidad contra un hombre como yo, pero la perseguí de todos modos —.

Rex parecía inescrutablemente inexpresivo.

—Necesito arreglar esto —, dije ferozmente, pasándome una mano por el pelo. —Necesito dejarla ir y librarme de esta culpa que albergo —.

Reflexionó. —¿Sacar la cabeza de tu culo?

Asentí sombríamente.

Rellenó nuestras bebidas. —Mi madre —, comienza, cerrando la botella, —Que Dios tenga su alma en su gloria, era una yegua vieja y extraña. A menudo me machacaba los oídos con una perla de sabiduría. Un aforismo, en particular, resonó después del colapso de Bronagh —.

Me hundí en mi silla, enmascarando mi inquietud.

—Amo a mi nieta, pero pasé más tiempo aquí con los muchachos, entrenando y demás. Digamos que ella nunca me perdonó del todo por descuidarla —, añade, dándome una visión clara del arrebato juvenil de B.

Estoy demasiado familiarizado con lo psicótica que puede ser la pájara irlandesa.

—En fin, volviendo al punto. Mi madre solía decir que el libro del conocimiento llega demasiado tarde en la vida. Estúpido, ¿verdad? No —, enfatizó, encendiendo su pipa. —Nunca

se han dicho palabras más ciertas. Todo el mundo llega a un punto en la vida en el que desea poder retroceder las manecillas del tiempo, desea poder rectificar errores pasados y entrometerse con el destino. Si tuviéramos la suerte de ver el futuro, cambiaríamos el rumbo y la dirección.

—Desafortunadamente, no existe tal libro cultivado para los jóvenes e inexpertos. Necesitas encontrarte con un huevo podrido para saber cuándo tienes uno bueno. Necesitas sentir el desamor para apreciar una segunda oportunidad en la vida. Necesitas soportar el duelo para solidificar tu corazón, para aprender, educarte, remodelarte y convertirte en la mejor versión de ti mismo.

—Tú —, me señala, —de todas las personas sabes que tengo razón. No compartiste ni cargaste mis hombros, aunque sé que sufriste una prueba —. Sosteniendo mi mirada estoica, exhaló nubes de humo alrededor de su cara. —Te endureciste al dolor hace mucho tiempo, Warren, y no llegaste hasta aquí siendo un maldito marica. Aprende de esto, cierra el libro, abre otro y comienza de nuevo —.

Con las cejas fruncidas, dirigí mis ojos a la taza, removiendo el líquido ámbar en el fondo. Amor duro, pensé, bebiendo otro trago reconfortante. —Entonces, ¿la carta?

—Aye —, suspiró, exhalando bocanadas de humo. —Escribí muchas cartas. Sólo para decir gracias por lidiar con esos prestamistas hace todos esos años —.

Me mantuve impasible. —No sé de qué estás hablando —.

Rex arqueó una ceja gris y tupida. —Las calles hablan —.

—Mencionaste que Bronagh perdió los estribos —, corté, encendiendo un cigarrillo. —¿Vas a escuchar tu propio consejo y mostrarle la puerta?

—Lo hice, aye —, confirmó, revisando la hora en el reloj de pared. —Le dije que dejara de actuar como una mocosa y que madurara. Ya sabes cuánto la amo, pero esa chica necesita un serio llamado de atención. Siempre preocupándose por Conor y su mentiroso y tramposo culo —.

Y B exclamó tan apasionadamente que sería yo quien estaría en los barrios bajos y contando centavos, y que nunca dejaría el East End ni mejoraría mi futuro. Un bueno para nada, me llamó una vez. Nunca, nunca conseguirás nada mejor que yo, Liam. Estás cometiendo un gran error.

Sonreí para mis adentros.

Si B pudiera verme ahora. Me pregunto cómo reaccionaría ante mi estimulante y próspero estilo de vida mientras ella lucha con su novio infiel.

—Me enfurece —. Rex vuelve a encender su pipa. —Quiero que Bronagh se concentre en el pequeño, no en Conor el jodido imbécil que se acuesta con prostitutas —.

Su comentario inocuo me tomó por sorpresa. —¿Bronagh es madre?

—Aye, y una mierda de madre, además. El pobre crío pasa más tiempo en casa de mi hija que con su maldita madre. ¿Y Conor? Bueno, está demasiado ocupado derrochando, en lugar de mantener a su hijo —. Agitó tenues velos de su cara. —Entonces, ¿qué haces cuando necesitas desahogarte? ¿Sigues boxeando?

—Mato gente —, respondí con voz aburrida. —Pelear es parte del paquete —.

La lengua de Rex se pegó al paladar. —Aye, bueno, lo sospechaba. Después de verte volarle agujeros a los hombres de Jerry aquella noche, nada me sorprende, muchacho. Además, los chismes viajan rápido. Te has hecho un nombre bastante establecido en Londres... — Vaciló, con una pregunta colgando de la punta de la lengua.

—Suéltalo —. Dejé la taza sobre el escritorio. —Puedo ver esas ruedas girando dentro de tu cabeza —.

—Bueno, si insistes —. Abriendo el cajón del escritorio, sacó un sobre y me lo deslizó. —Necesito un favor. Si estás dispuesto, por supuesto —.

Rasgando el sobre, esperando ver una carta de deuda, desdoblé el papel y escaneé brevemente una dirección. —¿Qué es?

—Ryan Scott —, dijo, apretando los labios. —Ha estado conmigo durante unos años; es un buen muchacho que trabaja duro y entrena más duro aún. Veo potencial en él, Warren. Con la guía adecuada, llegará lejos —.

Lo miré inexpresivamente. —Entonces, ¿cuál es el problema?

—Su madre —, escupió, sirviendo otro ron. —Esa puta yonqui será su perdición. Lo hace trabajar a tiempo parcial para financiar su dosis. Lo obliga a jugar a la casita mientras ella está comatosa en la cama. Día y noche, ve a clientes al azar entrando y saliendo de su casa para tener sexo. Me dijo una vez que tiene que usar auriculares para dormir para poder ahogar los gemidos de Minnie en la habitación de al lado.

—Una tarde, Scott vino aquí más temprano de lo habitual. Lo hace a veces. Fregó los suelos y organizó los vestuarios para mantenerse ocupado. En fin, estaba en el ring con otro chico, entrenando para una pelea cuando su madre apareció, como si fuera la dueña del maldito lugar, gritándole por no dejar dinero en la encimera de la cocina. Ya es bastante malo que le pusiera un ojo morado la noche anterior. Ahora la perra cree que tiene derecho a venir aquí, a mi gimnasio, y señalar con dedo acusador a uno de mis chicos —. Gruñó, torciendo los labios con disgusto. —Tiene trece años. ¿Cómo demonios consigue un menor un trabajo en negro, Warren? Quiero decir, estoy inclinado a denunciarlo, pero sé que se mete unos cuantos billetes en la bota para comida. No puedo incapacitarlo sólo para romperle las rodillas a ella —.

Se levantó entonces, abrió el archivador y llevó un tarro de cristal al escritorio. —Lo que requiero es injustificable. Si Scott se entera, bueno, nunca me lo perdonará, Warren. Pero con una madre así, no tiene ni una maldita oportunidad —. Desenroscando la tapa, sacó billetes enrollados y ofreció el pago. —Encontraré el resto —.

—Guarda eso —, gruñí, apartando su mano de mi cara. —No vuelvas a insultarme nunca más. No acepto dinero de nadie. No necesito el dinero manchado de sangre ni los sobornos de la gente. Favor por favor, Rex. Así es como opero —. Levantándome de la silla, me cernía sobre él, dejando mi cigarrillo a medio fumar en el cenicero. —Veré qué puedo hacer —.

Ofreció una sonrisa plana, apretando el tarro. —Te debo tanto —.

No, yo estoy en deuda con este hombre. Me dio un hogar después de que Bill muriera. Le apreté el hombro y me alejé, con el móvil vibrando en el bolsillo del pantalón.

—Espera —, me llamó Rex, y me detuve cerca de la puerta de salida, sin dedicarle una segunda mirada. —El tiempo todo lo cura, Warren. Cuídate —.

Digerí sus palabras, salí al callejón y metí la dirección en mi bolsillo.

Mi móvil continuaba vibrando.

—Joder —. Desbloqueando la pantalla de inicio, acepté la llamada de Nate. —Warren —.

—Señor —, arrastró las palabras, bajando el volumen de la música estruendosa de fondo. —Lo esperé esta mañana para mostrarle esos documentos...

Doblé la esquina de la calle y paré un taxi. —No estoy interesado en la señorita Bennett —. El taxi negro se detuvo. Abrí la puerta y me metí en los asientos traseros. —Lléveme aquí —, ordené, entregando la dirección al conductor. —Tome atajos y duplicaré el precio de la tarifa —.

—¿Está tomando un taxi? ¿Dónde está la seguridad? En realidad, no tienes que responder a eso. Quiero mantener mis pelotas. Le envié un correo electrónico —, parloteó Nate, hablando por encima de mi locuaz taxista. —Le aconsejo que abra el archivo adjunto —.

Silenciando la llamada, cargué el correo electrónico y descargué el archivo adjunto. Leí las primeras tres líneas y una rabia imposible encendió algo castigador y vicioso dentro de mí. —Nate —, lo saqué del silencio, con la mano aplastando el teléfono. Desabrochando la etiqueta de Alexa de mi cadena, la deslicé en la parte trasera de mi billetera. —Invita a la señorita Bennett al club esta noche —.

Sentí su sonrisa triunfante transmitirse a través del receptor. —¿Algo más, señor?

—Sí, quiero una actualización sobre la muerte de Jace —.

—Brad recibió información de Reginald esta tarde —, dijo, y mi interés se intensificó. —Investigó las afirmaciones de Brad, así que hizo algunas averiguaciones. Según el Jefe, Jace abordó un ferry la noche en cuestión. No hay forma de que muriera en ese incendio —.

Mi corazón palpitó y un velo rojo cayó sobre mis ojos. —Quiero que hagas una visita a Grayson. Averigua por qué me mintió, o más bien, quién lo engañó —.

17. CAPÍTULO DIECISIETE

Liam

Estoy de pie dentro de una pequeña cocina, con las encimeras negras chapadas, esparcidas con basura evitable y vajilla sin lavar. Viejos artículos de periódico cubren las ventanas, impidiendo que la luz natural entre en la insalubre y malsana casa del consejo: réplicas sórdidas en todo. El espacio estrecho confinado en la pequeña sala de estar presenta mobiliario insignificante; un sofá de esquina deshilachado, un televisor portátil y cajas de cartón dispersas que acumulan artículos diversos y revistas apiladas con columnas de chismes resaltadas.

Qué residencia inmunda y caótica, reflexioné, empujando una caja con mi zapato, sobresaltando y perturbando a un roedor inesperado. Correteando por las tablas del suelo, el ratón colapsó su columna y se arrastró bajo un zócalo roído junto a la chimenea condenada.

Con los labios torcidos en repulsión, pasé por encima de ropa y zapatos esparcidos, entré en el estrecho pasillo y, paso a paso, ascendí por la estrecha escalera.

Me moví a través de un lugar que se sentía frío y deshabitado, poco atractivo, descuidado y sin amor. Ni una sola foto familiar montada en estas paredes sin decorar, y los pisos sin alfombra ilustraban aún más el descuido despreocupado.

Pasando por el baño, abrí una puerta y miré dentro de un dormitorio. Ante la ventana, una cama individual presentaba un edredón a cuadros azules y una alfombra raída adorna el escaso espacio para caminar. Está algo ordenado en comparación con abajo. Miré dentro del armario. Hay dobladas toallas limpias, ropa espartana y botellas de limpieza guardadas en un contenedor de plástico.

Desabroché mi reloj de pulsera Rolex Oyster Perpetual y lo metí dentro del bolsillo de una sudadera. Vale una fortuna. Puede modelarlo y presumir, o empeñarlo para un nuevo comienzo financiero.

Cerrando la puerta del dormitorio detrás de mí, saco guantes del bolsillo de mi pantalón y meto mis dedos en el cuero gastado.

En el segundo que entré en la habitación de la madre, el humo rancio de cigarrillo y la orina penetrante se deslizaron por mi garganta.

Anteriormente, se había derrumbado boca abajo en la cama doble y cubierto la lámpara de la mesita de noche con tela rosa transparente para atenuar la habitación. Sólo lleva una tanga negra, revelando su pálido trasero. Su ropa descartada ha sido arrojada sobre una cómoda cercana.

Incliné mi mirada hacia el condón usado en el suelo y exhalé un suspiro sedante.

Sintiendo una presencia, entrecerró sus ojos inyectados en sangre y me miró por más tiempo del necesario. —¿Quién eres? — musitó, rodando sobre su espalda, exponiendo sus pechos caídos y sus pezones tensos. —Eres nuevo, ¿eh?

De pie al pie de su cama, sonreí, acercándome mientras se estiraba. —Algo así —.

Alcanzó un cigarrillo con ciega determinación, abrió la caja y gimió. —Pensé que me quedaban algunos —.

Abrí mi paquete, extendí mi brazo y le ofrecí compartir. Pellizcó dos dedos alrededor de un cigarrillo, lo equilibró entre labios fruncidos y se inclinó cerca para que encendiera el extremo. —¿Trajiste suficiente dinero? — preguntó, mirando mis pulseras de eslabones sólidos de oro y anillos de diamantes. —No soy barata —.

Guardando mi encendedor, sofoqué una risa incrédula. —Puedo permitírmelo —.

Medio borracha por su tarde de juerga, se recostó en el colchón, exhalando humo hacia el techo. En su mano, el cigarrillo se balanceaba peligrosamente cerca del cubrecama, un peligro devastador esperando a suceder. Puedo encender un fuego y dejarla arder dentro del santuario de su ambiente destructivo. No, significa que toda la casa se incendiará. Tenía que considerar al chico.

Desabrochando la hebilla de mi cinturón, mantuve sus ojos mientras tiraba del cuero a través de las presillas de mi pantalón.

Ella siguió el movimiento con ojos dilatados, gimiendo su aprobación. —¿Dónde me quieres? — Agitando el humo de su cara, se inclinó sobre la cama, arrojó el cigarrillo en un cenicero, quitándose la tanga. —Los hombres no se ven como tú estos días —. Deslizó una mano

entre sus muslos, acariciando con los dedos su coño sin afeitar. —¿Me comerás el coño?

No podía pensar en nada peor que poner mi cabeza entre esos muslos. —¿No has olvidado pagar? — Posicioné una rodilla en el colchón, chasqueé el cinturón y lo até a su brazo superior. —¿Cómo se siente tu hijo acerca de que su madre venda su trasero?

—Ryan —, ronroneó, lamiéndose los labios agrietados. —¿Cómo conoces a mi hijo? ¿Ese pequeño imbécil está dando problemas otra vez?

Asegurando el cinturón alrededor de su brazo, abrí el cajón de la mesita de noche y busqué los narcóticos necesarios para consecuencias fatales.

Cuando no respondí, puso los ojos en blanco. —No te preocupes por mi Ryan —, recortó, alcanzando y ahuecando su pecho. —Hay algunos juguetes en el otomano. Prefiero el conejo. Me ayuda a llegar —.

Puse el encendedor bajo una cuchara, licuando una cantidad excesiva de heroína . —¿Por qué no nos divertimos un poco primero? — reflexioné, ofreciéndole una sonrisa atrevida. —Me siento generoso —.

—Oh, me encanta tu voz —, ronroneó, pellizcando su clítoris dolorido con uñas sucias. —Tan áspera y ronca, guau —.

Me abstuve de burlarme, preparando una jeringa.

—Hago garganta profunda por diez libras —, me dice, gimiendo mientras persigue su placer. —Puedo llevar esa polla hasta el fondo de mi garganta. También trago. Te encanta eso, ¿eh? Disparar tu semen en la cara de una mujer, ordenándole que lo lama —.

Su seducción requiere perfeccionamiento. —Es bueno saberlo —. No puedo creer que esta mujer sólo cobre diez libras por una mamada. En el Club 11, los clientes pagan setenta y cinco por una paja mediocre. Mis mujeres cobran tarifas por hora extorsivas. Ni siquiera conseguirías un manoseo por diez libras.

—¿Qué tal si me dejas chupar esa jugosa polla primero? — Pasó su lengua por los dientes y encías manchados de alquitrán. —Me encanta chupar una polla gruesa —.

Intentó agarrar mi entrepierna, y atrapé su muñeca. —Démonos un pase primero —. Masajeando su palma, coloqué su brazo sobre su cabeza, trazando las puntas de mis dedos enguantados de cuero a través de marcas de pista incrustadas. —No seas malhumorada —, raspé, discerniendo sus labios fruncidos y cejas arrugadas. —No te queda bien —.

Su cabello rubio desordenado se extendía sobre las sábanas manchadas. Noté un leve moretón debajo de su ojo izquierdo y me pregunté si un cliente usó fuerza sin restricciones en medio de su último encuentro. Supongo que era atractiva antes de las drogas duras. Miré más allá de sus raíces negras como el azabache, mejillas demacradas y sonrisa de mal gusto, imaginando una versión más joven: una mujer alegre y atractiva que una vez vivió en consecuencia, trabajó a tiempo completo y salió con hombres decentes. Podía imaginar a alguien que se enorgullecía de su apariencia y exigía respeto.

Esos ojos azules contaban muchas historias tristes. No tocas fondo sin una causa. —¿Dónde está el padre de Scott? — Presioné un pulgar en la parte interna de su codo, buscando una vena.

Se estremeció pero pensó que no lo había notado. —¿Quién sabe, eh? — Su voz se quebró, frunciendo los labios. —A la mierda con ellos —.

Soy un hombre perspicaz. No llegué tan lejos en la vida sin una perceptividad excepcional. —Nació de una violación —, concluyo que la embarazó a la fuerza, y sus ojos de cierva se estrecharon. —Es un legado doloroso para él. ¿Lo sabe?

Se mordió la lengua, negándose a responder.

—Ves un monstruo en los ojos de tu hijo —, continúo, alineando la aguja. —Los mismos ojos de su padre. Rasgos tan llamativos que no puedes ignorar, un recordatorio doloroso y prominente de lo que su padre te hizo —. Inyecto heroína en su vena sobresaliente. —Lo entiendo, aunque el parecido contrafáctico no significa que haya heredado la villanía de su padre —.

—Lo intento —, gimió, mientras la heroína hace efecto. —Lo crié; lo alimenté; mantuve un jodido techo sobre su cabeza. ¿Qué más podría querer, eh? — Parpadeó contra el placer eufórico. —No sabes por lo que he pasado, así que no me juzgues —.

Apliqué presión a la jeringa. —¿Por qué las mujeres dan a luz a niños y luego los descuidan? — pregunté, saciando el interés. —Él no pidió estar aquí —. Yo no pedí estar aquí, pensé, dejando la aguja en su brazo, poniéndome de pie. —No es su culpa —.

Su respiración superficial e irregular frustró su respuesta. La flacidez y la semiconsciencia coincidieron con gorgoteos ahogados. Siendo adicta sólo era una típica yonqui sufriendo una sobredosis. Desabroché el cinturón de su brazo, ignoré sus gemidos gorgoteantes y cerré la puerta.

Esperé en el rellano, de espaldas a la pared, silbando melodías mientras ella luchaba por su último aliento. No tenía vergüenza ni remordimientos; tenía que matar.

La condición de la madre de Scott evocó recuerdos inquietantes, sin embargo. No recuerdo a la mujer que me dio a luz. No tenía idea de cómo se veía o si su situación desesperada replicaba esta. Por primera vez en mi vida adulta, deliberé y consideré sobre ella.

Irritado por conclusiones no deseadas, reprimí preguntas no expresadas, no formuladas y sin respuesta, descendí las escaleras y me dirigí con fuerza hacia la puerta trasera. No llegué a la salida. Me detuve, contemplé cómo abordar al joven muchacho con la espalda hacia mí. Lleva auriculares sobre la cabeza, y escucha música mientras lava los platos en el fregadero.

Ryan Scott.

Noté su columna enderezándose. Echó un vistazo por encima del hombro, con los ojos redondos. —¿Qué mierda? — ladró, tirando de los auriculares hacia su cuello, tropezando hacia la estufa. No había previsto su impulsividad. Abrió bruscamente el cajón, recuperó y blandió un cuchillo de cocina serrado. —¿Qué coño estás haciendo en mi casa?

Su miedo me desconcertó. Rex afirmó que Scott está acostumbrado al estilo de vida degradante de su madre, entonces ¿por qué la hostilidad? ¿No soy sólo otro hombre pasando por gratificación sexual?

—Warren —, dijo con el tono más inexpresivo, sin apartar sus ojos de los míos. —¿Qué quieres?

Me reconoce. —Eres alto para tener trece años —, señalé con voz monótona, con las manos hundidas en los bolsillos de mis pantalones. —¿No es pasada tu hora de dormir, Scott?

Con fingida gallardía, cuadró los hombros, sacando pecho. —Lárgate —, ordenó, y una risa seca escapó de mis labios. —No quiero problemas —. Sus ojos azules redondeados se desvían hacia la puerta de la sala de estar. —¿Qué hizo ella? ¿Te debe dinero o algo así? Escucha, puedo conseguirlo de vuelta. Dame unas semanas

—

—Cállate —, le regaño, sintiendo un dolor de cabeza emergente. —Sí —. Comencé mi red de mentiras. —Tu madre me debía dinero. Vine a cobrar lo que me pertenece por derecho. Tiene un grave problema con las drogas duras, lo cual seguro que no te sorprende —.

Se revolvió el pelo castaño con mano temblorosa.

—Me iré con las manos vacías —, continué, apoyando un codo en la encimera de la cocina. —Sobredosis —.

Scott se marchitó en el acto, desencajando la mandíbula. —¿Qué?

—Es inaceptable. Estoy inclinado a poner patas arriba esta propiedad y reclamar objetos de valor... — Pasé mi mirada de desaprobación por los muebles. —Sin embargo, es poco probable que encuentre algo de valor significativo —. Aún no ha derramado una lágrima. Interesante. —Supongo que su deuda recae sobre tus hombros —.

Su nuez de Adán bailó en su garganta. —Por favor, no me mates —.

Me arreglé el puño de la camisa. —No sé, Scott. Veinte de los grandes es mucho dinero para pasar por alto —. Posé mis ojos en sus zapatillas agujereadas. —No es irrazonable sentirse molesto y ofendido —.

Asintiendo en acuerdo, volvió a dejar el cuchillo en el cajón. —¿Al menos puedes hacerlo rápido?

Descarado e intrépido, pensé, abriendo la puerta trasera. —Yo nunca estuve aquí —, dije, y él escuchó con aguda atención. —Nunca has conocido a Liam Warren, y mucho menos has mantenido una conversación con él. Si llegas a mencionar mi nombre por el East End, espera una visita. No juego limpio, Scott. Te golpearé hasta dejarte al borde de la muerte sólo para dejarte sanar y repetir la tortura una y otra vez. Cuando haya terminado contigo, la muerte será tu única salvación. ¿Me he explicado con suficiente puta claridad?

Me había metido en su cabeza. Tragó lo que parecía un nudo castigador, limpiándose el sudor de la frente. —Sí —.

—Buen chico —. Sonreí con optimismo sardónico. —Espero verte de nuevo —.

Murmuró entre dientes: —Preferiría comerme mi mierda —.

—Sería desaconsejable hacerlo —, repliqué, con un tono cargado de sarcasmo. —Cuidado, Scott. Me da la impresión de que vas a necesitarme de tu lado algún día —.

Con las cejas fruncidas en irritación, escupió una respuesta venenosa. —No necesito a nadie más que a mí mismo —.

Su arrogancia y temperamento belicoso sugieren lo contrario.

Ryan Scott es una detonación inminente.

No puedo esperar al día en que cause destrucción masiva y suplique mi ayuda.

Cerrando la puerta trasera, vago por el sendero del jardín, enciendo un cigarrillo y exhalo humo hacia el cielo nocturno.

Cumplí mi buena acción del día.

***

—Jefe —, canturrea Brad, pasando un brazo sobre mis hombros. —Te he echado de menos —.

—Quítate de encima —, le espeto, rechazando sus avances juguetones. —Te estás buscando una bofetada —.

Sonriendo como el gato de Cheshire, se llevó un palillo a la comisura de la boca. —¿Adónde fuiste? —, preguntó, siguiéndome hasta la suite de lujo. —Te llamé —. Buscó a Cherry por la habitación. Ella es la jefa de las mujeres en el Club 11. Su trabajo es liderar y dirigir a las bailarinas, mantenerlas a raya y cobrar los pagos después de cada turno para dejarlos listos en mi escritorio. —Esta noche cederé. Cherry se ve pecaminosa —.

Sí, la vivaz pelirroja grita concupiscencia en su ajustado corsé, tanga de diamantes y mirada lasciva.

Brad ha estado rondando a Cherry desde que se unió al sindicato. Es su mujer de referencia, si se puede decir así. Tienen una relación de amor/odio. Ella literalmente adora el suelo que él pisa, mientras que él sólo la tolera por razones libidinosas. Una vez que follan, la aparta, arrepintiéndose de su error inducido por el sexo.

—Sólo te arrepentirás —, dije imperiosamente, aceptando una copa de cristal llena de Macallan que me ofreció Nate. —¿Dónde está Josh?

Nate hace un gesto hacia el fondo. Josh, intoxicado, descansa en el sofá de cuero, con los brazos rodeando a dos mujeres, sumergiéndose en sus besos carnales y manos codiciosas. Cora, una recluta novata, se arrodilla entre sus muslos separados, frotando una palma sobre su entrepierna cubierta por el pantalón, aliviando su excitación.

—Joder —, dijo Brad. —Está en el paraíso del coño ahora mismo —.

Estallé en carcajadas.

Nate le lanzó una mirada despectiva. —Tuvo un maestro superlativo —.

—No soy tan malo —, miente Brad, bajando de un trago un chupito de whisky. —Tú no eres mejor —.

—Tengo más dignidad —, arrastró Nate en un tono condescendiente. —Y autocontrol —.

Ofendido, Brad exhaló un largo suspiro. —¿Por qué no vuelves a meterte en el culo del que saliste?

—¿Qué coño me has dicho? — Nate zarandeó a Brad, lo que sólo divirtió más al bromista. —Debería molerte a palos tu culo blanco —.

—No, gracias —. Hizo una mueca, deslizándose entre nosotros para llegar a la barra. —No quiero que toques mi trasero virginal —.

Nate, sin palabras, infló las mejillas. —Eso no es lo que quería decir —, me aseguró, y yo arqueé una ceja. —Vamos, sabes que no juego de esa manera —.

Es un hombre heterosexual de sangre caliente. Mantuve la indiferencia, sin embargo. —No es asunto mío —. Mientras él defendía su sexualidad, noté a Kellie en la barra, observándome con intensa adoración. —¿Por qué coño está ella aquí?

—Oh —, Nate hizo una mueca, rascándose la línea de la mandíbula. —Sí, apareció hace como una hora. Además —, inclinó la cabeza, señalando a la mujer rubia que se dirigía hacia nosotros, —la señorita Bennett llegó a la hora acordada —.

Me quedé sin palabras. —Nate —, susurré, girando la cabeza lejos de ojos curiosos y oídos atentos, —acompaña a la señorita Bennett a mi oficina. Estaré allí en un momento —.

Dejándolo para que limpiara mi desorden, caminé hacia Kellie, sereno e imperturbable. Puedo sentir la curiosidad de Hellen, arañando la parte posterior de mi cabeza, pero no le presté atención. Apostado junto a la barra, chasqueé los dedos, ordenando al camarero que rellenara mi vaso.

La examiné de pies a cabeza, maravillado por sus esbeltas piernas, el vestido púrpura ceñido y el amplio escote.

Sentada erguida y elegante en un taburete acolchado de cuero, se giró en la cintura para mirarme, con una pregunta en la punta de la lengua. —¿No estás encantado de verme? — Sus ojos marrones, entrecerrados, cuestionando. —Warren...?

Miré por encima de su cabeza, observé cómo los de seguridad resolvían una discusión entre dos bailarinas. Acostumbrado al alboroto y al ambiente sensual, esta noche, sin embargo, estoy demasiado ansioso. Preferiría estar en mi oficina, bebiendo Macallan y pensando, pero evitémis pensamientos errantes. No, no volveré a ese lugar oscuro. Está hecho. Lo he superado, la he superado. Debo seguir adelante. —Que uno de mis hombres te lleve a casa —. Rodeando el vaso con la mano, me lo llevé a los labios y tragué valor líquido. —Te llamaré —.

—¿Qué? —, preguntó, enderezándose. —¿Me estás echando?

—Ha surgido algo —. Ella agarró la manga de mi traje. —Kellie —, dije secamente. —Quita tu mano —.

Obsequiosa, me soltó, hundiéndose un poco. —Quiero pasar tiempo contigo —. Su sonrisa arrepentida y creciente desánimo arruinaron futuras citas. —¿Y si espero hasta que termines?

—No me mires así —, dije con brusca impaciencia, arreglando mi apariencia. —Esto ya no funciona para mí. Estás demasiado apegada —.

—No, no lo estoy —, miente, deslizándose del taburete. —¿No se me permite que me guste el hombre con el que me estoy acostando?

Cada sílaba puntuada me irritaba. —Fui claro —, dije, bajando la voz. —Fui directo contigo, Kellie. No busco nada serio, sólo
alguien para pasar el rato. Y estuviste de acuerdo. También me aseguraste que, en caso de que nos separáramos, no serías un problema. Es nuestro primer contratiempo, Kellie y, como predije, eres un puto problema —.

—Seguramente, Alexa querría que vivieras, Liam —, soltó, y una rabia imposible surgió desde el fondo de mi estómago. —Dudo que tu novia muerta
—

—Warren —, escupí, agarrando su garganta con un agarre firme. —No me llames informalmente, Kellie —. Sus ojos llorosos sobresalían. —Si alguna vez, alguna vez, vuelves a mencionar su nombre en mi presencia... — Le apunté con el cañón de mi Desert Eagle bajo la barbilla, sintiendo el inquietante cambio en la sala. —Te mataré —.

—Warren —, susurró, sus ojos suplicándome alivio. —Me estás haciendo daño —.

—Jefe —. Brad apretó mi codo, instándome a retroceder. —Déjame manejarlo —.

Aplicando presión en su garganta, gruñí, la empujé contra la barra y salí furioso entre la seguridad y las bailarinas reunidas. La música ensordecedora se desvanece mientras camino por el pasillo. Me detuve fuera de la puerta de mi oficina, me desarmé y me pasé dos manos por la cabeza, corrigiendo mi estado desaliñado. —Nadie entra en esta oficina —, dije, y los guardias apostados inclinaron la cabeza.

Me encontré en un estado de ataraxia resignada.

Posada en el borde del escritorio, Hellen fuma un cigarrillo, cruzando las piernas en un movimiento grácil. —Sr. Warren —, ronroneó, exhalando una serie de velos. —Debo decir que

su inesperada invitación me asombró —.

Delineé su figura curvilínea y atractivos rasgos. Sí, recuerdo nuestra noche. Había sido feroz en la cama, desinteresada, sexualmente gratificante. —Señorita Bennett —. Ofrecí una palma abierta, y ella aceptó, aplanando una mano sobre la mía. —Está deslumbrante —.

Ese cumplido me ganó una sonrisa satisfecha. —Lo mismo digo —, murmura, y presioné un suave beso en el interior de su muñeca. —Estoy encantada con esta segunda oportunidad, Sr. Warren, aunque me pregunto por qué el repentino interés —.

—No hay ninguna agenda oculta, Hellen —.

Se puso de pie en toda su estatura, poniéndonos cara a cara. —¿En serio?

—Vi tu cara en las noticias —. Me desabrocho la chaqueta del traje y me siento en el borde del escritorio. —Tu lucha por el empoderamiento de las mujeres es fascinante —.

—Me alegro de que lo apruebes —. Se inclinó sobre mí para apagar el cigarrillo, dejándolo medio humeante en el cenicero. —¿Y?

—Y —, medité una respuesta, —quería ver si otra noche estaba sobre la mesa —.

Ella extendió sus manos sobre mi pecho. —No estoy interesada en una noche de pasión —, ronroneó, bajando su cabeza a mi hombro, mordisqueando mi lóbulo con sus dientes. —Valgo más que un rápido revolcón entre las sábanas —.

—Por supuesto —. Rodeando su cintura con un brazo, agarré la parte trasera de su vestido dorado, atrayéndola hacia mí. —Puedo ser flexible —.

—¿Harás una excepción?

—¿Por qué no vemos primero si hay química? — Jugué a su juego, ahuecando su nalga. —¿Qué dices? — Sus labios recorrieron mi mandíbula, cerca de mi boca. La evadí, hundí mis dientes en su hombro, subí el vestido hasta su cintura. —¿Hellen?

Forcejeando con mi cinturón y cremallera, acarició mi polla excitándose, murmurando en apreciación. —No puedo esperar a que me llenes de nuevo —.

Abrí mi billetera y deslicé un paquete de aluminio en su mano. —Es tuyo —. Me quito la chaqueta del traje, la camisa sigue.

Hellen baja su vestido, exponiendo sus voluminosos pechos y pezones erectos. —Déjame mostrarte un buen momento —, promete, rasgando el envoltorio con los dientes.

Me acaricié, liberándome para que ella me enfundara.

Con el condón en su lugar, se quita las bragas francesas y se monta a horcajadas sobre mis muslos. La observé hundirse en mi longitud, con su coño abriéndose para acomodarme. —Joder —, gemí, con las manos aferradas a su curvilínea cintura. —Cabálgame —.

Seré un adulador si eso me consigue lo que quiero.

18. CAPÍTULO DIECIOCHO

Alexa

Tommy entregó la mercancía. A petición de Jace, el rey gitano proporcionó las llaves de un Land Rover negro pantera y tarjetas de identificación falsas. Por supuesto, soy una mujer típicamente curiosa. Pedí ver mi identidad temporal. —Victoria —, leí, rechazando la foto de la rubia. —Victoria Rose. ¿En serio, Jace? — Alcancé su tarjeta, esquivando su mano mientras trabajaba la palanca de cambios. —¿Nathan? — Me reí. Oh, Dios, me río. —Estas identificaciones son una locura. Este tipo tiene el pelo largo, Nath —, remarqué, y su labio se crispó. —Pelo largo y negro —.

Por instinto, Jace se pasó una mano por su melena castaña. —Coge el bolso de atrás —.

Arqueando una ceja que necesitaba depilarse, obedecí, arrastrando el bolso sobre mi regazo. —Mi chica tiene mejillas regordetas —. Tirando de la cremallera, hurgo entre trapos alegres, pelucas sintéticas y tacones de infarto. —Y tiene ojos azules... — Abrí lentes de contacto desechables azules. —Mierda —. Cuando lo miro, lo encuentro observándome. —Ibas en serio con lo de vivir de incógnito, ¿eh?

Jace incorporó el vehículo a través de la M4, avanzando por el carril rápido. —No creo que te lo estés tomando lo suficientemente en serio, Victoria —. Ajustándose las gafas de sol, baja la música para que podamos hablar. —Uno, Flamur Bajramovic cree que te estoy sometiendo a golpes en la Isla de Man. Dos, tiene la custodia de mi niña. Si la cago, la perderé. No voy a arriesgar su vida por negligencia. Tres, Warren pondrá Londres patas arriba si huele que no estás muerta

—

—Liam se enterará, eventualmente —, dije, y sus nudillos se blanquearon, sus dedos agarrando el volante. —¿Qué? No puedo evitar echarlo de menos, Jace —.

—Todavía no —. Aplica fuerza al acelerador. —Puedes volver a tu vida perfecta con Warren. Pero dame la oportunidad de subir a un avión con Summer primero. Él me matará. Tú lo sabes; yo lo sé —.

Tiene razón. Si Liam descubre la verdad detrás de mi muerte, torturará a Jace, desmembrará

su cuerpo y dará sus extremidades de comer a jabalíes salvajes.

—Vick —. Levanto la peluca rubia hasta la cintura, examinando los rizos rebotantes. —Si tengo que cambiar mi nombre, llámame Vick —.

—Vick —, repitió, frunciendo los labios en una sonrisa contenida. —Suena bien —.

Quitándome la goma del pelo de la muñeca, me recojo el cabello en un moño despeinado y me coloco la peluca en la cabeza. Bajando el espejo del parasol, estudio mi reflejo y me quito el vendaje blanco de la cara. Toco la cicatriz irregular debajo de mi ojo, complacida de ver que ha cicatrizado bien. —¿Qué más empacó Tommy? — Abrí un estuche de cosméticos y reprimí una sonrisa. —Maquillaje —.

—Sheila lo organizó para ti —.

Después de depilarme las cejas, me apliqué una fina capa de base en la cara, añadí un toque de polvo brillante en las mejillas y luego pasé una cantidad ridícula de tiempo colocándome las lentes de contacto. Gemí, me quejé y casi tiré esos malditos trozos de goma por la ventana. —¡Lo logré! — Parpadeando para aclarar mi visión irritada, le mostré mi ojo derecho. —Ahora tengo que pasar media hora haciendo el otro —.

Jace se ríe, desviando el Land Rover fuera de la M4. —Me gusta el look de heterocromía —.

—¿Tienes que usar lentes de contacto? —, pregunté, volviendo a revisar su tarjeta de identificación. —Oh, claro, Nathan tiene ojos verdes. Qué conveniente para ti, ¿no? — El segundo contacto se colocó sin mucho problema. Finalizado con delineador, rímel y lápiz labial color nude, me quité los pantalones de chándal, me puse unos vaqueros ajustados de cintura alta, me deshice de la sudadera y me metí una camisa blanca ajustada por dentro de la cintura del pantalón. Ajusté mi sujetador de encaje, me puse unos tacones nude y me rocié con un perfume de olor divino. —Me siento humana de nuevo —.

—Mierda —, silba Jace, haciendo crujir sus nudillos. —Te ves ardiente, Vick —.

—Gracias —. Un tono desesperado calentó mis mejillas. —¿Puedes ver a la verdadera yo debajo del disfraz, sin embargo?

Conduciendo hacia Londres, Jace me lanzó muchas miradas de reojo. —Sé que estás viva

—, dijo, evaluando mi pregunta. —Si pensara que Alexa estaba realmente muerta, y luego tú pasaras caminando junto a mí por la calle... — Chasqueando la lengua, me estudió por encima del borde de las gafas de sol. —No. No lo vería —.

Sonreí débilmente. —Entonces, ¿cuál es el plan?

—Iremos a Victoria —, explica, deteniéndose en los semáforos. —Creo que debemos hacer una sesión de compras . Después de eso, vamos a por una pizza y a buscar un lugar donde quedarnos. ¿Te opones a dormir en un bed-and-breakfast?

—No me importa dónde dormir mientras no sea en el suelo —, bromeé, y su sonrisa se desvaneció. —Nath, estoy bromeando. Tienes que acostumbrarte a mi humor tonto —.

—¿Cómo está la espalda?

—Un poco adolorida —, mentí. Esas alas de ángel casi me matan. Tuve seis descansos y me desmayé cuando sombreó las plumas. —Sobreviviré —. Esta mañana, miré mi espalda en carne viva e inflamada, admirando el talentoso trabajo artístico de Jace. Es una pieza hermosa, pero no puedo esperar a que sane.

—Necesito comida —. Dio un giro brusco, casi se saltó un semáforo en rojo. —¿Burrito? — Desviándose hacia un auto-servicio, pide dos burritos y lattes de caramelo. —¿Qué quieres tú?

Parpadeé. Dos veces. —¿No voy a compartir ese enorme pedido?

Esbozó una sonrisa maliciosa. —¿Asumes que los burritos 'Big Daddy' son para ti?

—No, pensé que un burrito era para mí —. ¿En serio va a devorar dos? Luego noté su expresión divertida. —Oh. Ja. Ja —, me burlé, cruzando los brazos. —Y yo pensaba que era una pésima narradora —.

—Soy un fabuloso narrador —. Arrojó una bolsa de papel marrón sobre mi regazo. —Muchas gracias —.

—También estás lleno de ti mismo —. Abrí la bolsa, desenvolví la delicia humeante y hundí los dientes en la perfección del pollo. —Mierda. Está caliente —. Retiro mi declaración. —Oh,

es asqueroso —. Con la mano cubriendo mi boca, busqué una servilleta, con los ojos llorosos. —¿Qué mierda usan para marinar el pollo?

—Salsa extra picante —, aclara, devorando su comida sin siquiera pestañear. —¿No te va bien el picante, eh?

—Aparentemente —, murmuré, tirando el burrito con absoluto desprecio. —Me quedaré con el latte —. Soplé sobre la superficie de mi café. —¿Qué hay en la agenda de compras?

—Ropa nueva. Nada de calzado cómodo y pantalones holgados, Vick. Tienes que pensar en grande, diferente pero sin llamar la atención. Lo opuesto polar a Alexa Haines —.

—Sólo llevaba pantalones holgados porque no tenía ropa —, dije, un poco a la defensiva. —Además, mira mis pies —. Subiendo mi pierna al salpicadero, exhibo tal evidencia. —¿Te parecen cómodos? ¿Hm? Voy a romperme un tobillo —.

—Gracias a Sheila —. Arrugó su basura, hablando con la boca llena. —No finjas que vives y mueres por los zapatos de tacón alto, Vick —.

Jace tiene razón de nuevo. Que le den. —Oh, puedo vivir y morir en rompetobillos, Nathan —. Bajando la pierna con un bufido, crucé los brazos y me clavé el labio inferior con los dientes apretados. —Vas a caer —.

Me atrapó con su mirada desconcertada. —¿Has terminado?

—Nop —. Aburrida, estudié mis uñas cuando un momento de inspiración chispeó una idea. —¿Puedo hacerme la manicura?

***

—Me encantan —, chillo, maravillada por mis uñas rojas pulidas. —Estoy en el cielo —.

—Yo estoy en el infierno —, refunfuñó Jace, arrastrándose de tienda en tienda.

—Es difícil tomarte en serio con ese atuendo ridículo —. Lleva un abrigo de cuero hasta los

tobillos, gafas de aviador negras y una peluca de hombre hasta los hombros. —Creo que empezaré a llamarte 'Arnold' —.

—No empieces
—

—Volveré —, cité con voz de barítono.

Me lanzó un gruñido malhumorado, siguiéndome a otra tienda de cosméticos. —¿Qué estás comprando ahora?

—Productos para el cabello —. Recorriendo los estantes, alterno botellas, inhalando varios aromas. —¿Lavanda?

Negó con la cabeza.

Olí otro. —¿Crema de mantequilla?

—Crema de mantequilla —, gimió en un puño cerrado. —¿A quién le importa si tu pelo huele a mantequilla?

—A mí me importa —, afirmé lo obvio, seleccionando frambuesas y crema. —¿Qué tal arándanos?

—No puedo soportar mucho más —, se queja, pasándose una mano por el pelo. —Vick, soy un hombre. Puedo tolerar un poco de mirar escaparates, pero tu gasto agotador y peligroso es nauseabundo —.

Meneé mis cejas depiladas. —Ven conmigo si quieres vivir —.

—¡Deja de citar a El puto Terminator!

—Hasta la vista —. Cadera apoyada en el mostrador, le guiñé un ojo. —Baby —.

Sus labios se fruncieron en una línea apretada. —Vick...

—Bueno, no tienes que hacer de niñera conmigo —. Espero a que la cajera empaque mis compras. —¿Por qué no termino de comprar y te encuentro de vuelta en el coche?

Jace le entregó billetes enrollados.

Tamborileé con mis uñas en el mostrador. —¿Nath?

—¿Qué? —, murmura, llevando mis nuevos artículos afuera. —No sé, Vick. ¿Y si...?

Deliberé sobre su pregunta inacabada. —Lo prometí —, enfaticé, metiendo el cabello rubio detrás de mis orejas. —Pensé que habíamos acordado confiar el uno en el otro —.

—Confío en ti...

Las emociones conflictivas de Jace me apuñalaron en el corazón. Aprecio cómo debo parecer una responsabilidad, pero la vida de una niña pequeña está en juego. No soy un monstruo. Nunca le daría la espalda a Summer, no cuando soy el catalizador de su secuestro. —Prometo —, dije una vez más, entrelazando nuestros dedos, —volver. No voy a huir, Nath... — Su escepticismo se ganó una reprimenda. —Soy producto de un secuestro infantil. No me insultes. Nunca me quedaría de brazos cruzados y dejaría que Summer sufriera. Puede que sea tu hija, pero estoy involucrada, determinada y realmente cabreada. Ese enfermo hijo de puta no va a arruinar su vida. No conmigo cerca. No conmigo luchando en tu esquina. Y si se entera de lo que hicimos, me entregaré sin problemas. De cualquier manera, independientemente de las estrategias, Summer volverá a casa —.

—Joder —, susurró, llevándose una mano a la boca. —Lo sé, Vick. Mierda. Lo siento. Estoy paranoico —.

Le di una sonrisa tranquilizadora. —Dame veinte minutos para comprar algo de ropa interior, Nath —.

Soltó mi mano con gran reticencia, metiendo dinero en el bolsillo de mis vaqueros. Espero a que se pierda entre la multitud, luego respiro. Subiendo por la escalera mecánica al siguiente piso, localizo una tienda de lencería y me sumerjo entre hermosos encajes y sujetadores push-up. Le pedí a la dependienta que me tomara medidas antes de seleccionar artículos. —Treinta y seis —, le dije, esperando dentro del probador. —B —.

Dos minutos después, la amable dependienta regresa con innumerables sujetadores. —Elegí un treinta y cuatro para que lo pruebes también —.

Fruncí el ceño, extendiendo mis brazos para que rodeara una cinta métrica alrededor de mi busto. —Copa A —, dijo, y mi barbilla golpeó el suelo. —¿No es lo que esperabas?

—No puedo permitirme perder una talla de pecho —.

¿Qué demonios?

Frotándome las sienes, pregunté: —¿Estás segura?

Asintiendo, apretó la cinta, contando las pulgadas. —Treinta —.

Imposible. —¿Soy una puta treinta A? — Voy a asesinar a Jace Williams. —Pero compré... — Ropa nueva que no me había probado. —Lo siento, no esperaba esto —.

—¿Necesitas que mida de nuevo?

—No. — Ofreciendo una sonrisa falsa, recogí mi blusa desechada y me volví a vestir. —Gracias, puedo encargarme del resto.

Sola, me senté en la silla morada, examinando el sujetador de Sheila. Metí la tela inútil en mi bolso, me puse una expresión alegre y salí del probador.

En el reluciente suelo de la tienda, deambulé por los pasillos, eligiendo ropa interior talla 38. Gruñía con cada elección de tela, arrastrando múltiples estilos, con mis tacones alternadamente resonando contra el suelo de baldosas.

Concluyo, en este momento, que Jace es hombre muerto. Sus tendencias de cavernícola y su extravagante dieta de avena resultaron en que bajara dos tallas de vestido. No era atractiva a la vista antes de este terrible dilema. Ahora tendré suerte si vuelvo a llamar la atención — —Ni hablar —, dijo una voz familiar con acento arrastrado, y los pelos de mi nuca se erizaron. —No se trata de eso —.

Tragando con dificultad, me asomé por el pasillo, con la ropa interior pegada al pecho. Fuera

de las puertas dobles de la tienda, Brad y Nate están de pie, imponentes en sus impecables trajes, discutiendo con... ¿Es ese Josh? ¿Desde cuándo mi humano favorito consiguió un ascenso? ¿Qué, ahora es un estirado con traje?

Arrugué la nariz, con la lengua aplastada contra los dientes superiores.

Brad echó la cabeza hacia atrás con carcajadas fuertes, dándose teatralmente una palmada en el pecho. Sus ojos, llorosos de risa incontrolable, encontraron los míos. Di un salto hacia atrás, rezando para que no me hubiera visto. ¡Por supuesto que me vio! Es Brad. Ese hombre olfatea vaginas como un sabueso sobreexcitado.

Giré sobre mis talones para esconderme en el probador y choqué directamente contra el pecho de alguien. —Oh, mierda —, chillé, casi tropezando con mis pies, esparciendo encaje por el aire como confeti burlón. Dos manos agarraron mis codos, estabilizándome y frenando mi caída.

Dejé de respirar. Su colonia, una mezcla de sándalo y especias, impregnó mi espacio para respirar.

¿Qué espacio para respirar?

No tenía ninguno. Prácticamente estoy desplomada encima de él, con las palmas apoyadas en su pecho duro y musculoso. Aparté mis manos de golpe, caí de rodillas y recogí la ropa interior del suelo. Él se agachó sobre una rodilla, y todo lo que pude hacer fue mirar fijamente su zapato de cuero negro. —¿Estás bien? — Cerré los ojos, incapaz de encontrarme con su mirada. Alargué la mano hacia el último tanga; él se me adelantó, enroscando un dedo bajo el delicado encaje, sosteniéndolo entre nosotros. —Creo que esto te pertenece —.

Poniéndome en pie con dificultad, me aparté de él, aterrorizada de que me reconociera.

Vestido con un impecable traje negro de tres piezas, se elevó a su altura plena e intimidante, imponente e indomable.

Necesito apartar la mirada. Imposible. Sus penetrantes ojos azules escudriñan los míos con una intensidad que corta la respiración, y una barba de un día cubre su fuerte mandíbula. No está enfadado. No está deprimido. No está herido, confundido o consciente. Simplemente es... Él.

Liam Warren.

Mi Liam.

—Asumo que todavía planeas comprar estas prendas de encaje —, reflexionó, mientras su voz grave me ponía la piel de gallina.

Abrí la boca para responder, pero sabiendo que me reconocería la voz, asiento.

Frunciendo ligeramente el ceño, se acercó un paso, con la frente arrugada. —¿Te conozco?

Tímida y torpe, negué con la cabeza.

Dándome una sonrisa encantadora, giró distraídamente el pulgar sobre el tanga de encaje. —Me gusta este color —, dijo con voz espesa y grave. —Te quedará bien —.

Con la cara ardiendo, asentí, reclamando la ropa interior roja de su mano. Me acarició los nudillos con un roce deliberado del dedo, enviando una poderosa ola de satisfacción por mi cuerpo tembloroso. Parpadeó, estudiando su mano sobre la mía. Todavía está ahí, pensé, viéndole enmascarar su coqueteo con indiferencia cautelosa.

Nuestros ojos se alinearon. —¿Cómo te llamas? —, susurró con voz ronca, con los ojos fijos en mis labios. —¿Estás segura de que nunca nos hemos conocido?

—No —, susurré, intentando apartar mi mano de la suya.

Su agarre se tensó, reteniéndome cerca de él. —¿Así que no eres muda?

No sonrías ante sus bromas, Alexa. Sonreí, negando con la cabeza.

¿Por qué sigue aquí?

No es propio de él.

Como si oyera mis pensamientos curiosos, Liam soltó su fuerte agarre sobre mí. Metió las manos en los bolsillos del pantalón, balanceándose sobre los talones de sus zapatos.

Sigue adelante, Alexa. Puedes volver. No es el momento.

Di un paso, vacilé, quedando hombro con hombro.

Nuestras cabezas giraron al unísono, enfrentándonos cara a cara.

Me permití catalogar sus llamativos rasgos, admirar sus labios carnosos y su prominente mandíbula.

Me permití mirar profundamente en sus ojos, apreciar su cercanía y su dominio absorbente. Su superioridad omnipresente, asfixiante de la manera más satisfactoria.

No sirve de nada.

Estoy perdidamente, tontamente enamorada de este hombre.

Cada perfección. Cada imperfección. Todo él.

Y no estoy lista para decir adiós.

—Yo... — Bajó la cabeza, pasando el pulgar por su labio inferior.

Su falta de confianza me complació de alguna manera. Es un requisito egoísta. Él cree que morí, pero no quiero que se encapriché con otra mujer. Quiero que me espere. Quiero que espere a Alexa.

¿Cómo se supone que va a hacer eso? Sé razonable, Alexa. No es como si te hubieras ido de vacaciones y él estuviera esperando tu regreso.

Moriste.

Lo abandonaste.

—Te reconozco —, dijo finalmente, y el pánico brotó dentro de mí. —Es increíble... — Miró por encima del hombro, buscando, al parecer. —Dame un nombre. Me gustaría
—

—¿Liam? — Una voz femenina penetró en nuestra burbuja protectora, matando las mariposas revoloteantes en mi pecho. —¿Liam? Oh, aquí estás —.

—Joder —, murmuró entre dientes, agarrándose la nuca.

Cada aleteo murió. Sostuve la ropa interior contra mi pecho, esperando que no notara mi respiración errática y mi pecho tenso. Rubia, curvilínea y absolutamente hermosa, la mujer se fundió en su costado
y le dio un beso prolongado en la mandíbula. Dirigí mis ojos a los suyos. Él todavía me está estudiando, buscando, leyendo.

¿Por qué me está observando?

¿Por qué no corresponde a sus afectos?

¿Quién es ella?

Se dirigió a él informalmente.

Está prohibido que los inferiores se dirijan a él por su nombre de pila.

Warren. Liam no exigía veneración.

Ella significa algo para él...

No puedo inhalar. Una mano imaginaria agarra mi garganta, estrangulando el oxígeno de mis pulmones, el aire que respiro.

—Hola —, canturrea, extendiendo un brazo, instándome a estrechar su mano. —Hellen. ¿Y tú eres?

Sus dedos aplastan los míos, con una advertencia silenciosa pero amenazante.

Todavía no puedo respirar.

¿Por qué dejé a Jace?

Un calor implacable invadió mi pecho y mi cara, y el sudor goteaba por mi nuca.

Pum. Pum. Pum.

Voy a tener un ataque de pánico.

No. No. No. Ahora no.

—¿Está bien? —, le preguntó Hellen con condescendencia, asumiendo que no la oía. —Creo que se va a desmayar —.

Dejé caer todo al suelo, retrocedí tambaleándome, chocando contra tres maniquíes. Por favor, no,
Se balancearon burlonamente en la unidad de exhibición antes de estrellarse contra el suelo. Un fuerte ruido de disturbio reverberó por toda la tienda de lencería, atrayendo la atención de todos los clientes. Alterada, la dependienta se dirigió hacia mí. —Lo siento mucho —, solté, agarrándome la garganta, con mi corazón golpeando dolorosamente contra mi esternón. —Fue un accidente —.

Alexa, deja de hablar.

Mis ojos pasaron de Hellen a Liam.

Estoy humillada, mortificada.

Liam se tensó visiblemente, con su mirada oscureciéndose ante mis ojos.

—Tal vez quieras coger un pañuelo —. Hellen hizo un puchero, señalando mi nariz. —Tienes una pequeña hemorragia nasal —.

Me presioné dos dedos contra la fosa nasal, manchándome los dedos de sangre. Por el rabillo del ojo, lo veo acercándose, pero salgo
corriendo. Atravesé los concurridos pasillos a toda velocidad, oyendo sus pesados pasos retumbando detrás de mí. Me lancé entre los clientes como una bola de bolos entre los bolos, empujándolos contra los estantes y las unidades.

—Respira —, jadeé, rezando a Dios para que estos tacones no se rompan bajo mi peso.

En la entrada, los tres hombres de traje miran al percibir un alboroto. Me abrí paso entre su frente unido, me dirigí al ascensor y pasé rudamente entre los compradores estacionados. Uno me reprendió, o eso creí, hasta que miré hacia atrás y vi a Liam pisándome los talones.

Joder. Dos segundos como Victoria y eché por tierra mi coartada.

Aceleré el paso, apresurándome hacia la salida. Los vientos vespertinos me abofetearon la cara al caer a través de las puertas giratorias. No tuve tiempo de encontrar a Jace. Ni siquiera sabía qué dirección era segura.

Tomando una decisión obvia, me senté en un banco con vistas a la concurrida plaza, apretujándome entre una pareja. Poniéndome unas gafas de sol de montura grande, metiendo el pelo bajo mi blusa, permanecí inmóvil, como una estatua.

Liam se abre paso a empujones por la puerta. En medio de la plaza, se detuvo bruscamente, juntando las dos manos en la parte posterior de la cabeza. Mira entre las posibles rutas de salida; el cine, la segunda fase del centro comercial, el aparcamiento, la parada de autobús, el metro y una calle lateral que ofrece varias cadenas de comida rápida.

Furioso, bajó los brazos, usó el dorso de la mano para limpiarse el sudor de la frente. Sobre las puertas principales del centro, marca una cámara de seguridad. Tendrá ese metraje en su poder en media hora.

Y luego se ha ido, volviendo con su... Hellen.

¿Quién es Hellen?

No voy a dormir esta noche.

Disculpándome con la pareja molesta, me levanté, recogí mis pensamientos dispersos y me reuní con Jace en el aparcamiento. Localizo el Land Rover y golpeo la ventanilla, interrumpiendo su siesta aleatoria. Se inclinó y desbloqueó la puerta del coche. Me hundí en el asiento de cuero, con la cabeza enterrada en mi regazo.

—Oye —, respiró, apretándome el cuello. —Vick, ¿qué pasa?

Me derrumbé.

Con un sollozo gutural, me desmoroné, con el corazón haciéndose añicos. —Nath —, lloré, con el dolor de corazón derramándose en mis manos. —Oh, Dios. No puedo... — Me di la vuelta, me sequé las mejillas con las mangas de la camisa, manchándome el rímel. —Me duele. Me duele tanto —.

—Joder —. Agarrándome el codo, me acercó a la fuerza, envolviéndome en sus brazos. —Vick, háblame. ¿Por qué estás tan alterada? No debería haberte dejado
—

—Liam —, gemí, escondiendo la cabeza en su pecho. —Estaba de compras... — Estaba dentro de una tienda de lencería comprándole encaje. —Y Hellen
—No me fui tanto tiempo —, espeté, incorporándome de golpe, arrancándome la peluca de la cabeza. —A la mierda —. Aterrizó a mis pies. —No, en realidad. ¿Sabes qué? — Agarrando el nido rubio, me lo volví a poner en la cabeza. —A la mierda él. A la mierda todos. A la mierda mi vida. A la mierda mi antigua vida. Simplemente
—¡ah!

—Cálmate —. Me masajeó el cuello, sus dedos aflojando la tensión. —Por mucho que me encante oír la palabra 'joder' en tu lengua, necesito que seas un poco más específica. ¿Qué pasó? — Me pasó un paquete de pañuelos. —¿Vick?

Doblé unos cuantos, me limpié las mejillas y la nariz. —Estoy cansada —, susurré, sollozando con desaliento. —Amo con tanta fuerza, Nath. Amigos, familia... — Liam, pensé, mirando por la ventana. —Tuve una infancia de mierda, pero no me cambió para peor. Aúnasí crecí con moral, respeto, empatía y compasión. Aún así traté a la gente como quería que me trataran a mí —. Con los ojos hinchados y lacrimosos, lo miré fijamente, ambos pensativos. —No tengo razón para estar enfadada con Liam. Él cree que estoy muerta. Pero seguir adelante... — Me tragué el nudo en la garganta. —Olvidarme —, chasqueé los dedos, —así sin más. Como si no hubiera significado nada, como si lo que tuvimos no hubiera significado nada para él —.

Jace apartó la mirada de la mía.

Un entumecimiento gélido me inmovilizó. Me recosté en el asiento, letárgica, devastada. —Esto es todo para mí —, dije en voz baja, soltando un suspiro tembloroso. —Sin él, no tengo razón para volver —.

—Vick...

—Hablo en serio, Nath —. Mi vida pasó ante mis ojos. Recuerdos benditos. Recuerdos tristes. Recuerdos espantosos. Recuerdos amorosos. —Adaline Haines está muerta. Kathy Haines está muerta —. Incliné la cabeza, capté su expresión atónita. —Alexa Haines está muerta —. Le di una imperceptible sacudida de cabeza. —Se acabó. Es hora de seguir adelante —.

Ofreciéndome su mano, entrelazó nuestros dedos. —¿Qué quieres, Vick?

Con el corazón roto, sentí una lágrima rodar por mi mejilla. —Ser libre —.

19. CAPÍTULO DIECINUEVE

Liam

Acurrucado entre rascacielos comerciales, unidades industriales, grandes almacenes, teatros y bares y restaurantes, oscilé, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, escaneando varias rutas de salida.

Repleto de turistas con los nudillos blancos, entusiastas observadores y compradores sin rumbo, Londres, la gran ciudad, de repente se sintió demasiado pequeña e incómoda.

Con la sangre rugiendo en mis oídos, bajé los brazos, mentalmente perdido en la bulliciosa vecindad.

Mi corazón late tan violentamente, tan dolorosamente.

Me froté el pecho con la palma de la mano, pero la pulsación de mi corazón se intensificó.

La oleada gravitacional en mi entorno indistinto se fortaleció. Miré, duro, minuciosamente. Aunque insuperable y exigente, escuché la creciente intuición. Es demasiado poderosa, cautivadora y compulsiva. Surgieron insatisfacción y desilusión, subyugando los motivos de esperanza y creencia optimista, una voz lógica dentro de mi cabeza, inflexible con sus hechos indiscutibles.

Oscurecí mis ojos, suaves vientos rozando mechones de pelo sobre los párpados cerrados.

Alexa Haines está muerta.

¿Por qué late mi corazón tan rápido?

¿Por qué siento su cercanía?

La joven rubia me evocó recuerdos agradables pero desgarradores. Veo y siento a Alexa, vívidamente agotadora. Lágrimas derramadas, discusiones sin resolver y separaciones inútiles. Hermosas sonrisas, besos robados y sentimientos susurrados. Todavía siento su cuerpo estremeciéndose debajo de mí. Su mano en mi espalda, su cabeza en mi hombro, sus labios en mi mandíbula. Me toqué la boca con dedos casi investigadores, sintiendo el vodka en su lengua, y la acritud de la mía.

Estoy perdiendo la cabeza. Estoy de luto.

No, estoy enamorado.

La cámara de vigilancia giratoria que supervisaba la plaza de aparcamiento del centro comercial me llamó la atención. No sé quién es esa mujer ni por qué estoy tan locamente interesado, pero quiero poseer ese metraje.

Fuerzo a través de las puertas giratorias coincidiendo con Brad. Me llama, lanza las manos al aire, frustrado. Fomenté un mutismo enfadado, subí por la escalera mecánica y corrí entre multitudes de compradores para incomodar a los guardias de seguridad del centro. Irrumpí en la sala de control.

Sentados y disfrutando de bizcochos, tres guardias giraron la mirada, y uno se puso de pie. —Usted no es
—

—Necesito acceso a la vigilancia —, interrumpí, presionando las palmas sobre el escritorio divisorio. —Todo. Empiecen desde esta mañana también —, miré mi reloj, —cinco y media. Denme acceso a las tiendas, ascensores, instalaciones, baños y aparcamientos —.

Momentáneamente aturdido, el guardia se cruzó de brazos, arqueando una ceja gruesa. —No tiene la jurisdicción para tales demandas imperiosas —.

Lo mataré. —Incorrecto —. Furioso, agarré el cuello de su camisa, lo arrastré a través del escritorio, sus piernas golpeando monitores y servidores de telecomunicaciones. —¿Sabes quién coño soy? — Sus compañeros de trabajo, frenéticos pero perezosos, se pusieron de pie de un salto. —Un movimiento más —, advertí, amartillando la Eagle, clavando el cañón bajo la papada de este tipo, —y le volaré los sesos —.

Nate entró, cerrando y bloqueando la puerta. Se colocó como un muro impenetrable, con su

camisa negra tensándose contra sus musculosos brazos cruzados.

Les di a los guardias una sonrisa malvada, agarré la camisa del tipo por el cuello y le estrellé la cara contra el escritorio de visitantes.

Tres minutos después, me fui con los nudillos agrietados y dos días de metraje.

***

Me libré de las tareas de compras postergadas con la señorita Bennett bajo el sólido consejo de que la escoltaría a cenar alguna vez esta semana. No podía pensar en nada peor, cenas a la luz de las velas, romanticismo y amorosidad falsa, especialmente con una mujer engreída que cree que su mierda no apesta.

Entronizado al final de una mesa de conferencias en el Club 11, me tomo un whisky en un vaso de cristal, escuchando a los hombres y al Superintendente Jefe Reginald Burton discutir teorías sobre Jace Williams. A mi izquierda, Nate trabaja afanosamente en el portátil, descifrando la vigilancia del centro comercial de la ciudad. Aún tiene que entregar resultados de su estudiosa investigación; sin embargo, espero con impaciencia mordaz, necesitando saber qué significa el indescifrable encuentro de hoy con la rubia.

Reginald enciende su puro, me ofrece uno. —No hay imágenes del incendio —, explicó, mientras acaricio la circunferencia del vaso, escuchando con atención afilada como una navaja, —ya que la vigilancia se cayó antes del ataque incendiario —.

—¿Y qué hay de Jace? —, preguntó Brad, pellizcando un palillo, metiéndoselo en la boca. —¿Dónde se sitúa en todo esto?

—En ninguna parte —, dijo Reginald, exhalando humo. —No es sospechoso, Warren. No estaba cerca del edificio alquilado esa noche. De hecho, tu hombre tiene una coartada. Estaba aquí cuando empezó el incendio, disfrutando de tu celebración de cumpleaños —.

No me lo recuerdes. —¿Por qué abordó un ferry a la Isla de Man? — Lancé un sobre sobre la mesa, pruebas que robó de la terminal de pasajeros de Liverpool. Gracias a mis hombres más confiables, una reserva de probabilidades reunidas se esparció entre esta reunión privada.

Rompiendo la documentación impresa, Reginald se ajustó las gafas de lectura y entrecerró

los ojos. —Una vez más, esto no significa nada. Así que el hombre hizo un viaje, visitó a amigos y familiares. Eso no lo convierte en sospechoso. Ciertamente no sugiere que sea el responsable de la muerte de la señorita Haines —.

Mi corazón dolió ante la mera mención de su nombre. Con el puro encajado entre los dientes, encendiendo una llama de fósforo, me recliné en mi silla. —¿Cuánto tiempo hace que me conoces, Reginald?

Meditó mi pregunta. —Desde aquel día, en que tu yo más joven, tan generosamente me ofreció un salvavidas —.

—Y en todos los años que has trabajado para mí —, continué, exhalando un velo de humo, —¿cuándo me ha fallado el instinto?

Apretando los labios en una línea sombría, dejó las notas a un lado. —Nunca —.

—Nunca —, repetí con un encogimiento de hombros arrogante. —Sin embargo, cuestionas mi juicio. No estás asistiendo a una reunión con colegas o inferiores. Deja ese libro de leyes en la puerta y vamos al grano. De hombre a hombre, Reginald. ¿Qué especulas que sucedió la noche que comenzó el incendio de Londres?

—La mafia albanesa es la única responsable —, se mantiene firme en especulaciones anteriores. —Sin embargo, no creo que Jace actuara como cómplice durante el tiempo en cuestión. No pierdas tiempo valioso investigando evidencia no fundamentada basada en investigación anecdótica, Warren. Entiendo —, enunció, pellizcándose el puente entre los ojos. —Necesitas una razón para la muerte de la señorita Haines, alguien culpable para aliviar la angustia, pero es desacreditable y contraproducente ir tras el tipo equivocado —.

—No me importa la credibilidad —, espeté, soplando humo hacia el techo. —Y no me importa lo que digas,
ese hombre sabe algo. ¿Por qué no volvió al trabajo a la mañana siguiente, eh? ¿Por qué ese hijo de puta huyó de Londres al amanecer para evitar las consecuencias de esa noche catastrófica? Es absurdo
o es inteligente? Aún tengo que entenderlo, por supuesto —. Miré a Brad. —¿Qué sabemos de él?

—Jace Williams, de veintitrés años, se mudó a Londres hace dos años —, me informa, leyendo de una carpeta que Nate preparó. —Las direcciones anteriores fluctúan entre Liverpool, Manchester y Escocia. Parece que nuestro vagabundo casi nunca echa raíces. Jace, a los

dieciséis, perdió a su novia, Lucy O'Riley —, deslizó una imagen por la mesa, —en el parto debido a sangrado severo y parto obstruido al dar a luz a su hija, Summer Williams —.

Frunciendo el ceño, examiné la imagen de un Jace besando la cabeza de un bebé recién nacido. —¿Qué edad tiene la niña?

—Tendría siete años —, añadió Josh, resaltando pasajes con un marcador verde. —¿Abordó el ferry con su padre?

—No —, dijo Nate, pasándome el recibo del billete de ida de Jace. —Hizo el viaje solo —.

—¿Dónde está la niña? —, pregunté, y todos compartieron una mirada dudosa. —¿Y qué hay de Grayson? ¿Qué tuvo que decir sobre la falsa muerte de Jace?

—Mi pregunta lo dejó atónito —. Brad se pasó una mano por el pelo. —Afirmó que dos oficiales visitaron The Coffe House después del incendio y ofrecieron sinceras condolencias por su pérdida —.

Reginald se reclinó en su asiento. —No envié oficiales a The Coffe House. Quienquiera que se acercara al Sr. Turner no era de la policía —.

Josh rellenó los vasos de todos con Macallan, y una ginebra pura para Nate. —Así que Bajramovic envió a sus hombres a The Coffe House, dos tipos haciéndose pasar por oficiales, para asegurarse de que Grayson no levantara la alarma o se volviera ansioso y sospechoso. Mientras tanto, Jace, que aparentemente no tiene nada que ver con la muerte de Alexa, sale de Londres al amanecer. Actualmente está escondido, o escondiéndose para que Warren no huela mierda —. Cargando un portátil, teclea en el teclado y busca escuelas primarias en nuestra vecindad. —Empecemos con la escuela de Summer —.

Impresionado por la concienzuda ética de trabajo de Josh, arqueé una ceja sorprendida.

—Es demasiado tarde para llamar al mostrador de recepción —, murmuró, encontrando un número de teléfono fijo alternativo. —Intentaré el móvil del director —. Aclarándose la garganta, se llevó el teléfono a la oreja. —Me disculpo por llamar a horas tan intempestivas. Soy Joshua Fitzpatrick, detective de homicidios de la comisaría metropolitana de Victoria Embankment, Westminster, Londres, y quería preguntar por una de sus alumnas, Summer Williams, de siete años —.

Reginald lo miró boquiabierto. —Creo que está trabajando en el campo equivocado —.

Frenando una sonrisa jactanciosa, Josh escuchó la respuesta del director. —¿Cuándo fue la última vez que asistió? — Hizo una pausa, garabateando notas con un bolígrafo Parker. —¿Y el Sr. Williams explicó sus razones? — Otra línea garabateada. —Sí, por supuesto. Gracias por su tiempo. Me pondré en contacto si es necesario —. Terminó la llamada. —Escuchen esto. Summer no ha asistido a la escuela durante más de dos meses. Jace la sacó, alegando que se mudaban de vuelta a Escocia. Obviamente, la junta de educación no cuestionó su decisión. Pero —, tecleó en el teclado, enviando información a la impresora, —Jace no ha inscrito a Summer en otra escuela. Sabemos que nunca regresó a Escocia tampoco —.

—¿Qué coño hizo con su hija? —, deliberó Nate en voz alta. —No, tío. Algo no está bien —. Inclinando el portátil, me mostró la pantalla. —Tu amiga —.

Me abstuve de golpearlo.

Haciendo zoom en la mujer, veo a la mujer saliendo de una tienda de ropa de diseñador. Es irracional e ilógico, pensé, delineando sus esbeltas piernas, prestando gran atención a su sonrisa desprevenida y su cabello rubio hasta la cintura.

Brad discutía con Nate. Josh, en ocasiones, intervenía. Yo, sin embargo, permanecí absorto, haciendo clic a través de varias imágenes y grabaciones. Pausé el video. Dentro de una tienda de cosméticos, frente a un mostrador de maquillaje, la mujer inhala fragancias, un hombre alto se cierne a su lado. —¿Está él en las otras tomas?

Nate dibujó un cuadro alrededor de la cabeza del tipo, hizo clic en buscar y cargó metraje adicional. —Sí —, confirmó mientras veíamos al hombre desconocido merodear de tienda en tienda. —Interesante —.

—¿Qué? —, pregunté, mirando de él a la pantalla. —¿Qué me estoy perdiendo?

—Es consciente de las cámaras, — señaló Nate, observando cómo el tipo se escabullía con disimulo. —Cabeza baja y ojos hacia el suelo. Da la espalda a las cámaras rotativas y a los guardias de seguridad que merodean. — Enderezó su postura, haciendo crujir los nudillos. —Es astuto, se lo reconozco. Pero, ¿qué razón tiene para esconderse?

Buena pregunta. —Y su cercanía, — indagué, mostrándole un primer plano de la mano del hombre en la parte baja de la espalda de la mujer. —Su alianza es evidente.

Nate asintió en señal de acuerdo. —Quiero decir, — hizo una mueca, desviando la mirada hacia Brad, que me perforaba con una mirada ardiente y cínica. —No lo sé, señor. Su comportamiento esquivo y su ilegalidad son cuestionables,

—probablemente esté robando en esas tiendas

—pero el hurto no tiene nada que ver con nosotros, ¿verdad? Ni siquiera sé por qué estamos investigando esto.

Apoyando un codo en la mesa, pasé el pulgar por mi labio inferior. Su imagen enciende algo feroz e imposiblemente posesivo dentro de mí. —Quiero nombres —, ordené, y Nate comenzó a tomar notas. —Quiero saber quién es ese hombre —. Necesito saber quién es ella. —¿Dónde está el metraje de ella escapando del centro?

Insertando otra pantalla, Nate silencia el volumen, y vemos a la misma mujer que perseguí por impulso mecánico corriendo por la plaza del Centro Comercial. Cautelosa e inestable sobre sus zapatos, se desliza en el aparcamiento de varios pisos, hasta que la pantalla falla.

Su figura inmóvil se quedó junto a la máquina de tickets. —¿Qué pasó?

Nate contorsiona sus rasgos desconcertados. Tamborileó con los dedos en el teclado, revisando la vigilancia, confundido por la repentina dificultad técnica. —Hijo de puta —, escupió, y yo me senté más erguido. —Alguien ha hackeado la organización —. Saltando a sus pies, arrebató el portátil de Josh, golpeando el teclado. —¡Apagad todo! —, ladró, y los hombres se pusieron en acción torpemente, desconectando sistemas informáticos y software. —Mierda —.

—¿Qué demonios está pasando? —, Reginald aplastó su puro en el cenicero de cerámica.

Desenchufando la impresora, Josh examinó las impresiones, reflejando la perplejidad de Nate. —Atasco de papel —, susurró, y yo me puse de pie, ajustándome el gemelo. —Alguien no quiere que husmeemos —.

Miré a Nate fijamente bajo mis cejas fruncidas. —¿Aún crees que el dúo sin ley no debería estar en nuestro radar?

Está desconcertado, sin palabras.

Mi móvil vibró.

Kellie: ¿Estás ocupado?

Yo: Sí.

Kellie: Podría pasar después del trabajo...

Mi pulgar se cernió sobre la pantalla, con el rostro de Hellen en mente.

Yo: No quiero verte más.

Tres puntos bailaron por la pantalla.

Kellie: ¿Me estás dejando por mensaje de texto?

Yo: No puedo terminar con una mujer con la que no compartía ningún compromiso.

Kellie: ¡Eso es una excusa! ¿Qué ha cambiado, Warren? Teníamos un entendimiento claro, ¿por qué arruinarlo?

Yo: Estoy viendo a alguien más.

Esperé su respuesta. Concluyendo que había entendido mi mensaje resuelto e indiscutible, guardé mi móvil y me puse el abrigo. —Reginald —, dije arrastrando las palabras, dando una calada a mi puro. —Puedes irte —.

—Gracias, Warren. Un placer como siempre —. Acostumbrado a mi comportamiento grosero e indiferente, asintió, estrechó la mano de los hombres y salió de la sala de conferencias escoltado por dos hombres.

Espero hasta que se ha ido para dirigirme a mis aliados más cercanos. —Josh, quiero que hagas reservas de restaurante en mi nombre; voy a acompañar a la señorita Bennett a una cena romántica mañana por la noche. Mientras tanto, voy a hacer una visita amistosa a nuestro grupo de odio supremacista blanco. Es hora de que alguien me dé el paradero de Flamur Bajramovic —. Con los puños apretados dentro de los bolsillos de mis pantalones, sonreí con conocimiento a mis hombres. —Soy más que capaz de hacer que una de esas perras cante —.

Brad esbozó una sonrisa dentuda. —El jefe ha vuelto al juego —.

—Nate —, le puse una mano en el hombro, —quiero que tomes seis hombres y vueles a la Isla de Man esta noche. Empieza por la terminal marítima. Ve si hay algún vínculo con la ubicación de Jace y un posible escondite —.

—Señor —, dijo arrastrando las palabras, guardando su portátil. —¿Algo más?

—Transmite información cuando sea necesario —. Lo veo marcharse y busco a mi mano derecha. —Un momento a solas, Brad —.

Comprendiendo los requisitos, obediente y sereno, Josh inclinó la cabeza y salió de la habitación con el detalle de seguridad. —Creo que Jace regresó a Londres —, expresé mis preocupaciones, y él se encogió de hombros, con un palillo sujeto en la comisura de la boca. —Para tranquilidad y hechos irrefutables, espero la confirmación de Nate —.

Ocupando el minibar, Brad abrió una licorera de cristal para servir dos copas fuertes. —Entonces, ¿lo enviaste a una búsqueda infructuosa?

—No —, corté, inhalando y apreciando el aroma a cuero y madera del whisky. —Aplacé reservas. Las tuyas, por supuesto —.

Molesto, Brad ingirió el fuerte licor con un suspiro. —¿Las mías? —, repitió, mirándome con una ceja arqueada inexpresiva. —Tal vez tengas que deletreármelo, Jefe —.

Cogí una de las impresiones intactas, admirando la cautivadora sonrisa de la mujer. —Durante meses, he estado muerto por dentro. Estoy demasiado familiarizado con la culpa y la destrucción de la culpa. La muerte de Alexa me dejó en un estado de dolorosa devastación. Sabía que ella era diferente. Cuando la perdí, sin embargo, tales sentimientos se intensificaron —el amor que tengo por esa mujer se intensificó, más bien. Y no ha disminuido, ni una sola vez desde su fallecimiento. Entumecimiento —, continué, apurando mi bebida. —El entumecimiento se convirtió en mi mejor amigo hasta esta tarde cuando esta mujer me devolvió la mirada —.

Brad me quitó la imagen de la mano. —¿Crees que esta mujer puede ayudarte a superar el duelo? No se parece en nada a Alexa. Kellie tiene más posibilidades de ganar tu afecto que este pájaro —. Tiró la imagen sobre la mesa. —¿Qué?

Desapreté la mandíbula, con las venas del cuello palpitando. —Su voz —, susurré, mirando fijamente mi vaso vacío. —Sonaba como... — Alexa, pensé. Odiaba lo ridículo de mis reservas.

—Sí, percibo su falta de parecido...

Brad guardó silencio.

Dije lo impensable. —No creo que Alexa esté muerta —.

—Lo sabía —. Exhaló un suspiro cansado. —Estás perdiendo la cabeza...

—Cállate —. Apoyando la espalda en el aparador, con una mano en el bolsillo, crucé los tobillos. —Aprecio lo absurdo que esto pueda parecer, pero tú no viste a esa mujer, Brad —.

—Vi lo suficiente —, dijo con impaciencia, jugueteando con el cuello de su camisa. —Uno, esa loca es rubia, delgada como un palo y tiene ojos azules. Claro, finjamos que hay una posibilidad de que esa mujer sea Alexa. Se tiñó el pelo y se puso de esas lentillas de colores para enmascarar su apariencia. Y por el bien de la discusión, supongo que se sometió a una dieta de moda para perder peso. Pero —, recalcó, agitando tres dedos, —Alexa nunca pasaría de largo ante Liam Warren, y mucho menos huiría de él —.

Mi pecho se hundió. —Se quedó —, corregí, omitiendo la parte en la que no podía esperar para alejarse de mí. —De hecho, no hizo ningún esfuerzo por irse hasta que llegó Hellen —.

Brad consideró mi respuesta. —No lo veo —, respondió honestamente, extinguiendo cualquier resquicio de esperanza. —Escucha, lo entiendo, jefe. No desearías nada más que Alexa entrara por esas puertas ahora mismo, poniendo el mundo en orden. Joder, yo también estaría encantado si apareciera. Pero está muerta y forcejear con probabilidades no va a traerla de vuelta —. Señaló las imágenes. —Si estás buscando a esta mujer no identificada con la esperanza de que sea Alexa Haines, déjalo. Te estás buscando más decepciones y sufrimiento. Si estás empeñado en encontrarla porque realmente crees que es una amenaza para ti o el sindicato, la localizaré antes de que acabe la semana —.

Hice rodar el humo del puro en mi boca, exhalando un velo alargado. —Tienes razón —, cedí con reluctancia. —Alexa nunca huiría de mí, ni en esta vida ni en la siguiente —.

Aún así, algo no se sentía bien. Esa mujer, quienquiera que fuese, desenterró una entidad peligrosa y feroz, una que está al borde de desatar una destrucción inevitable. Estoy enfadado, confundido e impredecible. Debo saber más sobre ella. Debo ver y entender, por mi cordura, por qué una gravedad tan intensa impulsó nuestra cercanía y por qué su sonrisa despertó a la bestia en mí.

—Desafortunadamente, no existe tal libro cultivado para los jóvenes e inexpertos. Necesitas encontrarte con un huevo podrido para saber cuándo tienes uno bueno. Necesitas sentir el desamor para apreciar una segunda oportunidad en la vida. Necesitas soportar el duelo para solidificar tu corazón, para aprender, educarte, remoldear y convertirte en la mejor versión de ti mismo.

—Tú —, me señala, —de entre todas las personas sabes que tengo razón. No compartiste ni cargaste mis hombros, aunque sé que sufriste una prueba —. Echó nubes de humo alrededor de su cara, manteniendo mi mirada estoica. —Te endureciste ante el dolor hace mucho tiempo, Warren, y no llegaste hasta aquí siendo un jodido maricón. Aprende de esto, cierra el libro, abre otro y empieza de nuevo —.

La lección de Rex se repetía en mi cabeza. Quizás esta mujer sea mi salvación.
—Encuéntrala —, ordené, y Brad inclinó la cabeza en reconocimiento a regañadientes.
—Resolvamos primero esta disputa con los nazis —.

Es hora de que Flamur Bajromovic conozca a su creador.

20. CAPÍTULO VEINTE

Liam

Los supremacistas blancos no habían previsto mi llegada. Estaban sentados dentro del santuario de sus cuatro paredes protectoras, bebiendo alcohol fuerte y esnifando cocaína como si fuera a extinguirse.

Retenido detrás de la barra con barandilla de latón, un hombre notó mi llegada y dio el aviso, llamando al arrogante lider nazi.

Obeso, calvo, perforado y tatuado, Mortiz miró a Brad con un guiño inquisitivo, recordando una época en que mi mano derecha se registraba para buscar soledad y una botella de Blue Label. No me sorprendió que Moritz me dirigiera la palabra formalmente y con el máximo respeto, entendiendo en sus ojos sin alma. Me ofreció un apretón de manos firme y un malta de sabor exquisito, despejó una mesa de esquina y se unió a mí para una conversación atrasada.

Moritz expresó veneración. No quería hostilidad ni guerra entre el grupo de odio supremacista blanco y el sindicato. En realidad, el hombre tonto deseaba una fusión.

Me reí, insultando su propuesta original.

Nathaniel Alzaim es birracial. Es de origen trinitense y merece un respeto supremo, independientemente del color de su piel.

También es mi hermano. Lo quiero.

Moritz merecía una bala entre los ojos por tal falta de respeto sin sentido.

Mi decisión improvisada de cortar nuestra reunión encendió la conciencia de sus hombres. En el segundo en que el cerebro de Moritz se hizo añicos y se esparció por las paredes, comenzó un tumulto cacofónico.

Brad luchó junto a mí hasta que el último cuerpo cayó al suelo.

Apreté el mango del cuchillo, con la sangre goteando por mis dedos. Rodeado de cuerpos muertos esparcidos, un baño de sangre espantoso, limpié la hoja sobre mis pantalones, me subí las mangas de la camisa y deambulé alrededor de la barra. En el suelo, escondido, un hombre de mediana edad se acurrucaba detrás de manos temblorosas. Di órdenes, le ordené que se levantara, le quité tres dedos y silbé melodías mientras gritaba y suplicaba compasión.

El cobarde siempre suelta verdades.

Robándole su último aliento, le extraje el corazón y quemé el edificio hasta los cimientos.

No voy a dormir nada esta noche.

***

Duchado y cambiado con un traje nuevo, estoy en las entrañas del callejón del Club 11, esperando la llegada de Nate. Brad, aburrido y con frío, se queja religiosamente en voz baja. —Relájate —, suspiré, encendiendo un cigarrillo. —Estará aquí —.

—Nate se está pasando de la raya. Hace mucho frío —. Se ajustó la entrepierna. —Juro que mis pelotas se han encogido hasta la parte trasera de mi culo —.

Exhalé una cinta de humo hacia el cielo nocturno, apoyando el pie en la pared detrás de mí.

Detrás del humo, , ve a Cherry, gruñendo su desaprobación. —Ah, joder —. Su labio se crispó con disgusto. —Desháganse de ella —.

—Caballeros —. Su voz sensual arañó mi piel, los tacones de sus zapatos de quince centímetros hacen clic alternadamente en el suelo. Me dedicó una cálida y afectuosa sonrisa, pero la adoración en sus ojos azul cristalino se intensificó para el hombre a mi derecha. —Brad —. Se acurrucó en su abrigo de piel sintética. —No has estado por aquí últimamente. ¿El Jefe te está haciendo trabajar demasiado duro?

Eso es un código para —¿Estás follando con alguien más?

—Tengo una vida fuera del burdel, Cher —. La miró con altivo desdén. —Y mejor coño —.

Fingiendo no escuchar a escondidas, reprimí una mueca. Nunca he afirmado ser un caballero. Estoy lejos de ser caballeroso, pero su forma de expresarse puede ser brutal.

Todo el mundo se ha acostado con Cherry, incluido yo. Pero es Brad. Él es el objetivo final. El tipo que ella elegiría si estuviera dispuesto. Sin sentido, pensé, tirando mi cigarrillo al suelo, aplastándolo bajo mi zapato. Brad nunca va a sentar cabeza, no después de todo lo que ha soportado. Ella lo espera, sin embargo, con la esperanza de que él corresponda tales afectos, lo cual es completamente inútil.

—¿Y tú, señor Warren? —, me espetó, pero su aspereza no es para mí. —¿Necesitas alguna ayuda?

El plan de Cherry para despertar los celos de Brad tiene el efecto contrario al deseado. Él no presta atención, demasiado ocupado revisando mensajes en su móvil. —No —, respondo en un tono aburrido. —Vete a casa, Cher —.

Ahuecando las mejillas, chasqueó la lengua, miró a Brad una vez más y luego se alejó con paso arrogante por el callejón.

Sabiendo que es seguro volver, Brad metió su móvil en el bolsillo trasero y levantó la cabeza. —Me está volviendo loco —.

Luché contra el impulso de poner los ojos en blanco. —Si la idea de Cherry te repugna, deja de acostarte con ella —.

—Lo intento —, mintió, ajustándose los botones de la camisa. —Su piercing en la lengua hace que sea difícil mantenerse alejado... — Sonrió con picardía. —Tú lo entiendes —.

Cherry hace buenas mamadas,
—solía hacer buenas mamadas. No le he dedicado nada de tiempo en meses, y eso no va a cambiar pronto. De todos modos, cambiaría las mamadas y el sexo sin compromiso por tener a Alexa en mis brazos.

De nuevo, pensar en Alexa acelera mi ritmo cardíaco. Normalmente es un dolor doloroso,

pero después de mi encuentro... Es diferente. No estoy enfadado, afligido, triste o lleno de culpa.

Puede que esté perdiendo la cabeza.

El débil argumento de Brad podría tener fundamento.

Pero ese impulso violento y ese deseo omnipresente de necesitar a alguien tanto como necesitaba a Alexa... Eso fue lo que pasó con esa rubia esta tarde.

—Era el mismo magnetismo que sentía cada vez que estaba junto a la mujer que amaba.

No soy descuidado ni estúpido. Mi mujer, disfrazada por razones incomprensibles, me miró directamente. Ninguna cantidad de deliberación con los hombres me dirá lo contrario.

Lo sentí.

Pero, ¿qué significa esto?

¿Por qué se escondería Alexa de mí? No tiene ningún sentido... Brad tiene razón. ¿Tiene razón? ¿Estoy buscando detalles sin sentido, esperando precisión?

No. Lo de hoy significa algo.

¿Por qué huyó?

¿Qué razón tenía para huir?

Fui considerado, encantador y atractivo. Sí, coqueteé un poco, probando las aguas, pero no lo suficiente como para asustar u ofender a la mujer. Ella no quería irse. Valoramos y apreciamos igualmente nuestra proximidad

—

—¿Jefe? — Brad cortó mis pensamientos indecisos y mi divagación mental. —¿Todo bien ?

Inhalando respiraciones profundas para calmar mi respiración frenética, me limpié el sudor perlado de la ceja. —Nate ha llegado —.

Descartando conceptos ponderosos, guío a Brad al vehículo de Nate. Abrió de golpe la puerta del conductor, exigiendo conducir. Honestamente, su idiosincrasia por ser chófer es cómica.

Nate debería abofetearlo, pero una confrontación entre los hermanos es poco característica. Preferiría entregar las riendas a Brad y residir en paz y tranquilidad.

Me desplomé en el asiento del pasajero. —¿Por qué permites que Brad te dé órdenes?

Relajándose junto a Josh, Nate levanta un hombro sin compromiso.

—No te pongas de su lado —, bromeó Brad a medias, guiñando un ojo a Nate a través del espejo retrovisor. —Me pongo nervioso en la parte de atrás. ¿No es así, Nate?

Nate negó con la cabeza, entrando en conversación con Josh.

—¿Equipaste a Josh? —, pregunté, cargando la Desert Eagle con balas.

Josh palideció, asintiendo vigorosamente con la cabeza. Necesita dejar superar esas reservas, o no durará dos minutos junto a estos hombres.

Brad condujo a velocidad de pistón, abriéndose paso entre vehículos de movimiento lento.

Sólo pasaron cuarenta y cinco minutos hasta que dirigió el coche por largas carreteras rurales, envolviéndonos en maleza, tranquilidad y oscuridad. Apagó los faros, y el motor siguió poco después.

Montando el coche en terrenos fangosos, Brad fijó el freno de mano, y salimos al unísono, con las puertas cerrándose detrás de nosotros. —Odio los campos —, exclamó Brad, frotándose las palmas heladas. —Me da escalofríos —.

Reajustándose la gorra, Nate se burló. —Deja de quejarte todo el tiempo —.

Silencioso pero vigilante, Josh sigue nuestros pasos, comprobando el peso de su arma de fuego.

Deambulando por un área de un campo de trigo sembrado, los hombres apartaban las espigas obstructoras, mientras los zapatos chapoteaban en el barro pesado y los charcos estancados. —Juro que puedo oír siseos —, susurró Brad, ansioso por llegar al otro lado. —Joder, ¿tenemos serpientes de cascabel en Londres?

La risa gutural de Nate reverberó. —Seguramente no tienes miedo de unas lombrices de jardín —.

—¿Lombrices? —, reflexionó Brad, tirando de su gorro hasta las cejas. —No, no tengo miedo de las lombrices. ¿Serpientes? Sí, definitivamente estoy aterrorizado de esas serpientes mordedoras de pollas —.

—Imbécil presuntuoso —. Resoplando, Josh se pasa una mano por la cara. —¿Qué te hace pensar que a esas serpientes les interesaría tu polla?

—Nunca insultes a mi polla —, advirtió Brad, haciendo una pausa para señalar con un dedo reprobador. —No hay nada pequeño en lo que cuelga entre mis piernas —.

—Eso es lo que me dices continuamente —. Josh usa una ramita para abrirse paso entre las largas espigas de trigo. —Cada puto día —.

—Sin embargo, dudas de mí —. Sonriendo con arrogancia, Brad extendió los brazos. —¿Necesitas que satisfaga tu cinismo sin sentido?

—Si saca su polla, se la arrancaré —, susurró Josh a Nate, y ambos se rieron entre dientes.

—No me gusta Josh —, mintió Brad, poniendo una cara de disgusto. —Creo que deberías matarlo —.

Nate salió del campo primero, dirigiéndose directamente al puente destartalado, caminando descuidadamente sobre un riachuelo de flujo lento, en el que el agua cae en cascada en las grietas de las rocas.

Estoy justo detrás de él, deteniéndome para preguntar a Brad por qué está procrastinando cerca de las rocas cubiertas de musgo. —¿Vienes o qué?

Tragando saliva, Brad empujó a Josh a un lado, haciendo que el pobre muchacho casi se deslizara por el banco fangoso y luego agarró la cuerda, avanzando con pasos cautelosos.

Nate perdió un paso, recuperó el equilibrio.

—Deja de balancear el puto barco —, ladró Brad, aferrándose a las cuerdas con firmeza agitada. —Lo digo en serio, Nate —.

Nate lo ignoró, armándose y volviendo a tierra firme.

Aceptando un porro pre-enrollado de Josh, equilibré la colilla en mi boca, encendí el extremo e inhalé profundamente.

Acurrucada entre bosques oscurecedores y cielos negros, una casa tipo cabaña se agazapaba en el terraplén rocoso, hecha de piedras grises, cristales sucios, un techo de paja y una chimenea humeante.

Exhalé una fina capa de humo y le pasé el porro a Brad.

—Si no vuelvo en quince minutos —, dije, señalando el edificio. —Desatad el caos —. Dejo a los hombres, mientras su conversación se va desvaneciendo en la distancia.

Las hojas caídas crujen bajo mi peso mientras camino. Trepé sobre el muro de adoquines de siete centímetros, entrando en el jardín. Con un alfiler en la mano, inserté la punta más afilada en la cerradura, la forcé y me concedí la entrada.

El silencio y la oscuridad me recibieron. Cerré la puerta, tiré el alfiler y caminé por el adornado pasillo de listones de madera. Es extrañamente acogedor, considerando el exterior diabólico.

Casi al poner un pie en la cocina, noté la tabla del suelo desnivelada y di un paso lateral, esquivándola. Se siente frío, deshabitado. Abriendo el frigorífico-congelador, comprobando las fechas de caducidad y las sobras, coloco una palma sobre la cazuela de terracota en la estufa —Está cálida.

Poniéndome guantes de cuero, y estirando los dedos en el cuero, registro la propiedad,

habitación por habitación, sin encontrar nada más que muebles mohosos y alfombras desgastadas. Seguro de que es un callejón sin salida, volví al pasillo, listo para irme, cuando una puerta de armario con candado me llamó la atención.

Sacudiendo el candado, tirando, alargué otro alfiler y forcé el cerrojo. Se abrió, cayendo al suelo con un fuerte golpe. Descendiendo el ambiente embrujado, con la mano buscando a ciegas en la pared la luz, la encontré e iluminé el sótano. Me detuve al final de las escaleras inseguras y miré alrededor. Unidades de estanterías adyacentes montadas en las paredes a ambos lados de la habitación, exhibían innumerables cajas cerradas con llave.

Mi curiosidad se intensificó.

De nuevo, forcé una cerradura, seleccionando la primera caja. Abriendo la tapa, tirándola a un lado, me sumergí entre artículos diversos, incluyendo cosméticos medio usados, maquillaje, cepillos para el pelo y rulos, así como un negligé manchado de sangre.

Un escalofrío inquietante recorrió mi columna vertebral.

Dejando caer la caja, seleccioné otra, repitiendo el proceso. Libros para colorear, rotuladores secos, crayones y material de manualidades. Vacié todo en el suelo, esparciendo juguetes de niños, zapatos Peyton sueltos
y calcetines con volantes sucios.

Me sentí enfermo.

Pasando dos manos por mi pelo alborotado, inhalé una respiración aguda, incapaz de calmar mis crecientes ansiedades. —Fechas —, leí en voz alta, 2005, garabateado en una caja con un marcador negro permanente. —Joder —. Conté a través de las líneas de tiempo, buscando los coleccionables de los 80 y 90.

Apoyándome sobre una rodilla, quité capas de polvo de los estantes inferiores, rebusqué en cada contenedor, cerca de rendirme. La tapa se abrió de golpe. Me detuve, al encontrar un vestido de verano blanco y amarillo. Pasé el pulgar por el bordado de margaritas.

—A mi madre le encantaba vestirnos —, me dijo Alexa, subiendo a la cama con mi camiseta demasiado grande, a horcajadas sobre mi cintura. —Vestidos horrendos, decía Kathy. Mi hermana era una chica de 'vaqueros y camiseta' —.

Asqueado, arrugué el vestido de la niña en un puño apretado.

—¿Por qué sonríes? —, pregunté, con mis manos enroscándose alrededor de su cuello.

—Simplemente lo hago, Liam —, susurró, toda sonrisas contra mis labios. —¿Puedo besarte?

Desabroché un medallón de plata grabado con estética victoriana. Es un viejo retrato de una bella mujer, con cabello oscuro de pin-up y pómulos prominentes, labios carnosos pero una sonrisa engañosa. Está miserable, pensé, pasando mi pulgar sobre la imagen.

—Así que a tu madre hay que agradecer esta sonrisa —, dije con voz ronca, trazando los labios de Alexa con un dedo. —Supongo que heredaste su belleza —.

—Era una mujer muy atractiva —, admite con un toque de timidez en su voz. —Tengo sus ojos, pero es Kathy quien recibió todos los buenos genes de mi madre —.

Odiaba a su hermana con pasión. —Deja de vivir a la sombra de Kathy —, dije, y lo decía en serio. —Ella no es digna —. Sus manos se fijaron en mis mejillas, ella salpicó sus labios a lo largo de mi mandíbula. —Eres hermosa —.

Se escondió en el hueco de mi cuello. —Siempre dices eso —.

Giré la cabeza, mirándola. —Eso es porque es jodidamente cierto —.

Metiendo el medallón en mi bolsillo, me puse de pie, pateé la caja a través de la habitación, dispersando la infancia de Alexa y Kathy. Encuentro
un viejo álbum de fotos desgastado de cuero. No debería mirar. Debería alejarme.

Agachándome, levanté con cuidado el álbum, me compuse. Pertenecía a Adaline Haines. Era su colección de recuerdos, contenía algunas imágenes con quienes supongo eran amigos, pero mayormente, sus hijas me devuelven la mirada. Desde picnics en el jardín, temporadas festivas hasta viajes a la playa, el trío iba a todas partes juntas mientras Adaline elaboraba sus memorias pictóricas. Y, aunque las tres comparten rasgos indiscutiblemente perfectos, la más joven, Alexa, domina las imágenes. Incluso de niña, su sonrisa genuina y su rostro bonito traen luz a su oscuridad.

Sonreí, quitando una foto de Alexa y su madre, deslizándola en mi cartera.

La determinación se disparó. Me niego a permitir que Flamur conserve este enfermo y retorcido santuario. Enciendo un cigarrillo, lo equilibro entre mis labios, lleno cajas con ropa, ropa de niños, que pertenecía a muchas víctimas
y prendo fuego a la habitación.

Recojo las cámaras y cintas fechadas, llevo la caja hasta las escaleras y es entonces cuando noto una trampilla, oculta bajo una alfombra oriental.

—Joder.

Dejo las cámaras en el primer escalón, aparto la alfombra de una patada, tiro del asa oxidada y miro hacia el subsuelo.

No tengo mucho tiempo antes de que el fuego se extienda.

Desbloqueando mi móvil y seleccionando la opción de linterna, iluminé el sótano oculto. Un olor a carne podrida y cuerpos en descomposición se propagó. El hedor intenso me hizo llorar.

Tosiendo contra mi brazo, me metí el teléfono en la boca, me agarré al borde cuadrado y me bajé a la cavidad del suelo de poca altura. Tuve que agacharme y encoger los hombros para avanzar. Telarañas se aferraban a las vigas de madera, y partículas de polvo flotaban ante mi rostro.

Por el rabillo del ojo, una forma fantasmal se arrastró hacia un nicho oscuro. Con las sienes palpitantes y el corazón hundido en el estómago, sostuve el teléfono e iluminé a... una chica desnuda y temblorosa. Con las mejillas hundidas y en los huesos, la chica me miró a través de sus dedos sucios, siseando como un animal salvaje mientras me acercaba. —No voy a hacerte daño —, le aseguré, arrodillándome lentamente. —Voy a sacarte de aquí —.

Con los ojos hinchados, tímida y lacrimosa, bajó la guardia, dejándome ver su rostro. Temblando de miedo, gimoteó. Sus labios secos y azules temblaban. Se sentía incómoda bajo mi intensa mirada y, en un estado de shock sin palabras, me quedé mirando fijamente esos ojos color avellana. —¿Cómo te llamas? —, susurré, hipnotizado por ella. —¿Cuántos años tienes? — Joven, pensé. Principios de los veinte, quizás. —Toma —. Quitándome la chaqueta del traje, la levanté entre nosotros. —Póntela —.

—Me matará —, murmuró, retrocediendo.

—Bajramovic tendrá que pasar por encima de mí primero —. Arrojé la chaqueta del traje a sus pies sucios. —Póntela —. Ante mi voz de mando, agarró la chaqueta, deslizando el material sobre sus brazos; aparté la mirada cuando se puso de pie, sin querer ver sus pechos desnudos. —Vámonos —.

—¿Cómo sé que no eres como él? —, preguntó con voz temblorosa, y me contuve de reprenderla. —Ya no confío en los hombres —.

Su misandria asqueada no es mi problema. —No tienes que confiar en mí —, dije, señalando el techo. —Sin embargo, este lugar está a minutos de arder hasta los cimientos, así que, a menos que quieras morir quemada, te sugiero que me sigas —.

La dejé con esos penosos pensamientos, arrastrándome de vuelta a la trampilla. Cálidas lenguas de fuego lamían las paredes de arriba y una manta de humo impedía la visión. —Vamos —, la insté, sintiéndola detrás de mí. —Te ayudaré a subir —.

Tomando mi mano con dedos temblorosos, se centró en mi pecho, evitando mis ojos. La agarré por la cintura, bloqueando los persistentes olores corporales y de orina, elevándola. Se atragantó con el espeso humo, retrocedió y esperó a que yo emergiera. Me impulsé hacia arriba y a través de la entrada. —Levántate —.

El rugiente fuego y las llamas lamían las paredes, reclamando cada espeluznante historia a su paso. Agarré la caja y subí los escalones de dos en dos, empujándola hacia el pasillo. —Sigue moviéndote —. Cerré la puerta para contener y ralentizar el proceso de combustión. —Deja de retrasarte. Sigue adelante —.

Se aferró a la manga de mi camisa. Fruncí el ceño, mordiéndome la lengua para no reprenderla. Sus uñas se clavaron en mi codo, mientras sus pies descalzos golpeaban contra el suelo de madera.

La obligué a seguir mi paso largo, llegando a la puerta principal, y ella se estremeció, llevándose las manos a la cara, bloqueando la brisa gélida y la luna llena.

Brad nos distinguió primero, inclinando la cabeza, clavando sus ojos acusadores. —Jefe —, dijo con cautela, abandonando a Nate y Josh, dejándolos junto al puente destartalado. —¿Quién coño es esa?

No tenía una respuesta razonable. —La encontré debajo de una trampilla...

—Blaire —, susurró con una voz tan baja que casi no la oí. —Me llamo Blaire —.

Josh y Nate se acercaron. Mientras Nate recorría con ojos preocupados el diminuto cuerpo de la chica, Brad la asesinaba con una mueca de desaprobación.

—Blaire —. Fruncí el ceño, tomándola del codo. —Ve con Nate —.

—No —. Protestó, sacudiendo la cabeza, retrocediendo. —No quiero estar con tantos hombres. Si me dejas ir, prometo no decírselo a nadie...

—¿De qué coño estás hablando? —, ladró Brad, arrancándose el gorro de la cabeza. —No hemos hecho una mierda, Blaire. Deberías estar agradeciendo al Jefe por salvarte el culo —.

—Lo siento... y gracias —, lloró, extendiendo las manos, creando un muro imaginario entre nosotros. —No quise ofenderlos. Estoy asustada. No quiero sufrir más —. Tropezó con una roca cubierta de musgo, cayendo sentada mientras un gemido de dolor escapaba de sus labios. —Estoy rota —.

—No. Liam, por favor —, sollozó Alexa, con el rostro arrugado de frustración. —Necesito irme —.

—No —. Me mantengo firme, odiando cómo se percibe a sí misma.

—¿Por qué te importa siquiera? —, gritó, girando en mis brazos, mirándome con tal desesperación devastadora. —¿No ves que no valgo una mierda? ¡Estoy rota, Liam! ¡Estoy jodidamente rota!

Ya he tenido suficiente. —¡No estás jodidamente rota! — Antes de que otra protesta escapara de esos hermosos labios, le agarré el pelo y la callé con mi boca. Tenía que tenerla, no podía saciarme de ella. —Nena —, gemí, mi lengua instando a sus labios a separarse. —Alexa, bésame —. Se derritió en mis brazos, cediendo, entregándose completamente a mí. Capturé sus mejillas entre mis ásperas palmas. —Te deseo —. Mordiendo su labio inferior, la empujé contra el aparador. —Alexa —.

—Liam —, jadeó, aferrándose a mis hombros. —Tómame —.

Bruscamente le arranqué el vestido, devorando su cuello con besos de boca abierta. La tela se amontonó a sus pies, y la alcé en mis brazos, devorando su boca con besos crudos y fervientes.

—Oh —, gimió, agarrando mi pelo, desesperada por mí. —Liam...

Lo sé, nena. Yo también lo siento.

—Joder —, se queja Brad, agarrando la muñeca de Blaire. —Está loca de remate —.

—Déjame manejar esto —, interviene Nate antes de que Brad arroje a la chica al río. —Blaire, no voy a hacerte daño. Como puedes ver —, señaló la cabaña en llamas, resaltando su estado incontrolable, —ese fuego se está descontrolando un poco. Es hora de largarse de aquí —. Antes de que Blaire protestara, la levantó como una muñeca de trapo, arrojándola sobre un hombro. Ella gritó, se retorció y pataleó, golpeando su espalda con los puños cerrados. Él ni se inmutó ni parpadeó. Simplemente marchó adelante con Josh siguiéndolo de cerca.

Me froté el pecho, necesitando drogas duras o alcohol. No sé qué hacer con la chica. La dejaré quedarse con nosotros, por un corto tiempo, hasta que le encuentre un lugar o la ayude a ponerse de pie.

La horrible condición de Blaire refleja el pasado de Alexa. En realidad, su parecido es asombroso. No sólo sus antecedentes similares, sino que guardan un gran parecido físico: cabello oscuro y lustroso y llamativos ojos color avellana. Quizás Blaire pueda contrarrestar...

—No —, espetó Brad, hastiado y agotado. —¿Qué coño es esa mirada?

Su lengua descarriada está empezando a tocarme los nervios. —Será mejor que cuides cómo me hablas, Brad —, escupí, empujando su hombro, encarándolo. —La última vez que comprobé, yo era el que mandaba. Yo era el Jefe. Yo me siento en esa puta silla, dándote órdenes, no al revés. ¿Necesito recordarte quién manda aquí? ¿Necesito mostrarte el nivel de mi paciencia? Tú —, señalé, mordiéndome los nudillos. —Tú necesitas aprender cuál es tu puto lugar antes de perderlo —.

Resignado pero furioso, Brad sacudió la cabeza, con los músculos de la mandíbula tensos.

—Ella no reemplazará a Alexa —, dijo lo impensable, desafiándome a negar pensamientos subconscientes. —Ninguna cantidad de drogas, alcohol, mujeres y follar sin compromiso la traerá de vuelta. Puede que no aprecies mi boca enfática, Jefe. Pero así soy yo. Esa es la razón por la que me contrataste, porque no tengo reparos en enfrentarme a ti y decir verdades. Claro, no siempre aprecias la honestidad, pero buscas la mía, de todos modos, y esa zorra jodida no será más que una maldita espina en tu costado. Déjame llevarla al hospital más cercano y abandonarla. No es nuestro problema —.

Blaire es una de las víctimas de Flamur. —Alexa querría que la ayudara —.

—¡Alexa está muerta! —, gritó, con ira e impaciencia arañando sus facciones enrojecidas. —¿Cuándo vas a meterte eso en la cabeza...?

Le lancé un derechazo a la mandíbula.

Brad trastabilló, con su espalda chocando contra un árbol. No se tocó el labio partido, ni soñaría con mostrarme vulnerabilidad. En cambio, lamió la sangre acumulada, cubriendo sus dientes superiores con un fresco carmesí.

Lo miré fijamente con la respiración contenida. —¿Dónde está tu compasión?

Brad me fulminó con la mirada con disgusto. —En el mismo lugar donde solía estar la tuya —. Se alejó furioso, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón.

Me quedé mirando el lugar donde había estado, necesitando su voz razonable más que nunca.

21. CAPÍTULO VEINTIUNO

Alexa

Jace nos alquiló una habitación en un bed and breakfast. Heather, la posadera, nos recibió con los brazos abiertos, demasiado excéntrica y hospitalaria. En cinco minutos, descubrí por qué. Heather está escasa de negocio. Cada habitación, desocupada y con unan urgente necesidad de renovación, era poco atractiva para clientes potenciales.

Aunque no para esconder fugitivos.

El vacío y la soledad ejemplifican la dicha celestial. Tuve la mejor noche de sueño, acurrucada en esa cama doble, envuelta en almohadas de plumas de pato, inhalando sábanas con aroma a rosas y ropa recién lavada, con el aroma de granos de café tostados emanando de la anticuada cocina.

Jace improvisó una cama en el suelo sin quejarse. Me sentí un poco culpable. Es demasiado alto, demasiado grande, para dormir en el suelo con un edredón de niño pequeño.

Sin embargo, dormí como un bebé, profundamente.

Esta mañana, antes de que Jace me ordenara dejar la cama, señaló el baño privado, me dijo que me duchara y me pusiera algo cómodo y adecuado para comenzar las sesiones de entrenamiento.

Iba a patearle el trasero...

—Vamos, Vick —, me animó Jace, empujando mi cadera con su bota. —¿Dónde está tu espíritu de lucha?

Posicionada como una estrella de mar sin vida, yacía boca abajo sobre la hierba rociada de lluvia, mientras una gota de sudor se deslizaba por mi frente. —Morí —, dije, con los dedos extendidos sobre el suelo, los pantalones de yoga y la camiseta empapada pegados a mi cuerpo.

—Necesito agua —.

Jace resopló con fastidio, agarró mi codo y me obligó a ponerme de pie. —Deja de quejarte —, me regaña, levantando mis brazos lánguidos, formando puños apretados. —Vamos a trabajar en tus golpes —. Cubrió mi puño cerrado con su gran mano tatuada, mientras sus otros dedos extendieron mi brazo. —Pulgares sobre los nudillos. Cuadrados, mirando a tu objetivo. Asegúrate de estar cómoda con tu postura —. Golpeó la parte trasera de mis rodillas, sacudiéndome hacia una postura defensiva. —¿Qué te dije?

Busqué en mi memoria. —Manos arriba, protegiendo mi cara cuando no estoy en medio de un golpe —.

Inclinó la barbilla, complacido con mi respuesta. —Cuando vengas a por mí —, retrocediendo, se preparó. —Extiende tu brazo hacia el objetivo —. Se señala a sí mismo. —Todo está en el hombro, Vick. Lanzar puñetazos sin objetivo es ineficaz. Se trata del poder detrás de esos golpes. ¿Entendido?

Asiento, lamiéndome el sudor de los labios. Era la estudiante más obediente. Seguí su ejemplo, lanzando una combinación de golpes combativos. Me sometí a un estricto régimen de entrenamiento bajo las brasas encarnadas del amanecer. Las aguas tranquilas del lago brillaban como un espejo interminable, una vista pintoresca con una paleta de frondosidad montañosa y tonos terrosos. Diversos pájaros piaban, levantándose de hábitats silvestres.

Jace esquivó mi golpe, dando un paso lateral, resultando en que me estrellara contra el suelo de nuevo. —Vick —, me reprende, poniéndome de pie. —¿Venganza o derrota? Considera eso cada vez que sientas ganas de rendirte. Respuesta de lucha o huida —.

—Eres demasiado grande —, me quejé, levantando los brazos en señal de derrota. —No tengo ninguna oportunidad, Nath —.

—Estás poniendo excusas —. Sus ojos verde bosque sostuvieron mi mirada enfadada, desafiándome a negarlo. —¿Qué te enseñé?

Fruncí el ceño. —Manos arriba, protegiendo...

—No —. Interrumpió mi discurso ensayado. —En Liverpool, fuera del complejo de Tommy. ¿Qué te dije?

Frunciendo el ceño, fruncí los labios. —Si tengo la suerte de liberarme de mi atacante, corre por mi vida —.

Jace reprimió una sonrisa, frotándose el sudor de la frente. —¿Qué más?

—Si estoy en una posición comprometida —, dije, recordando sus palabras alentadoras, —apunta a los puntos de dolor o zonas sensibles —.

—Bien. Muy bien —. Giró un dedo entre nosotros. —Date la vuelta —.

Obedecí, dándole la espalda. —Ahora... — Inesperadamente envolvió sus fuertes brazos musculosos alrededor de mí —...¡Nathan! — Con la espalda pegada a su pecho, me retorcí, pateé y sacudí las caderas. —¡No puedo hacerlo!

—Sí —, susurró, sus labios rozando mi lóbulo, —puedes —. Apretando su agarre, restringió mi lucha pánica. —Ve por la yugular, Vick —.

Cerrando los ojos e inhalando profundamente, le di un codazo en las costillas. Su agarre se aflojó, sólo un poco, pero mi golpe no fue suficiente. Me esforcé, luché, busqué la piel tierna bajo sus brazos y pellizqué. Él se estremeció, y yo persistí, clavando mis uñas afiladas en su carne. Sus brazos aflojaron, y liberó su agarre férreo. Le di una patada de burro, le alcancé la entrepierna y salí corriendo por el campo, con una sonrisa triunfal en mi rostro.

Llegué al borde del río, doblada por la cintura, recuperando el aliento.

—Lo hiciste bien —. Tira de mi trenza, pasándome una botella de agua. —Corre más rápido la próxima vez —.

Estoy de acuerdo. —No soy Usain Bolt —. Bebí agua a grandes tragos, saciando mi sed. —Pero trabajaré en ello —.

Inclinó la cabeza, con las manos abrazando su cintura. —¿Crees que el agua está fría?

—No lo sé —. Agachándome, extendí los dedos sobre la superficie fría. —Es soportable —.

Jace se llevó la mano detrás de la cabeza, quitándose la camiseta negra. Sin camisa, con el pecho desnudo, se quitó las botas y los calcetines, desabrochándose los vaqueros. Pude apreciar su perfecta y bien formada complexión. Me maravillo de su glorioso abdomen marcado, su atractiva línea V y una franja vertical de vello oscuro que lleva hacia el sur.

Tapé la botella de agua, me senté en una roca sin forma y lo observé adentrarse en el lago tranquilo.

De espaldas a mí, Jace recogió agua con las manos, se mojó la cara y el cuello, apreciando el sol de la mañana, golpeando su rostro cansado. Salpicó líquido brillante sobre sus hombros y se formaron gotas, adheridas a su piel tatuada.

Jace encarna una masculinidad impactante, es un hombre espectacular, guapo pero sin pretensiones que no se da suficiente crédito. Puedo dar fe, sin embargo. En silencio, por supuesto. Nunca admitiré tales pensamientos favorables en voz alta.

—¿Vas a unirte a mí para nadar?

Lo miré boquiabierta. —¡No voy a nadar en eso!

—¿Por qué no? — Me dio una sonrisa baja y traviesa. —¿No tienes miedo de unos cuantos peces?

Aplané la lengua contra mis dientes superiores. —No se te permite ahogarme —, advertí, poniéndome de pie para quitarme las zapatillas y los pantalones de yoga. —¿Tus pies tocan el fondo, o estás flotando? — Metiendo los dedos de los pies en el agua, encontré el fondo, con los brazos extendidos mientras me dirigía hacia él. —Está cálida —.

Jace niveló las palmas, rozando la superficie del agua. —Agradable, ¿verdad?

Me relajé, bañada y calmada hasta los hombros.

—Me gusta meter la cabeza bajo el agua —, admite, con gotas de rocío bailando en sus pestañas, —para ahogar todo —.

—¿Funciona? —, pregunté mientras nos alejábamos.

—A veces —, dijo con voz ronca, con la barbilla flotando, manteniéndolo erguido.

Sonreí, me pellizqué la nariz y sumergí la cabeza bajo el agua. Cerré los ojos, escuché, me bañé en la quietud tranquilizadora, la inmovilidad y la taciturnidad. Mis sentidos se agudizaron. Sentí una ola de vibraciones y efervescencias acariciando mis dedos de los pies y las manos.

Absorbiendo un oasis sereno donde estaba sola con mis pensamientos, busqué un lugar feliz y las personas que amo. Los contemplo a todos, pero es su rostro el que domina mis visiones.

—Liam —, le regañé a medias, empujando su pecho. —Deja de morderme —.

Posicionando sus manos a ambos lados de mi cabeza, Liam me atrapó en el embrujo de sus poderosos brazos, susurrando un beso en mi hombro, calmando la marca de mordida que dejó allí. —Te encanta cuando te marco —, dijo, arrogante y seguro de sí mismo. —Niégalo —.

No voy a jugar su juego. —Eres demasiado grande para ducharte conmigo —, señalé, echando gel en su esponja gris.

Liam miró la espaciosa cabina enmarcada en vidrio con una ceja arqueada. Agarró mi hueso de la cadera, con su pulgar haciendo círculos allí. —Mi baño nos acomoda a los dos —.

Su espacio utilitario es increíblemente lujoso. Tragaluces, ventanas del suelo al techo con hermosas vistas de Londres. Mármol negro ondulante usado para la vanidad, en paredes y suelos. —Supongo que será suficiente —, dije, levantando un hombro despreocupado. —Si estuviera apurada de dinero, quiero decir —.

Apoyando su frente en la mía, su mano recorrió la longitud de mi cuerpo, clavándome contra los azulejos. El vapor y el calor emanaban de la ducha, envolviéndonos. Sostuvo mi mandíbula en su mano, provocando con sus labios la comisura de mi boca.

Anticipé su beso. Mis labios se separaron, esperando sentir su lengua en la mía. Me giró de manera abrupta, pegando su pecho a mi espalda. —¿No estoy cumpliendo con los estándares, nena? — Entrelazando nuestros dedos, clavó nuestras manos unidas a ambos lados de mi cabeza. —Dime cómo arreglarlo —. Arrastró mi lóbulo entre sus dientes, acariciando con suaves golpes de su lengua. —Lo que quieras. Es tuyo —.

Mis ojos se cerraron. —El materialismo no me atrae —, respiré, mi cuerpo se erizó. —Tú

eres más que suficiente, Liam —.

Serpenteando un brazo alrededor de mi cintura, alcanzó arriba, sujetando una mano alrededor de mi mandíbula. Inclinó mi cabeza, con el pulgar y los dedos aferrándose a mis mejillas. —Bésame —, susurró sus demandas, con su boca suave atenta a mi labio inferior. Fundió sus labios con los míos, respirándome. —No creo que alguna vez me canse de ti —.

Mariposas piruetean en mi estómago. —Te amo —.

La mano de Jace se cerró alrededor de mi muñeca, arrastrándome de vuelta a la superficie. Jadeé una bocanada de aire, mientras mis ojos borrosos se ajustaban a la luz de la mañana.

—Joder, Vick —, me espetó, pasándose una mano por el pelo húmedo y despeinado. —Me asustaste —.

Parpadeé de vuelta al presente, respirando con un aliento tembloroso. —Lo siento, no quise quedarme tanto tiempo bajo el agua —. Extendí una mano sobre mi pecho, masajeé un dolor siempre presente, abrumada por un aire de arrepentimiento inquietante y creciente sentimentalismo.

Preparado para una discusión, Jace cuadró los hombros y escupió una maldición. —¿Dónde demonios vagó tu mente?

—Busqué un lugar feliz —, admito, encogiéndome de hombros con indiferencia. Antes de que pueda hacer más preguntas inocuas, lo salpico.

Él retrocedió, evitando empaparse por completo.

Me reí, flexionando las piernas, nadando lejos de él.

—Oh, ¿crees que es gracioso? —, me provocó, sumergiéndose bajo el agua, dejándome sola.

Me detuve, sintiendo un nudo obstruyendo mi garganta. —Nathan —, dije, con un tono de cautela en mi voz. —No te atrevas a asustarme. Nunca te lo perdonaré... — Una fuerza violenta me lanzó por el aire, enviando mi cuerpo a estrellarse en un remolino de suspenso asfixiante. Pateé mis piernas con una brazada desincronizada, resurgiendo y atacando al irredeemable

hombre de las cavernas. —¡Casi me matas!

—Eres tan dramática —. Igualó mi ataque, lanzando agua a mi cara, con un brillo juguetón en sus ojos. —Además, tú empezaste —.

—Oh, Dios —. Me agaché bajo su brazo, pateando su trasero con intención. —Hey... — Me agarró el tobillo, tirando de mí. —¡Me rindo! Tú ganas, ¿de acuerdo?

No sé cómo sucedió o qué cambió entre nosotros. No me di cuenta de nuestro silencio o cercanía hasta que sentí su latido errático bajo mis palmas. Miré fijamente su pecho definido, y sentí su respiración agitada en mi oído.

—¿Qué me pasa? —, susurró con voz ronca. —¿Cómo puedo estar aquí afuera, riendo contigo? Summer está sola, asustada y esperando a que su padre la salve —.

Contuve la respiración, con mi corazón colapsando en mi pecho.

Me agarró la cintura, manteniéndome cerca. —¿Qué tan malo es, Vick?

Pateé mis pies hacia adelante.

Pateé mis pies hacia atrás.

Adelante y atrás.

Adelante y atrás.

—Quiero decir —, continuó, con la nuez de Adán moviéndose en su garganta. —Él los encarcela, ¿verdad? ¿Como moneda de cambio? No les hace daño realmente, ¿verdad?

—Quiero ir a casa —, sollocé contra mis rodillas levantadas, acurrucada en un rincón. —Por favor, déjame ir a casa. Quiero a mi madre —. Tengo once años. Estoy hambrienta, golpeada, abusada y violada. —Necesito a mi madre —.

Es demasiado. He soportado y sufrido lo suficiente.

Me duele la mandíbula.

Puede que me la haya roto, causado un daño serio.

¿Qué tan fuerte me golpeó?

Me dejó inconsciente.

Debo haber dormido por un tiempo.

Estoy adolorida, sin embargo.

Sangre seca y semen revolviendo el estómago, pegados a mis muslos internos.

Sollocé más fuerte, más duramente, llorando por Kathy.

—Necesitas lavarte eso —. Dejando caer un cubo de acero en el suelo, señala la esponja sucia. —Límpiate, Lexi. Apestas —.

Jace sabe que Flamur abusó de mí. Lo solté en la Isla de Man. Puedo preservarlo de la cruda realidad, sin embargo.

Forzando una sonrisa falsa, prevarico, trazando con mis dedos sus clavículas. —Sólo me lastimó a mí —. Es parcialmente cierto. De una manera retorcida y abstrusa, soy la favorita de Flamur. —Cuando se trataba de otros niños, los retenía por motivos económicos, los usaba para chantajear a los padres y... — Soy una persona horrible. —¿Se ha puesto en contacto contigo?

Con los ojos abrazando nuestro cálido amanecer, Jace negó con la cabeza. —¿Qué hay de los otros? Sus hombres. ¿Ellos...?

Los ruidos y los gritos, gritos aterradores que duraban minutos, otras veces, esos llantos eran omnipresentes durante muchas horas. Este lugar es como un matadero, desgarrador y

desquiciado.

A menudo miro al techo cuando escucho fuertes golpes y sonidos de arrastre, indicando una pelea, casi como un juego de las escondidas. Esos niños corren, llorando por sus madres, suplicando a esos monstruos que no les hagan daño.

Al principio, supuse que sólo estábamos Kathy y yo en este lugar. Estaba equivocada. Había más. A veces dejan que los niños duerman aquí abajo conmigo. Es agradable tener algo de compañía. Nunca es por más de dos noches antes de que los guardias regresen y me los quiten, sin embargo.

—No —, miento, protegiendo su mentalidad desinformada. —No, Nathan. Summer está bien. Bueno, no está bien. Quiero decir, está asustada, sola y te echa de menos, pero está a salvo de daños —. Era incapaz de hacer promesas, no por su bienestar o seguridad. —Entonces, ¿te ha enviado mensajes?

Jace dirigió la mirada al plateado del agua entre nosotros. —No, — confirmó con un tono cortante. —Sigo mandándole mensajes, pero estoy perdiendo la cabeza, Vick.

Curioso, pensé, mientras veía a los pájaros susurrar entre los árboles.

—Tengo hambre. — Al darse cuenta de nuestra cercanía, Jace me soltó, apartándose el cabello de la frente. —¿Qué te apetece?

—Cualquier cosa que venga con café. — Empapada de pies a cabeza, caminé detrás de él, con las zapatillas y los pantalones en el pecho. Espero que haya traído ropa de repuesto para mí.

—¿Por qué sigues cambiando la matrícula? — La ha sustituido tres veces desde que aterrizamos en Londres.

—No voy a correr ningún riesgo. — Anteriormente, había aparcado el Land Rover, oculto por la maleza. —Warren es peligroso, Vick. Conoce a gente. Si no tengo cuidado, descubrirá todo y me matará. — Apartó y separó las ramas, abriendo la puerta trasera. —Oye, ¿puedo preguntarte algo?

Me quité el chaleco empapado del cuerpo y escurrí el material. —Claro.

Jugueteando con un juego de llaves, adoptó un mutismo momentáneo. —Si algo me sucede, — susurró, haciendo crujir los músculos de la mandíbula, —¿la encontrarás? Sé que es mucho pedir, pero necesito una garantía. Necesito saber que estará a salvo si yo...

Le agradecí la toalla y sequé mi cuerpo. —No vas a morir, Nath. — No lo permitiré. —Pero, en caso de que ocurran eventos tan trágicos, prometo no sólo salvar a Summer, sino que la cuidaré. Puede que sea mala como tutora. Amo con bastante intensidad, así que será más que amada viviendo conmigo.

Sonrió con una sonrisa poco frecuente, una que hinchó mi pecho. —¿Sabes qué? — Se frotó la cabeza con una toalla. —No eres tan mala, Vick.

Sonreí, meneando las cejas. —¿Eso es un cumplido?

—Es un hecho indiscutible. — Se dio la vuelta, se quitó los calzoncillos. Sus nalgas tatuadas y decorativas se tensaron mientras se ponía un par limpio.

Vislumbré algo brillante entre sus muslos mientras se vestía. Es grande, largo y grueso. Y está perforado. Joder.

Apartando la mirada, me puse una descolorida camiseta negra de los Rolling Stones y unos pantalones cortos de mezclilla. El pelo en un moño desordenado sobre mi cabeza. —¿Dolió eso? — pregunté, queriendo darme una bofetada. —No contestes.

Jace seguía lanzando miradas de reojo. —¿Qué si dolió?

Genial. Ahora tengo que admitir mis tendencias pervertidas. —Tu piercing.

Con la camiseta hecha una bola en el puño, se enrolla el piercing de la lengua. —No. ¿Por qué? ¿Quieres uno?

¿Lo quería? No, soy demasiado pusilánime para una perforación en la lengua. —Me refiero al otro, — dije tímidamente, con un tono de humillación tiñendo mis mejillas.

Sus cejas se dispararon. —¿Oh? — Se rascó la nuca. —Viste eso, ¿eh?

—Bueno, prácticamente te inclinaste frente a mí, — me defendí. —Estaba... colgando ahí.

Divertido, se rascó la punta de la nariz con un nudillo. —Prince Albert, — dijo, y yo le di una expresión en blanco. —¿El piercing? Así se llama. Y sí. Dolió la hostia.

Una sombra de sonrisa curvó mis labios. —¿Por qué torturarte?

—Es placentero, — me dice, y yo escuché, comprometida. —Para ambos, o con quien me acueste, más bien. — Corrigió su error, aclarándose la garganta. —Durante el sexo, la barra estimula el punto G... No recibo quejas.

Debería borrar este conocimiento y abandonar esta extraña incursión en territorio desconocido, pero estaba demasiado fascinada. —Suena maravilloso, — susurré, pateando una piedrecita bajo mi zapatilla. —Y eufórico. — Cállate, Alexa. —Como una secuencia de clímax espectaculares.

Con el antebrazo apoyado en el vehículo, Jace se rió con fuerza, hundiendo la cabeza en el hueco de su codo.

—¿Por qué te burlas de mí? — Mis mejillas ardían. —¿Qué?

—Creo que alguien está excediendo su límite de celibato. — Frotándose lágrimas de risa de los ojos, se puso unas botas de trabajo pesadas.

—No hice voto de celibato, — le recuerdo, abriendo la puerta del copiloto. —Y estoy bien. No necesito sexo. — ¿Necesitaba sexo? Si Liam estuviera aquí, ciertamente no me opondría a la idea. Lo derribaría sobre esos asientos traseros y cabalgaría a través de una ola de orgasmos.

Me hundí contra el cuero caliente, tarareando para mí misma.

Jace tiene razón. Estoy lujuriosa y excitada. Compraré un vibrador. Puedo masturbarme hasta que vuelva a ver a Liam, darme placer.

Jace encendió el motor, sacando el SUV del barro.

Imposible. Tengo un compañero de piso. Él lo sabrá. Me oirá. No soy la buscadora de placer más silenciosa. De hecho, soy ruidosa, especialmente cuando alcanzo mi cúspide.

Mis muslos se apretaron instintivamente, aliviando un dolor palpitante. Puedo buscar una liberación en la ducha
—

—Para. — El tono autoritario de Jace invadió mi proceso de pensamiento sexual. —Soy un hombre de sangre caliente, Vick. Sé cuando una mujer está excitada.

Mis ojos se redondearon.

Se removió en su asiento, ajustándose la entrepierna cubierta de mezclilla, aliviándose.

Eché un vistazo ahí abajo. Está excitado, duro, tensándose.

Confusa y avergonzada de mí misma, miré por la ventana, deshaciendo mi trenza. Me suelto el pelo, como una cortina protectora para cubrir mi rostro.

Necesito algo de tiempo a solas.

22. CAPÍTULO VEINTIDÓS

Alexa

Jace pasa mucho tiempo en su portátil.

También es mandón y dominante.

Con una toalla envuelta alrededor de mi cuerpo, me asomé a nuestra habitación, viendo las habituales paredes color magnolia, suelos de madera lisa y muebles tapizados.

Jace tiene la espalda apoyada contra el cabecero, medio vestido, con vaqueros negros rasgados, una camisa negra desabotonada a juego con sus botas negras de trabajo pesado.

Es seguro decir que el negro es el color favorito de Jace.

—¿Qué estás haciendo? — inquirí, con la mano agarrada al marco de la puerta. —No has salido a tomar aire.

Tecleando en el teclado con una mano, se llevó una botella de vodka a los labios. —Vístete.

¿Qué te dije? Mandón y dominante.

—Sí, señor, — murmuré entre dientes, dejando huellas mojadas a mi paso.

Vacié las bolsas de la compra sobre la cama, esparciendo zapatos de tacón alto, vestidos ostentosos, minifaldas rebajadas, blusas con los hombros descubiertos y pestañas postizas. —No sé cómo ponerme estas. — Abrí un paquete, rompí la tira. —Mierda. Lo rompí. — Renuncié, optando por rímel de fibra. —¡Joder!

Jace me miró por encima de la pantalla del portátil. —¿Qué?

—Soy una vergüenza para la población femenina. — Me senté en la cama, crucé las piernas y me eché una gota de base en la mano. —Es la especialidad de Chloe. — Hago un gesto hacia mi cara con una esponja de maquillaje. —Ella se pone la pintura de guerra, el glamour y todo eso. No soy muy buena en estas cosas. Y estas, — levanto la ropa de talla grande, —son demasiado grandes para mí.

Sus ojos fueron de la ropa amontonada a mí. —Entonces, ¿por qué no compraste tallas más pequeñas?

No me había dado cuenta hasta la tienda de lencería. —¿Qué me voy a poner? Ayudaría si supiera dónde me vas a llevar.

—Algo sexy — es su respuesta poco útil.

Seleccioné un vestido negro ajustado con tirantes finos. Es ceñido, así que no hay que preocuparse por la exposición indecente. Devolveré el resto o los cambiaré.

Ya con la peluca rubia y el maquillaje completo arreglados, me pongo tacones de tiras, complementando el atuendo elegido y meto lo esencial en un bolso de mano. Finalicé mi imagen con una pasada de pintalabios rojo mate. —Estoy lista.

—Necesito otra hora, — dijo Jace, absorto en lo que sea que hay en ese maldito portátil. —Bebe.

Entrecerré los ojos. —No voy a sentarme aquí, emborrachándome mientras tú estás ocupado navegando por la red. — Me ignoró
—otra vez. —Nathan
—

—¡Joder, Vick! — ladró, frotándose las facciones irritadas. —¡Necesito un puto minuto!

Su brusca bilis era innecesaria. —Bien, — corté, desbloqueando la puerta del dormitorio. —Voy a ese bar de la esquina. Cuando estés listo para disculparte, ven a buscarme. — Cierro la puerta de un portazo, deliberado y con un estruendo que sacude las paredes. —Imbécil.

Agarrándome a la barandilla de madera para bajar las escaleras, divisé a Heather atrincherada detrás del mostrador de recepción. Es una mujer mayor, de unos cincuenta y tantos.

Y es agradable, amistosa y gregaria. Sin embargo, sus abrumadoras habilidades sociales necesitan un ajuste. En menos de cinco horas esta mujer ha llamado a nuestra puerta ocho veces, ofreciendo productos horneados, material de lectura y charlando conmigo hasta la hipnosis inmovilizadora.

No me malinterpretes, Heather es una mujer encantadora, pero después de la grosería impaciente de Jace esta noche, no estoy de humor para charlas triviales o discutir asuntos sin importancia.

—Señorita Rose, — exclama Heather, rodeando su escritorio de estilo vintage, deteniéndose para admirar una planta de orquídeas. —Se ve radiante, querida. Me encanta el vestido.

Mis hombros se hundieron. No sirve de nada. La hostilidad irrespetuosa y la descortesía son poco características en alguien como yo. Me río cuando sonríen. Me duele cuando la gente sufre. Lloro cuando otros lloran. Consideración infalible y cortesía compulsiva, arraigadas y profundamente enraizadas, gracias al breve tiempo que pasé con mi madre.

Ofrecí una sonrisa jovial. —Gracias, Heather.

Heather tenía el pelo corto, liso y gris y una piel parecida al pergamino viejo. Con pendientes de perlas colgando de sus lóbulos, llevaba un cárdigan de punto monocromático rosa con un broche brillante y pantalones marrones de rayas finas. Es la abuela por excelencia, sólo que no tiene hijos ni nietos...

—¿Tu hermano se unirá a ti?

Jace desinformó a Heather a su llegada. —Pronto, — dije, dirigiéndome a la puerta principal. —Yo lo evitaría, Heather. Está de mal humor esta noche.

—Le daré con una regla en el trasero, — prometió, y yo me reí, abriendo la puerta. —¿Necesitas que te llame un taxi?

—No, estoy bien. — Vientos fuertes casi me arrojaron al parterre elevado. —Gracias, de todos modos.

Paseando por el camino, más allá de la verja, pasé junto a acogedoras casas y los competidores de bed and breakfast de Heather.

—Mierda. — Pronostico un tobillo roto o una fractura de cabeza esta noche. Enseñaré el culo a todo Londres si estos precarios y mortales zapatos no certifican una desgracia o una casualidad angustiosa.

Azotada por el viento y sin amigos, entro en el bar, en la esquina de la calle, serpenteando entre multitudes bulliciosas, con abundante craic, disfrutando de una secuencia en vivo de música reggae y vocalistas imitando a artistas y músicos legendarios.

Encajándome en un taburete entre dos caballeros aparentemente antisociales, coloco mi bolso sobre la barra de madera, estudiando el colorido menú de pizarra.

—¿Qué te pongo? — Echándose un paño de cocina sobre el hombro, el camarero, luciendo intimidantes joyas de calavera de aspecto vintage, vaqueros descoloridos y cuero sobre su camiseta de tirantes, golpeó con un dedo impaciente en la caja registradora. —No tengo todo el día, señora.

—Vodka, — confirmé, deslizando diez libras en su mano. —Que sea doble.

Echando el cambio suelto en mi bolso, desenroscó una botella de vodka ruso, sirvió un vaso y me dijo que lo —disfrutara —.

Sacando la pajita, bebí un sorbo, apreciando su sabor suave y sutil.

Girándome en mi asiento, de cara al escenario central, crucé las piernas elegantemente, mientras el vocalista cantaba —Wild World — de Maxi Priest.

A mi izquierda, un borracho vulgar, se tambaleó de su taburete, cayendo al suelo —inconsciente. Yacía desmayado, roncando en medio de una mezcla cacofónica de conversaciones de borrachos, bailes alegres e instrumentistas incansables.

Parpadeé, una vez, me bebí mi copa y pedí otra.

Aparecieron unos porteros fornidos. Tres hombres calvos, uno tenía perilla. Levantaron al hombre intoxicado, llevándolo afuera donde un taxi inminente se cernía cerca de la entrada.

Me bebí la copa de un trago, empezando a relajarme, a soltarme. Reposicionándome,

buscando al camarero, levanté una mano para pedir una más cuando una mano grande agarró mi muñeca. Me quedé helada, mirando las pulseras cuadradas de eslabones de oro macizo y el gemelo de diamante ovalado.

—Barato y alegre, — dijo una voz áspera y modulada. —Es una combinación peligrosa.

—¿En serio? — pregunté, retirando mi brazo, mientras el vaso vacío cayó en su posesión. —¿Cuál es la alternativa...? — Pegué la lengua a mi mejilla interior, aturdida por su magnífica apariencia.

Se alzaba a mi lado con un porte refinado. Con un impecable traje gris plomo y una camisa negra crujiente con un emblema de diseñador en el cuello, un hombre cautivador y apuesto, gira mi copa de cristal entre sus dedos cubiertos de anillos de oro y diamantes. Su mandíbula definida y cincelada, cubierta de esa barba de las cinco en punto, acentuaba sus labios de aspecto suave. Cabello lustroso, negro azabache, peinado, lo suficientemente largo como para pasar las manos por él. Y sus ojos. No puedo apartar la mirada. Es imposible. Impresionantes ojos azules penetrantes adornados con espesas pestañas.

Observa, inexpresivo, sin sonreír. —Exclusivo, — dijo con esa voz de barítono, poniéndome la piel de gallina debido a lo receptiva que estaba. —E incomparable.

Todavía me costaba respirar. —Suena aburrido.

Reprimiendo una sonrisa, chasqueó los dedos, una vez, y el camarero colocó dos servilletas, ante los vasos, entregando al hombre sin nombre una botella. —Prueba esto, — murmuró, echando demasiado líquido coraje en mi vaso. —Beluga línea dorada.

Apoyo el codo en la barra, enfrentándome a él de frente. —¿Es esta marca en particular tu idea de derrochar?

—Qué pregunta tan fatua, — reflexionó, y me sentí ofendida. —A menos que obtengas ediciones raras y limitadas, el vodka no es la bebida más cara. Aunque, comparada con tu elección inicial, la línea premium debe saber a realeza en botella.

Es arrogante y engreído, pero le quedaba bien. —¿Cuánto me costará el Beluga?

—Nada, — aseguró, y yo arqueé una ceja definida. Nada en la vida es gratis. —¿Qué? ¿No

puede un hombre invitarte a una copa sin obligación?

En su oreja, un crucifijo brillante de oro blanco. —¿Eres religioso?

—No, — cortó, bebiendo un trago sin pestañear ni hacer una mueca. —¿Lo eres tú?

—¿Qué? — Mis cejas se juntaron. —¿Estamos jugando a pregunta por pregunta?

Todavía no sé su nombre.

Sus fascinantes ojos de zafiro se oscurecieron. Puso una mano en mi hombro, y yo enderecé la columna, inhalando bruscamente. —Alas de ángel, — susurró, mientras las yemas de sus dedos delineaban las plumas detalladas en mi espalda. —¿Por qué una declaración tan sacramental si no?

Reflexioné sobre una respuesta, decidiendo ser honesta. —Es una declaración permanente de libertad, — dije, y él no parpadeó, escuchando. —Hubo momentos en la vida en los que me sentí sola, miserable, restringida y... — Enjaulada, pensé. Debe pensar que hablo figuradamente, no por experiencia.

Me dio una sonrisa ladeada y baja. —Supongo que incluso los pájaros más tristes vuelan alto, Ángel.

Me sonrojé, gesticulando alrededor de la habitación con una mano despreocupada. —¿No estás un poco fuera de tu elemento?

—¿Cómo es eso? — Reflejó mi posición, relajándose en el taburete, equilibrando un codo sobre la barra.

—Pareces alguien que pertenece a un bar de clase alta con todos los demás magnates de negocios y solteros elegibles. — Su traje grita prosperidad.

—Oh, mira quién está juzgando superficialmente ahora, — bromeó a medias, y me arrepentí de indagar. —Qué evaluación tan estereotípica, Ángel. La riqueza y los trajes de diseñador no me definen. Me gusta un bar destartalado y, — inclinó su vaso, —licores baratos tanto como a cualquier persona.

Le agradecí el relleno.

—¿Por qué presumes que estoy disponible?

Bueno, no estarías aquí, hablando conmigo si hubiera una mujer en casa.

Me regañé en secreto. ¡Estoy psicoanalizando y juzgando de nuevo! No ha dicho nada impropio o remotamente sugestivo. No ha sido más que educado, agradable y afable, aunque algo seguro de sí mismo, pero no es personal. Se nota que es su estilo.

—¿Vick? — La voz de Jace cortó el aire espeso y húmedo.

Mi compañero de bebida observó a Jace acercarse por encima del borde de su vaso, compuesto, frío como un pepino.

Jace está de incógnito, luciendo su atuendo todo negro y abrigo de cuero hasta los tobillos. Su pelo oscuro hasta los hombros y unas extrañas gafas de aviador con espejo, significan un cambio drástico en su apariencia.

—Hola, — saludé, percibiendo su expresión estoica. —¿Estás bien?

Desconfiando de mi impresionabilidad crédula, envolvió un brazo alrededor de mis hombros. Su dura mirada se posó en el hombre sin nombre. —Estoy bien, Vick, — respondió, sin mirarme. —¿Lista para salir de aquí?

Mis ojos parpadearon entre la testosterona creciente. —Sí. — Me deslicé del taburete, terminé mi bebida, y agarré mi bolso. —Gracias. — Los ojos azules del Sr. Sin Nombre desenterraron algo dentro de mí. Me costaba apartar la mirada. —Fue un placer hablar contigo.

No respondió, desatendiendo mis buenos modales. —Te reconozco, — le dijo a Jace, con el vaso en la mano, señalando.

Me eché hacia atrás. —Nathan no es de por aquí, — intervine, ansiosa por retirarme. —Es nuevo en Londres.

—¿Y tú? — preguntó, poniéndose de pie. —Noté un deje en tu acento.

Jace dijo algo similar una vez. Nací en Newquay, así que no hablo como los londinenses típicos. —Me mudé aquí de adolescente. — ¿Por qué estoy nerviosa bajo este interrogatorio? No es un policía. No tengo que responder a esta línea de preguntas. —De todos modos, vámonos.

Libre de coerción, me dirigí a la salida, oyendo a Jace maldecir detrás de mí.

Bajo la oscuridad de nuestro cielo nocturno, Jace me condujo a su SUV aparcado, desbloqueó las puertas y esperó hasta que me abroché el cinturón antes de acelerar con prisa ansiosa.

Durante treinta minutos, Jace condujo en silencio. Casi me dormí de aburrimiento. No habló hasta desviar el SUV de la carretera, inclinando los neumáticos por montículos fangosos y rodeando bosques.

Cargó su portátil.

Estaba perdiendo la paciencia.

Con el codo en el borde de la ventana, presioné dos dedos en mi sien, masajeando. —¿Por qué estás con ese estúpido portátil otra vez? Pensé que esta noche era para beber y soltarse?

Jace salió del coche, cambió la matrícula y volvió.

Solté un largo suspiro. —¿Nath? — Indagué, y él tecleó, tecleó, tecleó. —¡Nathan!

—Vick, — susurró, presionando un tierno beso en mi hombro. —Me disculpo por fastidiarte con esto. — Tec, tec, tec. —Dame dos segundos.

En la pantalla, veo un algoritmo encriptado verde lima. Fruncí una ceja, con los labios apretados en una línea sombría. —¿Qué mierda estás haciendo?

—Alzaim, — dijo, y yo me senté más erguida. —Está determinado.

¿Por qué estamos discutiendo sobre Nate?

Me mordí el labio inferior. —¿Qué hiciste?

—No hice nada, — replicó, agitado y a la defensiva. —Encontré una puerta trasera en los servicios de comunicación encriptados de Warren, teléfonos y vigilancia, así que, — se encogió de hombros, —hackeé su sistema.

—¿Qué hiciste qué? — ladré. —¿Estás tratando de que te maten?

—¿Qué otra opción tenía? — argumentó, codificando y descodificando. —Por alguna razón incomprensible para mí, Alzaim está persiguiendo tu colapso con Warren en el centro. — Me miró, pensando. —Sabía que te reconocería. Me alegro de haber seguido mi instinto.

—Liam no me reconoció, — dije, poco convencida por mis palabras tranquilizadoras. —No, es imposible. — ¿Cómo coño está haciendo esto? —¿Eres un ex espía del gobierno?

—No, un hacker autodidacta. Mantén el rumbo, Vick. ¿Por qué crees que Warren te siguió?

Estoy demasiado sin palabras para tocar su autoproclamado hacktivismo. —Liam... — Suspiré, mi estómago hundiéndose. —Por mucho que me duela admitirlo, Liam es un mujeriego notorio. Tiene una predilección por las rubias de piernas largas. — Aunque no por las rubias subdesarrolladas, poco atractivas y delgadas como un rastrillo. —Supongo que le intrigué. Eso es todo.

—No me lo trago, — rebatió. —Tú misma lo dijiste. Warren es un mujeriego hipócrita. — Está poniendo palabras en mi boca. —¿Pasar por todo este esfuerzo por un poco de coño? — Resopló. —Está por debajo de él.

Tiene un punto válido.

—Envié dos virus al software del sindicato, — me informó, cerrando la pantalla. —Bajramovic llamó.

Un escalofrío trepó por mi columna. —¿Qué dijo?

—Ha reservado un jet privado para volar él y su esposa de vuelta a Tirana.

Tragué un doloroso nudo. —¿Para cuándo?

—En tres días, — confirmó, y una ola de náuseas me atravesó. —Así que usé mi debida diligencia para estrategizar. — Inclina el portátil, señalando un punto rojo intermitente. —Dalmat Sula. El segundo al mando de Flamur y sucesor leal. Junto a Flamur, Rezart y Dalmat me ayudaron en tu secuestro. También es responsable del incendio de esa noche. Quemó ese edificio de inquilinos hasta los cimientos antes del bombardeo del Club 11.

—¿Qué? No me dijiste que el club de Liam sufrió un ataque.

Conectando un cable al ordenador, lo enchufó a su teléfono, descargando algo. —Flamur le dio a Warren una distracción. ¿De qué otra manera se suponía que iba a alejarte de ese estrecho grupo de seguridad?

Le di una sonrisa tensa. —¿Por qué no dejamos de discutir tu participación, Nath? Cada vez que surge este tema, olvido por qué te estoy ayudando. En realidad, tengo que contenerme para no golpearte.

Puso los ojos en blanco, desenroscando una botella de vodka.

—¿En serio vas a conducir bajo la influencia?

—¿No es tedioso conformarse a los más altos estándares de moralidad sumisa? ¿Y qué si descifré los servidores de Warren? ¿Y qué si bebo y conduzco? ¿Y qué si rastreo a Dalmat esta noche y le rompo el puto cuello? ¿A quién le importa, Vick? ¿A ti? ¿A mí? — Resopló, bebiendo de la botella. —Deja de actuar como una formalista austera y una sirvienta de la sociedad. — Me ofrece el vodka. —¿Adónde te lleva?

—No puedo simplemente cambiar quién soy, Nath. No es tan simple.

—Sigues poniendo excusas, — disputa, con su voz áspera deslizándose sobre mi piel. —Cualquiera puede cambiar con la cantidad exacta de fuerza de voluntad. Eres un libro abierto. Expones tu alma para que todos la mancillen. Confías sin reservas, y tu innegable y evidente vulnerabilidad es susceptible de devastación o incluso muerte prematura.

Apreté el cuello de la botella, abrumada por recuerdos desagradables.

—¡No eres lo suficientemente fuerte, Alexa! — Liam ladró, maldiciendo entre dientes, pero luego el arrepentimiento se acumuló en sus ojos llenos de pena.

—Así que me mentiste, — dije, desanimada, con mi voz quebrándose. —No soy una mujer despiadada y empoderada, ¡sin embargo he superado más que la mayoría de las mujeres en una maldita vida!

—Alexa, — agarró mis brazos, arrastrándome a su pecho. —Sabes que no es eso lo que quise decir. Eres increíble,perfecta en todos los sentidos, pero no puedes estar a mi lado y hacer que los inferiores se inclinen ante ti. Sí, sufriste una dura prueba, y estoy orgulloso de todos tus logros, pero hay una gran diferencia entre superar un pasado perturbador y apuntar con una pistola a la cabeza de alguien. — La derrota me inunda. —En el segundo en que las calles de Londres se den cuenta de que tengo una mujer en mi vida es el segundo en que me preparo para tu muerte prematura. Saldrán de la nada y te atacarán para llegar a mí.

—No conoces mis capacidades, — persisto obstinadamente, apartando sus manos de un manotazo. —Ni siquiera nos has dado una oportunidad. ¿Y si puedo contraatacar? ¿Y si soy lo suficientemente fuerte? En lugar de vivir en una seguridad pesimista, ¿por qué no probar la teoría primero? Podría sorprenderte
— — Él cruzó la habitación como una tromba, agarrando la Desert Eagle del aparador del pasillo. —¡Liam!

Abrió de golpe la puerta principal del ático. —Tú, — señaló al primer guardia, —entra. — Un hombre alto y fornido, vestido para impresionar, entra en la sala de estar de planta abierta. —Ponte en la cocina. — Obediente, el tipo sigue las órdenes.

Liam me agarró de la muñeca y me plantó su arma en la palma. —Adelante. Demuéstramelo.

Mis ojos, llenos de horror, se abrieron como platos. —¿Qué mierda te pasa?

—¿Quieres demostrar tu valía? — Señaló al guardia con un movimiento de su barbilla. —Mátalo.

El pobre desgraciado abrió la boca con incredulidad, levantando las manos en señal de rendición. —Señor, no quiero morir.

—Cállate de una maldita vez, — lo interrumpió su jefe, empujándome más cerca con un movimiento brusco y doloroso en mi espalda. —Vamos, nena. Demuéstramelo. Enséñame lo

despiadada y fría que puedes ser. Mata sin conciencia. Mata sin vacilar
—

—Liam, esto es una locura, — sollocé, temblando con el arma en mis manos temblorosas. —No voy a matar a un hombre inocente.

—Bien. — Recuperó el arma, tiró del percutor y la apuntó al rostro del hombre. —No es nada personal.

Poseída por una adrenalina furiosa, lo abofeteé con fuerza. El calor de la furia se extendió a su mejilla, y una gota de sangre apareció en la comisura de su boca.

Sus fosas nasales se ensancharon. —Me golpeaste, maldita sea.

Sí, y todavía estoy aturdida por mi imprudencia. —Salga —, le ordené al tipo, pero ni pestañeó, anticipando la orden de su jefe. —¿Por qué estás esperando su aprobación? ¡Sal antes de que el maldito lunático te meta una bala en la cabeza!

—Demostrado mi punto —. Liam se rió, lamiéndose la sangre de los dientes. —Sal —. Murmurando disculpas, el guardia se escabulló, cerrando la puerta tras de sí. —Alexa
—

—Eres un imbécil —. Puse una mano en su pecho, empujándolo con el hombro mientras me dirigía al dormitorio principal. —Has dejado claro tu punto, Liam. No estoy hecha para este estilo de vida —.

Volví al presente.

Jace inclina la cabeza, formándose un pliegue entre sus cejas fruncidas. —¿Dónde te fuiste?

Bebiendo vodka, haciendo una mueca, agarré su bolsa del asiento trasero y rebusqué entre varias armas. Cerré mi mano alrededor de la empuñadura de un arma de fuego, admirando y apreciando la semiautomática con armazón de aluminio. —Liam usa Glocks —, reflexioné, deslizando mis dedos por el cañón. —Aunque tiene una favorita —.

—¿Sí? — Jace se apoyó de espaldas a la ventana, cruzando los brazos. —Esa Eagle, ¿verdad?

Asiento. —¿Qué tipo de pistola es esta?

—es una Colt Commander —, dijo, quitándome cuidadosamente el arma de la mano. —¿Qué estás haciendo, Vick?

—Cazar a Dalmat puede llevarnos a Summer, ¿verdad?

Apretó la mandíbula, mirando por el parabrisas.

—Y a Flamur —, añado, y él no lo negó. —¿Cuándo pensabas decírmelo, Nath? ¿Esperabas que volviera a vagar por el infierno, ignorante y desarmada? ¿Vas a enseñarme a defenderme? — Señalo el arma que sujeta firmemente en su mano. —¿Es para eso toda la munición? Tú y yo —.

—Tengo fe en ti, Vick —, susurró, y las lágrimas me quemaron los ojos. —Deja a un lado la mierda por un momento y date cuenta,
no, acepta,
lo fuerte y poderosa que eres —.

—Odio la oscuridad —, susurré, negando ligeramente con la cabeza. —Independientemente de cómo me percibas, no la quiero —.

—Qué lástima —, replicó, y le lancé una mirada condenatoria. —Floreciste en la oscuridad. Está integrada, entretejida en tu alma. Deja de esconderte de las sombras y acéptalas —.

Abriendo la puerta del coche, rodeó el capó y vino a mi lado. Me desabrochó el cinturón y me sacó tirando del codo.

—¿Qué estás haciendo? —, pregunté, frotándome los brazos por el frío de la noche.

Jace alternó entre dos pistolas, metiéndose una en la cintura de sus vaqueros. —Date la vuelta —.

Exhalando un suspiro cansado, obedecí, enfrentando la desolación, la inmensidad y los caminos áridos.

—¿Diestra o zurda? —, con el pecho contra mi espalda, apoyó su barbilla en mi hombro.

—¿O ambidiestra?

Reprimí una sonrisa. —Diestra —.

—Brazos al frente —, dijo. —Agarre con ambas manos para control —. Cubriendo mis brazos con los suyos, colocó el arma entre mis manos, demostrando. —Agarre firme con tu mano dominante, sin embargo —. Maniobrando, busca un objetivo, apuntando a un árbol. —Tu dedo nunca debe estar en el gatillo a menos que apuntes a matar —.

Me invadieron los nervios. —¿Y si fallo?

—Te estoy ayudando —, me asegura, usando su dedo para guiar el mío hacia el gatillo. —Ningún arma es igual y la práctica hace al maestro. Eliges un arma, aprendes a usarla y te quedas con ella —.

Exhalé un suspiro tembloroso, formándose niebla frente a mí. —Vale —.

Jace tocó mi dedo.

Cerré los ojos, inhalé y apreté el gatillo. Con los oídos zumbando, retrocedí, chocando contra su pecho, invadida por la emoción. —¿Le di?

—Primero —, dijo secamente, tirando de mí de vuelta a la posición, —nunca bajas la guardia descuidadamente con un arma cargada. La compostura es clave, Vick. Segundo, entras en pánico cuando la bala sale de la recámara. Así que —, ajustó mi agarre, firme, —mantén tu mano no dominante debajo, el pulgar opuesto contra el armazón. Significa que tienes un agarre sólido y control efectivo del objetivo —. Con sus brazos abrazando los míos, marcó un objetivo. —Deja un ligero doblez en los codos y nunca cierres los ojos, Vick. Enfoque preciso. Un tiro. Sin dudar. Apunta a matar —.

Tragué saliva, nivelé con el árbol yapreté el gatillo, determinada en mi postura firme. La bala astilló y partió la densa corteza, y no me estremecí, ni entré en pánico, ni me derretí bajo presión. —Lo hice —, susurré, y él depositó un casto beso en mi hombro. —¡Maté al árbol, Nath! — Recogió el arma, atrayéndome para un abrazo. —No puedo dejar de temblar —.

Se rió, áspero y grueso. —Estoy recuperando a mi niña, Vick —, dijo con voz ronca. —Encontré su complejo —.

Mirando al vacío por encima de su hombro, le devolví el abrazo, con una sensación de hundimiento en la boca del estómago. —¿Dónde está?

Jace levantó mi barbilla. —Detrás de ti —.

Un miedo neurótico cementó mis pies al suelo. Miré fijamente el oscuro, espeluznante y retorcido bosque, denso con nieblas espesas como guisantes y recuerdos que helaban la sangre.

Quitándose el abrigo largo y el postizo, Jace abre el maletero, se pone su gorra. Se ata ambos tobillos, cintura, se arma, y me ajusta una funda a la cintura.

Concluyo que moriré esta noche.

—Cargada —, dijo, pero estoy desconcertada. —Cargador de 8 rondas para munición. Además, reabastecimiento de arsenal. Al vaciar —, exhibe, dentro y fuera, amartillando, —bloquea la corredera e inserta el cargador en su lugar. Tira hacia atrás y suelta —.

Definitivamente voy a morir esta noche.

—No desperdicies munición —, continúa, movilizándome con la Colt, trenzando mi pelo rubio. —En el complejo, nos separaremos y emboscaremos por ambos lados —.

Moví la mandíbula. —Difícilmente es una emboscada conmigo como tu compañera —.

Poniéndome una gorra en la cabeza, cerró el coche, me tomó del codo y me arrastró hacia el fuego del infierno.

Continuará...

Gracias por leer mi libro; significa mucho para mí. Por favor, considera dejar una reseña en Amazon. Espero sinceramente que lo hayas disfrutado.

¡Siento mucho todos los retrasos! Estos últimos meses surgieron muchos problemas inesperados. Espero que el próximo libro salga sin más demoras. No voy a prometer una fecha concreta, pero mi objetivo es publicarlo el mes que viene (marzo). ¡Gracias por vuestro apoyo!